



CENTRO DE ESTUDIOS LINGÜÍSTICOS Y LITERARIOS

**LA TRADUCCIÓN EN *LA ÉPOCA ILUSTRADA (1883-1884)*: PRÁCTICAS Y
AGENTES EN LA CONFORMACIÓN DE NUEVOS MODELOS LITERARIOS Y
EN LA DIVULGACIÓN CIENTÍFICA**

TESIS

QUE PARA OPTAR AL GRADO DE
MAESTRÍA EN TRADUCCIÓN

PRESENTA

ANDRÉS RAMOS GARCÍA

ASESORA

DRA. TANIA PAOLA HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ

CIUDAD DE MÉXICO

DICIEMBRE DE 2020

Los estudios de posgrado, así como su conclusión con la presente tesis, fueron realizados gracias al apoyo del PNPC del CONACyT.

AGRADECIMIENTOS

A quienes hacen posible el funcionamiento de El Colegio de México, espacio académico en el que esta tesis se gestó y se desarrolló en buena medida.

A mis profesores de la Maestría en Traducción por su generosidad y lecciones. En especial, a la doctora Niktelol Palacios y al doctor Erik Franco por sus palabras siempre de aliento, a la doctora Elena Madrigal por la ayuda, las lecturas y la exigencia, a la doctora María Elena Isibasi (“Mado”) por las sesiones estimulantes en las que ejercité la traducción y por las conversaciones misceláneas.

A mis *amixes* y compañerxs del Colmex, sobre todo a María, Elvira, Carmen, Víctor, Chincoya y Juan, por todo lo bueno que han traído a mi vida, el cariño y la convivencia cotidiana, mucha de mi experiencia colmeca es con ustedes. A Sisi e Iralia por ser siempre grandes y bondadosas interlocutoras. A quienes son de otros centros y programas: Alfredo, Jaime, Mario, Ana Fer, Vilchis, Alex, Alberto, Mau, Eder, Lalo, Dairee, Pedro, Paco, Susana, Frasua, Abril, etcétera, por las pláticas amenas, interesantes y por los buenos momentos de esparcimiento, necesarios también para el trabajo de investigación.

A Gina, que me enseña siempre modos distintos de ver la vida, amiga entrañable que me arropa siempre con afecto, el cual es recíproco.

A Caro, por acompañarme ya tantos años, testigo de mi camino académico, y también por la dicha de crecer, en varios sentidos, hombro con hombro, te admiro y te quiero.

Por supuesto, a mi familia, mis padres, Martha y Eric, por tanto de lo que soy, por su amor y su apoyo perennes, a Karla y Mateo, mis hermanos, por serlo y animarme siempre de distintas maneras. Los amo. También a mis cuatro abuelos, Héctor, Alfredo, Sara y Martina, que aún están conmigo, pendientes de mí, y que siempre me han animado a alcanzar mis metas.

A las doctoras Luz América Viveros Anaya y Laura Suárez de la Torre, por haber leído y revisado minuciosamente esta tesis y por enriquecerla con sus atentos comentarios; su lectura me honra, muchas gracias.

Finalmente, a mi asesora y profesora, la doctora Tania P. Hernández Hernández, apoyo crucial en la realización de esta tesis. A ella, mi admiración más sincera por su inteligencia, su atención y por las muchas horas invertidas en este esfuerzo, el cual supo guiar con disciplina, rigor y dedicación. Los errores son míos, los aciertos son compartidos.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO 1. MARCO TEÓRICO	5
1.1 FUNDAMENTOS DE LA SOCIOLOGÍA DE LA TRADUCCIÓN	5
1.2 ORIENTACIONES DE LA SOCIOLOGÍA DE LA TRADUCCIÓN	7
1.3 ¿POR QUÉ ESTUDIAR PUBLICACIONES PERIÓDICAS?	9
1.4 EL CAMPO DE BOURDIEU	12
1.4.1 CAMPO INTELECTUAL, CAMPO CULTURAL, CAMPO PERIODÍSTICO	14
1.4.2 EL ESPACIO FRONTERIZO ENTRE CAMPOS	19
1.5 EL MECENAZGO DE LEFEVERE	23
CAPÍTULO 2. LA PRENSA ILUSTRADA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX EN MÉXICO	26
2.1 EL LUGAR Y ESTUDIO DE LA TRADUCCIÓN EN LA PRENSA DECIMONÓNICA	32
2.2 ¿POR QUÉ <i>LA ÉPOCA ILUSTRADA</i> ?	34
2.3 <i>LA ÉPOCA ILUSTRADA</i> Y OTRAS PUBLICACIONES COETÁNEAS	36
CAPÍTULO 3. LOS CONTENIDOS ALEMANES EN <i>LA ÉPOCA ILUSTRADA</i>	44
3.1 LA INFLUENCIA ALEMANA EN EL ÁMBITO ECONÓMICO DEL MÉXICO DECIMONÓNICO	46
3.2 LA INFLUENCIA ALEMANA EN EL CAMPO CULTURAL DEL MÉXICO DECIMONÓNICO	50
3.2.1 PRIMERAS INFLUENCIAS	51
3.2.2 EL INFLUJO CULTURAL DE ALEMANIA DE LA REPÚBLICA RESTAURADA HACIA EL FIN DE SIGLO	58
3.3 QUIENES TRADUCEN, QUIENES REESCRIBEN: AGENTES Y CONTENIDOS ALEMANES	65
3.3.1 JOSÉ J. HERRERO, TRADUCTOR DE HEINE	66
3.3.2 JAIME CLARK, EL TRADUCTOR LÍRICO	71
3.3.3 J. F. JENS, EL TRADUCTOR-IMPRESOR	74
3.3.4 FEDERICO CARLOS JENS, EL TRADUCTOR-POETA	81
3.3.5 MANUEL B. JUÁREZ, EL TRADUCTOR POLIFACÉTICO	84
3.4 COMENTARIOS FINALES	87
CAPÍTULO 4: LA TRADUCCIÓN Y LA DIVULGACIÓN CIENTÍFICA EN <i>LA ÉPOCA ILUSTRADA</i>: LOS TEXTOS DE FLAMMARION	91
4.1. AGENTES Y SOPORTES EN LA COMUNICACIÓN CIENTÍFICA: DIVULGADORES, TRADUCTORES Y REVISTAS	95
4.2 LA COMUNICACIÓN DE LA CIENCIA Y LA ASTRONOMÍA EN EL MÉXICO DEL SIGLO XIX	101
4.3 FLAMMARION, ESTRELLA TERRENAL, Y SU CIRCULACIÓN EN MÉXICO	106
4.3.1 FLAMMARION EN <i>LA ÉPOCA ILUSTRADA</i>	111
4.3.2 FLAMMARION EN OTRAS PUBLICACIONES	112
4.3.3 TRADUCTORES VISIBLES DE FLAMMARION EN SU CIRCULACIÓN MEXICANA	121
4.4 COMENTARIOS FINALES	127
CONCLUSIONES	131

<u>REFERENCIAS.....</u>	<u>136</u>
<u>ANEXO 1: TRADUCCIONES DE LA ÉPOCA ILUSTRADA (1883-1884).....</u>	<u>143</u>
<u>ANEXO 2: EJEMPLOS DE AUTÓGRAFOS EN LA ÉPOCA ILUSTRADA</u>	<u>162</u>
<u>ANEXO 3: LISTADO DE LAS TRADUCCIONES DEL ALEMÁN EN LA ÉPOCA ILUSTRADA.....</u>	<u>165</u>
<u>ANEXO 4: ARTÍCULOS DE CAMILLE FLAMMARION EN LA ÉPOCA ILUSTRADA</u>	<u>170</u>
<u>ANEXO 5: ANUNCIO DE VENTA DE RELATOS DEL INFINITO... EN EL SIGLO XIX.....</u>	<u>171</u>

INTRODUCCIÓN

Los Estudios de Traducción (ET) han sido en ocasiones llamados una interdisciplina por la constante búsqueda de herramientas teóricas en otras disciplinas y los préstamos que de esta práctica se derivan. Se debe pensar en la corta edad de los ET como una de las razones por las que aún se discute su propia naturaleza. La década en la que emergen (los 70) y el subsecuente periodo de su desarrollo, lleno de novedosas temáticas, perspectivas y métodos de investigación, dieron pauta al convulso camino que han recorrido académicos y profesionistas que han nutrido los ET, (inter)disciplina que por sí misma ha experimentado diversos giros (*cf.* Koskinen). Menciono lo anterior como un breve preámbulo para sostener que los ET, más allá de su autorreflexión y su discusión como disciplina autónoma, se encuentran activos y cada vez más consolidados. Los ET, justamente con su mirada constante a otras disciplinas, han logrado despertar en la investigación en humanidades un interés por la traducción y distintos aspectos en torno a ella que previamente existía quizá como curiosidad de aficionado o se enfocaba solamente en su aspecto lingüístico o de mediación cultural. Su carácter interdisciplinario no debería ser visto como una debilidad, sino como fortaleza; acaso la discusión sirva sólo para delimitarlos con más claridad, pero actualmente, más allá de creencias y prejuicios, las evidencias muestran que los ET son un terreno fértil que ha dado diversas y atractivas investigaciones que, a su vez, han nutrido el espectro de alcance de varias otras disciplinas, como la lingüística, la psicología, los estudios de la mujer y de género, la historia o la sociología.

La siguiente tesis tuvo en su origen dos líneas de investigación: una que se desarrolló durante la maestría y otra que ya formaba parte de mis intereses. La primera es la perspectiva sociológica de la traducción, de la que disfruto especialmente por todo aquello que puede visibilizar o revelar cuando se enfoca la vista más allá de la entidad textual de las traducciones. La segunda tiene que ver con el estudio de la literatura y la prensa mexicanas del siglo XIX, periodo definitorio para el establecimiento de un Estado nacional y una identidad política. De esta forma, pude conciliar ambas búsquedas por medio de las publicaciones periódicas y, en específico, de *La Época Ilustrada*, semanario impreso de 1883 a 1885 en la Ciudad de México y dirigido en su primera época por José María Villasana.

Partí entonces de esta publicación semanal e ilustrada para localizar las traducciones que se incluyeron en ella durante un año, desde su primer número hasta el número 52. La constitución de este catálogo llevó a que encontrara ciertos patrones o datos que destacaban y, a partir de ahí, opté por trabajar con las dos lenguas de origen que más tenían representación: el francés y el alemán; al observar algunas particularidades de los textos traducidos de estas lenguas, delineé lo que iba a tratar y así se dio el nacimiento efectivo de este trabajo, que a continuación presento a grandes rasgos.

Una vez concluida la introducción, quien lea esta tesis encontrará el capítulo correspondiente al marco teórico, en el cual disertó acerca de la mirada sociológica en los ET, justifico el estudio de las publicaciones periódicas dentro de este contexto, y desarrollo, del modo más sintético y claro que me fue posible, los conceptos de Bourdieu que ayudaron para la descripción o explicación de algunos fenómenos mencionados en el transcurso de esta investigación; asimismo, hay una exposición de una propuesta teórica de André Lefevre, figura clave en la llamada Escuela de la Manipulación dentro de los ET. La inclusión del trabajo de este académico obedeció sobre todo a una voluntad de visibilizar los aportes, por mayores o menores que sean, de aquellos que han trabajado en esta disciplina y la han nutrido con sus obras.

El segundo capítulo está dedicado a un panorama sobre las publicaciones ilustradas en el México de la segunda mitad del siglo XIX, para ubicar el contexto de *La Época Ilustrada* y justificar su relevancia como objeto de estudio. También hago un sucinto repaso de los estudios que se han llevado a cabo sobre ese periodo desde la disciplina traductológica. Luego enuncio algunas consideraciones a las que llegué después de contrastar el semanario de Villasana con otros impresos coetáneos de formato similar; esto con el objetivo de señalar semejanzas y diferencias de productos en un mismo espacio y tiempo. Esta sección conforma la antesala del cuerpo de esta investigación que se extiende en las páginas de los capítulos 3 y 4.

Luego de observar el número de traducciones de autores alemanes en mi objeto de estudio, me interesé por encontrar las razones que explicaran la inclusión de estos textos. Así, en el capítulo 3, “Los contenidos alemanes en *La Época Ilustrada*”, desarrollo cómo para la década de los 80 en el siglo XIX, lo alemán se había consolidado ya en nuestro país

como cuestión digna de atención y admiración, de ahí que la preocupación por importar productos culturales, entre ellos, los literarios, fuera patente. Para ello, me serví de describir, de manera general y por medio de una indagación en aspectos económicos, políticos y sociales, cómo es que Alemania se torna a lo largo de los años en un modelo cultural para algunos mexicanos y, por ende, cómo es que el estudio de la lengua germana y las traducciones que se hacen desde ella aumentan en nuestro país a partir de la segunda mitad de la centuria en cuestión. En la segunda parte del capítulo, me concentro en los agentes, sobre todo traductores, que posibilitaron la inclusión de los textos traducidos. En este apartado expongo las semblanzas de los traductores del alemán, presentes en la publicación, que pude identificar.

Para el estudio de la producción en francés, no quise replicar el método que utilicé para los contenidos alemanes, por un lado, porque considero que sobre el influjo de Francia en México y en Hispanoamérica han escrito muchas plumas mejores, quiero decir también que se trata de un tema muy desarrollado; por otra lado, el más importante, en las traducciones del francés observé una particularidad: la abundancia, por llamarlo de algún modo, de los artículos traducidos de divulgación científica firmados por Camille Flammarion que aparecieron en la publicación.

En el capítulo 4, “La traducción y la divulgación científica en *La Época Ilustrada*: los textos de Flammarion”, me enfoqué en mostrar el papel esencial de la práctica traductora en la divulgación del conocimiento científico. Por la naturaleza de estos textos, la traducción se torna aquí no sólo posibilitadora de la difusión, sino posibilidad en sí misma, una idea que desarrollo en esta sección. Para nutrir este aspecto, revisé la manera en que la comunicación de la ciencia se conforma en el México decimonónico y los soportes y agentes con los que cuenta en el país y fuera de él, sobre todo en Francia, así como la posición que Flammarion detentó con su trabajo. Para ello, exploré, además de algunas noticias biográficas, someramente la circulación y de forma paralela, la recepción de los trabajos de Flammarion en México y su presencia en nuestra prensa. Por último, también quise aportar algunos datos sobre los traductores del divulgador francés, cuyo trabajo se leyó en el país, fueran ellos mexicanos o de otra nación, con el fin de explorar un poco más sobre los agentes que permitieron la lectura de los hispanohablantes.

Le siguen a este capítulo las conclusiones de esta tesis, en las que enuncio algunas posibles vías de continuación, así como las limitaciones y logros que adjudico a mi trabajo y finalmente, se encuentran las referencias y los anexos, en los cuales, entre otros datos, se incluye el listado completo de las traducciones contenidas en *La Época Ilustrada*. Adelanto que considero que la investigación cumplió un propósito general, el cual fue estudiar diferentes aspectos alrededor de la práctica traductora para mostrar su relevancia en ciertos campos. Así pues, mi exploración se basó en los agentes y las condiciones que anteceden o hacen posible a las traducciones, así como sus posibles efectos, y no propiamente en el resultado o producto final que es el texto por sí mismo.

Como advertencia a quien lea este trabajo, van las siguientes observaciones: una, al citar textos publicados en la prensa decimonónica, decidí actualizar la ortografía en aras de la legibilidad y la claridad. La siguiente es que las referencias completas de la prensa se encontrarán en nota al pie, mientras que las referencias bibliográficas y de publicaciones especializadas están en la sección previa a los anexos. La tercera es más bien una observación de contexto: al hablar de lectura del siglo XIX, se debe tomar en cuenta que la lectura en voz alta fue una práctica común, por lo que el porcentaje de analfabetismo no puede reflejar de manera total la imposibilidad de adquirir conocimiento. Me refiero con esto a que cuando en la tesis se utilice “lectores”, “audiencia”, “público” y similares se entienda a veces como un conglomerado de personas que, de manera visual u oral, se enteraba de aquello que los textos dicen. Me resta solamente reconocer que en los trabajos contenidos en los volúmenes de la colección “Con T de traducción”, debidamente referenciados al final, *Traducción, identidad y nacionalismo en Latinoamérica* y *Latinoamérica traducida: aproximaciones recientes desde un campo de construcción*, encontré también una inspiración para llevar a cabo esta tesis.

CAPÍTULO 1. MARCO TEÓRICO

1.1 Fundamentos de la sociología de la traducción

La sociología de la traducción es una de las posibilidades de análisis que ofrecen los Estudios de Traducción (ET), una disciplina que ha entablado una relación productiva con métodos y conceptos de la lingüística, los estudios literarios, la historia, la filosofía, la antropología y, por supuesto, la sociología. Esta apertura metodológica y teórica revela la interdisciplinariedad de los ET¹, cualidad que se confirma en los distintos “giros” que han cuestionado paradigmas y abierto el camino para metodologías y objetos de investigación novedosos (Wolf, “Introduction...” 2-3). La perspectiva sociológica en los ET tiene como origen “la convicción de que aquello que denominamos *texto* forma, efectivamente, parte integral del mundo, que todo texto está esencialmente inserto en lo que podríamos denominar el flujo constante, siempre cambiante, de comunicación” (Cruces Colado *et al.* 47), un origen compartido con otras miradas a la traducción que se han desarrollado sobre todo desde la década de los setenta. Esta inserción del texto dentro del mundo surgió, en parte, como una de las respuestas a la tendencia estructuralista de estudiar al texto sólo por sí mismo y dentro de sí mismo, una visión en la que el análisis de la traducción como una comparación entre los textos original y traducido resultaba privilegiado. La ruptura con este tipo de aproximaciones permitió a los ET estudiar otros fenómenos más allá de las entidades fijas (texto fuente, texto meta...), para así atender condiciones de transferencia desiguales y enfocarse en la traducción como un acontecimiento en el que interactúan distintos agentes en entornos sociales específicos (Wolf, “Introduction...” 3).

Desde esta perspectiva, el objeto de estudio es la traducción inserta en su contexto social, lo que la vuelve una actividad regulada socialmente y en ese sentido, “resultado de objetivos, constelaciones situacionales específicas y normas” (Cruces Colado *et al.* 49)². El análisis de estos aspectos sociales “nos ayuda a identificar al traductor y al investigador en traducción

¹ A pesar de que dicha apertura ha tenido efectos positivos, no debe soslayarse el hecho de que una de sus desventajas es el debilitamiento de una identidad propia de los Estudios de Traducción y de su consideración como una disciplina autónoma.

² De ahí que la traducción sea, pues, acción social y toda acción social resulta de esa combinación, según Parsons (*apud* Cruces Colado *et al.* 49). Las constelaciones situacionales refieren a condicionantes, que pueden ser generales, como aspectos políticos, culturales, necesidades, etc., o particulares, como los estados físicos o psíquicos, el conocimiento previo, las suposiciones sobre el sistema condicionante.

como un sujeto constructor y construido en sociedad”³ (Wolf, “Introduction...” 1) y de esta forma se diversifican los potenciales objetos de estudio y crecen los alcances de investigación para la disciplina.

Por supuesto, esta manera de examinar la traducción no implica una homogenización de las herramientas teóricas o conceptuales para diseccionar el objeto de estudio. Desde sus antecedentes, la perspectiva social tampoco se ha ceñido a un solo objeto o a una sola posibilidad de análisis, pues “la cuestión de ‘lo social’ dentro de la traducción se ha tratado a lo largo de la historia de los estudios de la traducción de varias formas y desde perspectivas variadas” (*ibid.* 6). Ejemplos de estas formas y perspectivas pueden encontrarse en teorías como la de los polisistemas de Itamar Even-Zohar, la del *skopos*, desarrollada principalmente por Hans Vermeer y Christiane Nord, o las normas de Gideon Toury; todas ellas inscritas en los llamados Estudios Descriptivos de la Traducción. Si bien estas líneas de trabajo se han ocupado de aspectos extratextuales de la traducción, como factores que influyen en ella o limitaciones culturales para llevarla a cabo, hacía falta un marco que analizara de manera relacional los aspectos sociales para hablar propiamente de una sociología de la traducción.

Los vínculos entre los distintos agentes y elementos implicados en una traducción, su relación con el medio social y el contexto de producción y recepción no dejaban de ser aspectos menores o poco explorados en muchas investigaciones. Para explicar este fenómeno, Daniel Simeoni argumenta que la mirada sociológica era considerada como secundaria para el campo académico (*apud* Wolf, “Introduction...” 13). Sumado a esto, recurrir a herramientas sociológicas tuvo como consecuencia recibir algunas de las críticas que se han hecho a las ciencias sociales sobre la generación de conocimiento duro, principalmente basadas en la difícil obtención de datos empíricos y la problemática para establecer razonamientos inductivos (Cruces Colado *et al.* 50). Como respuesta a tales señalamientos, se puede objetar que, en primera, sí hay datos para estudiar la traducción en su aspecto social, como “el volumen de textos traducidos, los géneros, tipos de obras y autores y combinaciones lingüísticas privilegiados o desatendidos [...]; las medidas institucionales encaminadas a orientar las actividades de traducir o interpretar [...]; los

³ La traducción es mía y, en adelante, a menos que la referencia indique lo contrario, las traducciones también serán propias.

mecanismos de capacitación y de socialización profesional...” (*idem*). Respecto a la segunda crítica, los autores citados asumen una limitación en la capacidad de predicción, pero sostienen que esto no impide la posibilidad de describir tendencias ni significa la imposibilidad de llevar a cabo un análisis riguroso.

Por otra parte, no debe entenderse a la sociología de la traducción como un área de la sociología, sino como un método de los ET: “Nuestro campo de estudio, por lo tanto, no es la sociología general propiamente dicha, sino los componentes sociales que condicionan la (in)existencia de la traducción y la interpretación, y su dimensión social” (*ibid.* 51). Así pues, la denominación “sociología de la traducción” resulta más bien un indicador de la visión en la que se inserta la traducción y del origen de las herramientas teóricas con las que se estudia.

He tratado de comentar brevemente el recorrido que se ha hecho para llegar a lo que hoy se conoce como sociología de la traducción. La investigación que pretendo realizar tiene como marco esta perspectiva. De los diferentes puntos de partida que ofrece este enfoque, delimitaré a continuación aquellos que son útiles para este trabajo.

1.2 Orientaciones de la sociología de la traducción

Entre los supuestos de la sociología de la traducción, me será útil pensar la traducción como un proceso de transferencia de bienes, tanto culturales como simbólicos; lo cual implica “conocer y describir la participación en la gestión y el intercambio de productos culturales de los individuos y de las instituciones, así como la forma en que ellos mismos se ven afectados por dichas actividades” (*ibid.* 52). En este contexto, considero a las traducciones impresas en las publicaciones periódicas como bienes culturales en los que pueden observarse las dinámicas de los agentes que hacen posible su producción y, por lo tanto, atender dos interrogantes centrales: ¿por qué se traduce un texto y no otro? Y ¿por qué se publican textos traducidos?

No dejaré de lado, pues, la relevancia que tienen los individuos, llamados agentes desde esta perspectiva, pero considero que habrá ocasiones en las que rastrear a aquellos anónimos, que son responsables de varias traducciones publicadas en la prensa y en la publicación aquí elegida, será una tarea prácticamente imposible. El escrutinio de los actores involucrados en

los procesos sociales se ha llamado “sociología de los agentes” y, en el caso de los Estudios de Traducción, ha sido una orientación común en los trabajos históricos (Wolf, “Introduction...” 14). El seguimiento de traductores, escritores, redactores, editores, etc. permite no sólo elaborar las contextualizaciones de la tesis, sino también ofrecer explicaciones sobre el papel de la traducción en nuestro país. Otras dos directrices importantes son la sociología del proceso de traducción y la sociología del producto cultural. Debido a que en esta tesis no examinaré las traducciones en su aspecto textual o lingüístico, la segunda orientación será la que me ayudará a definir funciones de la traducción y su relevancia en la producción de bienes culturales que circulan en transferencias inter, intra y transnacionales y que, al llevar consigo información y conocimiento, previamente manipulado, es decir, seleccionado y editado, contribuyen en la formación de identidades, ideas e ideologías (*cf. ibid.* 16-17).

En el marco de la sociología del producto cultural, según los posibles temas de estudio que señalan Cruces Colado, Parada y Díaz Fouces, identifiqué esta investigación sobre todo con los siguientes (*cf.* 53-55):

1) Las relaciones entre la traducción y el ejercicio del poder, en las que se observan las dinámicas que favorece esta práctica en ciertos campos, como puede ser la legitimación, homogenización, invisibilización, etc. Lo anterior será útil para identificar factores extratextuales y agentes, junto con sus objetivos, que inciden en la traducción o selección de textos traducidos y, de esta forma, ofrecer una explicación del papel que desempeñan.

2) Los usos sociales y el *habitus* cultural, el estudio de estos elementos ayudará a exponer los efectos que ocasiona privilegiar una lengua sobre otra o en las implicaciones de la presencia constante de traducciones en la prensa decimonónica mexicana, el público esperado de estos textos, etc.; así como a evidenciar las restricciones y condiciones respecto a lo que es aceptable o visto como cultura, ciencia, arte o literatura, en sus grupos sociales.

En síntesis, la importancia de analizar los aspectos sociales de la traducción pone a discusión el papel activo que tienen los traductores y otros individuos en el proceso traductor, y evalúa el impacto que tienen las condiciones externas tanto en los agentes, como en el proceso y los productos. En el desarrollo de una sociología de la traducción, los investigadores han recurrido a postulados y herramientas teóricas de sociólogos y otros

científicos sociales; entre ellos, sin duda Pierre Bourdieu “ha brindado uno de los marcos teóricos más influyentes para estudiar los factores que condicionan las relaciones de poder inherentes tanto en la práctica como en la teoría de la traducción” (Wolf, “Introduction...” 12). Más adelante, mencionaré y discutiré los conceptos bourdieusianos y de André Lefevere utilizados en la descripción de prácticas, situaciones y dinámicas en torno a la traducción y la actividad editorial del siglo XIX, relacionadas directa o indirectamente con *La Época Ilustrada*. Por ahora, explicaré sucintamente la pertinencia de las publicaciones periódicas como objeto de estudio ya que en los Estudios de Traducción en México han sido poco revisadas⁴.

1.3 ¿Por qué estudiar publicaciones periódicas?

Entiendo las publicaciones periódicas como aquellos documentos, sin importar su naturaleza, que se imprimen con cierta frecuencia. Laurence Coudart dice sobre el calificativo *periódico* que se imprime “con regularidad e insistencia” (21). Las dos palabras juntas son transparentes y funcionan como un hiperónimo que abarca periódicos, revistas, folletos, álbumes, etcétera. La utilidad de esta acepción reside en la posibilidad de referir a todo un conglomerado de impresos, y sirve, sobre todo, para el siglo XIX, ese “siglo de la prensa periódica” (*ibid.*) en el que no había la misma preocupación o búsqueda académica de hoy por distinguir géneros y soportes, lo que significaba otra clasificación de las prácticas, productos editoriales y géneros literarios. En el siglo XX, el interés desde lo académico por delimitar la naturaleza de las publicaciones y sus formatos permite diferenciar sin mucho esfuerzo entre periódico, suplemento cultural, revista, revista cultural, revista académica, etc.

Un aspecto importante que debe mencionarse sobre las publicaciones periódicas como un objeto de estudio es el contraste, respecto a su legitimidad, que existe entre los distintos centros académicos. Por ejemplo, Pluet-Despatin en 1992, desde una perspectiva francesa,

⁴ Esto no quiere decir que las revistas no hayan sido ya objetos de estudio para esta disciplina, como lo muestran los trabajos de María Constanza Guzmán con las revistas *Mito*, de Colombia, *Casa de las Américas*, de Cuba y *Crisis*, de Argentina; así como los de Patricia Wilson con la argentina *Sur* (y la editorial del mismo nombre). Asimismo, las tesis de Xitlalitl Rodríguez Mendoza y Juan Francisco Rangel Yáñez, compañeros en la Maestría en Traducción de El Colegio de México, también suponen un aporte valioso para las publicaciones periódicas mexicanas del siglo XX, en este caso con el estudio de *Bandera de provincias* y *El corno emplumado*, respectivamente.

no cree necesario ya explicar el “rol específico e irremplazable en la vida intelectual” (1) que desempeñan las revistas; mientras que Bedoya Sánchez, colombiano, en 2012 aún incluye en un artículo una justificación para este objeto de estudio, su importancia para el análisis de lo social: “tal como lo establece la sociología de la literatura, las publicaciones periódicas son ‘instituciones’, instrumentos de influencia en los procesos sociales y culturales de las sociedades” (136). Aún más, en el volumen *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)* de 2014, una breve introducción califica estas investigaciones como relevantes “para la comprensión integral de los procesos culturales” por ser “formas específicas de la cultura impresa de la modernidad” (8).

Más allá de las discusiones en torno a su valía como objeto de estudio, los trabajos sobre prensa periódica han tenido diversos enfoques metodológicos desde la historia, la filosofía, la sociología, los estudios literarios, que, como bien observa Delgado, obedecen a la formación de los investigadores que se han interesado en el tema (11). Agudelo Ochoa y Castro, en una revisión de los estudios sobre prensa que se han hecho desde lo literario en México, concluyen que los impresos decimonónicos han recibido mayor atención que los del siglo XX y sugieren dos razones: el protagonismo del que gozan para la época y el papel restrictivo de las leyes de propiedad intelectual para objetos de estudio en los siglos XX-XXI (68).

Al pensar en las revistas y, por extensión, en las publicaciones periódicas como instituciones, se descubren nuevas posibilidades para el estudio de su producción, su posición y las relaciones que fundan y mantienen. Las publicaciones periódicas implican trabajo colectivo y se convierten en repositorios de todo un conjunto de ideas, muestra de un contexto delimitado, que conviven en un mismo espacio, lo cual asegura su permanencia en el tiempo. Por ello, las revistas también han sido un objeto muy apreciado por los historiadores y, más recientemente, en la historia de las ideas, la cual rastrea la actividad de los intelectuales con el propósito de describir las nociones que tenían de un tema específico en cierto momento (cf. Pita González 77-79). Con todo y su polisemia⁵, el concepto de “red” ha sido útil para

⁵ En los Estudios de Traducción, la teoría actor-red (ATN) de Bruno Latour ha tenido una influencia importante (cf. Wolf 23-25). Pym igualmente dedica un capítulo de su *Method in Translation History* a la reconstrucción de redes como uno de los métodos para conformar una historia de la traducción (cf. 86-105). Para Pym, la prensa es un ejemplo claro: “Las publicaciones periódicas no eran sólo grandes textos colectivos; eran pequeños grupos sociales que se relacionaban con otros pequeños grupos sociales, formando así una cadena que puede trazarse

distintos investigadores a la hora de estudiar publicaciones periódicas, aunque, como señala Pita González, ha competido con otros como *campo intelectual* de Pierre Bourdieu y *formación cultural* de Raymond Williams, que, si bien tienen “un punto de origen diferente al del concepto de red, comparten un principio fundamental: el actor social se encuentra relacionado dentro de un complejo sistema de interacciones” (79). Estos conceptos pueden convivir en tanto cuentan con distintas procedencias. Pensar las publicaciones periódicas como redes, permite “observar la activa participación de los intelectuales, quienes utilizaban las revistas para definir su participación al interior del campo intelectual, así como al exterior de éste, en relación con otros grupos de poder (económicos, políticos, sociales)” (*ibid.* 80).

Respecto al siglo XIX, la relevancia de la prensa y sus impresos cobra mayor importancia, pues representan el vehículo más efectivo de expresión y circulación de ideas, de ahí el gran interés que suscita a la historia cultural e intelectual; no se debe perder de vista, sin embargo, que, a pesar de esta relevancia, ligada también al rol difusor de las publicaciones periódicas, éstas no son representativas de toda una sociedad, sino solamente de una parte de ella:

La prensa periódica decimonónica [...] es una herramienta de difusión, de divulgación y de promoción, accionada por sectores letrados que difunden consignas y buscan ratificar o rectificar normas de creencia. En este sentido, la prensa refleja en primera instancia a sus promotores y sus eventuales redes, sus intereses y sus representaciones culturales propias, es decir, a una parte reducida de la sociedad que se declara autorizada, erigiéndose en guardia o en vanguardia (Coudart 22).

En resumen, la conformación de las publicaciones periódicas como espacios de interacción social y agentividad es una razón poderosa para continuar su estudio y diversificar las perspectivas desde las que se abordan. De ahí que, desde los Estudios de Traducción, la investigación sobre publicaciones periódicas sea capaz de arrojar resultados de gran interés sobre el desarrollo de la práctica traductora, toda vez que las traducciones formaron parte elemental de varias publicaciones.

de Chile a Europa y a Australia, aunque pocas personas en ese momento pudieran ser conscientes de la extensión total de la red” (88-89).

1.4 El campo de Bourdieu

Como se mencionó, la sociología de la traducción se ha nutrido en buena medida del trabajo de Pierre Bourdieu. Si bien este teórico nunca habló específicamente de la traducción, sus postulados han contribuido al desarrollo de muchas investigaciones de los Estudios de Traducción por las múltiples lecturas posibles y sus observaciones acerca de lo social, que abarcan variados y numerosos aspectos. Por ello, en ocasiones, cuando en los Estudios de Traducción se emplean conceptos de teóricos influyentes y con una cantidad amplia de publicaciones, su aplicación puede complicarse por el desarrollo constante de algún concepto, que lo modifica o lo lleva en direcciones distintas; por ejemplo, las posiciones de Bourdieu ante el periodismo, mencionadas más adelante. Así pues, intento aquí fijar ciertos conceptos que me permitan examinar mi objeto de estudio; para ello, me valgo de los textos del propio autor, así como de interpretaciones de otros académicos.

Bourdieu calificó en algún momento su trabajo como “estructuralismo constructivista o constructivismo estructuralista” (“Social Space...” 14). Lo estructuralista se encuentra en la existencia de estructuras objetivas que guían o constriñen las prácticas de los *agentes*, entendidos aquí como integrantes, con capacidad de acción, de un grupo social. Lo constructivista estriba en una visión dual de la sociedad: por un lado, dice el teórico, “los esquemas de percepción, pensamiento y acción que son constitutivos de lo que llamo *habitus*”, por el otro, “estructuras sociales y particularmente lo que llamo campos” (*idem*).

En estas citas, Bourdieu alude a conceptos fundamentales en su concepción de la sociedad, con base en la “realidad social” de Durkheim (*ibid.* 16), vista como un conjunto de relaciones definidas en una posición específica del espacio. De esta mirada relacional, se desprende el concepto *campo*, que se define como “un espacio social con una estructura y una legalidad específica que se caracteriza por una serie de tensiones y rivalidades entre diferentes actores, cuyo fin es la acumulación y monopolización del tipo de capital autóctono (político, económico, cultural) ofrecido por dicho microcosmos” (Pecourt 28). Las relaciones que ocurren dentro de un campo se configuran según el capital poseído por sus agentes, Bourdieu apunta:

Estas relaciones objetivas son las relaciones entre posiciones ocupadas dentro de las distribuciones de los recursos que son o pueden volverse activos, efectivos, como ases

en un juego de cartas, en la competencia por la apropiación de bienes escasos situados en este universo social. Estos poderes fundamentales, según mis investigaciones empíricas, son el capital económico (en sus diferentes formas), capital cultural, capital social y capital simbólico, es decir, la forma que toman varios tipos de capitales cuando se les percibe y reconoce como legítimos. De esta manera, los agentes se distribuyen en el espacio total social, en un primer nivel, según el volumen total de capital que poseen y, en un segundo nivel, según la estructura de su capital, es decir, el peso relativo de los distintos tipos de capital, económico y cultural, en el volumen total de sus recursos (“Social Space...” 17)⁶.

Bajo las premisas anteriores, Bourdieu se propone combatir la idea del mundo social como un mundo natural, percibido así debido al *habitus*⁷ y la disposición de los agentes de acuerdo con sus capitales. La lucha que se libra dentro de los campos es una lucha por adquirir el mayor *capital simbólico* ya que de éste depende la capacidad de desarrollar una agenda, eso que se denomina a veces poder de constitución, lo que permitirá la imposición de determinadas visiones del mundo y de aquello que es digno de reconocerse (*cf. ibid.* 18-24).

Quede así delimitado el concepto base *campo*; me propongo entonces explicar qué tipos de campos son más productivos para esta tesis, considerando que la escritura y la traducción como prácticas culturales del México de fines del siglo XIX apenas habían iniciado su consolidación; para ello, será útil preguntarse en dónde se configuraba ese “poder de constitución”, es decir, quiénes y cómo dictaban las tendencias que terminaban por erigirse como modelos o prácticas regulares.

⁶ Ensayo aquí una exposición brevísimas de los tipos de *capitales* que Bourdieu identificó. El *económico* está relacionado directamente con el dinero; el *cultural* puede subdividirse en tres categorías: el incorporado, que no puede delegarse pues es la acumulación de bienes culturales por medio de la formación, lo que significa una inversión de tiempo para obtenerlos; el objetivado, referido a bienes materiales representativos de lo cultural y por lo tanto transferibles; y el institucionalizado, que es aquel que toma la forma de certificaciones académicas. El *social* se encuentra en la suma de recursos relacionados con la posesión de una red durable de relaciones de reconocimiento y conocimiento mutuos (*cf.* Bourdieu, “The forms of capital”). El capital simbólico, por otro lado, en realidad no es un tipo más, sino “un modo de enfatizar ciertos rasgos relacionales del capital en general” (Fernández Fernández 35), de ahí que pueda ser económico, cultural o social, con la característica esencial de que debe ser reconocido por los demás como valioso.

⁷ El *habitus*, además de ser el conjunto de esquemas de pensamiento, percepción y finalmente, acción de los agentes y una parte esencial del espacio social, representa también, en cada época, una actualización de la historia, pues se deriva de las prácticas que llevaban a cabo agentes del pasado (*cf.* Rodríguez 2-3).

1.4.1 Campo intelectual, campo cultural, campo periodístico

Entre los distintos tipos de campo de los que se ocupó Bourdieu, destaco el *campo intelectual*, en primer lugar, porque fue abordado en uno de los textos paradigmáticos de su obra, “Campo intelectual y proyecto creador” (1966), en segundo porque guarda una estrecha relación con el campo cultural o campo de la producción cultural y, en tercero, porque sirve para explicar el contexto y posición de la prensa periódica del XIX y, en este caso específico, de *La Época Ilustrada*.

En su artículo de 1966, Bourdieu estudia las características y la función del campo intelectual, sobre todo con relación a lo que él llama “proyecto creador”, es decir, la obra que pretende llevar a cabo un artista⁸. Así pues, el campo intelectual, como el cultural, genera un producto dual. Por un lado, está su valor en el mercado y por el otro, su significado, que condiciona su funcionamiento interno:

[L]as relaciones entre cada uno de los agentes del sistema y los agentes o las instituciones total o parcialmente externas al sistema, siempre están mediatizadas por las relaciones que se establecen en el seno mismo del sistema, es decir, en el interior del campo intelectual, y la competencia por la legitimidad cultural, cuya apuesta y, al menos en apariencia, cuyo árbitro, es el público, nunca se identifica completamente con la competencia por el éxito en el mercado (Bourdieu, “Campo intelectual...” 15).

Como todo campo, el campo intelectual buscará su autonomía que, en este caso, representa el acotamiento de los agentes y su enclaustramiento, es decir, “[e]l alejamiento del público y el rechazo proclamado de las exigencias vulgares que fomentan el culto de la forma por sí misma, del arte por el arte [...] vienen acompañados de un estrechamiento y una intensificación de las relaciones entre los miembros de la sociedad artística” (*ibid.* 16). Esto, como se verá más adelante, tendrá como efecto la división de los productos del campo, así como la aparición de “pequeñas sectas cerradas en su esoterismo, al mismo tiempo que aparecen los signos de una nueva solidaridad entre el artista y el crítico o el periodista” (*idem*), estos últimos son agentes que tienen una importancia definitiva en la vida cultural del periodo decimonónico.

⁸ Este texto no sólo ayudó a entender las relaciones entre los creadores, la sociedad y sus obras, sino que abonó al desarrollo de las propuestas bourdieusianas.

Respecto a la situación mexicana de fines del siglo XIX, que es en donde se ubica *La Época Ilustrada*, pareciera osado pensar en un campo intelectual ya bien definido, justamente porque hay una preocupación por consolidar una identidad nacional y construir una ciudadanía de una nación que apenas medio siglo atrás había conseguido su independencia. Quizá una prueba de ello sea que en la mayoría de las creaciones artísticas de la época (plasmadas por lo regular y primeramente en las publicaciones periódicas) aún no se “saca al público del juego” (*ibid.* 17). Aunque hay una evidente interacción de los *intelectuales* y escritores en el espacio de la prensa, la cuestión del “arte por el arte” no tomó fuerza sino hasta unos pocos años después del contexto del semanario aquí estudiado⁹. Bourdieu sitúa a la prensa periódica en dos caminos posibles concernientes a su proyecto creador (cuestión que será también constitutiva del campo intelectual); uno orientado a la búsqueda del reconocimiento interno, es decir, la admiración de pares y una mejoría dentro del propio campo, y el otro al reconocimiento externo, basado en las expectativas sociales: “es posible encontrar todos los matices, entre obras exclusivamente determinadas y dominadas por la representación [...] de las expectativas del público, como los periódicos, los semanarios y las obras de gran difusión, y las obras enteramente sometidas a las exigencias del creador” (*ibid.* 19).

Así pues, lo publicado en semanarios estaría sujeto más a una lógica mercantil, y menos a una de estatus en el campo, que estriba en las preferencias de los lectores, ávidos de participar en el debate público. Resulta evidente que las traducciones intervendrían también en esta dinámica, pues, en tanto productos culturales, representan la posibilidad de generar capital económico o simbólico dentro de un campo. No obstante, los condicionantes no se reducen solamente al gusto del público:

existe casi siempre, hasta cierto punto, en toda sociedad, una pluralidad de potencias sociales, a veces concurrentes, a veces concertadas, las cuales, en virtud de su poder político o económico o de las garantías institucionales de que disponen, están en

⁹ Entiendo *intelectuales* como los define Pecourt, con base en Charle, “aquellos agentes procedentes del mundo de la cultura que adquieren cierto reconocimiento público y autoridad moral gracias al prestigio conseguido en su disciplina artística, literaria, científica o filosófica” (24). Si bien no me atrevo a pensar en campos totalmente delimitados en la segunda mitad del siglo XIX en México, sí diría que la prensa se convirtió en el espacio idóneo de discusión en el que los agentes obtenían reconocimiento, que podía devenir en legitimación; de esta manera se conformaron los primeros intelectuales mexicanos; proceso que tampoco fue ajeno en muchas naciones occidentales: “En un principio, el crecimiento explosivo de la prensa y el periodismo facilitó la aparición del intelectual, tal como lo conocemos hoy en día, convirtiéndose en el soporte básico para el ascenso del nuevo grupo social que formaban los trabajadores intelectuales” (Pecourt 28).

condiciones de imponer sus normas culturales a una fracción más o menos amplia del campo intelectual (*ibid.* 31).

Las limitaciones de otros campos restringen también lo que se traduce y lo que se publica, aspecto por demás interesante para analizarse en *La Época Ilustrada* y exponer las ideas que podría haber transmitido a sus lectores.

El campo intelectual, pues, con sus relaciones específicas y su incesante búsqueda de la autonomía está muy ligado al *campo cultural* en tanto que “mantiene una relación de interdependencia con una de [sus] estructuras fundamentales [...], la de las obras culturales” (*ibid.* 33). Llamado también, para una mejor definición en su estudio, como *campo de producción cultural*, la noción puede ser un poco escurridiza¹⁰, pero convengamos en que los distintos campos culturales “en su forma más autónoma, [...] se caracterizarán por una lógica de funcionamiento inversa a la que impera en el campo económico. En lugar de beneficios materiales, los miembros de estos espacios lucharán por variedades específicas de capital simbólico, como el reconocimiento” (Pecourt 29).

Bourdieu se ocupó de los campos culturales en varias ocasiones y, por razones que se coligen de lo anterior, lo relacionó en buena medida con la figura del intelectual. Estos agentes publicaban en la prensa, desde donde ejercían una influencia que les permitía conquistar otros espacios, su relación “con las esferas económicas y políticas, su grado de autonomía o heteronomía respecto a ellas, afect[ó] [...] las características internas de su trabajo, el contenido y la intención de sus obras” (*idem*). De aquí que la posición del intelectual:

en el espacio social es muy contradictoria. Aunque son parte del grupo dominante, compartiendo intereses y proyectos del futuro con ellos, se mantienen subordinados a los mundos del dinero y la política. Por esta razón, Bourdieu definió a los poseedores de capital cultural como la ‘fracción dominada de la clase dominante’ (*idem*).

¹⁰ Como muestra, esta consideración: “En una entrevista que le hicieron a Bourdieu en 1986, define al campo de producción cultural como lo que otrora se llamara ‘república de las letras’ y distingue en él al campo artístico, campo literario, campo científico, dejando abierto un “etcétera” por el cual se podría incluir el periodístico” (Rodríguez 5). Esto querría decir que, en algún momento, el campo de producción cultural abarcaría los distintos campos que conforman a la sociedad, en el marco de un entendimiento amplio del concepto *cultura*.

Como difícilmente podría rastrearse a un productor cultural del México decimonónico que se dedicara solamente a la traducción, pues los roles de quienes se adherían al espacio de la prensa variaban, podríamos pensar en traductores-intelectuales en ese momento, y así homologar los efectos que tenían las constricciones en los intelectuales con los que aquejaban a los traductores. Resulta importante también, por su relación con la prensa, resaltar que, en su producción de bienes, hay una oposición entre el *subcampo de producción restringida* (es decir, producción para productores, búsqueda más orientada a la consagración entre pares) y el *subcampo de la gran producción o de la producción en masa* (producción para no productores, condicionada por un público y el flujo de capital económico). Además de esta división interna, que en mayor o menor medida se replica en otros campos, hay que considerar que cada uno de ellos busca preponderancia, todos están en constante lucha entre sí y sus agentes actúan con el propósito de detentar una mejor posición cimentada en los capitales acumulados. No es difícil entonces, considerar un tercer campo en interrelación con el campo intelectual y los campos culturales, el *campo periodístico*, este último, de hecho, en algún momento se le considera como un subcampo del campo de producción cultural:

En *La distinción* (Bourdieu, 1979) ubicaba a los diarios sobre todo como productos culturales de una especie particular, caracterizada por “la lógica de la competencia por los anunciantes y por los lectores” lo que los obliga, tal como lo determina el subcampo de la gran producción, a trabajar incesantemente por “ampliar tanto como fuese posible su clientela, en detrimento de sus competidores [...] al precio de plagios, disimulados o no, de temas, de fórmulas e incluso de ‘préstamo’ (‘pirateo’) de periodistas” (Bourdieu, 1979: 232) (Andión Gamboa 203).

El sociólogo francés también encuentra una dicotomía desde la estructura inicial del campo periodístico en el siglo XIX; por un lado, estaban los impresos que gozaron de tirajes voluminosos a partir de la explotación del amarillismo y por el otro, había una prensa que determinaba valores propios para poder ejercer una libertad de expresión (Andión Gamboa 208-209). A pesar de las disquisiciones varias que Bourdieu enunció respecto al periodismo, “se le hizo difícil situar al campo periodístico con justeza y analizarlo con más detenimiento, pues lo consideraba una entidad doble: potente y peligrosa” (*ibid.* 195)¹¹.

¹¹ “En el ensayo *Sobre la televisión*, que conforma su acercamiento directo al tema, [Bourdieu] buscará aplicar su teoría de campos sociales al campo periodístico, [...]. Pasó a estudiar no tanto al periodismo en sí y menos aún a los periodistas, sino la conformación del campo periodístico y al estado en que se encontraba” (Andión Gamboa 207).

Dentro del campo periodístico convergen entonces dos oposiciones, una apunta hacia una posición autónoma, es decir, una libertad de expresión en la que se ejerza la labor periodística de manera independiente y sin seguir una agenda dictada por el poder económico o político, mientras que la otra apuesta por una posición heterónoma, anclada en la ley de oferta-demanda en la que lo publicado se alinee con aquello que asegure ventas y una protección económica por medio de publicidad o patrocinios. Este conflicto determina, entre otras cosas, aquello que será publicado, por ejemplo, en el caso de *La Época Ilustrada* podría postularse, aunque la investigación no arrojó la validez o no de esta hipótesis, que la razón por la que en ciertos números aparecen traducciones de poesía alemana precedidas de semblanzas biográficas de sus autores pueden atribuirse ya a una causa estética, ya a la subvención de algún grupo, o ya a un mero afán informativo. Por lo discutido previamente, Bourdieu ve en los periodistas una figura limítrofe:

situados en un lugar incierto entre el campo periodístico y los campos especializados [literario, filosófico, etc.] [...]; están en disposición de ejercer dos efectos importantes: por una parte, introducir unas formas nuevas de producción cultural [...]; por otra parte, imponer, en particular a través de sus juicios críticos, unos principios de valoración de las producciones culturales que [...] tienden a reforzar el efecto de los índices de audiencia o de la *bestseller list* sobre la recepción de los productos culturales y también, indirectamente y a medio plazo sobre la producción, al orientar las decisiones [la de los editores por ejemplo] hacia productos menos exigentes y más vendibles (*ibid.* 215).

¿No podría homologarse esta figura limítrofe del periodista a la del traductor? Al menos, en el siglo XIX sería útil en función de los distintos roles de los agentes en el campo: en tanto un traductor también se hubiera desempeñado como redactor o editor, podría ejercer ese doble efecto de innovación e imposición y, derivado de eso, decidir las traducciones que se publicaban, así fueran propias o recogidas de otras fuentes.

Las consideraciones anteriores valen sobre todo, en aquel siglo, para la publicación de textos propiamente periodísticos, con una audiencia principalmente no productora (recordemos los subcampos de producción cultural): “El que podría ser el mercado interno es de un carácter muy débil, pues ni los periódicos ni los periodistas escriben para lograr la admiración de los otros periodistas”. En esta cuestión reside la distinción con un campo literario en el que “se escribe o se crea en muchos casos para lectores que aún no existen, para demandas que aún no se han conformado, para la fama póstuma” (*ibid.* 221, n10). La

diferencia entre campos parece clara; sin embargo, ¿cómo separar al campo periodístico del literario en el siglo XIX? Por décadas, la producción literaria se instaló en las páginas de las publicaciones periódicas y es en esa producción donde la traducción ocupaba más espacio en dicho siglo. En la prensa, textos periodísticos y literarios convivían y se sujetaban también a constricciones políticas y económicas, antes de que los novelistas y poetas encontraran un nicho exclusivo y dieran el salto de los periódicos y semanarios al libro, al menos en lo que refiere a la publicación primera de sus proyectos creadores, ya que en realidad nunca abandonaron por completo el campo periodístico.

Así pues, con sus propias dinámicas, el campo periodístico actúa “como agente político por el modo en que se relaciona a la prensa y al periodismo con la lucha política, que es cuando pasa a ser arma con la cual se da la lucha simbólica por la legitimidad general de la dominación simbólica” (*ibid.* 212). Las publicaciones periódicas mexicanas devinieron en espacios en los que circulaban ideas y distintas posturas; de esta forma ejercieron influencia sobre un público amplio que, una vez captada su atención, era susceptible de dejarse seducir por una cierta agenda. En este proceso, sobre todo en el flujo de ideas y en la formación de ideologías, la traducción se asoma como un elemento relevante y, por tanto, digno de ser estudiado.

1.4.2 El espacio fronterizo entre campos

Para cerrar este apartado de teoría bourdieusiana, quisiera exponer algunos apuntes respecto a los vacíos que en momentos presenta el sociólogo francés al respecto de la estructura de los campos y cómo ello propicia una conceptualización metafórica de la traducción y los traductores. Como punto de partida, considero lo siguiente:

aunque Bourdieu reconoce la naturaleza inestable de las fronteras entre campos, en su análisis no prevé la existencia de espacios intermedios, territorios sin ley situados entre dos o más campos, que no comparten las mismas leyes de funcionamiento que los campos originales o paradigmáticos. En una ocasión, Bourdieu identifica la presencia de *instituciones bastardas* en estos ámbitos, es decir, instituciones que consiguen redefinir la racionalidad del campo paradigmático en donde están emplazadas, desarrollando sus propias lógicas de acción e interacción (Bourdieu, 1996: 51). Encuentra estas regiones en los salones literarios del París decimonónico, situadas entre los campos político, económico y cultural, y tiende a interpretar estas instituciones como excepciones y extensiones ilegítimas a través de las cuales los

campos más poderosos de la sociedad se infiltran en los más débiles, introduciendo sus formas de poder específicas (Pecourt 34, las cursivas son mías).

Esos “espacios intermedios”, “territorios sin ley” van a ser ocupados muchas veces por los traductores, mediadores que deben aprender y aprehender las “leyes de funcionamiento”, es decir, el contexto cultural, de los textos originales para llevar a buen puerto su trabajo. La traducción es una de tantas *instituciones bastardas*, pues siempre está supeditada a distintos campos sin pertenecer en su totalidad a uno solo, pero de todos modos desarrolla “sus propias lógicas de acción e interacción”.

La idea de que la traducción y los traductores ocupen intersticios lleva ya algunos años en discusión dentro de los ET. Los términos que se importaron sobre todo de orientaciones poscoloniales y feministas fueron el espacio intermedio (*in-between* en inglés) y un tercer espacio, sobre todo de los textos de Homi Bhabha y de Gayatri Spivak. Wolf, por ejemplo, retoma propuestas de la etnografía para ilustrar la hibridización de dos culturas; según ella, tanto para el traductor como el etnógrafo “la traducción entre dos diferentes culturas [...] consiste idealmente en la producción mutua, dialógica del discurso” (Wolf, “Chapter 7. The *Third Space...*” párrafo 10); en esta posición, el etnógrafo y el traductor son lectores de una cultura otra y deben representarla ya sea en la propia o en una distinta. De ahí que vea el tercer espacio de Bhabha, entendido como un lugar más allá de fronteras culturales que no puede reducirse a uno mismo ni a la otredad en el que se produce significado, como “una ubicación potencial y un punto de partida para estrategias poscoloniales de traducción” (*ibid.* Párrafos 20-21).

Posteriormente, Wolf incluye el concepto de negociación del mismo Bhabha para calificar a ese Tercer Espacio también como el lugar en el que los traductores y otros agentes relacionados discuten y conciertan una traducción (“Chapter One. Interference...” 15), al igual que el espacio en donde se crean identidades fluidas (*ibid.* 18). Esta concepción del lugar distinto que ocupan los traductores ha tenido mucho impacto en los ET y, al mismo tiempo, ha encontrado resistencia. Acaso la más reconocida es la de Maria Tymoczko, quien entiende mayoritariamente el espacio intermedio o el Tercer Espacio como ubicaciones reales, físicas, lo que la lleva a desglosar las implicaciones que conlleva esa concepción y a buscar las posibles causas para que los términos se hayan popularizado en los ET; entre ellas,

la que menos ahonda en espacios físicos, es aquella de la influencia del posestructuralismo, corriente teórica que buscaba alternativas a las posiciones binarias del estructuralismo y la lógica clásica, “ese marco conceptual logró que el término *en medio*¹² fuera útil, aludiendo a la incertidumbre que se asocia inevitablemente con las construcciones culturales” (Tymoczko 194). Al concebir al lenguaje como sistemas, Tymoczko no encuentra la manera en que haya un tercer espacio, pues siempre se pasa de un sistema a otro, de ahí una de sus críticas importantes, pues piensa que el concepto del espacio intermedio “nos devuelve a nociones retrógradas platónicas de significado que eran populares en el siglo XIX, en el que los significados e ideas se pensaban como existencias aparte y sobre cualquier formulación lingüística” (*ibid.* 197).

La autora concluye, por tanto, que el discurso de la traducción como espacio intermedio propicia la visión romántica del traductor, cercano entonces a los poetas, como un elegido, noción que considera también elitista. Frente a ello, Tymoczko posiciona a los estudios descriptivos de traducción como una respuesta, ya que estos han probado que las traducciones siempre están asentadas en espacios específicos y la afiliación de los traductores a un espacio cultural ya existente (*ibid.* 199-200). Karen Bennett, años más tarde, contestará en un artículo a Tymoczko que ha hecho una mala interpretación del concepto de espacio intermedio, en principio por leerlo como un lugar geográfico o tangible, en vez de entender que “opera en el nivel simbólico del discurso, por el cual las instituciones construyen activamente sujetos y limitan aquello que puede decirse sobre ellos” (45). Bennett realiza una distinción importante entre la escuela anglosajona, más apegada al realismo lingüístico, y la francesa, en la que el significado se genera dentro del sistema de signos sin que deba por fuerza corresponderse a una realidad extralingüística. En esa distinción y con un sesudo análisis, Bennett encuentra el equívoco de Tymoczko y así defiende los espacios intermedios y la pertinencia del concepto en los ET.

Para efectos de esta tesis, concuerdo con Bennett en que no se debe entender un espacio intermedio como un espacio físico, de esta manera funciona la analogía del traductor y su labor como una *institución bastarda*, en términos de Bourdieu. Algunas consideraciones de Wolf también son útiles en tanto el traductor no deja de ser un mediador cultural. No obstante,

¹² En el original, *between*.

la advertencia de Tymoczko sobre la visión romántica y elitista de la figura del traductor ayuda a caracterizar el estatus de *institución bastarda* de la práctica traductora como un atributo más, sin que se le califique como una cualidad o defecto.

He expuesto las peculiaridades de tres campos en los que considero que las publicaciones periódicas del México decimonónico y, por extensión, *La Época Ilustrada*, se sitúan. Por supuesto, tomo con cierta precaución la delimitación exacta de estos campos, sobre todo en el contexto nacional, en el que me parece que, a finales del XIX, apenas comenzaban a delimitarse y a entrar en una dinámica de competencia. Cómo se inserta ahí la traducción es una de las cuestiones que pretendo desenmarañar en las siguientes páginas, atendiendo a interrogantes como las siguientes: ¿qué lugares ocupan los agentes? ¿qué capitales, posición y, por tanto, poder ostentaba *La Época Ilustrada* y qué tipo de relación establecía con la traducción? ¿a quiénes se dirigía el semanario y por qué publicaba traducciones?

Un hecho incontrovertible es que alrededor de *La Época Ilustrada*, así como de toda la prensa, como producto cultural y productora cultural a la vez, se tejía una red de agentes que participaba en distintos niveles para que se elaborara, imprimiera y circulara semanalmente la publicación. Sabemos entonces cómo se estructura el semanario, pero falta conocer su proyección. He tratado de establecer analogías, más o menos afortunadas, entre la traducción, los traductores y otros agentes con los espacios fronterizos y las “instituciones bastardas” en la medida en que estos individuos o no figuran o lo hacen poco en el desarrollo de la teoría bourdieusiana de los campos. El posterior análisis probará qué tan productivo resulta desarrollar estas observaciones, que intentan hacer más flexible, aunque sea de manera mínima y mediante la relación entre los tres campos que he descrito, las propuestas de Bourdieu respecto a la autonomía de estos espacios. Para ayudar en la tarea de explicar el papel de la traducción en *La Época Ilustrada* y, de cierta forma, en las dinámicas de la prensa cultural del siglo XIX, encuentro conveniente el concepto de *mecenazgo* propuesto por André Lefevere.

1.5 El mecenazgo de Lefevere

En 1992, el teórico de la traducción André Lefevere publicó *Translation, Rewriting, and the Manipulation of Literary Fame*, en el que define los conceptos *reescritura*, *mecenazgo*¹³ y *poética*, para examinar aquello que sucede con todos “los de en medio, los hombres y las mujeres que no escriben literatura, sino que la reescriben”. El autor abre su libro con una apreciación de estos agentes: “ellos son, actualmente, responsables de la recepción general y la supervivencia de obras literarias entre los lectores no profesionales, quienes constituyen la gran mayoría de los lectores en nuestra cultura global” (1).

En efecto, la mayor parte de los lectores en el mundo se sirven de traducciones, y otras reescrituras; a lo largo de su vida, en su formación, en su profesión, en lo cotidiano o por placer, la traducción forma parte esencial de la circulación de textos. Como reescrituras, Lefevere incluye además antologías, críticas, historiografía, procesos de edición, es decir, textos que son manipulados de cierta forma para explicar o presentar otros textos. En la tesis, me permito a veces utilizar la noción de reescritor como sinónimo de traductor, pues no sólo sugiere en efecto la actividad que también está realizando quien traduce, sino que recuerda también la poca especificidad y profesionalización que tenía el oficio en la época, es decir, el peso que tenía otra ocupación por encima del de la traducción. A Lefevere le asombra que el estatus de objeto de estudio legítimo de la traducción haya tomado tanto tiempo; la labor de estos agentes no es menor: “En el pasado, como en el presente, los reescritores crearon imágenes de un escritor, una obra, un periodo, un género, a veces incluso de toda una literatura” (5). Esta capacidad de los reescritores (para efectos de esta investigación, me limitaré a los traductores) hace evidente la necesidad de atender a las causas y motivaciones de sus productos, pues en ellas es posible encontrar algunas respuestas, explicaciones para lo que se ha traducido en una cierta época o aquello que se le ha valorado como traducible, reproducible a otros públicos, a distintos campos culturales.

En tanto que Bourdieu ve a la literatura como un subcampo del campo cultural, Lefevere la concibe como un subsistema social dentro del sistema llamado cultura, controlada por un

¹³ Utilizo *mecenazgo* (*patronage*) según la traducción de María Carmen África Vidal y Román Álvarez, quienes tradujeron esta obra en 1995; a pesar de que no me fue posible consultar esta versión, recuperé el concepto traducido como una manera de respetar su trabajo.

factor interno y otro externo. El primero se compone de los “profesionales”, es decir, críticos, académicos, traductores, los cuales “ocasionalmente reprimirán ciertas obras literarias que se opongan abiertamente al concepto dominante de lo que la literatura debería (permitírsele) ser –su poética- y de lo que la sociedad debería (permitírsele) ser–ideología” (*ibid.* 14). El factor interno está ligado y sujeto al externo, que se compone por las restricciones que actúan desde fuera e imponen sus parámetros. En el caso del sistema literario, el factor externo es el *mecenazgo*, el cual “será entendido como los poderes (personas, instituciones) que pueden promover o dificultar la lectura, escritura y reescritura de la literatura” (*ibid.* 15). Lefevre clasifica a la traducción como una de las varias prácticas de reescritura, junto a la edición, la anotación y otros. Así pues, la relación entre el poder y la traducción que señala este autor con la noción de *mecenazgo* resulta útil para ofrecer algunas explicaciones a la publicación y circulación de textos traducidos; en conjunto con los conceptos ya expuestos del sociólogo francés.

El *mecenazgo* se compone así de tres partes: una ideológica, otra económica y una tercera relativa al estatus social. En la primera parte, se encuentran todas esas ideas, creencias y valores que un grupo social (o agentes de un campo, en términos bourdieusianos) comparte y acepta para organizar sus acciones. Lo económico resulta evidente, traducir y publicar implican un gasto, por lo que el reescritor tiene que encontrar un patrocinio, sea individual o colectivo (el segundo más común en la actualidad: una institución académica, una editorial, etc.). Por último, el estatus se relaciona con la pertenencia al grupo, el reconocimiento obtenido y, por ende, la capacidad de acción que conlleva. Es posible pensar entonces en una combinación de las propuestas de Lefevre y Bourdieu: el *mecenazgo* está compuesto por el *habitus* y los capitales económico y social, potenciales capitales simbólicos.

Para terminar con la exposición de los conceptos de Lefevre, además del *mecenazgo*, existe la *poética* que constriñe a los trabajos literarios desde dentro; aunque determinado en cierta medida por factores externos, este factor interno termina por ser un mecanismo de control inherente a lo literario, que muchas veces puede permanecer invariable ante los cambios que ocurran fuera de ese campo, el autor lo ejemplifica con la forma del soneto, que sigue vigente en nuestra idea y ejercicio de la poesía, a pesar del paso de los siglos (evidentemente, no es el mismo tiempo ahora que el de Petrarca). La poética:

se compone de dos elementos: uno es el repertorio de recursos literarios, géneros, motivos, personajes y situaciones prototípicas y símbolos; el otro, *un concepto de lo que la función de la literatura es, o debería ser, en el sistema social completo. Este segundo concepto influye en la selección de temas que tienen que ser relevantes para el sistema social si se quiere notar siquiera la obra literaria.* En su fase formativa una poética refleja tanto los recursos como la “visión funcional” de la producción dominante literaria en un sistema literario cuando su poética fue codificada por primera vez. Ya que la poética se ha codificado, ejerce una tremenda influencia apegada al sistema en el desarrollo ulterior de un sistema literario (*ibid.* 26, las cursivas son mías).

En esta investigación, esa selección de temas resulta importante para la comprensión de lo publicado en el siglo XIX mexicano; los textos que aparecen en *La Época Ilustrada* debieron sujetarse a estas restricciones o limitaciones poéticas e ideológicas. A pesar de que Lefevre se apoya en la noción de la sociedad y sus componentes como un sistema; considero que tanto el *mecenazgo* como la *poética* son conceptos que pueden convivir con la teoría de campos de Bourdieu. Si bien no pretendo realizar un análisis microtextual, como Lefevre lo emprende en su libro, creo que sus propuestas contribuyen a comprender lo que se encuentra detrás de la preferencia por una forma, por un género, por una lengua de origen en las traducciones, y a revelar bajo qué ideología se están considerando estos textos traducidos y cómo esta misma los condiciona.

Finalmente, con este marco teórico he intentado establecer, a grandes rasgos, lo que se entiende para esta investigación por sociología de la traducción y publicaciones periódicas (junto con su posición como producto cultural y espacio social), así como las herramientas teóricas que se desprenden de la sociología y los ET, tomadas de Bourdieu y Lefevre esencialmente. Considero que estos conceptos son útiles en la producción de explicaciones o, de manera más específica, servirán de base para dilucidar sobre el papel que desempeña la traducción en *La Época Ilustrada*, objetivo general que se persigue con esta investigación.

CAPÍTULO 2. LA PRENSA ILUSTRADA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX EN MÉXICO

La prensa fue una de las grandes protagonistas del siglo XIX, ese periodo tan agitado para el mundo, de conformaciones de identidades nacionales, de luchas independentistas y de avances tecnológicos y científicos. Laurence Coudart sintetiza muy bien el papel de la prensa en estas palabras:

El siglo XIX es indudablemente el siglo de la prensa periódica, una prensa en mutación continua y acelerada cuya historia revela variaciones históricas, en procesos complejos y amplios, en larga y corta duración; todo ello en cada uno de los ámbitos de las actividades humanas: las representaciones de los hechos políticos y jurídicos; culturales y científicos, económicos y sociales. Ahora bien, el periódico, pieza central del sistema editorial, es un medio inscrito en un vasto sistema de información, lo cual rebasa ampliamente las reducidas fronteras del impreso. Es un agente de transmisión y de mediación que interviene e interfiere en la vida de las sociedades y en las conductas de los individuos: en el ámbito del conocimiento como medio de información, y en el de la organización como medio de comunicación. Es así un intermediario -público- con sus atenciones (información) y sus silencios (no información). De modo que cuando es fuente para la historia, el periódico sólo revela en parte el “espíritu” de un periodo y no se puede considerar reflejo totalmente fiel de las realidades: es a la vez caja de resonancia y creador. Dicho de otra manera, en la primera mitad del siglo XIX, cuando se confunden las dinámicas periodísticas y políticas, la prensa evidencia ciertos proyectos pero no todas las realidades sociales y culturales (21).

México participó en esta dinámica tras conseguir su independencia, lo que dio lugar a un incremento en las publicaciones en las ciudades, no sólo de periódicos, sino de distintos impresos como folletos o calendarios, además de las revistas literarias que hicieron su entrada con sus contenidos diversos y atractivos y se multiplicaron durante los siguientes años por todo el país (Suárez de la Torre, “Introducción...” 9). Así, los “papeles¹⁴” inundaron la vida pública con sus contenidos. Se trató de la consolidación de las imprentas y los impresos, y, por ende de varias prácticas editoriales y los agentes encargados de estas; además, era la primera vez que llegaba a un público amplio la expresión de ideas y opiniones, junto con la difusión y divulgación del conocimiento.

¹⁴ Rosalba Cruz Soto explica que el vocablo *papeles* “era común en la época para nombrar aquellos impresos que otros investigadores identifican como panfletos o folletos [...]. Desde principios del siglo XIX se utilizaba el término *papeles* para denominar todo impreso editado, ya fuera por única ocasión, de manera seriada o con una periodicidad bisemanal, semanal o mensual, en cuyo caso se les distinguía como *papeles periódicos*” (58).

Este fenómeno dio paso, además, a una interacción cada vez mayor, entre distintas latitudes geográficas, lo que significaba muchas veces que los individuos que contribuían en, y se beneficiaban de, esta circulación de información se ayudaban con la traducción para lograr que la transmisión de conocimientos y noticias fuera exitosa, por lo que esta milenaria práctica se volvió recurrente en la prensa escrita. Por medio de telegramas y envíos postales, tanto terrestres, como marítimos, el mundo multiplicó sus conexiones. Las líneas de este apartado son un proemio para ubicar el objeto de estudio de esta tesis en su propio contexto histórico y nacional.

La actividad editorial creció exponencialmente en México conforme pasaron las primeras dos décadas del siglo XIX¹⁵; en los siglos anteriores, la dificultad principal que frenaba su avance estaba en la obtención de permisos de impresión bajo el régimen de la Corona española, en sí una forma de censura, la cual se manifestaba también en la autorización que necesitaban los impresos, lo cual motivó que hubiera pocas imprentas, otra razón de la poca diversidad se encontraba también en la escasez de papel (*cf.* Suárez de la Torre, “Introducción...” 10-11). La prensa comenzaría su camino hacia la consolidación a inicios del siglo XIX con la publicación del *Diario de Méjico* en 1805, pero las publicaciones periódicas se multiplicaron visiblemente, junto con los agentes encargados de elaborarlas, hasta un par de décadas después: “No fue sino hasta la consumación de la independencia cuando los impresores proliferaron por la ciudad, cuando se agudizó el interés por manifestar ideas, cuando los impresos de la más diversa índole se desarrollaron” (Suárez de la Torre, “Introducción...” 12).

Las luchas ideológicas y reflexiones sobre la situación y rumbo del país protagonizaron muchas veces los contenidos de la prensa en la etapa que sigue a 1821, esta presencia se extiende un poco más allá de la primera mitad del siglo. La búsqueda y consecuente construcción de una identidad nacional abarcaba todos los aspectos, el económico, el político, el cultural, etc., y estos se vieron reflejados en los periódicos y revistas, pues “las concepciones periodísticas de las élites gobernantes ante todo otorgan a la prensa una función social -de construcción nacional, de ‘ilustración’ y de educación, de foro o plataforma

¹⁵ Esto no quiere decir que no hubiera actividad en los siglos anteriores; desde la disciplina que nos concierne, hay justamente un importante trabajo que tiene por objeto de estudio un catálogo de publicaciones del periodo novohispano: Gertrudis Payàs Puigarnau. *El revés del tapiz: Traducción y discurso de identidad en la Nueva España (1521-1821)*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2010.

doctrinal, de formación y a la vez de control de la opinión pública” (Coudart 22). De esta forma, los impresos cumplieron con este papel, difundiendo ideas, promoviendo el debate, fueron escaparate de las perspectivas y visiones de mundo, diversas y heterogéneas, de la sociedad; esta cualidad los convirtió entonces en testimonios excepcionales de la vida pública, y en ocasiones de la privada, del México decimonónico¹⁶.

Respecto a la segunda mitad del siglo, en los años 1854-1860, Suárez de la Torre considera que hay muy pocas producciones editoriales sobresalientes y lo atribuye a la ley Lares, la cual provocó la censura de contenidos, la clausura de periódicos como *El Monitor Republicano* y la persecución de escritores, lo que impactó negativamente en la actividad editorial¹⁷ (“Introducción...” 17). Sería hasta la década de 1860, después de la Guerra de Reforma, bajo gobiernos liberales —e incluso durante el imperio de Maximiliano de Habsburgo— que este campo se recuperaría: la producción de libros, periódicos y revistas aumenta y con ello, los impresores, agentes en este naciente campo, comienzan a ganar notoriedad, entre ellos figuran José María Andrade, Felipe Escalante, Francisco Díaz de León, Santiago White, José María Sandoval e Ignacio Escalante (Suárez de la Torre, “Introducción...” 17-18).

Aunque, en parte por el ímpetu nacionalista, se tradujeron pocos libros¹⁸, lo cierto es que en las revistas y semanarios culturales de la segunda mitad del siglo XIX la traducción se hizo presente de forma continua, “[e]n esta etapa las revistas se vuelven más especializadas en su temática, sus públicos lectores más específicos y los colaboradores más constantes y cuidadosos en sus entregas. Los distintos géneros literarios encuentran cabida en las nuevas revistas, y autores nacionales y extranjeros tendrán acogida en sus páginas” (*ibid.* 21); así, poemas y narraciones de mexicanos, hispanoamericanos, españoles y otros escritores no hispanohablantes convivían en las páginas de las publicaciones culturales.

¹⁶ Por ello es que en la actualidad la función de los impresos se ha resignificado y se han convertido en fuentes valiosas para distintas investigaciones.

¹⁷ La ley sería abrogada en la Constitución de 1857 y tendría efecto en los territorios controlados por liberales; con el triunfo de los liberales, con Juárez a la cabeza, sobre las fuerzas del Imperio y el posterior fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo, en 1867 la ley fue definitivamente derogada.

¹⁸ Al menos, eso sostiene Laura Suárez de la Torre: “estos nuevos y modernos empresarios [los impresores] se ocuparon de acoger con entusiasmo los artículos, novelas, obras de teatro, ensayos o poesías de autores nacionales. Ya no se traduce tanto a los extranjeros. Se copiarán de Europa los formatos e incluso las temáticas y las teorías literarias, pero lo fundamental de este tiempo es dar una presencia a las empresas culturales mexicanas, a los textos de autores nacionales” (“Introducción...” 18).

Esta brevísima revisión del panorama de la prensa mexicana en el XIX sirve para enmarcar el periodo que aquí interesa y para acotar el tema a las publicaciones periódicas que contaban con ilustraciones. *La Época Ilustrada*, objeto de estudio de la presente investigación, se publica en los años 1883-1885, entre la multiplicación de los impresos a partir de 1860 y la renovación de la prensa en 1890, que significó nuevos diseños en la prensa nacional y la proliferación de grabados y fotografías. En este periodo, el último cuarto del siglo XIX, “el triunfo de las fuerzas liberales desembocó en el longevo régimen porfiriano, que trajo al país la anhelada estabilidad política, con el consabido costo de una ausencia de democracia” (Del Castillo Troncoso 105). Estos años también significan el afianzamiento de la centralización en la Ciudad de México, lo que la hizo rectora de la vida política y cultural de la nación.

El incremento de la población, el auge económico que, en gran medida, favoreció el florecimiento de la vida cultural, así como la modificación del espacio urbano que incentivaba las discusiones públicas y una revisión de las políticas de gobierno, fueron ejes importantes de los últimos años del siglo XIX, por lo que

la prensa representó el espacio de comunicación y de difusión de ideas más importante [...]. Todas las corrientes ideológicas, culturales y políticas acudieron a sus páginas para difundir sus principios, obtener y reclutar nuevos militantes, fieles o creyentes, propagar las nuevas ideas científicas y contribuir a la formación de una incipiente opinión pública, entre otros fines (*ibid.* 106).

Entre este despunte de la actividad editorial en México, uno de los formatos que subsistió a lo largo del siglo fueron las publicaciones con imágenes: 1837 se considera el nacimiento de la prensa ilustrada como práctica común en nuestro país debido a la labor del editor Ignacio Cumplido en *El Mosaico Mexicano*, en donde aparecen regularmente imágenes (*cf.* Pérez Salas 91, Rodríguez González 199)¹⁹. En una primera época de la prensa ilustrada mexicana, que abarca unas tres décadas desde 1830, las imágenes fueron utilizadas como acompañamientos visuales, es decir, ilustraban algún texto científico o biográfico, o se utilizaban para plasmar escenas literarias o paisajes mexicanos y extranjeros (*cf.* Pérez Salas). Asimismo, se inició la configuración de tipos nacionales, imágenes que continuaron varios

¹⁹ La multiplicación de las ilustraciones en la prensa fue posible gracias al avance en las técnicas de imprenta, especialmente la litografía, que el italiano Claudio Linati introdujo en México en 1826, momento en el que empieza la impresión de estampas sueltas.

años más: “[l]os cuadros de costumbres y las láminas de tipos nacionales configuraron la iconografía del periodo. Los avances tecnológicos que se generaron hacia los últimos cuarenta años del siglo XIX impulsaron esta modalidad diarística y diversificaron sus funciones” (Rodríguez González 200).

La inclusión de imágenes²⁰ en la prensa tuvo diferentes efectos en el desarrollo de la industria editorial y del campo periodístico en ciernes; quiero destacar dos por su relevancia para este trabajo. El primero fue el surgimiento de nuevos agentes, “[c]on la inserción de imágenes en las revistas se establecieron relaciones de trabajo diferentes, al integrarse equipos de impresores, literatos e ilustradores que buscaron darle mayor unidad y calidad a la actividad editorial” (Pérez Salas 90). Al respecto, cabe destacar la poca o nula distinción para el momento entre impresor y editor, lo común era que una misma persona asumiera las labores de ambos; otro tanto puede decirse del trabajo de los traductores, pues no era entonces una profesión consolidada y, más bien, los redactores y escritores asumían ese papel. El segundo efecto que quiero mencionar es el buen recibimiento que tuvo la prensa que, hacia finales de siglo, “se pobló de una gran variedad de imágenes que dieron lugar a publicaciones más atractivas y accesibles a las mayorías, en ocasiones con altos índices de analfabetismo” (Ortiz Gaitán 40). La presencia de las publicaciones periódicas se volvió fundamental para la clase ilustrada, como herramienta de expresión y divulgación científica, por ello, su importancia aumentó y hubo una diversificación de sus formatos, diseños y alcances:

Fue la abundancia de imágenes, sin duda, el factor que propició la enorme popularidad adquirida por las publicaciones periódicas de la época finisecular. Estos nuevos periódicos y revistas ilustrados, atenuados su combatividad y contenido político por subvenciones y afinidades ideológicas, representaban el ideal de la “Bella época” a lo que, en nuestro país, Aurelio de los Reyes llama “el sueño porfiriano” (*idem*).

Sin duda, los nuevos agentes y el prestigio del que empezaron a gozar las publicaciones ilustradas permitieron el crecimiento de un mercado que poco a poco se fue constituyendo en un campo propio; el desarrollo de este formato se dio bajo la influencia de las revistas

²⁰ Sobre la imagen en la prensa, Julieta Ortiz Gaitán hace esta precisión: “La imagen, como el conocimiento mismo, no siempre estuvo al alcance de la mayoría de la población. La democratización de la imagen es un fenómeno relacionado de cerca con la idea de progreso propia de la modernidad. Para lograr este progreso, basado en la ciencia y la técnica, había que considerar también la divulgación del conocimiento a sectores amplios de la sociedad. A partir de la invención de la imprenta, durante el siglo XVI, y del progresivo perfeccionamiento de las técnicas del grabado, la reproductibilidad de la imagen incidió, de manera fundamental, en la cosmovisión cultural de la época” (25). La misma autora señala que la “proliferación iconográfica” se da hasta el siglo XIX con la litografía y, posteriormente, la fotografía (25-26).

europeas y estadounidenses, es decir este tipo de impresos tenía “un contenido misceláneo, centrado en asuntos de interés cultural y de información general, con escasos temas políticos y de formación de opinión” (Ortiz Gaitán 41). Este formato “satisfizo en gran medida las necesidades culturales de un sector de la población que estuvo representado por las elites de la sociedad decimonónica, constituida por militares, políticos, intelectuales, clérigos, etc.” (Pérez Salas 91).

La lógica de mercado de la prensa debió funcionar con ese sector favorecido como base ya que, si se toma en cuenta la alta tasa de analfabetismo en el país, la venta y distribución de las publicaciones periódicas no dejan de ser sorprendentes. Así pues, el público que podía leer la prensa era mínimo, pero el éxito de venta era innegable, lo que lleva a cuestionar las prácticas lectoras de la época; Yliana Rodríguez González explica:

Las cifras de analfabetismo en México en el siglo XIX importan, aunque hay que decir que siempre parecen oponerse a las de los tirajes de los medios impresos en el periodo y complicar el escenario. [...] Para 1895, 82.1 por ciento de la población no sabía leer ni escribir [...]. A pesar de lo oscilante de los números de circulación de impresos en la Ciudad de México, entre 1884 y 1900, el promedio de periódicos en la capital era de 63 y los tirajes de algunos de ellos iban desde 30 000 hasta 75 000 ejemplares (201).

Este sorprendente tiraje corresponde a los diarios noticiosos, respecto a los formatos ilustrados, “alcanzaron un tiraje considerable, que llegó más o menos a 1500, y una distribución bastante extensa a todos los rincones del país” (Pérez Salas 91)²¹.

Para cerrar este apartado, me detengo un momento en la presencia de las imágenes en la prensa para resaltar que este fenómeno se modificaría a partir de la última década del siglo, unos años después de la publicación de *La Época Ilustrada*:

el diseño de la prensa nacional experimentó un cambio radical cuando los grabados y las fotografías comenzaron a poblar sus páginas de forma más sistemática a mediados de la década de 1890. / El manejo de las imágenes no representaba un aspecto complementario o meramente ilustrativo, sino que formaba parte fundamental de la nueva estrategia del diario (Del Castillo Troncoso 112).

Las publicaciones con ilustraciones hacia finales del siglo XIX encontraron a un público deseoso de constituirse como una sociedad a la moda con las tendencias europeas o estadounidenses, por considerarlas muestras imprescindibles de civilización; este tipo de

²¹ Con estas cifras, se hace evidente que la investigación sobre la prensa mexicana del XIX abre muchas posibilidades y no es difícil entender por qué en las últimas décadas, en consonancia con los giros que han experimentado las ciencias sociales y las humanidades, este objeto de estudio ha obtenido mayor atención.

publicaciones resultó fundamental, pues incentivó, tal como se observa en los campos según la teoría bourdieusiana, “una competencia entre editores, situación que dio como resultado la edición de obras cada vez más cuidadas, esmerándose en la tipografía, las viñetas y, sobre todo, en la calidad de las imágenes” (Pérez Salas 103), es decir, los agentes buscaban la manera de afianzar y mejorar su posición. La mejora de técnicas de impresión permitió entonces un cambio en la industria editorial, las imágenes se adueñaron de los medios impresos y modificaron la lectura hasta llegar a nuestros días como el recurso informativo y publicitario más efectivo y el más socorrido; sin embargo, en medio de la prensa de décadas atrás, surge una interrogante: ¿dónde queda la traducción? En los siguientes párrafos, me concentro brevemente sobre este asunto en la prensa del periodo que me ocupa.

2.1 El lugar y estudio de la traducción en la prensa decimonónica

He hablado de la prensa y la prensa ilustrada específicamente como un preámbulo al tema rector de esta tesis, la práctica traductora en ese tipo de publicaciones. Aparte del evidente aspecto gráfico, la prensa ilustrada también incluía contenido traducido, práctica común en los periódicos, fuera realizado en la redacción o reproducido de otra fuente. Este dato da pie a la posibilidad de rastrear con detalle la actividad traductora en los impresos decimonónicos en aras de realizar una historia de la práctica en ese siglo, con agentes, instituciones y textos traducidos incluidos; no obstante, la falta de regularidad y los muchos textos sin firma dificultan enormemente esta tarea. Rodríguez González sintetiza este aspecto caótico en la prensa: “había periódicos que pedían de forma expresa, o hacían traducir e ilustrar los textos que ofrecían, y había otros que simplemente los reproducían tomándolos de cualquier sitio, con o sin permiso (este desorden se explica bien con algunas novelas de folletín, cuyas entregas quedaban trucas, por ejemplo)” (207).

Esta dificultad, sin embargo, no implica tampoco un impedimento para llevar a cabo investigaciones sobre la traducción en la prensa decimonónica. Por un lado, los distintos trabajos que he citado son tan sólo una pequeña muestra del gran interés académico que han suscitado las publicaciones periódicas en nuestro país en las últimas décadas. Por el otro lado, cuando se acota el tema a la traducción en ese periodo y en ese soporte, las investigaciones todavía son pocas, aunque valiosas, algunas de ellas se han enfocado en la importancia que tienen como influencia en la literatura mexicana, como dice Suárez de la Torre, “[l]as

traducciones constituyeron un vehículo importante para la incorporación paulatina del costumbrismo y el romanticismo a las letras nacionales; las obras de Scott, Byron, Sue, Saint Pierre o Chateaubriand fueron ofrecidas al público mexicano en español, en diferentes formatos” (“Presentación” 9 n4).

La escasez de estas investigaciones puede atribuirse, en parte, a la relativa juventud de los ET y, por ende, a la poca presencia que tienen en el ámbito académico del país. Asimismo, el siglo XIX pareciera ser menos atractivo para estas investigaciones que el periodo colonial o los siglos XX y XXI. En el volumen *Traducción, identidad y nacionalismo en Latinoamérica*, publicado en 2013 y coordinado por Nayelli Castro, no existe, por ejemplo, un trabajo dedicado al siglo XIX en México, pero sí los hay sobre Venezuela y Colombia.²² En la misma colección y en un libro más reciente, *Latinoamérica traducida: aproximaciones recientes desde un campo en construcción*, de 2018, coordinado por Nayelli Castro y Anna María D’Amore, dos trabajos tratan sobre la traducción en el México decimonónico: “Traducciones mexicanas en la Biblioteca Pública de Zacatecas (1831-1850)” de José Antonio Sandoval Jasso y “El lugar de la traducción en un proyecto de difusión literaria del México independiente: *El Álbum mexicano* (1849)” de Olivia Correa Larios y Maureen Sophia Harkins. En 2017, Iberoamericana y Vervuert publicaron *La traducción desde, en y hacia Latinoamérica: perspectivas literarias y lingüísticas*, editado por Silke Jansen y Gesine Müller, en el que no existe un apartado para el siglo XIX, hay un salto de la conquista y posterior colonización de América a los siglos XX-XXI. Respecto a las tesis de la Maestría en Traducción de El Colegio de México, dos trabajos han tenido ese objeto de estudio, “Prensa y literatura traducida en el siglo XIX: *El Siglo Diez y Nueve, El Monitor Republicano* y *El Universal. 1848-1855*”, de Miriam Badillo Rodríguez y “Las traducciones de Balbino Dávalos en la *Revista Moderna*”, de Lili Atala García, aunque esta última, por su objeto de estudio, está en la transición de siglos y podría ubicarse en la prensa de inicios del siglo XX.

El párrafo anterior muestra lo poco explorados que están el periodo y el formato en el país desde la traductología²³, aunque también da cuenta de los valiosos esfuerzos que anteceden

²² No obstante, la coordinadora del volumen tiene un artículo en coautoría sobre la importancia de editores y traductores en la circulación de ideas positivistas en Argentina y México, cf. Castro y Foz, 2013.

²³ No quisiera dejar de mencionar la entrada “La traducción en México”, elaborada por Nayelli Castro y Danielle Zaslavsky en Francisco Lafarga y Luis Pegenaute (ed.). *Diccionario histórico de la traducción en Hispanoamérica*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2013, y reproducida en la *Enciclopedia de la*

a esta tesis. Los periódicos contaban con corresponsales en Europa y Estados Unidos, principalmente, que mandaban reportes de noticias locales y, en ocasiones, también enviaban traducciones. Asimismo, los diarios y suplementos publicaban distintos tipos de textos traducidos, desde noticias y documentos oficiales hasta poemas y novelas; es decir, hay un abundante material de donde partir para estudiar la traducción del XIX.

En medio de todos estos impresos, están las publicaciones ilustradas y, consecuentemente, las imágenes²⁴. La inclusión de estos recursos visuales modificó las prácticas lectoras –fenómeno complejo de estudiar–, ¿qué pasa entonces con todo el contenido traducido? Este es un tema que casi no ha sido trabajado, pero que podría arrojar datos muy interesantes incluso para una historia de la lectura. Si bien esta investigación no pretende tan ambicioso objetivo, espero que sea una pequeña muestra del valor que tiene el estudio de las traducciones en el siglo XIX. Debido a la centralidad de las publicaciones periódicas en esa centuria, el hecho de que textos traducidos aparecieran en sus páginas con regularidad los vuelve importantes para la configuración de un lectorado; es por ello que interesa identificar las causas de esas traducciones, discriminar entre lo que se traducía y lo que no y detenerse, en la medida de lo posible, en los soportes materiales y agentes que hacían posible su publicación. En la siguiente sección, presento el objeto concreto de estudio, *La Época Ilustrada*, además de un breve contraste entre este y otros impresos coetáneos con el objetivo de enriquecer el contexto de publicación y distinguir mejor al semanario que compete en esta investigación.

2.2 ¿Por qué *La Época Ilustrada*?

La Época Ilustrada tuvo una duración ininterrumpida desde el 5 de noviembre de 1883 hasta el 1° de noviembre de 1885, se publicaba cada lunes y tenía por subtítulo “Semanario de literatura, humorístico y con caricaturas”. Era el suplemento del diario político *La Época*, fundado y dirigido en principio por Carlos de Olaguíbel y Arista y Santiago Sierra. A diferencia de otras publicaciones “con un alto nivel de calidad en la edición, variedad de

literatura en México (elem.mx) [<http://www.elem.mx/estgrp/datos/257>] (fecha de consulta: 8 de febrero de 2020). En este texto, las autoras dedican varias líneas a la práctica traductora en el país en el siglo XIX.

²⁴ La imagen como concepto ha despertado interés académico desde muchas perspectivas, como puede verse en algunos trabajos citados, lo cierto es que se ha explorado mucho sobre su capacidad para transmitir información.

artículos destinados a todos los miembros de la familia, asuntos de interés general, secciones culturales” (Ortiz Gaitán 17), *La Época Ilustrada* no tenía secciones definidas y reservaba sus contenidos a textos predominantemente literarios, algunos con ilustraciones, retratos, paisajes, y a las caricaturas, espacio donde se insertaba la crítica sociopolítica²⁵.

He circunscrito las publicaciones revisadas al primer año del semanario por la participación directa de un agente importante en el campo de esos años, José María Villasana, caricaturista reconocido que colaboró e invirtió en varias publicaciones, entre ellas, *La Época* (Sierra Torre 25). Su relación con *La Época Ilustrada* comprende dos etapas del semanario. La primera abarca desde el origen, el número 1 (5 de noviembre de 1883), hasta el número 40 (4 de agosto de 1884), en todos ellos se lee en la primera plana “José María Villasana y Compañía, Editores”. La segunda inicia con el número 41 (11 de agosto de 1884) y termina en el número 52 (27 de octubre de 1884), sugiero esta división porque hay dos peculiaridades: un cambio de administración, pues el cintillo reza para entonces “Villasana, Haro y Comp. Editores”, y una mayor reproducción de trabajos de dibujantes extranjeros, entre ellos A. Grevin, J. Pelcoq, Mars, Charm y J. Lafosse. Después de la edición 52, Villasana deja de trabajar en este semanario y la numeración se reinicia²⁶. Durante el año con Villasana de editor, *La Época Ilustrada* presenta abundantes traducciones, otra razón que permite que el trabajo se restrinja a ese periodo.

He mencionado que *La Época Ilustrada* surge en los años cercanos a las modificaciones de la prensa (técnicas de impresión, subsidios gubernamentales...) que acontecieron durante los años del Porfiriato, y en específico, la publicación nació en el último año del cuatrienio de Manuel González. La transformación posterior de la prensa tuvo como algunas características significativas el enorme tiraje de periódicos, las subvenciones del gobierno

²⁵ Justamente las caricaturas de Villasana han sido el objeto de estudio en el único trabajo académico que he encontrado sobre este semanario: Fausta Gantús, “La ciudad de la gente común. La cuestión social en la caricatura de la Ciudad de México a través de la mirada de dos periódicos: 1883-1896”, en *Historia Mexicana*, vol. 59, núm. 4 (2010), pp. 1247-1294. En este artículo, Gantús sostiene que “la cuestión social”, es decir, temas “relacionados con los problemas que se desprenden del desarrollo económico e industrial en las urbes” (1248), se hace presente en la caricatura mexicana en la década de 1880.

²⁶ Propuse esta división después de revisar todos los números del semanario para la tesis de licenciatura que presenté (cf. Ramos García 28-30). Cabe mencionar que en la época en la que Villasana ya no participa, se publicó por primera vez, y con profusas ilustraciones, *Baile y cochino...*, del afamado escritor José Tomás de Cuéllar, versión que se utiliza como base para la edición crítica dirigida por Ana Laura Zavala Díaz y Carlos Mauricio Núñez Roa y publicada por el Instituto de Investigaciones Filológicas en 2018, como parte del proyecto de obras completas del autor.

para coartar la libre expresión y el auge del repórter y la publicidad ilustrada²⁷. Considero que esta ubicación temporal también es otra razón prometedora para investigar sobre este semanario y, en lo que respecta a la presente tesis, sobre sus traducciones, pues dicho lapso funciona como bisagra entre una prensa con un funcionamiento más independiente y una prensa subsidiada por gobiernos y con técnicas de impresión más avanzadas. Los años 80 del siglo XIX constituyeron una década en la que las publicaciones periódicas se habían ya consolidado como un bien cultural del país, es decir, un producto esencial del campo cultural, especialmente de su capital, la Ciudad de México, y, por lo tanto, un factor central en el funcionamiento de ese campo y otros que se relacionaran con él, como el político y el económico. Al ser ya un producto conocido, el público letrado del país se había conformado ya como un lectorado con expectativas: “[l]os lectores ya formados [...] poco a poco se acostumbraron a la habitual sociedad entre política, *faits divers*, literatura (en forma de novela de folletín, cuento, crónica o poema) e ilustraciones al grado de que el modo de lectura de los diversos géneros terminó por ser indiferenciado” (Rodríguez González 205-206). Este contenido misceláneo incluye también, por supuesto, las traducciones y, en el caso de *La Época Ilustrada*, están presentes de manera más consistente que en otras publicaciones. Los diarios, por ejemplo, eran más irregulares a la hora de publicar contenido distinto al noticioso y en la mayoría de los casos, las traducciones que incluyen son de noticias extranjeras. Estas consideraciones fueron mi base para recoger el catálogo de traducciones de los primeros 52 números del semanario y de ahí ofrecer explicaciones que desentrañen el papel que desempeñaba la traducción, sus motivaciones y, en ciertos casos, la identidad de quienes llevaban a cabo este trabajo.

2.3 *La Época Ilustrada* y otras publicaciones coetáneas

La abundancia de impresos en el siglo XIX, incluida la proliferación de publicaciones ilustradas en la segunda mitad de la centuria, obliga a señalar por qué es valiosa *La Época Ilustrada*, publicación elegida para esta tesis. Por ello, ofrezco una descripción general de los

²⁷ Ortiz Gaitán identifica, por ejemplo, en *El Universal* de 1888, dirigido por Rafael Reyes Spíndola el inicio de este tipo de prensa subsidiada y de distribución masiva (41); Del Castillo Troncoso concuerda (110). Sobre la figura y actividad del repórter, cf. Del Castillo Troncoso, 106-110.

contenidos difundidos en este soporte para después contrastarlos con otras tres publicaciones ilustradas que circulaban en el periodo que lo hizo mi objeto de estudio.

La Época Ilustrada no tenía secciones fijas, esto no quiere decir empero que sus páginas carecían de contenidos regulares en lo que respecta a textos e imágenes. En los 52 números revisados, la portada siempre presenta una imagen, sea retrato, paisaje o, en algunos números alegorías del mes que iniciaba, esta suele abarcar toda la página pues pocas veces aparece texto más allá del cintillo. Las ediciones constaban de dieciséis páginas, con la portada incluida. En las páginas interiores hay una convivencia entre textos literarios y caricaturas sociales, a veces políticas, en las primeras se retrata un asunto de la población en general (la falta de higiene o ahorro, por ejemplo, dos tópicos favoritos de los escritores mexicanos del XIX), mientras que en las segundas, se critica a funcionarios públicos o políticas gubernamentales; raras veces se muestran paisajes u otro tipo de imágenes. La sección que se mantiene sin cambio alguno es la última, la página de publicidad, lo cual sugiere la importancia de estos ingresos para *La Época Ilustrada*, pues el semanario carecía de subsidio gubernamental. Esta práctica se consolidaría hasta los años venideros a fin de mantener una prensa libre de críticas durante el régimen autoritario del presidente Porfirio Díaz.

Respecto a las traducciones, según el periodo revisado, solamente los números 38 y 39 no cuentan con algún texto traducido. En el caso del primer número, al estar disponibles únicamente las páginas 1 y 2, no podría afirmar que consigne traducciones; además no aparece el prospecto en esas páginas. No hay alguna regularidad respecto a las páginas en que aparecen las traducciones o el total de textos traducidos por número. Por otro lado, puede observarse que la poesía era el género favorecido en las páginas del semanario.

Los nombres de los traductores y la lista completa de las traducciones en *La Época Ilustrada* (1883-1884) se puede consultar en el ANEXO 1. Este anexo incluye los textos que acompañan dibujos reproducidos de caricaturistas extranjeros y también los autógrafos; textos breves que reproducen algún documento manuscrito supuestamente de algún personaje histórico o relevante para el momento (políticos y escritores son los más populares), que aparecían en facsímil en alguna de las páginas interiores y usualmente se presentaba su traducción en las últimas páginas del semanario [*vid.* ANEXO 2].

Resulta innegable la relevancia de las traducciones para el semanario pues fueron numerosas: 152 elementos distintos traducidos aparecen en los 52 números consultados.

Estos textos alternan con escritos originales en español, de varias latitudes geográficas, aunque prevalecen los poemas y narraciones mexicanos. Los textos traducidos son parte del contenido semanal y, además, están debidamente rotulados de manera que los lectores sepan que se trata de una traducción, sin importar que la mayoría de las veces no se mencione quien traduce, pues de los 152 elementos identificados, sólo en 29 aparece un(a) traductor(a), lo anterior sugiere la distinta importancia que tenía, ya para entonces, explicitar el origen de un texto en contraste con quien reescribiera el texto en una nueva lengua.

Para el análisis, propongo dos ejes en torno a las traducciones de *La Época Ilustrada*. Cada uno de estos ejes comparte uno o más elementos y comprende una unidad de análisis para explicar y abundar sobre el papel de la traducción, sus agentes sus causas e implicaciones en la prensa mexicana de fines del XIX. De esta forma, llego a conclusiones que no sólo explican la función y condiciones de la práctica traductora, sino que también muestran el potencial que tiene el estudio de la traducción desde una perspectiva sociológica.

Previo a este análisis, quisiera, no obstante, exponer unas breves observaciones sobre tres publicaciones ilustradas coetáneas a *La Época Ilustrada*: *La Patria Ilustrada* (1884-1896), *El Abogado Cristiano Ilustrado* (1877-1908) y *El Álbum de la Mujer* (1883);²⁸ en aras de distinguir a mi objeto de estudio, bosquejar las similitudes o diferencias entre ellos y vislumbrar otros agentes del campo en formación, el cual comenzaba a estructurarse con base en las posiciones que alcanzaban sus agentes. Una de las características principales de *La Época Ilustrada* es la escasez, al menos en sus textos, de contenido explícitamente político; no hay editoriales ni columnas, no se publican ni siquiera noticias. Este tipo de contenido, en cambio, sí prolifera en las páginas de *La Patria Ilustrada* y *El Abogado Cristiano Ilustrado*, dos publicaciones ilustradas que también circulaban en las calles de la Ciudad de México en los años de *La Época Ilustrada*. Asimismo, también revisé algunos números de *El Álbum de la Mujer*, un semanario que explicita su público meta, las mujeres. Esta revisión rápida permite ubicar mejor el objeto de estudio en su propio contexto y, por medio de un contraste entre pares, entender qué elementos destacan de él.

El director propietario de *La Patria*, así como de su suplemento *La Patria. Diario de México. Edición ilustrada de los lunes* fue Ireneo Paz (1836-1924), editor y periodista

²⁸ Estas tres publicaciones están disponibles para consulta en la Hemeroteca Nacional Digital de México (www.hndm.unam.mx).

influyente de la segunda mitad del siglo XIX. Como muestra de las relaciones que comienzan a establecer distintos agentes en la construcción de lo que terminaría por configurarse como el campo cultural mexicano, José María Villasana colaboró en varios números de *La Patria Ilustrada*; la edición del semanario comenzó en 1884 y se extendió hasta 1896, año en el que anuncian una interrupción de la impresión por algunas razones, entre ellas, la escasez de papel “fino” que no se fabricaba en el país:

Desde el día 1° de julio próximo vamos a dar mayores dimensiones a nuestro diario, comenzando a introducirle la serie de reformas que tenemos anunciadas, motivo por el que debemos concentrar toda nuestra atención en ese trabajo [...]. Cuando hayamos normalizado esa publicación, volveremos seguramente a dar nuestra *Patria Ilustrada* [...], con más gusto si logramos vencer las dos dificultades siguientes con las que constantemente hemos tropezado: 1°. El papel. Como la rebaja que se hizo a los derechos del papel extranjero fue insignificante, favoreciendo ligeramente el papel ordinario de impresiones, y el papel fino no se fabrica en el país, por más esfuerzos que se hagan no se puede conseguir sino caro y de mala clase [...]. En los once años que hemos estado editando *La Patria Ilustrada*, no nos ha llegado a ser posible obtener un papel de igual color, tamaño y clase, ni siquiera en dos años seguidos, lo cual hace que falte la uniformidad en las colecciones y que a veces la impresión de los dibujos haya resultado detestable. [...] 2°. Estas mismas ilustraciones requieren de buenos dibujantes. En un principio disponíamos de excelentes artistas que no siempre pudieron seguir ayudándonos por impedírsele atenciones de otro orden [...]. Así es que cuando volvamos a publicar nuestra *Patria Ilustrada* cuidaremos mucho de contar con dibujantes de primer orden. / La parte de la redacción también será necesario reformarla, comprendiendo que debe haber relación muy estrecha entre el material escrito y el material dibujado. O hacemos un semanario de literatura y entonces todo tiene que ser serio o por el contrario lo hacemos festivo, y en tal caso el texto estará en consonancia con ese carácter²⁹.

Este editorial no sólo apunta condiciones materiales, como la cuestión del papel en relación con la calidad de impresiones, sino también considera otros aspectos relacionados con las condiciones de producción, como la posición que debe tener un agente esencial en la prensa ilustrada: el dibujante, y, además, reflexiona sobre el vínculo que se establece entre texto e imagen a lo largo del semanario. Se trata de un testimonio sobre uno de los aspectos del funcionamiento dentro del campo periodístico decimonónico. Cabe mencionar que Ireneo Paz ya conocía a Villasana cuando lo invitó a participar en las páginas de su semanario, puesto que ambos habían sido colaboradores en *El Padre Cobos* (1869-1880), publicación

²⁹ Sin firma. “Muy interesante. A los lectores de la ‘Patria Ilustrada’”, en *La Patria Ilustrada*, año XIV [IV], núm. 26 (29 junio 1896), pp. 303-304.

satírica y, por ende, de un contenido bastante político, otro ejemplo de la configuración de relaciones entre agentes en un campo.

Así pues, al menos en 1884, que es el año que comparte con *La Época Ilustrada*, *La Patria Ilustrada* publica retratos en sus portadas, entre ellos, una galería de gobernadores de México y otra de los hombres de la independencia. Como parte de su contenido pictórico, también hay paisajes mexicanos y, a partir del número 8 (25 de febrero de 1884), comienzan las caricaturas. Esto quiere decir que en el aspecto de las imágenes, ambos semanarios se parecen; no obstante, en su carácter textual, *La Patria Ilustrada* ofrece contenido decididamente más político, por ejemplo, la columna “Conversaciones semanarias”, firmada por Joaquín Gómez Vergara, en la que se discuten temas del momento: gobierno y sociedad son referidos para ocupar estas líneas. Asimismo, se publica por entregas “Algunas campañas”, que lleva por subtítulo “Fragmentos arrancados a un libro de memorias para la ‘Patria Ilustrada’” y cuya primera parte trata sobre “La intervención francesa en los estados de Occidente”. El texto parece una ficción histórica y, por su tema, no deja de ser un tipo de contenido político, del que ya he dicho que escasea en *La Época Ilustrada*. Respecto a la cantidad de textos traducidos en *La Patria Ilustrada*, puede decirse que son pocos, lo cual sugiere que, en la publicación de Paz, tenía más peso el contenido en español y del país que los textos originalmente escritos en lenguas extranjeras, que ocupaban un lugar preponderante en el semanario de Villasana.

Otra de las publicaciones con imágenes que circulaba en los mismos años que *La Época Ilustrada* fue *El Abogado Cristiano Ilustrado*, periódico de la Iglesia metodista episcopal que gozó de una larga vida pues, con algunas modificaciones, se imprimió desde 1877 hasta 1919³⁰. Esta publicación cuenta con pocas imágenes y siempre ilustran alguna escena, un paisaje, que se mencione en algún texto de la publicación. En sus páginas figuran distintas secciones, como “Noticias generales” y “Noticias religiosas”; que la publicación difunda

³⁰ En 1908 deja de ser ilustrado y se le rebautiza como *El Abogado Cristiano*. Su periodicidad también observa algunas variaciones: desde su primer número hasta 1886 se publica mensualmente, luego se vuelve quincenal y en la última etapa aparece cada semana, lo cual sería indicativo del éxito que gozó este impreso. En la editorial del último número, se explica la desaparición del periódico, que obedece a una decisión política, encaminada a fortalecer la presencia de la fe evangélica en el país: “este será el último número de EL ABOGADO CRISTIANO que verá la luz pública, pues a contar del próximo mes de julio, tanto este semanario como El Faro, órgano en nuestro país de la Iglesia Presbiteriana, se consolidarán en un nuevo semanario que será el órgano no solamente de estas dos Iglesias, sino también de algunas otras más que formarán, de hoy en adelante, lo que bien pudiera llamarse la Confederación de Iglesias Evangélicas de México”. P. F. Valderrama. “Editoriales. Hasta otra vista”, en *El Abogado Cristiano*, t. XLIII, núm. 26 (26 junio 1919), p. 402.

contenido noticioso no extraña ya que es el medio oficial de una asociación religiosa. Otras secciones que perduran varios números son “El repertorio de los niños” y “Sentencias notables”. Se observa una mejor organización de los contenidos que en las otras publicaciones. Los textos traducidos son numerosos³¹ y provienen sobre todo de publicaciones estadounidenses, lo cual se comprende por el origen de la Iglesia metodista. Uno de los aspectos más notorios de esta publicación es la abundante inclusión de textos que ante los ojos actuales podrían considerarse de divulgación científica, un aspecto que ya ha sido estudiado desde la historia de la ciencia:

La Iglesia metodista episcopal (IME) fue un actor relevante y hasta ahora, poco conocido en la divulgación de la ciencia mexicana durante el último tercio del siglo XIX e inicios del XX, a través del periódico *El Abogado Cristiano Ilustrado* (EACI). Esta actividad divulgativa no fue fruto de la amplia tradición mexicana desarrollada en revistas y periódicos, sino de la prensa estadounidense, de la cual era más cercana la comunidad religiosa mediante los misioneros. La gama de contenidos científicos que tuvo cabida en esta publicación periódica incluyó medicina e higiene, farmacia, astronomía, historia natural y evolucionismo, química, física, geología y, por supuesto, numerosos contenidos de geografía nacional y extranjera (Vega y Ortega Baez 155).

El interés en divulgar temas científicos está, por supuesto, en consonancia con las propias directrices religiosas de la publicación, aunque la diversidad de los contenidos refleja también la intención didáctica que prima en el siglo y que se extiende a la difusión del conocimiento, fuera del campo científico³². En el semanario que es objeto de estudio en esta tesis también se encuentran textos de divulgación científica, como se expondrá después, aunque no en las proporciones de *El Abogado Cristiano Ilustrado*. Por otra parte, en una revisión rápida, se observa que hay poco contenido literario (narrativa o poesía). Su difusión es totalmente distinta a la de *La Época Ilustrada*: mientras que *El Abogado Cristiano Ilustrado* contaba con el auspicio de la Iglesia metodista mexicana, y, por ende, sus

³¹ La traducción desempeña un papel tan importante, que incluso encontré un pequeño artículo en sus páginas traducido del *Bible Society Record* y titulado “Lutero como traductor de la Biblia”, en *El Abogado Cristiano Ilustrado*, t. VII, núm. 12 (marzo de 1884), p. 91 y t. VIII, núm. 1 (abril de 1884), pp. 3-4. Esto confirma la constante actividad traductora surgida desde corrientes del protestantismo, en su afán por difundir los textos bíblicos a la mayor cantidad de personas posibles.

³² Esta mirada científica sobre las cosas forma parte del positivismo, que permeó en muchas sociedades del siglo XIX, incluida la mexicana, lugar en el que alcanzó su máxima expresión bajo la presidencia de Porfirio Díaz. No hay que dejar de lado que esta tendencia, junto con el utilitarismo y el evolucionismo darwiniano, impactó de igual forma en el arte literario, lo que dio lugar a la corriente naturalista, de la cual Émile Zola fue impulsor y teórico, por lo cual se le considera su representante modelo. En México, será pocos años después a los de la duración de *La Época Ilustrada* (1883-1885) que comience a publicar Federico Gamboa, quien escribió los textos naturalistas más reconocidos de este país.

seguidores se volvían si no lectores, por lo menos consumidores asegurados; el semanario de José María Villasana y compañía se sostenía por su pequeño espacio publicitario y gracias a la buena voluntad de sus lectores. Esta condición también explica la larga duración de la publicación metodista.

Otro impreso con imágenes que circuló a la par de *La Época Ilustrada* fue *El Álbum de la Mujer*, dirigido por la española Concepción Gimeno de Flaquer, agente notable del campo literario y periodístico mexicano del siglo XIX. Esta publicación se distingue claramente de mi objeto de estudio por la audiencia a la que apelaba y la línea editorial que mantenía. *El Álbum de la Mujer* “nació en 1883 y tuvo una vida azarosa que aún parece serlo en los archivos”, Gimeno de Flaquer “creó una revista donde se daban cita desde novelas por entregas e investigaciones científicas hasta crónicas y páginas donde se podía apreciar lo último de la moda, en particular la parisina” (Díaz 110), es decir, un contenido misceláneo que buscaba atender a un público específico, las mujeres.

La publicación puede leerse como un esfuerzo feminista incipiente, pues la mayoría de los colaboradores fueron mujeres. Aunque algunos ensayos trataban sobre la posición de la mujer en la sociedad, no había apoyo a una emancipación feminista; sin embargo, el hecho de que se trataba de un periódico dirigido por una mujer y en el que participaban mujeres, puede considerarse como un logro mayúsculo en la época. Los temas giraban en torno al papel de la mujer, a su educación, su valor como fuerza laboral, etcétera. Gimeno de Flaquer publicó una revista por y para mujeres; las ilustraciones, si bien no eran abundantes, mostraban paisajes, escenas literarias o pictóricas y retratos, casi todos ellos de mujeres reconocidas y diversas, entre ellas, Sor Juana, una referencia obligada ya en *El Álbum de la Mujer*, Juana de Arco, Safo, María Magdalena, la emperatriz Carlota, Martha Dandrige, “esposa de Washington”, Doña Marina, la reina María Antonieta e incluso la propia Concepción Gimeno de Flaquer.

En cuanto al aspecto escrito que ocupaba sus páginas, como ya se adelantó, aparecían distintos tipos de textos. En una revisión rápida, uno se encuentra con que Gimeno de Flaquer publicaba editoriales en los cuales trataba sobre algún tema de actualidad relacionado con las mujeres; textos ensayísticos o de opinión hay por toda la publicación, un rasgo que la aparta de *La Época Ilustrada*. También es notoria la poca frecuencia con la que aparecieron traducciones en este periódico ilustrado para mujeres.

Entonces, en contraste con estas publicaciones, puede decirse que *La Época Ilustrada* tuvo un carácter más de entretenimiento que informativo y que entre sus características particulares estaban 1) la abundancia de caricaturas e ilustraciones, 2) la traducción como una práctica regular y 3) un enfoque predominantemente literario. Lo anterior no quiere decir que sus contenidos se desviaran de poéticas e ideologías hegemónicas, como la predominancia del aspecto didáctico de la literatura o la alta valoración a lo europeo. Los dos ejes en que divido esta investigación, los contenidos alemanes y los artículos de divulgación en el semanario, ahondan en esto, con base en el marco teórico expuesto. Uno de los objetivos específicos al analizar el papel de la traducción en *La Época Ilustrada* pretende también mostrar qué constricciones simbólicas y materiales afectaban la publicación de textos traducidos.

CAPÍTULO 3. LOS CONTENIDOS ALEMANES EN *LA ÉPOCA ILUSTRADA*

En el siglo XIX, el mundo editorial entró en un periodo de intensa actividad. En poco tiempo, los cada vez más numerosos impresos que paulatinamente fueron poblando el espacio cultural se convirtieron en un terreno fértil para la traducción, ya que, a fin de satisfacer a un público cada vez más amplio y diverso, impresores y editores recurrieron a textos provenientes de otras latitudes y otras lenguas. Cuando *La Época Ilustrada* apareció en el México de 1883, el público lector, en aumento, ya se encaminaba, de forma un tanto irregular por la alternancia entre libertad de prensa y censura, hacia un siglo de publicaciones periódicas, libros, folletos y demás papeles que incluían en sus páginas textos traducidos de distintas lenguas europeas (si se considera la *Gazeta de literatura de México* (1788-1795) de José Antonio Alzate un punto de partida)³³. Esto sugiere que se trataba de un grupo con ciertas expectativas respecto a las publicaciones periódicas y sus formatos que, en su mayoría, pertenecía a una clase con capitales económicos, culturales y políticos, y que se localizaba en los centros urbanos en crecimiento. Estos lectores mexicanos serían testigos de la consolidación de una oferta cada vez más variada y constante de impresos en el país. *La Época Ilustrada* tiene su lugar en esa variedad y, en el marco de la producción editorial del siglo XIX, representa más una continuidad que una ruptura en las prácticas y los productos editoriales. Esta continuidad no estuvo exenta de ciertas particularidades como la ausencia de contenido explícitamente político en sus textos, la abundancia de caricaturas y la inclusión de varios y bastantes textos traducidos.

En los primeros 52 números de *La Época Ilustrada* se publicaron 152 traducciones distintas [vid. ANEXO 1], es decir, que en los elementos por entregas se ha contado como un solo texto total y en el conteo están incluidos autógrafos y caricaturas, todo ello se intercala con contenido original en español de México, España y, en menor medida, de otros países

³³ Con esto quiero destacar dos cosas. Por un lado, que, si bien se observa cierta diversidad en las lenguas fuente de los textos publicados en *La Época Ilustrada*, el francés es definitivamente la lengua fuente dominante. Por otro lado, me interesa subrayar que las lenguas mexicanas no gozaron de una representación significativa en la prensa periódica y ciertamente no formaron parte del semanario aquí ilustrado, ya que fueron consideradas como símbolo de atraso cultural y, por ende, fueron excluidas de la literatura nacional: “[Ignacio Manuel] Altamirano lamenta el hecho de que la castellanización del idioma español no haya logrado que ‘la raza indígena’ hablase de preferencia el castellano, pues ‘la civilización habría ganado inmensamente, dando a la pobre raza indígena, con la lengua española, una clave mejor para penetrar los secretos de la cultura europea’” (Borsò 230).

hispanoamericanos. Con 42 traducciones, el alemán es la segunda lengua fuente de la que más se traduce, sólo precedida por el francés, de la cual se tradujeron 72 textos. Le siguen a estos dos idiomas el inglés, con 13, luego el árabe, con ocho poemas, y finalmente el italiano y el persa con únicamente dos textos cada uno: un cuento del *Decamerón* de Bocaccio y un autógrafo de Giuseppe Garibaldi en el caso del primero, y un poema anónimo y otro de Hafiz, en el caso de la lengua indoiraniana³⁴. Esta distribución de lenguas extranjeras parece seguir la línea general de las publicaciones periódicas en México, por ejemplo, aquellas de Ignacio Cumplido (*Revista Mexicana*, *El Mosaico Mexicano*, *El Museo Mexicano*, *El Álbum Mexicano*) impresas en la primera mitad del siglo XIX, cuyas páginas dan cuenta de “un sostenido interés por los temas alemanes, discreto si lo comparamos con las referencias a Francia o Inglaterra, pero nada desdeñable si tomamos en cuenta que se equiparan a las de la literatura española y aun superan a las de la italiana” (Galí Boadella 253). El número de textos de autores alemanes en *La Época Ilustrada* sugiere la importancia ya para entonces del alemán en el campo cultural mexicano, una de las razones por las que me interesó examinar las traducciones desde ese idioma.

A la posición favorecida del alemán como lengua de origen, se suma otra particularidad: la presencia de paratextos en varios poemas. Unos cuantos tienen notas explicativas al pie, cuestión excepcional en los textos que tienen otra lengua de origen. Otros, del número 17 (25 de febrero de 1884) hasta el número 25 (21 de abril de 1884), cuentan con una semblanza biográfica de sus autores, única vez que sucede eso en el semanario, aspecto, por lo menos, curioso que intentaré explicar más adelante.

Este capítulo se compone de dos partes principales. Primero, ofrezco un panorama sociohistórico en el que se enfatizan aquellos factores que propiciaron, de alguna manera, la intensificación de la presencia alemana en el incipiente campo cultural mexicano de la época; si bien considero que lo económico y lo cultural se interrelacionan, para efectos de claridad, se exponen de forma separada. La convivencia de estos campos, económico y cultural, influyó en la permanencia de alemanes en nuestro país y, considero, en la presencia de textos de autores germanos en las páginas de publicaciones como *La Época Ilustrada*. Después de esta contextualización, analizo aspectos extratextuales como los agentes y ciertas

³⁴ Infortunadamente, los poemas persas y árabes no incluyen más información, sólo que son obra de un traductor español, por lo cual es imposible saber si se trataba de traducciones directas o indirectas.

condiciones de producción de las traducciones del alemán. Se trata entonces de explorar el campo cultural en busca de las manifestaciones relacionadas con la traducción, causas y consecuencias, agentes y mecenazgos.

3.1 La influencia alemana en el ámbito económico del México decimonónico

Überhaupt hat die Natur Mexico so begünstigt, dass es nur eine sorgsame Regierung und eines freien Verkehrs mit anderen Nationen bedarf, um in Kurzem eins der blühendsten Länder beider Welttheile zu werden³⁵

En el periódico *Allgemeine Preussische Staatszeitung* (11-11-1823)

En los tiempos de la Colonia española, los viajeros alemanes llevaron noticias a Europa sobre la sociedad, la naturaleza y los recursos que se explotaban en el territorio mexicano. En 1803, la llegada de Alexander von Humboldt a la Nueva España marcó un parteaguas en las relaciones entre Europa y México y es considerado un punto inaugural del vínculo germano-mexicano (*cf.* Torales 317). Sin embargo, la relación comercial de los estados que conformarían Alemania con el territorio mexicano se remonta al siglo XVIII: “las colonias españolas se habían convertido en un mercado extremadamente importante para el capital manufacturero y comercial [europeo]” (Bernecker 93). Tras la independencia de México, se disparó el interés de los estados alemanes por hacer del novísimo país un socio comercial. Entre las causas de mayor peso para esta urgencia se encuentran las pésimas condiciones económicas que dejaron las guerras napoleónicas, así como, en el caso de Prusia, los bloqueos comerciales de varias naciones europeas, provocados por la intensa competencia económica, que limitaban sus exportaciones (*cf.* Bernecker 94-99). Para ejemplificar esta necesidad imperiosa de establecer lazos comerciales con América, menciono el caso de la *Rheinisch-Westindische Compagnie*, la Compañía Alemana de Indias, que se fundó en 1821, es decir de forma paralela a varios procesos de independencia. La integraban “accionistas de varias ciudades renanas (Elberfeld, Barmen, Remscheid, Gladbach), cuya finalidad era exportar productos alemanes hacia ultramar [...]. La Compañía tuvo éxito en Haití en 1822 y un año

³⁵ En general, la Naturaleza ha favorecido tanto a México que sólo hace falta un gobierno diligente y la libre circulación con otros países para que en corto tiempo se convierta en uno de los países más prósperos de ambas partes del mundo (la traducción es mía).

más tarde llegó con su primer cargamento a Veracruz” (Von Mentz 132). Sin embargo, la urgencia por recuperarse económicamente y obtener triunfos en la guerra comercial con otros Estados derivó en múltiples deudas y fracasos expedicionarios a América del Sur, las Indias Orientales y China. Para 1833, la Compañía tuvo que liquidarse, aunque algunos de sus participantes ya se habían independizado para entonces y habían abierto sus propias casas de importación (*ibid.*), estos esfuerzos individuales terminaron por ser más exitosos que los esfuerzos colectivos.

En los primeros años de su independencia, México mantuvo relaciones complejas con los estados alemanes. Tras varias negociaciones, en las que nuestro país pedía el reconocimiento oficial de su condición soberana, se logró la firma de tratados comerciales³⁶. Prusia, en un principio, no podía acceder a la demanda mexicana porque, al formar parte de la Santa Alianza, le era imposible reconocer las independencias hispanoamericanas, así que, aunque había una necesidad económica de salir a ultramar, razones políticas le impedían establecer un acuerdo comercial con México. Hacia la mitad de la década de los veinte, el poder económico sometió al poder político, mediante presiones de los empresarios, y Prusia tuvo que reconocer, al menos comercialmente, a los nuevos países americanos. En 1831 las relaciones se oficializaron con la firma del Tratado de Amistad, Navegación y Comercio. Por su parte, las ciudades hanseáticas habían buscado rápidamente formalizar el comercio con México y, entre enviados, comisionados y representantes, en 1827, Lübeck, Bremen y Hamburgo firmaron un Tratado de Amistad, Navegación y Comercio que no fue ratificado de inmediato por el país americano, por distintas razones políticas y económicas, entre ellas, destacó dos, el reconocimiento oficial que otras naciones habían dado a México le permitía gestionar con más ventaja las negociaciones y las condiciones del tratado, y el hecho de que, a juicio de Lucas Alamán, entonces ministro mexicano de Asuntos Exteriores, era injusto en comparación con otros acuerdos ya firmados. Fue hasta 1841 que el gobierno mexicano ratificó el tratado con las ciudades hanseáticas (Bernecker 104-107).

Con relaciones oficiales o no, la década de los veinte significó la puesta en marcha de varias casas comerciales alemanas, operaban “entre diez y quince [...] en la ciudad de México y los principales puertos mexicanos, dedicándose a distribuir mercancías europeas y, a

³⁶ Recordemos que Gran Bretaña fue el primer Estado que reconoció la independencia de México, de igual forma reconoció a Colombia y al gobierno de Buenos Aires, lo cual le dio una condición ventajosa frente a otras naciones europeas para afianzar sus relaciones comerciales con los países americanos.

cambio, remitían pesos de plata a sus casas matrices en las ciudades hanseáticas o a los productores de las mercancías alemanas en los estados del Rin, Sajona o Silesia” (Von Mentz 132). La siguiente década fue testigo de una dura competencia entre los estados europeos por afianzar y ostentar una mejor posición en el mercado mexicano. En la primera mitad de los años treinta, Gran Bretaña seguía siendo el máximo proveedor de productos europeos para México. Cuando los británicos comenzaron a mercar lino, producto alemán por excelencia, los productores prusianos vieron con alarma el descenso de sus ventas. No obstante, los alemanes lograron alcanzar y desplazar, con sus propios productos, a los británicos algunas veces, gracias a una posición favorable en el comercio mexicano (Bernecker 112)³⁷.

En gran medida, el éxito ascendente de las importadoras alemanas puede atribuirse a la decisión de comerciar con productos ingleses, pues “en promedio, [...] compraban seis veces más mercancías de sus agentes en Manchester que de sus representantes en las ciudades hanseáticas” (Bernecker 122), de esta manera lograron arrebatárles a los ingleses la posición dominante en el comercio exterior mexicano por aproximadamente veinte años (*ibid.* 124). Hacia la mitad del siglo XIX, entre 1840 y 1846, en la escala de importaciones de productos extranjeros a México, Alemania ocupaba el cuarto lugar, con 19.4% del total, superada apenas por Estados Unidos con 19.8%, el segundo lugar lo ocupaba Gran Bretaña, 26.4% y la posición líder la tenía Francia con 28.5% (Bernecker 113). Si bien los alemanes dominaron por algunos años el transporte de mercancías, la presencia marítima y de casas comerciales, esto no se reflejó, como puede verse en los porcentajes, en una mayor circulación de sus propios productos, ya que los comerciantes alemanes negociaban los productos que les retribuyeran más ganancias que no necesariamente eran los ofertados por sus compatriotas.

Otros dos sectores en que los alemanes tuvieron una gran participación en el país fueron la producción de la cerveza y la minería. Ya desde el siglo XVIII se importaba a la Nueva España cerveza alemana. Para las primeras décadas del XIX, comenzó la producción artesanal en México y luego, ya entrado el siglo, “la demanda de esta bebida fue un atractivo para que los inversionistas mexicanos y alemanes impulsaran su fabricación a gran escala en el país”

³⁷ Aunque el lino de Silesia fue el producto más importado y, por ende, con mayor presencia en México por algunos años, las casas comerciales alemanas importaban también “desde mercería, medias, calcetines, listones, telas finas de lana de Sajonia y los estados de Rin, junto con manufacturas de hierro de las regiones renanas [...], hasta instrumentos de música, juguetes, porcelana, vidrios, muebles y drogas” (Von Mentz 133). Por ello cuando la venta de lino descendió, la baja no se extendió a todo el comercio alemán: al contrario, en la década de los 40 aumentó, junto con la presencia de casas comerciales.

(Torales 322). El proyecto se llevó a cabo y la producción de cerveza se extendió por varios estados mexicanos, lo que provocó, cabe señalar, un desplazamiento brutal de la producción pulquera. Respecto a la minería, la relación con Alemania también se remonta al periodo colonial, en tanto era una actividad económica fundamental; la llegada de científicos y expertos en mineralogía y metalurgia alemanes al territorio mexicano tuvo efectos positivos en los estudios y las aplicaciones laborales de los mexicanos, por lo que en el siglo XIX, la Compañía Alemana de Minas encontró tecnologías y métodos actualizados en las minas mexicanas de Hidalgo, Michoacán y el Estado de México, regiones en las que se asentó hasta su desaparición a finales de los años 30. Las relaciones germano-mexicanas en este rubro mantuvieron su cercanía hasta el siglo XX (Von Mentz 136-137)³⁸. Sobre las casas comerciales alemanas, destaco algunas que gozaron de popularidad en la Ciudad de México a lo largo del XIX, como la Casa Wagner, que comenzó con la construcción de pianos y luego vendió otros instrumentos musicales, la Ciudad de Hamburgo, que vendía telas y ropa para damas y caballeros, y la Casa Boker, ferretería con un amplio surtido, ubicada en la esquina de las calles 16 de septiembre e Isabel la Católica, que sobrevive hasta nuestros días, aunque reducida considerablemente, si se toma en cuenta que ocupó todo el edificio, construido con el auspicio del propio fundador, Robert Boker (*cf.* Torales 322-325).

La participación de los alemanes en las distintas actividades económicas les redituó en una imagen pública favorable que fue motivada también por los aportes a la ciencia y al arte, especialmente la música, todo, en conjunto, provocó una buena impresión en los mexicanos. Para 1848, el número de alemanes registrados en el país era de apenas 121 y si bien el número no creció exponencialmente en los siguientes años del XIX, su presencia en la vida pública aumentó durante el Porfiriato (Torales 321). Otra causa que fortaleció la buena imagen de los alemanes puede encontrarse, acaso, en la falta de protección militar y, con ello, la poca o nula amenaza de intervención que representaban, al contrario de españoles, franceses, estadounidenses e ingleses, por lo que los habitantes alemanes no se expusieron a una desconfianza política por parte de los mexicanos (Bernecker 126).

³⁸ Para un trabajo más amplio sobre la participación de Alemania en la actividad minera mexicana decimonónica, *vid.* Brígida von Mentz. “J. W. von Goethe, A. de Humboldt y la Compañía Alemana de Minas en México”, en Karl Kahut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales (eds.). *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, UNAM, Universidad Iberoamericana, CIESAS, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 409-435.

Así pues, distintos estereotipos e impresiones que aún circulan en la actualidad sobre los alemanes, como su afición a la cerveza y la buena calidad de esta o su habilidad comercial comenzaron a construirse desde el siglo XIX, en el que la presencia e importancia de los alemanes en el ámbito económico se relaciona en buena medida con el influjo que tuvieron en el desarrollo de nuestro propio campo cultural.

3.2 La influencia alemana en el campo cultural del México decimonónico

La presencia alemana en nuestro país data, sobre todo, de los últimos años del periodo colonial. Su alcance en el siglo XIX se observa en el campo económico, como ya se expuso, en los esfuerzos comerciales que emprendieron los alemanes en nuestro país y su participación en actividades económicas como la minería. Al campo político pertenece, por mencionar un ejemplo, la influencia que ejerció el trabajo de Alejandro de Humboldt en los primeros años de vida independiente. En el campo cultural se hallan la recepción y divulgación de autores y noticias alemanes en periódicos, así como el entusiasmo de autores mexicanos por la cultura alemana.

El intercambio entre los estados alemanes y el territorio mexicano no comenzó con su independencia, previo a este proceso, fue particularmente notoria la actividad alemana en la minería de la Nueva España³⁹. En las naciones germanas, hubo cierto interés por las luchas de independencia en Hispanoamérica, algunas evidencias de este ánimo han quedado documentadas en la prensa. Por ejemplo, “la revista *Colombus*, que se publicó en Hamburgo entre 1816 y 1829, se dedicó exclusivamente a informar sobre el proceso latinoamericano, e incluía, traducidos al alemán, declaraciones de independencia, información sobre los congresos latinoamericanos y textos constitucionales” (Pietschmann 206 n28). Este sentimiento fue correspondido, quizá con mayor amplitud, en el territorio americano:

hay suficientes testimonios de que la élite política en Hispanoamérica estaba bien informada de los acontecimientos europeos y alemanes, y destacó, como lo hizo Simón Bolívar, la lucha por la independencia de la coalición antinapoléonica como aporte a la libertad hispanoamericana. Hay que recordar los más o menos 300 alemanes que

³⁹ Estos y otros ejemplos datan la presencia alemana en nuestro país como longeva y la tiñen de matices particularmente políticos. Pietschmann sugiere un intenso intercambio, más allá del comercial, entre Alemania y la entonces Nueva España: “las estrechas relaciones comerciales a partir de la década de 1790 entre puertos alemanes y mexicanos, y la fijación de miembros de la élite minera en la minería alemana aproximadamente desde mediados de los 80 (con mexicanos que leían en alemán), sugieren la existencia de un flujo similar de informaciones y percepciones mutuas” (207).

participaron en las luchas por la independencia en los ejércitos bolivarianos, e incluso dejaron mucha correspondencia y alguno que otro relato coherente (*ibid.* 206)⁴⁰.

La emancipación del yugo colonial modificó en buena medida la dinámica de las relaciones germano-mexicanas. El siguiente panorama delinea cómo surgieron en México las condiciones favorables para consolidar al alemán como lengua de traducción, o dicho de otra forma, explora las causas que ayudaron a que los textos de autores alemanes circularan en la prensa mexicana y, en este caso específico, en *La Época Ilustrada*.

3.2.1 Primeras influencias

De los primeros contactos entre Alemania y México, destaca el papel que tuvieron los viajeros alemanes al recorrer las tierras mexicanas, o novohispanas en su momento, y el registro de sus impresiones (*cf.* el apartado “1. Percepciones mutuas. Viajeros y viajeras” en Kohut *et al.*), así como el comercio que empezó a establecerse entre las dos naciones, proceso del que también formó parte la traducción⁴¹. Sin embargo, los alemanes consolidaron su presencia en México en las primeras décadas de vida independiente, tras el establecimiento de acuerdos comerciales entre nuestro país y los Estados europeos que incentivó, en consecuencia, el desarrollo de intercambios culturales⁴².

Una de las figuras alemanas más emblemáticas e influyentes del siglo XIX, que además conoció y recorrió suelo mexicano, es sin duda Alexander von Humboldt, o como se le conoció acá desde el principio, Alejandro de Humboldt⁴³. El registro de su viaje por tierras

⁴⁰ Los vínculos México-Alemania han sido trabajados desde varios frentes, gracias a la buena relación que al día de hoy mantienen ambos países y a incentivos particulares, como los convenios académicos, un ejemplo de estos se halla en la Cátedra “Guillermo y Alejandro de Humboldt”, inaugurada en 1998 por la Universidad Nacional Autónoma de México, El Colegio de México y el Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD), que en septiembre de 2006 celebró su simposio internacional “Alemania y México: percepciones interculturales en el siglo XIX”, del cual salió el volumen de 2010, *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*, referencia fundamental para esta parte de mi investigación.

⁴¹ Horst Pietschmann expresa de esta forma su asombro al descubrir traducciones al alemán de documentos oficiales de la Nueva España: “Mucho me sorprendí al constatar recientemente que el estado anual de las acuñaciones de la Casa de Moneda, que registraba mes por mes las cantidades de cada tipo de moneda que se acuñaba, firmado el 31 de diciembre de 1792, por el superintendente de la Casa de Moneda de México, ya se había publicado en 1793 traducido al alemán en una revista publicada en Hamburgo que, además, presenta en serie una traducción de la historia de Clavijero” (207).

⁴² No se debe soslayar que los acuerdos y negociaciones celebrados con países extranjeros se relacionan en buena medida con las dificultades que atravesaba nuestra nación, como la organización del gobierno y el ordenamiento de su vasto territorio.

⁴³ El peso de Humboldt es tal que fue considerado el símbolo de las relaciones germano-mexicanas. Hay evidencia de que lo consultaban comerciantes o representantes alemanes antes de venir a nuestro país. Otros

americanas no se redujo a meras impresiones de extranjero o descripciones paisajistas, sino que se trató de estudios serios sobre distintos aspectos del llamado Nuevo Mundo, como sus actividades económicas, la organización del gobierno y los comportamientos sociales. Estas observaciones y reflexiones quedaron plasmadas en su obra publicada. En 1811, en París, se imprimió el primer tomo del *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne*. Este documento, con sus anotaciones sociopolíticas y económicas, llegó rápidamente a territorio mexicano y “tuvo una gran influencia sobre la toma de conciencia de los mexicanos de la primera Independencia acerca de la importancia de la economía para el proceso social interno” (Borsò 225).

Las observaciones y propuestas de Humboldt sirvieron de guía en la conformación del nuevo gobierno mexicano. Su influencia puede observarse a lo largo del siglo XIX, pues fue “significativo también con respecto a la abolición de fueros del clero y del ejército, la unificación del sistema fiscal, la reforma agraria y la separación de poderes, así como el federalismo según el modelo estadounidense, elecciones libres y comercio libre” (*ibid.* 226).

Decididamente, no se trata de la única obra que influyó en la construcción de la nación, pero interesa por tratarse de una figura germana. De igual manera, cabe señalar que no todas las ideas de Humboldt fueron reconocidas en nuestro país; ejemplo de ello es el poco eco que encontraron sus reflexiones sobre la diversidad cultural del territorio mexicano:

La preocupación por las diferencias [étnicas y culturales] observada en la obra de Humboldt no encuentra oído en el México republicano. En la construcción nacional de Juárez, que logra establecer una conciencia nacional y unir las fuerzas liberales contra el extranjero, la parte indígena de la población no está incluida. Para el constituyente de 1857, el indio es salvaje y tiene que integrarse a la civilización. Las reflexiones antropológicas no fueron recogidas por los liberales, para quienes la integración del México regional y rural quiere decir desindianización. La literatura apoya la construcción de la nación que facilita una nueva infiltración subrepticia de métodos estatales colonialistas enemigos del ‘retraso’ de las culturas indígenas, de manera que, durante el proceso de consolidación de la nacionalidad y de la República Restaurada, disminuye el interés por las diferencias culturales. Esta tendencia se agudiza con las

ejemplos de su importancia son que, en 1827 se le otorgó la nacionalidad mexicana; en 1859, Benito Juárez lo declaró “Benemérito de la patria”; en 1903 hubo festejos en la Ciudad de México por el centenario de su llegada, y en 1910, en el centenario de la independencia mexicana, el gobierno alemán donó una estatua de Humboldt a México (*cf.* Torales 317-318).

luchas interinas que preceden el fracaso de la presidencia de Juárez en 1871 (*ibid.* 229-230).⁴⁴

Parece razonable postular entonces que el racismo característico de los liberales mexicanos, reflejado en sus políticas y acciones durante sus mandatos, constituye también una motivación para la constante traducción de textos redactados en lenguas “civilizadas”, particularmente el francés, el alemán y el inglés. No es una causa aislada, por supuesto, ya que actuó junto al afán pedagógico que pretendía formar una ciudadanía culta y educada, y junto al pronunciado eurocentrismo de los distinguidos agentes de los campos cultural y político.

Así pues, las publicaciones periódicas fueron el conducto por medio del cual se expusieron las ideas que se deseaban transmitir a un público amplio, mediadas por el trabajo de los editores y la corriente política que suscribieran. Los agentes de diversos campos encontraron en las páginas de los impresos un espacio ideal para el debate y la afirmación de sus posturas; entre más tipos de capital y mayor acumulación tuvieran, más efectivo sería su impacto. La creación de revistas en México fue entonces una tarea de primer orden, pues supuso la entrada a una de las prácticas mejor valoradas dentro del campo cultural internacional, no por nada se puede verificar en sus editoriales y prospectos que “no distaban mucho de lo que se proponían las revistas europeas y estadounidenses de la época, entre ellas *Family Magazine*, *Le Musée des Familles*, *Le Magazin Pittoresque* o, en Alemania, el *Gartenlaube*, *Das Pfennig-Magazin* y el *Illustrierte Magazine*” (*ibid.* 246). El eurocentrismo no se reducía meramente a imitar modelos e importar ideas de aquel continente, sino a un afán, por medio de sus prácticas y productos, de “demostrar, a las demás naciones del mundo, y en especial a las potencias occidentales, que México merecía formar parte del concierto de las naciones civilizadas” (Galí Boadella 245).

Estos soportes impresos también fueron clave para la difusión de las ideas, temas y literatura de origen germano, en este sentido llama la atención que no sólo se trató de proyectos impulsados por mexicanos, sino también por alemanes, que vieron en el ámbito editorial del país una posibilidad de negocio. Con la apertura comercial y diplomática se

⁴⁴ Estas lamentables ideas acerca de la población originaria sin duda permearon tan profundamente en las mentes de los mexicanos que aun hoy existen dejos de este pensamiento.

enriqueció la actividad editorial en México por medio de nuevas técnicas de impresión y la llegada de impresores extranjeros:

Con la independencia de México, se facilitó la entrada de viajeros procedentes de otros países. El fenómeno de mundialización propio del siglo XIX, con las consecuentes corrientes de fuerte migración y colonización, favorecerá que recalen en México individuos de muy distintos sectores sociales y profesiones [...]. Entre dichos viajeros, hay que destacar a los impresores, en especial a Rafael de Rafael, catalán que radicó durante varios años en Nueva York antes de pasar a México; Ignacio Cumplido, quien realizó varios viajes a Estados Unidos y Europa para adquirir material gráfico, y Vicente García Torres, quien viajó de joven a Europa. Los tres conocían bien las revistas europeas y norteamericanas (*ibid.* 248).

Los impresores, editores, así como los traductores, son agentes esenciales para el campo cultural. Según Suárez de la Torre, ellos son quienes “hicieron llegar de otros países autores y ediciones que enriquecieron la cultura y el imaginario mexicano en torno a otras realidades”, entre éstas, la alemana (“Las ediciones... 265-266). A los tres impresores mencionados en la cita anterior, podemos añadir a Mariano Galván, José Mariano Fernández de Lara, Juan R. Navarro, Manuel Murguía, José María Andrade, Agustín Rivera y Santiago White, que conforman una primera generación de impresores activos y reconocidos en el país. Para resaltar el importante papel que tiene la prensa en la difusión de nuevos contenidos, me detengo en algunos ejemplos en los que se publican contenidos alemanes.

El intercambio de noticias entre Europa y América se hizo posible en principio por los navíos que cruzaban el Atlántico. La comunicación entre México y Alemania sucedió especialmente vía Veracruz-Hamburgo. Ya en 1827, es decir, apenas seis años después de la consumación de la independencia, *El Mercurio*, órgano oficial del puerto de Veracruz, expuso datos sobre la feria del libro de Leipzig; en sus páginas también se incluían partituras de músicos alemanes y un registro de la rica actividad comercial entre el puerto mexicano y los puertos germanos (Galí Boadella 250). La publicación de esta información deja ver que había un público interesado no sólo en los pormenores económicos sino, también receptivo ante las notas y novedades de tipo cultural, como es el caso de la música clásica alemana.

Para la quinta década del siglo encontramos más evidencias que muestran un interés en expansión de los agentes mexicanos por los productos culturales alemanes. Luis Martínez de Castro, publica su artículo “Literatura alemana” en 1844 para el *Liceo Mexicano* y se admira del

inmenso catálogo de autores que ha producido y produce uno de los pueblos más fecundos de Europa. Es igualmente cierto, por extraordinario que parezca, que los traductores, no han conseguido todavía trasladar a su lengua todos aquellos escritos inmortales que el orbe literario mira...” (en Suárez de la Torre, “Las ediciones...” 268-269).

También afirma que si bien el conocimiento del alemán, “sin disputa la más rica [de las lenguas] de cuantas se hablan hoy en Europa”, es bajo en México, circulan obras de “los ingenios alemanes”, muchas de ellas por traducciones francesas, “no todas de gran mérito a la verdad” (*ibid.* 269). He aquí dos cuestiones dignas de discusión: la primera es en torno a la traducción, ante la posición rezagada del alemán como lengua de origen, se observa en el texto de Martínez de Castro un lamento, casi un reclamo, sobre la escasa labor de los traductores al respecto. En esta queja parece esconderse la idea de que la traducción es un proceso mecánico, sencillo de llevar a cabo, pues simplemente se trata de trasladar, sin mayor mediación, palabras de un idioma a otro. Esto nos lleva a la segunda cuestión, también mencionada por Martínez de Castro, el poco conocimiento de la lengua alemana que se tuvo en los primeros años del México independiente. Galí Boadella comenta “¿Cuántos mexicanos podrían leer alemán? A excepción de José Gómez Conde de la Cortina, Lucas Alamán, Fausto de Elhúyar y Andrés del Río, no sabemos de otras personalidades de la cultura mexicana de la primera mitad del siglo XIX que conocieran este idioma” (249). En efecto, fue hasta los años 40 en que Luis Martínez de Castro, José Sebastián Segura y Rafael Zayas introdujeron la literatura alemana al país, su destreza con la lengua germana les permitió comenzar “una empresa novedosa que redundó en beneficio de los mexicanos al ampliar el panorama cultural” (Suárez de la Torre, “Las ediciones...” 269)⁴⁵.

El siguiente año, en 1845, la *Revista científica y literaria de Méjico* publica un extenso artículo titulado “Literatura y lengua alemana” de Julián Sáenz del Río en el que lejos de ofrecer un simple inventario de obras, el autor revisa de manera crítica “las publicaciones hasta 1843, es decir, una aproximación muy actualizada de la literatura alemana” (Galí Boadella 253). Otro ejemplo de la presencia de contenido y autores alemanes en la prensa se

⁴⁵ Muchas de estas consideraciones se basan en la investigación original de Marianne Oeste de Bopp, *Contribuciones al estudio de las letras alemanas en México* (UNAM, 1961), quien fue una de las primeras académicas que se dedicó a elucidar las relaciones de la literatura mexicana decimonónica con la literatura en lengua alemana. He procurado citar fuentes más actuales, sin embargo, no quiero dejar de mencionar lo valioso que ha sido este trabajo en estos temas.

debe a la pluma del afamado escritor Manuel Payno, pues en 1849 publica una nota titulada “Inauguración de la estatua de Goete [*sic*] en Francfort”. En este texto, Payno asevera que varios mexicanos interesados en la literatura conocen el trabajo del poeta alemán, aunque sean pocos quienes puedan acceder al original en la lengua germana, cuestión que por lo visto se señaló con insistencia; también en sus palabras hallamos noticia de las prácticas traductoras, en este caso, la mediación del francés para acceder al contenido en alemán, pues recomienda una traducción de Enrique Blaze, quien, como otros jóvenes, traducen a Goethe a partir de versiones francesas (*ibid.* 252).

Para terminar de ilustrar la presencia de contenidos alemanes en la prensa decimonónica, ofrezco un ejemplo ligado al protestantismo, atacado, comprensiblemente, por la Iglesia católica y, por ende, por sus representantes mexicanos. El hispanista Peer Schmidt rastreó en la prensa mexicana los artículos dedicados a discutir las garantías individuales de los mexicanos, sobre todo rumbo a la constitución de leyes que garantizaran la libertad de las personas. Tras su revisión, afirma que la libertad de culto es la única que no es defendida con amplitud, ni siquiera se le relaciona con las otras garantías. Para ejemplificar esta idea, expone algunas huellas de Lutero en la prensa, personaje que se valoraba negativamente desde el virreinato. A mitad de siglo, en *El Monitor* se publica, según Schmidt, el primer juicio positivo de Lutero en México y en este fragmento es posible leer una evidencia de que su obra era conocida e incluso leída:

Gracias de las pruebas [*sic*] del *Ómnibus* es decir que escribimos como Lutero. ¡Gracias por la comparación! Lutero era un hombre de muchísimo talento, confesado hasta por sus enemigos, y no creemos merecer esta calificación. En cuanto a opiniones religiosas diga lo que quiera nuestro colega, no hay semejanza, pues si bien hacemos la guerra al fanatismo y a los abusos, somos verdaderamente cristianos (28 de febrero de 1856) (en Schmidt 220).

Si bien quien escribió dicho texto en *El Monitor* tiene el cuidado de enfatizar que no comparte las ideas protestantes, el elogio que lanza al teólogo sobre su escritura revela una gran admiración, compartida por otros escritores y agentes del campo cultural mexicano, hacia otras figuras alemanas.

Así pues, la presencia alemana se mantuvo constante con el paso de los años, no sólo en el ámbito literario, como se ha visto, sino también en otras prácticas del campo cultural, por ejemplo, la difusión y circulación de partituras musicales de Alemania fue bastante

común por cierto tiempo en México (*cf.* Galí Boadella 256-257). De igual forma, se tiene noticia del influjo en el campo científico: se sabe que el ingeniero mexicano Antonio del Castillo traducía del alemán, al igual que el científico Andrés M. del Río, quien hizo una estancia en Alemania, donde además de entablar una relación con Humboldt, entró en contacto con la frenología, la ciencia en boga de entonces (*ibid.* 254-255).

Se ha expuesto cómo la prensa fue el espacio de circulación del conocimiento, de las ideas y de los contenidos provenientes de Alemania, lo cual explica el cada vez más constante recurso a los impresos ya como fuente de diversas investigaciones, ya como objetos de estudio en sí mismos. La variedad de aproximaciones genera, por supuesto, distintas visiones sobre la importancia y función de tales materiales en nuestro país; por ejemplo, Galí Boadella opina que las publicaciones periódicas en México “desempeñaron un papel más importante que en Europa debido a que, con el desmantelamiento de la mayoría de las instituciones coloniales, se tuvieron que inventar nuevos mecanismos de creación y difusión cultural” (247). Considero que esta posición sugiere que hubo una ruptura entre los mecanismos europeos mencionados y los mexicanos, sin embargo, yo los entiendo más como una continuidad de una actividad editorial ya existente en el territorio mexicano, pues se adaptaron modelos extranjeros, principalmente europeos y estadounidenses. Después de su excelente recorrido por la prensa nacional de la primera mitad del siglo para evidenciar la huella alemana, la investigadora concluye:

[A]l revisar en su conjunto los temas alemanes reproducidos, nos encontramos al parecer ante un cúmulo de informaciones sobre la cultura alemana de carácter misceláneo, no sistemático. Aquí, entonces, cabría hacer un análisis más fino, que, partiendo del carácter e intereses de la propia cultura mexicana del período, nos permitiera concluir si hubo una selección determinada por los propios gustos del público mexicano receptor y por las necesidades de la cultura mexicana en construcción. [...], rara vez tenemos traducciones directas del alemán y, por lo general, se trata de versiones a partir del francés o del inglés, con lo cual podemos decir que nos llega una versión tardía y probablemente ya muy distorsionada por el avance del romanticismo (260).

Ese carácter misceláneo que menciona no se halla en las páginas de *La Época Ilustrada*, pues se observa en sus páginas una predilección por las composiciones de poetas alemanes, así, para finales de siglo, la literatura alemana gozaba ya del favor del público mexicano, esto, aunado a la abundancia de poesía de aquel país, deja entrever la posibilidad de una expectativa de los lectores al respecto. En cuanto a la traducción indirecta, la evidencia en el

semanario sugiere que seguía practicándose, sobre todo desde el francés, lo que da para reflexionar sobre la posición, probablemente favorable, en el México decimonónico acerca de esta práctica. En la segunda mitad del siglo XIX, se observa que los contenidos alemanes continúan su aparición en los impresos mexicanos, periodo al que pertenece mi objeto de estudio y el cual reviso a continuación.

3.2.2 El influjo cultural de Alemania de la República Restaurada hacia el fin de siglo

En uno de nuestros números siguientes publicaremos la magnífica traducción de *la Canción de la Campana de Schiller*, que en buenos versos ha hecho el Sr. D. José Sebastián Segura, redactor del RENACIMIENTO, y que según la opinión de los que conocen el idioma alemán, es la mejor que se ha publicado en castellano, lo cual es mucho decir, pues hay la de Hartzembusch, que tiene gran reputación.

Ignacio Manuel Altamirano

Hacia los años 50 del siglo XIX comienza a cobrar relevancia una de las figuras más emblemáticas del periodo en México, en principio por su participación en los conflictos armados (la Revolución de Ayutla, la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa) y luego por sus actividades en el campo cultural (de docencia y en la prensa) y en el campo político (fue diputado, procurador general, presidente de la Suprema Corte de Justicia y cónsul en España y Francia, por mencionar algunos de sus puestos). Me refiero, claro, a Ignacio Manuel Altamirano, un guía principal de la literatura mexicana, por haber reflexionado acerca de la importancia de las letras para la conformación de la nación y su progreso, como parte de un proyecto cultural que impulsó la carrera literaria de varios escritores. En esta búsqueda de una literatura nacional, Altamirano, junto con sus compañeros y luego discípulos, hallaron en las literaturas inglesa y alemana, principalmente, las influencias necesarias para superar la francofilia de la vida cultural mexicana. A la par, Altamirano rechazaba la incorporación de lenguas nacionales a la literatura mexicana por considerar a los pueblos originarios “un mezquino provecho de la Arqueología y la Filología” (en Borsò 230)⁴⁶. Como se asoma en

⁴⁶ Cabe señalar que entre los liberales que tuvieron gran influencia en la vida política y cultural del país era común esta percepción de lo indígena como atraso, como algo arcaico que no empataba con los aires de civilización anhelados, una prueba más del poco impacto de las ideas de Humboldt al respecto. Sin embargo, Francisco Pimentel sí incluye las lenguas originarias en dos obras de gran importancia en el XIX. Me refiero al *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México o tratado de filología mexicana* (1874)

el epígrafe anterior, Altamirano se interesó por la lengua y la literatura alemanas y se expresó con gran admiración de ellas, además de servirse de las composiciones germanas para algunas obras propias.

Tras la Intervención Francesa y el subsecuente Segundo Imperio Mexicano (1863-1867), encabezado por el archiduque austriaco Maximiliano de Habsburgo, llegó el triunfo liberal y comenzó el periodo conocido como la República Restaurada. En los inicios de estos años, “el trauma político de la invasión francesa” produce en el país “el rechazo de los ‘afrancesamientos’ de los liberales españoles 50 años antes y, al lado del americanismo, gana fuerza también la influencia alemana en su doble vertiente: la humanista, y la visión imperial y racista de la historia” (Borsò 231). Es en este mismo periodo que Altamirano tiene más participación en la prensa y en sus actividades literarias, mediante las cuales insta a sus colegas y a los aspirantes a escritores a sumarse a la conformación de una literatura mexicana, es decir, de producciones escritas en México, sobre temas del propio país, y que tuvieran la finalidad de instruir a los lectores para constituir una sociedad civilizada, es decir, a la par de algunas naciones europeas. En este sentido, trabajó junto con Gonzalo A. Esteva, periodista y diplomático de carrera, y en 1869 publican *El Renacimiento*, revista literaria que conjuntó escritores de diferentes ideologías políticas y que sirvió como manifiesto para la búsqueda y formación de una literatura propia, con una constitución un tanto paradójica, pues se partió de modelos europeos para hablar de temas mexicanos, aunque esto se explica desde el momento en que la ideología nacionalista se gesta en Europa.

En *El Renacimiento*, además de textos de origen germánico, puede leerse en un texto de Altamirano:

nos permitimos preguntar ¿por qué no se protege más el estudio de este riquísimo e importante idioma [el alemán]? Antes se creía que el francés era la clave de las ciencias; ahora es preciso estudiar el alemán si se quiere *saber*. Los franceses traducen; los alemanes piensan y crean. Las ciencias naturales, la literatura, la crítica, hoy están resplandeciendo en Alemania. Sus universidades son los faros de las ciencias, sus libros son rayos de luz, sus sabios son hoy los maestros en todo. Y ¿así descuidamos el estudio del alemán, cuando al contrario debía enseñarse este idioma de preferencia a los demás extranjeros que se hablan hoy? / Nos permitimos sobre esto llamar la atención del Gobierno, y recordarle que hay en México un sabio y modesto profesor, el Sr. D. Oloardo Hassey, que hace años está consagrado en el país a la enseñanza de esta lengua, y que ha compuesto métodos y estudios que han aprovechado en gran manera a la

y la *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México, desde la conquista hasta nuestros días* (1885) (cf. Borsò 230-231).

juventud. Pero este profesor, empeñoso y honrado, tiene pocos discípulos, y es preciso que se le rodee de muchos, para bien de México.⁴⁷

Las palabras de Altamirano comenzaron a tener mucho peso para los escritores mexicanos de la época, así que con estas afirmaciones sobre la lengua y cultura alemanas, el escritor intentaba motivar su adquisición y, de esta forma, contrarrestar la penetración cultural francesa, pues el escritor guerrerense pensaba que los galicismos deterioraban nuestra propia lengua y temía que el apego de los mexicanos cultos a la historia francesa resultara en una ignorancia de la propia historia (cf. Gutiérrez de Velasco 283). Suárez de la Torre sostiene que alrededor de Altamirano y *El Renacimiento*, se abrieron más espacios para la literatura alemana, lo que marcó un viraje en la élite respecto a la cultura francesa como modelo “lo que la llevó a abreviar en la lengua y en sus literatos nuevas fuentes de inspiración para la creación literaria nacional. Heine, por ejemplo, fue un autor muy conocido en México, y sus obras se difundieron a través de los periódicos” (“Las ediciones...” 277-278). En las páginas de *La Época Ilustrada* se constata la popularidad de Heine pues sus poemas de largo aliento, más otras composiciones, son los que ocupan más espacio de entre los textos traducidos del alemán y publicados en el semanario.

Altamirano llevó el influjo alemán a sus obras, prueba de ello es su novela *Clemencia*, con citas de E. T. A. Hoffmann incluidas, que representa un “ejemplo de una forma sumamente positiva de la recepción de la literatura alemana de la que Altamirano fue gran admirador. El escritor mexicano se muestra buen lector del primer romanticismo alemán y del idealismo crítico de la ironía romántica” (Borsò 237). El insigne escritor mexicano también se interesó en traducir del alemán: sobre esto se conservan “algunos ejemplos de este esfuerzo del maestro por compartir con diversos escritores y con el público en general las novedades literarias, los autores consagrados y también por traer a tierras mexicanas algunos de los debates destacados de la época” (Gutiérrez de Velasco 284). Se tiene noticia de que estudió la lengua alemana, pero no sobre su nivel. En cualquier caso, en 1870 se publicó por entregas en *El Libre Pensador* su traducción de *La vida de Jesús*, una obra polémica del teólogo y pionero del vegetarianismo alemán Eduard Baltzer (*idem*).

⁴⁷ Ignacio Manuel Altamirano, “Crónica de la semana”, en *El Renacimiento*, vol. I, 1869, pp. 51-54, cit. también por Suárez de la Torre (cf. “Las ediciones...” 270).

El trabajo de Altamirano abarcó distintos campos del país, pero esto no significa que fue el único agente mexicano que impulsó la literatura alemana. Por ejemplo, *La Cruz*, revista literaria, incluyó varios textos de origen alemán, probablemente debido al interés de uno de sus colaboradores, figura prominente también de la vida mexicana decimonónica, el xalapeño José María Roa Bárcena. En “La noche de Navidad” de Cristóbal Schmid, texto publicado en esa revista, Suárez de la Torre detecta una aclaración respecto al francés (la elección de la palabra “nacimiento” para la versión mexicana, en vez de utilizar “pesebre” a partir de *crèche*) en la que se pone de manifiesto que “E. A.”, como firma quien tradujo, acudió a la versión francesa para llevar a cabo su trabajo (“Las ediciones...” 268). De esta forma, se puede verificar que la práctica de la traducción indirecta se consideraba un método válido para difundir contenidos en lenguas de las que un traductor no tuviera un dominio, sin levantar suspicacia ni motivar la desaprobación tácita de los lectores ni tampoco de otros escritores y reescritores.

El fortalecimiento de los negocios alemanes en el país motivó una visión positiva sobre su país de origen en la élite mexicana; al existir la oferta de productos provenientes de esa nación europea, la clase letrada de México pudo mirar más allá de la influencia francesa e interesarse por los autores alemanes, de esta forma, la lengua comenzó a tener más adeptos. En la segunda mitad del siglo XIX, salen a la luz “una serie de novelas que, salvo excepciones, corresponde a la pluma de autores menores. Se aseguró así un éxito entre el público que buscaba más un entretenimiento que disquisiciones filosóficas o recuentos históricos” (Suárez de la Torre, “Las ediciones...” 274). Entre dichas novelas destacan *Alejandro de Humboldt...* de Heribert Rau, traducida por Isidoro Epstein; *La estrella del norte y la media luna*, de Ludwig Rellstab, traducida por Felipe Mendoza y Guerrero; y *Griseldis*, de Franz Joseph Munch, traducida por Juan Federico Jens. Prefiero utilizar aquí el mote de autores poco conocidos al de menores, una decisión personal, pero lo cierto es que en *La Época Ilustrada* se observa esta dinámica: varios de los escritores cuyas obras se publican ahí no gozaban precisamente de una popularidad enorme a nivel mundial, una posible explicación a la inclusión de las semblanzas biográficas.

Algunos autores alemanes consagrados también formaron parte de la nómina de obras alemanas publicadas en el país. Circularon en México, por mencionar algunas, *Las cuitas del joven Werther*, *Fausto* y *Guillermo y Dorotea: poema*, de Goethe; *Honor por honor*, de Paul

von Heyse; *Ecos del Rhin*, de Rückert; y *Guillermo Tell* e *Historia de la guerra de los treinta años*, de Schiller (*ibid.* 275), sobre estos trabajos, “es necesario decir que las ediciones españolas de estos autores fueron conocidas y que quizá sea éste un motivo para que los editores no se arriesgaran a hacer ediciones mexicanas” (*ibid.* 275 n17), lo que significaba una decisión editorial basada en los costos y beneficios: era más rentable reproducir una obra ya traducida o importarla y distribuirla que traducirla desde el país.

Un agente importante también por su participación en varios niveles de la vida mexicana decimonónica fue el alemán Isidoro Epstein, quien arribó al país en 1851 y se estableció primero en Zacatecas, luego en Aguascalientes, para finalmente asentarse en la Ciudad de México. Entre sus múltiples actividades en el país, relacionadas sobre todo con sus conocimientos científicos, destaco las siguientes: fue pionero en los estudios estadísticos que se hicieron en el México independiente, formó parte de varias comisiones y sociedades científicas, entre ellas la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, asociación fundamental para el desarrollo de la ciencia en nuestro país, se desempeñó como profesor de matemáticas y alemán en el Instituto Científico y Literario de Aguascalientes, y también impartió lecciones de mecánica racional y mecánica aplicada en el Colegio Militar de la Ciudad de México (*cf.* Vieyra y Vigil 378-383).

Desde 1872, Epstein se hizo de una imprenta a la cual le puso su nombre, en ella se manufacturaron toda clase de impresos “como tarjetas de visita, invitaciones de boda, esquelas, libranzas, facturas, formularios y demás trabajos [...], en castellano, inglés, francés y alemán” (Vieyra y Vigil 384). Su cercanía con el liberalismo mexicano se podía observar en las obras y periódicos que publicaba, como el *Cuadro descriptivo comparativo de las lenguas indígenas de México* en 1875, de Francisco Pimentel, o los periódicos *La Bandera de Juárez*, *La Democracia* o *La Ilustración Espírita* (*idem*). Colaboró con Ignacio Manuel Altamirano, José Sebastián Segura, José María Vigil, entre otros escritores mexicanos, y con sus compatriotas radicados en México, como el músico Luis Hahn, el profesor y escritor Oloardo Hassey, el pedagogo Emilio Kathain y el bibliófilo Agustín Ziehl, también miembro de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

En la traducción que hizo de *Alejandro de Humboldt, novela histórico-biográfica*, de Heribert Rau, Epstein escribió una dedicatoria a Ignacio Ramírez, una de las máximas figuras del liberalismo (Borsò 232). Asimismo, tradujo otras obras, como *Apuntes sobre la*

paleontología y geología de la República de México, de Johannes Félix y H. Lenk, académicos de la Universidad de Leipzig. Entre 1872 y 1876 publicó *Vorwärts*, un periódico en alemán, y tradujo del español al alemán *Las minas y los mineros* del afamado escritor mexicano Pedro Castera, “obra de reconocido prestigio internacional, con versiones al inglés y francés” (Vieyra y Vigil 386).

Podríamos decir, en términos sociológicos y con la revisión aquí presentada, que Altamirano y Epstein fueron individuos con mucha agentividad, es decir, al acumular capitales culturales y sociales, así como, en el caso sobre todo del alemán, económicos, aseguraron posiciones privilegiadas en el campo cultural mexicano y, por medio de ellas, lograron imponer el alemán como la lengua (y la cultura) fuente de la que debían importarse sus bienes culturales. Hasta cierto punto, esto les permitió posicionar una lengua distinta a la francesa como lengua literaria. El eurocentrismo de Altamirano y los liberales que lo siguieron incidió claramente en la puesta en marcha de traducciones e impresos que difundieron las obras del viejo continente. De los traductores mexicanos que se conocen en el XIX, se tienen noticia de que acudieron a las fuentes germanas Rafael Cosmes y Cossío, José González de la Torre, José María Heredia, Francisco A. de Icaza, Manuel de Olaguíbel, José Sebastián Segura, Agustín Tagle y Rafael Zayas; mientras que para escribir sus versiones al español de textos en alemán, Santiago Sierra, José María Roa Bárcena, Manuel Payno y Eduardo S. Herrera se sirvieron de traducciones al francés o al inglés (Bopp en Suárez de la Torre 275).

En medio de este mar de contribuciones, relaciones e intercambios culturales entre Alemania y México, Suárez de la Torre propone una división de los contenidos alemanes en nuestro país:

En estas publicaciones, podemos decir, se perciben dos etapas: la primera se refiere a la presencia en pinceladas de una Alemania manifestada a partir de sus tradiciones, de sus costumbres, de sus leyendas, y, en la segunda, la referencia es específica a la literatura alemana, con sus autores y obras, y se encuentran un conocimiento de la lengua alemana y un interés abierto por su literatura. Efecto de ello es constatar que las revistas ya no presentan tantos artículos traducidos provenientes de revistas francesas, sino que los escritores mexicanos traducen directamente del alemán, sin pasar por la versión francesa, lo que habla del conocimiento de la lengua y de la mirada puesta en aquel país, como guía del espíritu literario (“Las ediciones...” 271-272).

Es en esa segunda etapa que se inscribe *La Época Ilustrada*, con distintos autores germanos, y con algunas traducciones hechas en el país. Cabe resaltar que, si bien hubo un acercamiento a lo germano en el desarrollo del campo cultural mexicano, la influencia francesa jamás se redujo de manera importante, lo cual no pone en entredicho en lo absoluto la relevancia del alemán en aquella época. Alemania alcanzó una posición preponderante debido, en buena medida, al papel desempeñado por editores y traductores; la actividad editorial mexicana dio a conocer lugares, personajes históricos, autores y compositores alemanes que la elite de nuestro país adoptó favorablemente para sentir que pertenecía a un mundo civilizado, en el cual se esperaba el dominio de más de una lengua (*ibid.* 278).

Por un lado, entonces, se entiende que en *La Época Ilustrada* las traducciones del alemán ocupen una posición cuantitativa importante, y, por el otro lado, la prevalencia de los contenidos franceses confirman que la influencia del país galo nunca mermó en nuestro país. Para finales del siglo, los mexicanos cultos volverían de nuevo, y con más intensidad, la mirada hacia París, motivados por un claro posicionamiento en el extenso y autoritario gobierno del mandatorio en turno, Porfirio Díaz Mori, conocido francófilo.

He presentado este panorama, de forma sintética, para mostrar la penetración alemana en los campos cultural y económico del país desde la independencia hasta el inicio del Porfiriato. Este recorrido me permitió observar que en la década de 1840 hay una coincidencia entre el fortalecimiento del comercio alemán con el aumento de contenidos alemanes en las publicaciones periódicas; lo cual podría ser un ejemplo del empuje que las condiciones económicas dan al ambiente cultural. Se aprecia de esta forma el control externo y el control interno, de los que hablaba Lefevere, para el sistema literario (el cual me permitiré llamarle aquí campo literario) que en ese momento se desarrollaba sobre todo con la prensa. El estatus que alcanzaron los alemanes también provocó efectos positivos en la aceptación de paradigmas culturales y de influencias literarias, lo cual motivó la traducción directa o indirecta de autores alemanes. Las relaciones comerciales y diplomáticas impulsaron también el intercambio de información, así como la importación de libros, que después se tradujeron e imprimieron en México (*cf.* Suárez de la Torre, “Las ediciones...” 272-276). Así pues, en la competencia dentro del campo cultural mexicano, los alemanes lograron detentar una buena posición, aunque no fuera la de mayor alcance, gracias a una combinación de capitales

económicos y culturales que finalmente les permitió obtener capital simbólico, y así asegurar su presencia e influencia en el país durante el siglo XIX.

3.3 Quienes traducen, quienes reescriben: agentes y contenidos alemanes

La poesía es el género más favorecido en *La Época Ilustrada*. Por ello, no sorprende que de los 42 textos traducidos del alemán que aparecen en el semanario, 38 sean poemas. Hay, además, dos narraciones breves, un autógrafo y una novela por entregas [vid. ANEXO 3]. Este contenido está repartido en 22 autores, entre ellos, Heinrich –o Enrique– Heine tiene el mayor número de poemas: seis se imprimen en una sola entrega, dos poemas largos, “Intermedio” y “Regreso”, se publican a lo largo de seis y ocho números respectivamente, y algunos poemas agrupados en tres series (“Nocturnos”, “Hojas caídas” y “La vida de Lázaro”) que también aparecen por entregas⁴⁸. El número de autores consignados no se corresponde con el número de traductores mencionados, lo cual sugiere un interés menor en nombrar a quienes traducían, por lo menos en relación con el peso que ya tenía la autoría. Hay cinco traductores consignados en las versiones al español de los textos alemanes. En cuatro, no aparece otra indicación más que el nombre de quienes tradujeron: un español, José J. Herrero, un supuesto inglés, Jaime Clark, un inmigrante alemán en México, J. F. Jens, y Federico Carlos Jens, un poeta mexicano. El quinto, Manuel B. Juárez, redactor de *La Época Ilustrada*, tradujo la novela de Zschokke, *Alamontade*, publicada por entregas y que en su última parte en el número 50 (13 de octubre de 1884) se lee “traducida del francés para *La Época Ilustrada* por Manuel B. Juárez”, lo cual ejemplifica lo que Martínez de Castro y Payno ya comentaban: que la literatura alemana llegaba a México muchas veces mediada por el francés.

Con sus limitaciones, la proporción del origen de los cinco traductores mencionados me parece relevante pues muestra, hasta cierto punto, la dinámica que existía en el siglo XIX en la traducción literaria de México, una parte se realizaba en el país y otra llegaba al país “desde París, Londres y Nueva York; también, aunque en menor medida, de Madrid y Barcelona” (Castro, Hernández y Zaslavsky 273). En esta sección, me ocuparé de estos cuatro traductores

⁴⁸ Conté cada grupo de poemas como uno solo ya que estos comparten un mismo título y así se publican en el semanario.

para trazar su biografía traductológica y de esta manera revelar aspectos de la circulación de las traducciones, entre ellos, el soporte que tuvieron antes de llegar a *La Época Ilustrada*.

En el siglo XIX, la práctica traductora no gozaba del estatus de profesión. Si quienes se dedicaban a traducir adquirían notoriedad, se debía a que realizaban alguna otra actividad, especialmente, más no de forma exclusiva, en los campos cultural y político, espacios que finalmente se interrelacionan con frecuencia. Esto significa que la labor traductora estaba supeditada a otras ocupaciones y, en cierta medida, explicaría que los traductores no fueran reconocidos con su respectivo crédito en muchas de las traducciones del siglo, omisión que puede observarse en los textos traducidos de *La Época Ilustrada*. Las siguientes líneas trazan el perfil de los cinco traductores de obras en alemán que se mencionan en el semanario. Tengo un interés especial por los dos Jens y Manuel B. Juárez, pues llevaron a cabo sus traducciones en el país, cuestión que me interesa más en tanto la historia de la traducción en México está poco desarrollada; esto no significa, por supuesto, que descuidaré la actividad de los dos traductores españoles.

3.3.1 José J. Herrero, traductor de Heine

José Joaquín Herrero y Sánchez (1858-1945) fue poeta y político en España, además de traductor. Aparece en el número 7 (17 de diciembre de 1883) de *La Época Ilustrada*, bajo la firma de José J. Herrero, como traductor de un poema intitulado “De Heine”, sin consignar aparte el nombre del autor. Esta versión corresponde al poema número 48 del “Lyrisches Intermezzo”, obra que contó con su propia edición en 1823 y que, en 1827, formó parte de su *Buch der Lieder*⁴⁹. El mismo año que aparece “De Heine” en las páginas de *La Época Ilustrada*, el editor madrileño Luis Navarro publicó *Poemas y fantasías* de Heine, el cual compilaba algunas de las traducciones de Herrero y Sánchez, “conocido traductor de Heine” (González Ródenas 97). Prologado por Marcelino Menéndez y Pelayo, el libro abre con la sección “Intermezzo”, en la que aparece, bajo el número XLII, el poema que se incluye en el semanario mexicano. La diferencia en el título es una de las razones por las cuales considero que los editores obtuvieron de otra fuente, y no de la compilación, la versión en español del

⁴⁹ Esta obra ha tenido muchas traducciones al español, respecto al título, la más común es *El libro de las canciones*, pero también se ha publicado como *El libro de los cantares* (Barcelona, Daniel Cortezo, 1890, trad. de Teodoro Llorente) o *El cancionero* (París, Ollendorf, 1912, trad. de Juan Antonio Pérez Bonalde).

poema. Más adelante, expongo otras consideraciones que sostienen esta hipótesis para fijar y visibilizar el agente encargado de esta traducción.

Respecto al autor, Heinrich Heine, habrá que establecer que su obra se volvió bastante popular en todo el mundo, lo que explica en principio su aparición en *La Época Ilustrada* y en distintas publicaciones periódicas. La literatura de Heine, en su momento, ayudó a exportar una visión favorable de los alemanes, lo cual influyó para que actualmente mantenga un estatus de escritor clásico:

A nivel internacional fue Heine por fortuna un eficaz embajador que mejoró la imagen negativa que en el exterior se tenía y se tiene a veces del carácter germano. Al estereotipo de una pesada y cuadrículada cerrazón oponía un ingenio sumamente ágil y vivaz, pero practica –eso sí– su oficio con la mayor meticulosidad. Según Golo Mann, fue “un europeo alemán que –a través del lirismo de sus canciones– popularizó la lengua y espíritus alemanes” (Balzer 9).

Esta exportación eficaz de un espíritu sensible germano no habría podido lograrse sin la traducción. Heine tuvo también escritos de tinte político, pero su obra poética gozó de un mejor y más amplio recibimiento en otros países europeos⁵⁰, entre ellos, España, en el que se dio a conocer primeramente su cancionero, que influyó en la obra de Bécquer (Balzer 10) y donde “apenas [hubo] poetas que no se hayan dejado tentar por Enrique Heine” (Enrique Díaz-Canedo en Zamudio Zamora 13).

La obra de Heine llegó en pocos años a Hispanoamérica, donde, a decir de Zamudio Zamora, su entusiasta recepción no sólo se encuentra, a manera de influencia, en la obra de poetas de esa latitud, “sino que también, y éste es el caso más profuso, en las innúmeras traducciones y paráfrasis o imitaciones que se esparcieron a través de todo el continente hechas por vates hispanoamericanos” (13). Este autor también señala a los primeros traductores españoles de Heine: Eulogio Florentino Sanz, el iniciador, Manuel María Fernández y González, José J. Herrero y Teodoro Llorente. De Hispanoamérica, menciona, como traductores del XIX, a Juan Antonio Pérez Bonalde y Juan B. Calcagno de Venezuela, Francisco Sellén y Juan Clemente Zenea de Cuba, Ricardo Palma y González Prada de Perú, César Conto, Carlos Arturo Torres y Guillermo de Valencia de Colombia, Calixto Oyuela de

⁵⁰ Su éxito puede observarse en las más de diez ediciones que tuvo su *Buch der Lieder* y en las cuatro ediciones y más de 20,000 ejemplares de *Romanzero* (1851), su último libro en vida, número notable que merece mayor reconocimiento al tratarse de poesía (Balzer 11). Sobre sus escritos políticos, Heine eligió la sátira para expresar sus visiones y defendió una Alemania democrática, cuestión por la que llegó a ser acusado de antialemán. Años después, sería excluido de los manuales de literatura del régimen nazi (cf. Balzer, 9-11).

Argentina, Roberto Espinoza de Ecuador, Manuel Antonio Flores y Francisco A. de Icaza de México (Zamudio Zamora 14, 14 n2), y a Isidoro Errázuriz y Guillermo Matta como los primeros chilenos que tradujeron a Heine (*ibid.* 18)⁵¹. Zamudio Zamora atribuye la buena acogida del poeta en Hispanoamérica a un cambio en la poética:

[N]o es de extrañar la aceptación que las producciones líricas de Heine encontraron en Hispanoamérica, pasado el ímpetu de la primera generación romántica europea. Los poetas de aquí miraron hacia este poeta amargo y tierno al mismo tiempo y se empararon de esta nueva sensibilidad que acordaba mejor con la de ellos (15).

La lista de traductores hispanoamericanos pone en evidencia la exitosa circulación de la obra poética de Heine en países de este continente. Las varias traducciones, desde distintas latitudes, indican una fuerte influencia del poeta alemán en los escritores americanos, así como una voluntad de los campos culturales de cada nación por contar con su propia versión al español. Zamudio Zamora lo comenta de esta manera:

Al hablar de las traducciones poéticas en general, se puede decir que la poesía del siglo XIX –y esto vale también para Chile–, vive en parte del trasvase o trasiego de los grandes poetas europeos, sean éstos de Italia, Francia, Inglaterra o Alemania. El espíritu romántico que impera en una gran porción de esta literatura americana, encuentra amplio y robusto cauce, aunque no muy original, pensando o sintiendo a través de lo que pensaron o sintieron aquellos vates, llámense Hugo, Lamartine, Byron, Schiller, Goethe o Heine. Los poetas americanos elegían para sus traducciones o imitaciones al poeta extranjero que más convenía a su cuerda y obtenían, si no una acabada versión, algo que deseaban hacer de su propiedad (14-15).

Si se acepta la afirmación contenida en la última oración de la cita anterior, se encuentra un ejemplo claro de cómo la traducción, para Lefevere, es una reescritura, lo que quiere decir que está sujeta a la manipulación del agente. Estos poetas-traductores reescribían en función de lo que a ellos sirviera, por estética personal, por apego a una poética o en función de una ideología (la identidad americana, por ejemplo) y era así como presentaban el trabajo de autores de lenguas extranjeras.

De manera más específica, en México, Heine fue también un poeta muy conocido y apareció con regularidad en las páginas de los periódicos mexicanos (Suárez de la Torre “Las

⁵¹ El trabajo de Zamudio Zamora es muy valioso, especialmente en el aspecto traductológico ya que aporta varios datos sobre las traducciones al español de Heine y después se enfoca en su circulación en Chile. Además, enumera las equivalencias de traducciones con el texto alemán e incluye las fuentes bibliográficas. Al final, ofrece una antología de traducciones del alemán, hechas por chilenos, entre ellos, Isidoro Errázuriz, Guillermo Matta, Efraín Vásquez Guarda, Luis Barros Méndez, Vicente Huidobro y Carlos Silva Cruz.

ediciones...” 278). Marianne O. de Bopp realizó una bibliografía de Heine en México en la que se observa además la diversidad de ediciones que circularon en nuestro país, en sus palabras:

[S]e apreciará la asombrosa abundancia de traducciones, lo cual nos permite suponer una gran influencia de Heine en la literatura mexicana. Fácilmente se verificará la época de culminación de dicha influencia –entre 1875 y 1890–; en la obra de todos los poetas mexicanos que escribieron durante esos años, podrá apreciarse la huella, más o menos intensa, de la lírica de Heine [...]. El gran número de traducciones españolas que en México se reimprimieron, así como las de los traductores mexicanos que se ocuparon directamente de Heine, confirma que él debió ser el escritor alemán favorito de México, expresión del espíritu de la época y, como tal, representativo de Alemania (181).

Así pues, acercarse a los poemas de Heine parecía una tarea relativamente sencilla ya que pululaban en distintas ediciones de libros y en revistas periódicas. Sin embargo, tengo dos motivos para pensar que los editores no tuvieron acceso a *Poemas y fantasías* para publicar los poemas de Heine: el primero se encuentra en el título “De Heine” que ponen al poema, en vez del número de composición o el título de la obra completa; el segundo está en la falta de coincidencia de las traducciones de “Intermedio” y “Regreso” publicadas en el semanario con las efectuadas por Herrero. No he podido rastrear el origen de la versión titulada “De Heine”. En todo caso, el interés de los editores de *La Época Ilustrada* en la traducción y publicación de composiciones del poeta alemán puede atribuirse a distintas razones. Entre estas, aquellas que tienen que ver con lo interno del campo literario, la poética, lo que gustaba en el momento, y también con lo externo, es decir, lo económico, pues el éxito del poeta significaba mejores ventas.

En *La Época Ilustrada* se publicaron por entregas “Intermedio” y “Regreso”. Estos poemas largos de Heine los tradujo Herrero también y se incluyeron en su libro de 1883. En el semanario, no se menciona ningún traductor para este par de composiciones; una revisión de los poemas comprueba que, en efecto, se trata de distintas traducciones. Los poemas “Intermedio” y “Regreso”, tal como aparecen en las páginas del semanario, coinciden con los publicados en la edición *Intermedio, regreso y nueva primavera. Poemas líricos de Enrique Heine*, publicado por primera vez en Madrid en 1873. La portada de este libro indica “Interpretación española. Precedida de un estudio biográfico del poeta por Manuel María Fernández y González”. Pude revisar la 2ª edición, de 1878, que añade “varios juicios de

escritores españoles” emitidos respecto a la traducción de la primera edición; en ella constaté que las versiones de “Intermedio” y “Regreso” publicadas en *La Época Ilustrada* son las de este volumen, incluidas las notas. Sin embargo, no hallo una explicación para omitir el nombre del traductor. Quizá se deba a que el libro no es tan transparente con esta cuestión, es decir, no consigna directamente “traducido por” o “traducción de”, utiliza “interpretación española”, pero además entre esta construcción y el nombre del traductor interrumpe la información del estudio biográfico. Pudo ser eso o quizá simplemente tenían un conflicto por derechos de reproducción.

No pretendo en esta investigación rastrear cada una de las traducciones que aparecen en *La Época Ilustrada*. Considero, empero, que la búsqueda de este tipo de información aporta otros datos que, aunque no estaban contemplados inicialmente, resultan valiosos. En este caso, identificar al traductor, Manuel María Fernández y González, de “Intermedio” y “Regreso” ayuda a reconstruir el circuito que se trazaba para la publicación de contenido en el semanario; alguno de los colaboradores del semanario contaba tal vez con un volumen de *Intermedio, Regreso y Nueva primavera. Poemas líricos*, impreso en Madrid, del que se extrajeron algunas de las traducciones y así es como estas terminaron en un semanario mexicano. La edición de las traducciones de Fernández y González, así como de Herrero, por cierto, cuentan con prólogos del traductor, lo cual deja ver un interés de los propios traductores por comentar su propio trabajo, así como el de terceros. Por supuesto, la inclusión de prólogos, como estrategia de ventas, puede relacionarse con el prestigio de Heine, pues para esos años ya era un agente bien posicionado del campo cultural alemán. Su estatus derivó incluso en la publicación de reseñas sobre las traducciones, como la que, pocos años después, en 1909, escribe Francisco García Blanco en *La literatura española en el siglo XIX. Parte segunda*, titulada “Traductores e imitadores de Heine”; al escribir juicios sobre las traducciones, se observa el surgimiento de textos traducidos canónicos.

No queda claro si Herrero tradujo directamente del alemán, él no lo menciona en su prólogo a *Poemas y fantasías* ni tampoco en su traducción de *La Época Ilustrada*. En el prólogo de Menéndez y Pelayo se lee: “Sólo aconsejaré al Sr. Herrero que procure acercarse todo lo más posible a la frase alemana, en los casos en que esta difiere del texto en prosa que el mismo Heine autorizó en París, modificándole con frecuencia él o su traductor por escrúpulos y consideraciones nimias al meticuloso gusto francés” (cit. en Moreno Hernández

420). De ahí, Moreno Hernández realiza la siguiente interpretación: “Menéndez y Pelayo sabe que el Sr. Herrero ha traducido del francés” (*idem*). No sería raro que José J. Herrero hubiera practicado la traducción indirecta al no dominar el alemán, como sucedió con la traducción de *Alamontade* de Zschokke en *La Época Ilustrada*. Después de todo, las traducciones francesas de Heine, a cargo de Gérard de Nerval y Saint-René Taillandier, que aparecieron por primera vez en la *Revue des Deux Mondes* en 1848 y 1854 respectivamente, fueron muy populares (Zamudio Zamora 16 n4). Otro indicio que aumenta la sospecha de que Herrero haya traducido indirectamente se encuentra en las palabras de Teodoro Llorente, otro de los traductores al español de Heine, en su prólogo al *Libro de los cantares* en 1885: “Estas traducciones francesas, cuya deficiencia proclamaba el mismo autor, son las que le han dado a conocer en España, donde abundan poco los amantes y cultivadores de las letras que puedan leer su texto original” (s/p). No obstante, en nota al pie, Llorente se expresa bien de Herrero: “...es el traductor el joven y aventajado poeta valenciano, mi querido amigo don José J. Herrero”, mientras que de Manuel María Fernández sí afirma en la misma nota “este escritor tiene la franqueza de confesar que traduce del francés” (s/p n25).

Lo cierto es que una de las traducciones, directa o indirecta, de Herrero quedó en las páginas de *La Época Ilustrada*. La búsqueda sobre este traductor me permitió localizar la fuente de otros poemas de Heine en el semanario mexicano y así di con el trabajo como traductor del poeta español Manuel María Fernández y González en estas páginas mexicanas. En relación con la incógnita sobre la razón de no usar las traducciones nacionales, no puedo ofrecer una respuesta clara. Me atreveré a decir que se trató de una cuestión de prestigio, en tanto el valor de lo europeo superaba a lo mexicano, pero sobre todo de practicidad: las traducciones las tenían ya reunidas en volúmenes, como el de Manuel María Fernández y González, lo que facilitaba la tarea de los editores de *La Época Ilustrada*.

3.3.2 Jaime Clark, el traductor lírico

De Jaime Clark (Nápoles, 1844 – Madrid, 1875) no se conoce mucho acerca de su biografía, pero hay información que sugiere su pertenencia a una familia inglesa y que su primera lengua fue el inglés. Se sabe que de Italia partió una temporada a Alemania y finalmente llegó a España en 1864. Convivió en los círculos académicos, algo que se conoce por la pluma de otros y no de él mismo. Por ejemplo, el dramaturgo Francisco Pérez Echevarría en

un suplemento de *La Ilustración Española y Americana*, el 30 de junio de 1875, publica su obituario y el reconocido político y escritor Juan Valera redactó un prólogo a sus traducciones shakesperianas⁵² (cf. Serón Ordóñez 179-183). Justamente esta labor, la traducción de diez obras de teatro del escritor inglés en total⁵³, le han merecido reconocimiento y además un rescate académico, pues la información disponible sobre Clark se centra en su trabajo sobre la obra del afamado poeta y dramaturgo inglés. No fue, empero, su única labor traductora, el reescritor también se ocupó de autores alemanes, como los que aparecen en *La Época Ilustrada*.

En los números 17 (25 de febrero de 1884), 18 (3 de marzo de 1884) y 19 (10 de marzo de 1884) se consigna el nombre de Jaime Clark como traductor de los poemas “Lejos de ella” y “Habla una niña” de Roberto Prutz, “El velo blanco” de Mauricio Hartmann, “Los últimos diez” de Julio Mosen, y “Las nubes” de Guillermo de Humboldt. Cabe señalar que con Prutz, se inicia en el semanario la publicación de semblanzas biográficas de los poetas alemanes, que incluye, entre algunos más, a los escritores cuyos poemas fueron traducidos por Clark, según consta en *La Época Ilustrada*.

Clark también fue traductor de Heine, sin embargo, ninguna traducción de este poeta en el semanario le es adjudicada. En 1873, el volumen *Poesías líricas alemanas* con el subtítulo “de Heine, Uhland, Zedlitz, Rückert, Hoffmann, Platen, Hartmann y otros autores vertidas en castellano por Jaime Clark” se imprime por primera vez y recibe ese mismo año comentarios, por ejemplo, uno un tanto moderado firmado por Llorente quien, al comparar el trabajo de Clark con las traducciones de Fernández y González, afirma “se incluyeron cincuenta y un cantares y siete romances o leyendas de nuestro poeta [Heine]. Son estas versiones muy superiores a las anteriores por estar más ceñidas al texto original y mejor comprendido el sentimiento del autor, pero es pobre la forma poética castellana” (s/p n25). En cambio, el 1º de julio de 1873, en *La Ilustración Española y Americana*, Emilio Huelin se deshizo en elogios para el libro:

⁵² Valera elogia con creces las traducciones shakesperianas de Clark con oraciones como “El traductor, escrupulosamente fiel, lo traduce todo con exactitud pasmosa”, “Por Don Jaime Clark va a tener el público español al propio Shakespeare, sin cambio, ni enmienda, ni disfraz alguno, en nuestra lengua castellana” (227), “El Sr. Clark quiere, más que traducir, calcar a Shakespeare, y creo que lo consigue” (228).

⁵³ Estas traducciones pueden consultarse en el sitio “La recepción de las obras de Shakespeare en la cultura española y europea” de la Universidad de Murcia: <https://www.um.es/shakespeare/traducciones/jclark.php> (Fecha de consulta: 13 abril 2020).

El Sr. Clark maneja con facilidad grandísima los idiomas tudesco y español [...]. Este traductor no se sujeta sólo al pensamiento, sino también a la forma del original. Mas como el cumplir dicha condición no siempre es posible, porque los alemanes poseen metros desusados por nuestros buenos poetas, el Sr. Clark, en tales casos, sustituye alguno parecido al del original. / [...] brillan bellezas inefables, inspiración hermosísima de alto alcance [...]. / El Sr. Clark merece y conseguirá que el público ilustrado le tribute aplausos por este librito lleno con tales versos armoniosamente traducidos con naturalidad, sencillez y gran maestría [...]. Difícilmente podrá nadie aventajar esta versión castellana por su estilo correcto, elegante y fluido... (cit. en Serón Ordóñez 181).⁵⁴

Como puede verse, las traducciones de Clark generaron discusión y tuvieron una recepción variada que se confirma con las varias reimpresiones y ediciones que tuvo su libro, señal de su popularidad; por ejemplo la Biblioteca Nacional de España alberga un volumen de *Poesías líricas alemanas* ya de 1902. Además, en México, según la bibliografía de Marianne O. de Bopp llegó la 2ª edición, de 1879, y se reimprimió en Veracruz, en 1882, por la Librería La Ilustración (182, 184). Infortunadamente, no he podido consultar alguna edición de esta obra, por lo que no sé si alguna de esas ediciones incluía semblanzas biográficas, como en *La Época Ilustrada*, ni si haya servido como fuente de donde se tomaron otros poemas que aparecen, sin crédito al traductor, en el semanario⁵⁵.

En vista de las múltiples apariciones de Heine en las imprentas mexicanas, ya fuera en forma de poemas en publicaciones periódicas o en compilaciones, reimpresas a partir de las versiones de España o traducidas y editadas en el país, como lo consigna Bopp en su bibliografía, considero posible que los otros poemas de Heine publicados en *La Época Ilustrada* sin crédito del traductor, sean de distintos reescritores y no de Herrero y Clark, conocidos traductores del poeta alemán. Se observa entonces una dinámica en el que el trabajo del traductor no contaba con una relevancia que lo distinguiera sobre el de otro para

⁵⁴ Es curioso cómo las palabras de Llorente y Huelin divergen, sobre todo en lo que respecta a la métrica; sus comentarios aluden a la poética del momento y creo que esta divergencia puede leerse también desde donde la enuncian: uno es un traductor que conoce las composiciones originales y está prologando sus propias versiones, por lo que necesita justificar y legitimar su propio trabajo, mientras que el otro simplemente reseña como lector de esas formas poéticas.

⁵⁵ Algunos de estos poemas de traductor anónimo, entre aquellos que cuentan con semblanzas biográficas, incluyen la leyenda “Madrid, diciembre de 1871”, lo que lleva a pensar que es el trabajo de un solo traductor. No obstante, no veo por qué se hubiera omitido el nombre de Jaime Clark en caso de que fueran versiones suyas. De cualquier manera, conviene recordar que no se tiene noticia del funcionamiento operativo de *La Época Ilustrada*, no se publica quién está a cargo del número, por lo que la presentación de sus fuentes y la organización del contenido varía en cada edición.

la publicación de sus versiones en el semanario mexicano, a pesar de la existencia de reseñas y ponderaciones sobre las traducciones, al menos dentro de un círculo selecto.

En esa misma línea, en la cual la traducción no encuentra aún un prestigio por sí misma como práctica, sino que está supeditada a la obra original, pienso que Clark ha sido relegado en las historias literarias porque se dedicó casi por completo a reescribir. Al ser solamente traductor al español de poemas de los alemanes posrománticos, así como de varias obras de Shakespeare, su posición dependía de los comentarios favorables que hicieran otros agentes, con mayor legitimidad dentro del campo cultural español, pues se dedicaban a la escritura de textos originales. Su reciente visibilización académica se debe a las traducciones que realizó de Shakespeare, lo que a su vez, ha dejado un poco de lado su antología de poetas alemanes. Sin duda, sus versiones, es decir, el trabajo de una vida, circularon y se leyeron –y quizá aún se lean– a lo largo de las décadas, pero al tener más prestigio la escritura de obra propia que la traducción, Jaime Clark es un nombre poco conocido. Se observa como, en la práctica de la época, el mayor peso en todo el proceso de traducción recae en el producto y no en el agente, es decir, importa más el texto traducido que quien lo haya realizado.

3.3.3 J. F. Jens, el traductor-impresor

Acerca de J. F. Jens o Juan Federico Jens se conoce su fecha de muerte, el 19 de enero de 1893, por las notas necrológicas que aparecieron, por ejemplo, en *El Municipio Libre* y en *Semana Mercantil*. En el primero, puede leerse: “Con pena hemos sabido que el día 19 del corriente falleció en esta capital el Sr. Don Juan Federico Jens, que era honrado laborioso y trabajador como pocos, y uno de los miembros más antiguos de la Colonia Alemana”⁵⁶. La segunda nota, un día después, extiende ligeramente la noticia:

El día 19 del corriente falleció en esta población el señor D. Juan Federico Jens. / La muerte del Sr. Jens es muy digna de lamentarse en cuanto a que, prescindiendo de las excelentes prendas personales que formaban el fondo de su carácter, aparecía como uno de nuestros industriales más laboriosos, inteligentes y honrados. / Miembro prominente de la colonia alemana radicada en esta capital, habíase encariñado con el país, conquistándose las simpatías de cuantos lo trataban, por su caballerosidad y

⁵⁶ Sin firma. “Sensible defunción”, en *El Municipio Libre*, t. XIX, núm. 19, 22 de enero de 1893, p. 3.

notoria deferencia. / Profundamente apenados por tan deplorable defunción, hacemos presentes nuestros sentimientos de condolencia a los afligidos deudos del señor Jens.⁵⁷

Poco después de esta información, se añade en *Semana mercantil* que el número apareció con retraso por motivo de la muerte de J. F. Jens, “en cuyo establecimiento tipográfico se imprime nuestro semanario”. En las páginas de los periódicos encontré otro detalle de su vida gracias a una nota del juzgado civil: el matrimonio de su hija, Carolina Jens Pérez, el 17 de junio de 1880, fruto de su propia unión marital con Ana Pérez⁵⁸. Juan Federico Jens entonces llegó de Alemania, se quedó y formó una familia, y contó con los recursos para abrir una imprenta, lo que le ayudó a forjarse una buena posición en el campo cultural de México.

En un principio, Jens estuvo asociado pues hay constancia de una “Imprenta de Jens y Zapiain”, ubicada en la calle San José el Real (hoy Isabel la Católica), número 22. La dirección se conserva, pero después pasa a ser “Imprenta de J. F. Jens”. Juan Federico Jens publica así prensa periódica, por ejemplo, con Zapiain, *El Desheredado. Periódico masónico-católico* (1875), *El Bien público: periódico político, científico y literario* (1876), y algunos números de *La Carabina de Ambrosio. Periódico jocoserio con caricaturas* (1875-1876) (Curiel y Castro 105, 152, 246). La publicación *El Foro. Periódico de Jurisprudencia, legislación y ciencias sociales* se imprimió con Zapiain (1877-1878) y en septiembre de 1878 ya sólo aparece el nombre de Jens, que siguió con el periódico hasta 1883, año en que otro impresor toma su lugar. Sin socio, el negocio de Jens publicó *Semana Mercantil*, el órgano oficial de la Cámara de Comercio de México, de 1886 hasta la muerte del impresor, en 1893⁵⁹. También publicó libros, por ejemplo, el volumen 2 de la *Historia parlamentaria de los congresos mexicanos de 1821 a 1857* de Juan A. Mateos, con una introducción de Ignacio Ramírez en 1878. El negocio de J. F. Jens no se limitaba sólo a la imprenta, sino que también era una librería, en la que se comerciaban libros nacionales e importados⁶⁰.

⁵⁷ Sin firma. “Crónica. Defunción”, en *Semana Mercantil. Órgano oficial de las confederaciones industrial y mercantil de la República y de la Cámara de Comercio de México*, año IX, núm. 4, 23 de enero de 1893, p. 45.

⁵⁸ José M. Rodríguez. “Juzgado del estado civil de México”, en *El Municipio Libre*, t. V, núm. 43, 24 de junio de 1880, p. 2.

⁵⁹ En agosto de 1889 aparece un cambio de dirección de la imprenta a la “Calle Sur 3 Ns. 41 y 43, antes San José El Real, núm. 22”.

⁶⁰ La venta de libros importados se puede deducir por la publicidad que aparecía en periódicos, por ejemplo, una sobre la versión francesa del *Directorio Ruhland, Annuaire Général de la République Mexicaine*, vendido en París y en México en la librería de J. F. Jens; aparece en *Le Trait d'Union* en varias fechas, por mencionar una, el vol. 84, núm. 90, 15 de octubre de 1890, p. 3. Sobre la librería, véase esta nota: “La conocida librería de

En los números 7 (17 de diciembre de 1883) y 14 (4 de febrero de 1884) de *La Época Ilustrada* se publican dos narraciones breves: “El angelito olvidado”, sin autor, y “Cuento fantástico de la luz de luna” de Karl Immermann, respectivamente. En ambos casos, se consigna a J. F. Jens como el traductor, en el primer caso se anota “traducido del alemán por J. F. Jens” y, en el segundo: “Traducido para *La Época Ilustrada* por J. F. Jens de la obra en alemán *Los Epígonos*, de Karl Immermann”. La inclusión del trabajo de Juan Federico Jens, a diferencia de los traductores que habíamos visto, representa un esfuerzo por dar a conocer literatura alemana en traducciones directas y nacionales. Al menos el “Cuento fantástico de la luz de luna” es exclusivo para *La Época Ilustrada*; puede parecer extraño que la colaboración de este traductor sea así de breve, tan solo dos composiciones, pero posiblemente se deba a la gran actividad editorial, con la traducción incluida, que Juan Federico Jens realizaba en el momento.

Para mencionar un ejemplo, hay otra colaboración de J. F. Jens, esta vez para *El Tiempo. Diario católico*, de un texto laudatorio al emperador Guillermo II de Alemania, se lee pues en primera plana “El emperador Guillermo II. Traducción del alemán del Conde Douglas, por Juan Federico Jens para ‘El Tiempo’”⁶¹. Considero que, por medio de una búsqueda más rigurosa, no sería raro encontrar varias traducciones más de J. F. Jens en las páginas de los impresos mexicanos. Su actividad en el campo cultural mexicano, como editor, impresor y traductor, vio su máximo esplendor con su propia publicación, *La Familia*.

La Familia fue un semanario que publicó su primer número el 1º de agosto de 1883, tan solo tres meses antes que *La Época Ilustrada*, y duró, al menos, hasta 1892, de acuerdo con los números disponibles en la Hemeroteca Nacional Digital de México. En *La Familia* se lee como editor propietario a J. F. Jens y se ofrecen índices completo por año, organizado por apellidos de los escritores, con el número en que se encuentra el contenido y la página. De sumo interés es que en el apartado de “Jens, Juan Federico” se lee un subtítulo, en tipografía más pequeña, “Traducciones”, sólo sucede con él en este índice. Para consignar traducciones

D. Juan Federico Jens, situada en el número 22 de la calle de San José el Real, proponiéndose realizar las obras de Medicina, Derecho y de otras ciencias, ha dispuesto hacer una considerable rebaja en los precios. Las personas aficionadas a los buenos libros y, sobre todo, los estudiantes, no deben dejar pasar la oportunidad de hacerse de una colección de magníficas obras a poco precio”, sin firma, “Gacetilla. Realización de libros”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. 76, núm. 12,441, 18 de diciembre de 1879, p. 3.

⁶¹ Conde Douglas. “El emperador Guillermo II”, trad. por Juan Federico Jens, en *El Tiempo. Diario católico*, año VI, núm. 1573, 25 de noviembre de 1888, p. 1.

de otros, como Teodoro Llorente o José Sebastián Segura, aparece el autor original en paréntesis, es decir, bajo Teodoro Llorente se lee “El combate con el dragón (Schiller)”, “La gallina ciega (Goethe)” o “Sus lágrimas (Heine)” y en la entrada de José Sebastián Segura se lee “Canción de la campana (Schiller)”. En esta particularidad de presentarse en el índice, considero que hay una intención de dejar claro que J. F. Jens se dedicaba prácticamente en su totalidad a la reescritura, pues, a diferencia de los demás escritores, no incluye obra propia.

En su primer número, en su declaratoria de principios, la redacción de *La Familia* asegura que la publicación “será un álbum recreativo donde lo útil tendrá su justo puesto y todo lo bello esté dignamente representado”, además expone convencida el papel de la lectura en la educación en estos términos:

Es una verdad incontestable los favorables resultados que produce en las familias la lectura de buenos escritos; puesto que divierten al propio tiempo que insensiblemente instruyen; despiertan poco a poco el gusto por la lectura, contribuyendo muy directamente a formar en el seno del hogar, útiles y sabios ciudadanos y mujeres con la instrucción que nuestra época requiere, preparándolas por este medio para la santa misión que les está reservada y de cuyo cumplimiento depende el bien futuro de la familia, de la sociedad y de la patria.⁶²

También se afirma que se evitará toda controversia política y religiosa, siempre en estricto apego a la moral. Las palabras en esta editorial son reveladoras en tanto que si se considera que esa es la función social que se le está asignando a la lectura, pedagógica, instructora, no sorprende que J. F. Jens incluyera muchas y variadas traducciones en su semanario, como una forma de difundir el contenido alemán que para él era valioso y útil en la formación de ciudadanos, así en masculino solamente, y mujeres comprometidas con su deber: la educación de los hijos y la administración de las tareas domésticas⁶³.

La cercanía de las fechas de publicación de *La Familia* y *La Época Ilustrada* explicaría por qué Jens no participó con más traducciones en el semanario de José María Villasana. Hemos dicho que “El angelito olvidado” aparece en las páginas de *La Época Ilustrada*; tres

⁶² La redacción. “Nuestro periódico”, en *La Familia*, año I, núm. 1 (1° de agosto de 1883), p. 1.

⁶³ Digno de comentarse también resulta la inclusión en el semanario de lecciones de náhuatl, por la Academia Náhuatl de Texcoco. En el número 40 (24 de mayo de 1884) del año I, comienzan con esta introducción: “Tenemos el gusto de ofrecer a nuestros lectores el fruto de los trabajos de la Academia con que encabezamos este párrafo, de tanto más interés, cuanto que hasta nuestros días no se había formado el alfabeto de la lengua nativa de nuestro suelo; por tratarse de tan bello como importante asunto, nos proponemos seguir publicando los estudios que al efecto hace dicha Academia, derramando la luz sobre ese terreno antes oculto entre las espesas nieblas de la ignorancia”, p. 12.

números antes la traducción de J. F. Jens había salido en las páginas de *La Familia*, en el número 16 del año I (24 de noviembre de 1883); la gran diferencia es que los editores del semanario ilustrado le añaden varias imágenes a la breve narración.

El semanario de Jens debió circular con éxito, así lo prueban sus casi diez años en prensa; además, hay una práctica que conocemos debido a que los propios periódicos la explicitan en sus páginas: el envío de las publicaciones a otras imprentas y redacciones. Los acuses de recibo de *La Familia* llegan incluso a reproducir el sumario del número en cuestión, como sucede en *El Tiempo*, *La Voz de México*, *La Patria*, *El Diario del Hogar*, *El Correo de San Luis* e incluso en el *Periódico Oficial del Estado de Puebla*. Esta circulación permitía una difusión más extensa de los contenidos y, por lo tanto, generaba más lectores para una publicación y, en consecuencia, mayores ganancias. La circulación de los contenidos no se limitaba a las páginas de la prensa, sino que alcanzó los escenarios. En 1886, se lee en *La Patria*: “Dos años hace que el periódico literario ‘La Familia’ publicó en su folletín este drama [Griseldis], que del alemán tradujo al castellano el Sr. J. F. Jens. / En esta capital hasta ahora sufrió su estreno en el beneficio de la Sra. Baëna”, en la crónica no sólo se alaba la pieza teatral, sino que se reseña favorablemente la traducción:

El Sr. Jens ha hecho una traducción del alemán a un idioma que no es el suyo, pero que conoce muy bien; ha sabido encontrar las palabras que con vigor engalanan la locución y tocan del sentimiento la cuerda delicada. En nuestro idioma participa el Sr. Jens de la gloria del autor. Del autor son la idea, el modelo de las figuras, el molde para vaciarlas, el horizonte que se ve al fondo de sus cuadros, la estructura de la obra, los resortes, el magnetismo que toca el alma. Del Sr. Jens es el cincel que da expresión, gracia a los pliegues del vestido, verdad al semblante, chispa a la locución, colorido a la escena, el alambre que conduce el electromagnetismo al espectador. Del autor el alma, la idea cardinal. Del traductor la creación del diálogo, el acierto para escoger las palabras delicadas o contundentes que revisten las imágenes, que preparan el ánimo y dan a la sensibilidad el golpe de gracia. / Difícil es la versión del alemán, tan rico en palabras, a un idioma que carece de frases indicantes para que una sola forme varias oraciones que concretas y precisas muestran los afectos.⁶⁴

En este fragmento puede observarse una clara distinción entre la labor del traductor y la escritura original del autor y, a su vez, una muestra de los controles del sistema literario que expone Lefevere, expuestos en la traducción: por un lado, el interno, está la idea de lo que debe ser una traducción (poética) y por el otro, el externo, cómo termina por validarse el

⁶⁴ Querubín. “Crónica teatral. Griseldis”, en *La Patria*, año X, núm. 2803, 1º de agosto de 1886, p. 2.

trabajo de reescritura en función de su audiencia (mecenazgo). Vemos que, en el caso de una obra dramática, quien traduce debe convertir la obra en un texto sensible al público, comprensible en sus parlamentos, servirse de esa “idea cardinal” para que en el otro idioma se exprese adecuadamente la idea, se hace evidente que “Querubín”, quien firma el texto, se adhiere a la idea popular de que una traducción debe ser domesticante, es decir, una obra vertida de la manera más adecuada con el objetivo de que se entienda con claridad para el público meta. La última oración no sólo apoya esta idea, sino que en ella se asoma cierta inferioridad de la lengua de española frente al alemán, lo cual volvía más virtuosa la traducción de J. F. Jens. El impresor, editor y traductor de origen alemán debió gozar de fama particularmente en el campo cultural mexicano, pues en una reseña bibliográfica que escribió Manuel Gutiérrez Nájera menciona “Elifén”, un poema del “admirable Jorge Ebers” que ha traducido “libremente” Juan Federico Jens, a quien el insigne escritor mexicano llama ahí mismo “el incansable propagandista en México de la poesía alemana” (90).

Haber sido considerado por Gutiérrez Nájera un “incansable propagandista” es una señal de la excelente posición que llegó a alcanzar Juan Federico Jens en el campo cultural mexicano. Su alta agentividad se confirma en su intensa actividad editorial, la cual pudo ser favorecida también, en principio, por su condición de inmigrante europeo, para luego llegar a ser ese “miembro prominente” de la comunidad alemana en la ciudad de México. Otra prueba más de esa agentividad se encuentra en el reconocimiento legal que se le otorgaban por sus traducciones, por ejemplo en 1882 se lee en *La Voz de México*:

El presidente de la república ha declarado que goza de la propiedad literaria D. Jesus Acevedo por la obra que ha escrito y publicado bajo el título de “Compendio de Geografía Universal”. / Igual declaración hizo respecto de la comedia alemana, titulada “Honor por honor”, que tradujo D. J. F. Jens.⁶⁵

No fue un caso aislado. En 1888 se puede leer en *El Siglo Diez y Nueve*: “Propiedad literaria. –Goza de ella por acuerdo del señor presidente de la República el Sr. Juan Federico Jens, por haber traducido y publicado una obra que se intitula “El Hijo del Desierto”, drama de Friedrich Halm”⁶⁶. Un par de días después, *La Voz de México* hace eco de la noticia que expresa de esta forma: “D. Juan Federico Jens ha traducido y publicado una obra titulada “El Hijo del Desierto”, drama de Friedrich Halm, y se reserva el derecho de propiedad literaria

⁶⁵ Sin firma. “Al vuelo”, en *La Voz de México*, t. XIII, núm. 134, 14 de junio de 1882, p. 3.

⁶⁶ Sin firma. “Gacetilla. Propiedad literaria”, en *El Siglo XIX*, t. 93, núm. 14,999, 21 de febrero de 1888, p. 3.

que como traductor le responde”⁶⁷. La propiedad literaria constituía una protección para el autor de su obra y el derecho de cobrar por reproducción de los textos y si este se tratara de una obra de teatro, se otorgaba el derecho de control sobre las representaciones⁶⁸. Considero que la atribución de estos títulos a J. F. Jens, por sus traducciones evidencia la posición favorable que tenía este traductor en el campo cultural mexicano.

Tengo dos apuntes al respecto, el primero tiene relación con la reputación que se forjó J. F. Jens en el campo cultural mexicano en la segunda mitad del siglo XIX. Con una presencia tan amplia y al ser reconocido como divulgador de las letras alemanas, no extraña que los editores de *La Época Ilustrada* quisieran traducciones del alemán para su semanario. El segundo se trata sobre la propiedad literaria, al contar J. F. Jens con estos recursos legales, no sorprende tampoco su escasa presencia en *La Época Ilustrada*; claramente había un contacto entre los editores del semanario de Villasana y Juan Federico Jens, posiblemente este trato impedía que los primeros publicaran algo del segundo sin su permiso; de todos modos, más allá de cualquier consideración personal, lo cierto es que podían enfrentarse a consecuencias legales de hacerlo. Se ve, entonces, que efectivamente la presencia de J. F. Jens como traductor en *La Época Ilustrada* es intencionada y debió contar con la autorización del traductor alemán-mexicano; además, la publicación de sus dos traducciones obedecen también a la lógica del prestigio, obtenido a partir de la buena posición que logró J. F. Jens en el campo cultural mexicano. Hay aquí una interrelación de los capitales social (su condición de alemán en México), cultural (el conocimiento de la lengua y literatura alemanas) y económico (el suficiente para establecer una imprenta) que en convivencia, aumentaron y mejoraron la posición de Jens.

Por último, cabe mencionar la ambivalencia de este agente cultural del México decimonónico. A pesar de formar parte de esa distinguida colonia alemana de la que se habla en los periódicos, Juan Federico Jens probablemente terminó por sentirse mexicano, no sólo porque aquí se quedó e hizo una vida, sino porque en *La Familia*, se puede leer en algunos índices que, al consignar su nombre, pone entre paréntesis, para señalar el lugar de origen del

⁶⁷ Sin firma. “Al vuelo”, en *La Voz de México*, t. XIX, núm. 45, 24 de febrero de 1888, p. 3.

⁶⁸ Cf. Jhonny Antonio Pabón Cadavid. “Aproximación a la historia del derecho de autor: antecedentes normativos”, en *Revista La Propiedad Inmaterial*, núm. 13, 2009, pp. 59-104. Para los antecedentes de esta figura normativa en México, cf. Martha Celis de la Cruz. “La propiedad literaria: el caso Carlos Nebel contra Vicente García Torres (1840)”, en Laura Beatriz Suárez de la Torre (coord.). *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*, México: UNAM, Instituto Mora, 2001.

autor, la palabra México, sin otra anotación, lo cual dejaba claro el sentido de pertenencia hacia nuestro país.

3.3.4 Federico Carlos Jens, el traductor-poeta

Si de Juan Federico Jens no se encuentra más apunte biográfico que el de su noticia necrológica, con Federico Carlos Jens la situación no mejora. No he logrado siquiera confirmar el grado de parentesco entre Federico Carlos y Juan Federico. La falta de información sobre Federico Carlos Jens es extraña pues fue un poeta reconocido en su momento, participó en el *Parnaso Mexicano* de Vicente Riva Palacio y publicó, según registra la *Enciclopedia de la literatura en México* (ELEM), dos libros: *De la muerte a la vida* (1886) y *Marina* (1890), ambos publicados por la imprenta de J. F. Jens. Sobre otras actividades, participó en la vida política con puestos de escribiente o de contador en la aduana de Ensenada⁶⁹. En 1886 muere su madre, según el pésame publicado en *La Patria*; en 1889 se reporta que sufrió una caída grave que le rompió la parte posterior del cráneo y lo hizo perder el sentido algunos minutos. Para 1898, se da noticia de intensos “ataques de enajenación mental” que ha tenido, por lo que es enviado a “la quinta de salud de Mixcoac” para recuperarse⁷⁰.

Federico Carlos Jens mantuvo una constante actividad política, con presencia en eventos públicos, lo cual revela que frecuentaba círculos bien posicionados en los campos cultural y político de la época. Por ejemplo, el 15 de septiembre de 1883 firma, junto a decenas de otros personajes, una invitación que se reproduce en *La Patria*, *El Foro* y posiblemente en más diarios. En ella se pide a la población en general una donación monetaria para el General Ángel del Puerto y Vicario, combatiente junto a Miguel Hidalgo en la insurrección contra los españoles, quien “enfermo, toca ya el término de sus días”. Curiosamente, quienes firman ponen al lado su profesión y Federico Carlos Jens aparece

⁶⁹ Cf. Sin firma. “Gacetilla. Un poeta empleado”, en *El Tiempo*, año V, núm. 1164, 12 de julio de 1887, p. 3; Sin firma. “Al vuelo”, en *La Voz de México*, t. XVIII, núm. 155, 13 de julio de 1887, p. 3; Sin firma. “Gacetilla. Nuevo empleado”, en *La Patria*, año XXI, núm. 6,212, 16 de julio de 1897, p. 3.

⁷⁰ Cf. Sin firma. “Noticias. Pésame”, en *La Patria*, año X, núm. 2890, 11 de noviembre de 1886, p. 3; Sin firma. “Gacetilla. El Sr. Federico Carlos Jens”, en *El Universal*, t. III, núm. 61, 28 de noviembre de 1889, p. 3; Sin firma. “Gacetilla. D. Federico Carlos Jens”, en *El Tiempo*, año XV, núm. 4414, 4 de junio de 1898, p. 3.

como “librero”, justamente después de José María Villasana del que se lee “litógrafo”⁷¹. En 1886, Federico Carlos Jens asiste como invitado a un ensayo de alumbrado eléctrico “sistema Edison” con intenciones de establecerlo en el país, la prueba es financiada por los Señores Aguirre e hijos, dueños de “El Emporio de la Luz”; después del éxito, hay un brindis del invitado de honor, Manuel Romero Rubio, ministro de Gobernación entonces, y toma la palabra Jens para elogiar “el incansable empeño de ellos [los Señores Aguirre] por introducir en nuestra patria los últimos adelantos científicos, aplicados a una mejora tan importante”⁷². En 1888, representa al periódico *El Partido Liberal* en una reunión en la Compañía Lancasteriana, en la que se acuerda una manifestación en honor a Benito Juárez, por efectuarse el 18 de julio⁷³.

La participación política de Federico Carlos Jens se cruza con su labor editorial, en la que sin duda su más importante proyecto fue *La Familia*, la misma publicación de la que fue editor propietario J. F. Jens. El 27 de julio de 1883, en *La Patria*, se anuncia que el primero de agosto saldrá el nuevo semanario *La Familia*, “que redactará el elegante poeta Federico Cárlos Jens”, con un deseo de larga vida para la publicación⁷⁴. A lo largo de la existencia del semanario, Federico Carlos Jens colaboró con muchas composiciones y algunas traducciones.

En *La Época Ilustrada* cuenta con dos créditos el poeta, la traducción de los poemas “La violeta” de Goethe y “A ella” de Uhland en el número 9 (31 de diciembre de 1883). Una revisión del índice del primer año de *La Familia* me permitió encontrar que en el número 14 (8 de noviembre de 1883) se había publicado ya la traducción de Federico Carlos Jens de “La violeta”. El otro poema no aparece en números previos de *La Familia*, quizá sea posible pensar que fue una colaboración de Federico Carlos Jens para *La Época Ilustrada*, aunque no se consigne como tal. Se publica hasta el número 34 (8 de abril de 1885) del año II del semanario de los Jens. Ya había comentado que parece evidente que los editores del semanario de Villasana tenían contacto con J. F. Jens, sin embargo, con el poema de Goethe

⁷¹ Varios autores. “Noticias. Invitación”, en *La Patria*, año VII, núm. 222, 15 de septiembre de 1883, p. 6 y “Hechos diversos”, en *El Foro*, t. XXI, año XI, núm. 54, 15 de septiembre de 1883, pp. 215-215.

⁷² D. E. “Un experimento importante”, en *La Voz de México*, t. XVII, núm. 190, 20 de agosto de 1886, pp. 2-3.

⁷³ Sin firma. “Para la manifestación en honor a Juárez”, en *El Cronista*, año VIII, t. XVI, núm. 2196, 14 de julio de 1888, pp. 1-2.

⁷⁴ Sin firma. “Noticias. ‘La Familia’”, en *La Patria*, año VII, núm. 179, 27 de julio de 1883, p. 6.

traducido por Federico Carlos Jens, es posible pensar también que en *La Época Ilustrada* circulaba *La Familia*, como sucedía con tantos otros periódicos.

También en 1883 hay registro de su participación en lecturas públicas de sus poemas y durante esos años en certámenes literarios⁷⁵. A la mitad de la década, Federico Carlos Jens escribe las introducciones, entre biográficas y críticas, de los volúmenes dedicados a Manuel Carpio y a José Peón y Contreras de *El Parnaso Mexicano*, la colección dirigida por Vicente Riva Palacio, y continuada por Ignacio J. Arredondo; del primero fue discípulo y del segundo, amigo cercano (Sol 25-26). En dicha colección también aparecen varios poemas suyos. En 1886, se celebra la escritura y posterior publicación del libro *Marina*, del “inspirado poeta” Federico Carlos Jens⁷⁶. En 1887, en *La Juventud Literaria*, se celebra que México cuente con tantos liceos y periódicos literarios por ser “señal favorable de renacimiento literario”, en la lista se incluye a *La Familia* y se menciona a su “amigo Federico Carlos Jens” como director de la misma⁷⁷.

Fue colaborador de *El Bien público* (Curiel y Castro 105) y sus textos se reprodujeron en publicaciones como *La Patria Ilustrada* y *La Convención Radical Obrera*, donde se expresan muy bien del artículo que reproducen de *La Familia*, de la autoría de “la bien cortada pluma del reputado escritor Sr. Federico Carlos Jens quien, con la elocuencia que dan las buenas casas” pide a la sociedad donaciones para sostener un orfanato⁷⁸.

No obstante su frecuente participación en la prensa, de la actividad traductora de Federico Carlos Jens no hallé más información, parece que su práctica estuvo ligada sobre todo a *La Familia*. A pesar de ser un poeta conocido en la segunda mitad del siglo XIX, con un capital social y un capital cultural que le permitieron acceder a eventos y reuniones que al final lo colocaron ocasionalmente en el campo político, su obra no trascendió. Se trata de un agente olvidado, me refiero así a un personaje que tuvo una presencia importante en el campo

⁷⁵ Cf. Sin firma. “Gacetilla. Premios”, en *El Tiempo*, año IV, núm. 1116, 12 de mayo de 1887, p. 3; Francisco Santín. “San Ángel”, en *La Patria*, año VII, núm. 158, 3 de julio de 1883, p. 4.

⁷⁶ Cf. Sin firma. “Noticias. Poema”, en *La Patria*, año X, núm. 2,695, 28 de marzo de 1886, p. 3; Sin firma. “Noticias. Marina”, en *La Patria*, año X, núm. 2,755, 6 de junio de 1886, p. 3; Sin firma. “Gacetilla. Marina”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. 89, núm. 14, 464, 7 de junio de 1886, p. 3.

⁷⁷ Sin firma. “Publicaciones y liceos literarios”, en *La Juventud Literaria. Semanario de letras, ciencias y variedades*, t. I, núm. 2, 20 de marzo de 1887, p. 13.

⁷⁸ Sin firma. “Llamamos la atención de nuestros lectores”, en *La Convención Radical Obrera*, año V, núm. 327, 1º de marzo de 1891, p. 3; cf. Federico Carlos Jens. “Pasión”, en *La Convención Radical Obrera*, año III, núm. 140, 17 de marzo de 1889, p. 2; Federico Carlos Jens. “Canastilla poética. A Majela”, en *La Patria Ilustrada*, año VII, núm. 35, 2 de septiembre de 1889, p. 418.

cultural de cierta época, pero que no logró consolidarse con el paso de los años. Poco puede afirmarse a este respecto, quizá sus padecimientos mentales lo hayan alejado de la vida pública, tanto así que pudo pasar sus últimos años en el olvido. De la década de los ochenta en la centuria decimonónica, hay un salto hasta 1902, año en que *El Popular* publica una nota donde se advierte que, tras la muerte de Don Federico Carlos Jens, “víctima del tifo”, en el pueblo La Piedad hay un brote que ha causado que muchos de sus habitantes estén gravemente enfermos⁷⁹. No pude encontrar más diarios que reportaran la muerte del otrora conocido poeta.

3.3.5 Manuel B. Juárez, el traductor polifacético

El último traductor mencionado de una obra alemana en el semanario estudiado es Manuel B. Juárez, de quien no he podido encontrar biografía alguna, ni noticia de su nacimiento o de su muerte. En *La Época Ilustrada*, número 41 (11 agosto 1884), al cambiar de administración, se publica un editorial en que se le menciona de esta forma:

Mi compañero el Sr. Juárez, no D. Benito, no señores, ni su hijo, ni su sobrino, ni su nieto, ni su bisnieto siquiera. Este Juaritos, como le dice D. Juanito Arias, es un chiquitín con lentes, que escribe y es casi abogado y habla francés, inglés, italiano y algo de alemán, cuando come papas calientes. Item más, escribe latín cuando felicita a Nacho Haro.

El editorial lo firma el “secretario de redacción” Anselmo Alfaro. Las colaboraciones visibles de Manuel B. Juárez en *La Época Ilustrada* son textos propios o traducciones del francés; por lo que dice Alfaro, habría que pensar en que también formaba parte del equipo editorial del semanario. En los años en que dura el semanario (1883-1885), Manuel B. Juárez desarrollaba otras actividades, como lecturas públicas, y para 1885, firma como responsable de la redacción de *Las novedades*⁸⁰. También colabora, primero escasamente, en *La Familia*, el semanario de los Jens, con textos de su autoría, empieza durante el año II (1884-1885) con un solo poema y a partir del año III (1885-1886), publica con más regularidad⁸¹.

⁷⁹ Sin firma. “El tifo en La Piedad. Terrible contagio”, en *El Popular*, año VI, núm. 1,818, 24 de enero de 1902, p. 1.

⁸⁰ Cf. Sin firma. “Gacetilla. Una solemnidad”, en *El Monitor Republicano*, año XXIV, núm. 222, 14 de septiembre de 1884, p. 3; Sin firma. “Noticias. Fiesta”, en *La Patria*, año VIII, núm. 2218, 17 de septiembre de 1884, p. 2; Sin firma. “Noticias. Responsable”, en *La Patria*, año IX, núm. 2494, 5 de agosto de 1885, p. 4.

⁸¹ Puede verificarse en los índices y sumarios de la publicación, reproducidos en otros periódicos también, para ejemplos, cf. Sin firma. “Noticias. ‘La Familia’”, en *La Patria*, año IX, núm. 2380, 25 de marzo de 1885, p. 2;

Esta actividad en el campo cultural se combina también con el campo político. El traductor de *Alamontade* es un personaje polifacético. Participa en varios eventos no sólo como lector u orador, sino también como cantante, incluso en conciertos, con acompañamiento instrumental⁸². En 1887, participa como orador en un homenaje a Benito Juárez y en 1888 en el aniversario de la Batalla de Puebla⁸³. En 1891 fue representante legal del Sr. Marcial Muñoz en un permiso para explotar unas minas en Durango, permiso que caduca por falta de cumplimiento en el contrato en 1892⁸⁴, lo que indica que el “casi abogado”, según el editorial de *La Época Ilustrada*, finalmente ejerció como tal. También en estos años forma parte de comisiones para festejos cívicos o participa de ellos y en 1895, pide el registro de un invento que supuestamente utiliza la gravedad para generar energía mecánica⁸⁵.

Alfaro menciona que Manuel B. Juárez es “un chiquitín con lentes”, elección ambigua, pues se puede tratar de una referencia a la estatura del escritor o a su edad. Al decantarme por la segunda opción, no sorprende que aparezca en periódicos en los primeros años del siglo XX. En 1907 publica un desplegado en el que celebra una discusión en las cámaras legislativas sobre una reestructuración de la Escuela Nacional de Agricultura y la creación de escuelas regionales y aporta propuestas⁸⁶. También en estos años, aparecen anuncios en

Sin firma. “Miscelánea. ‘La Familia’”, en *La Voz de México*, t. XVI, núm. 227, 9 de octubre de 1885, p. 3; Sin firma. “Gacetilla. Sumario del número I de *La Familia*”, en *El Tiempo*, año III, núm. 190, 2 de agosto de 1885, p. 4.

⁸² Por ejemplo, una serenata de Schubert, cantada por él y acompañada al piano por “la Srita. Concepción del Bosque” (Sin firma. “Gacetilla. Concierto”, en *El Coahuilense. Periódico oficial del gobierno del estado*, 2ª época, núm. 65, 16 de octubre de 1886, p. 6); o la cavatina de la ópera *L’Elisire d’Amore* de Donizetti, acompañado de alumnos de música del Ateneo Fuente en una premiación de ese instituto (Sin firma. “Gacetilla. Distribución de premios”, en *El Coahuilense. Periódico oficial del gobierno del estado*, 2ª época, núm. 77, 27 de noviembre de 1886, p. 4); o una poesía recitada en el Teatro Acuña (Sin firma. “Gacetilla. Concierto”, en *El Coahuilense. Periódico oficial del gobierno del estado*, 2ª época, núm. 56, 15 de septiembre de 1886, p. 6).

⁸³ Cf. Sin firma. “En honor de Juárez”, en *El Coahuilense. Periódico oficial del gobierno del estado*, 2ª época, núm. 34, 23 de julio de 1887, p. 1; Sin firma. “Gacetilla. Oradores”, en *El Coahuilense. Periódico oficial del gobierno del estado*, 2ª época, t. III, núm. 3, 25 de abril de 1888, p. 3).

⁸⁴ Cf. Sin firma. “Diario Oficial. Secretaría de Fomento”, en *El Siglo Diez y Nueve*, año 50, t. 99, núm. 16,008, 27 de mayo de 1891, p. 2; Sin firma. “Noticias. Caducidad”, en *El Siglo Diez y Nueve*, año 52, t. 102, núm. 16,440, 13 de octubre de 1892, p. 3.

⁸⁵ Cf. Sin firma. “Gacetilla. Oradores oficiales”, en *El Tiempo*, año IV, núm. 918, 8 de septiembre de 1886, p. 2; Sin firma. “Solicitudes de privilegio”, en *El Diario del Hogar*, año XIV, núm. 129, 16 de febrero de 1895, p. 1.

⁸⁶ Cf. Manuel B. Juárez. “La Escuela Nacional de Agricultura”, en *El Tiempo*, año XXV, núm. 8107, 31 de octubre de 1907, p. 1; y en *El Diario del Hogar*, t. 53, núm. 44, 6 de noviembre de 1907, p. 1. La discusión siguió y algunos meses después, se da crédito a Manuel B. Juárez por iniciar la conversación acerca del nuevo uso para los terrenos de la Escuela Nacional de Agricultura, cf. G. Jiménez. “Plan for Extending Government Aid to Agricultural Enterprises”, en *The Mexican Herald*, vol. XXV, núm. 169, 16 de febrero de 1908, p. 16.

La Opinión, periódico de Veracruz, en 1907 se lee “Manuel B. Juárez. Negocios judiciales y administrativos. Traducciones inglés y francés. Escritura en máquina. Esquina avenida 5 de mayo y Pastora”, para 1908 el anuncio cambia a “Clases de inglés. Enseñanza de dicho idioma en academia a cargo de Manuel B. Juárez. Esquina, 5 de mayo y Pastora”⁸⁷. Entre 1913 y 1914 en el *Diario Oficial*, se publican edictos sobre un juicio civil en su contra, en la que el Estado le reclama una propiedad ubicada en Tlalnepantla; y en 1915 aparece como orador de una función en el Teatro Arbeu y en un desplegado como Secretario del gobierno de Tlalpan; además de participar en los acuerdos para evitar una huelga de meseros en la Ciudad de México⁸⁸.

Como puede leerse, pareciera que en realidad su actividad literaria se circunscribió sólo a una época específica de su vida y no parece haber logrado un reconocimiento patente de escritor, aunque fuera invitado a dar discursos o leer poemas. La única mención que hallé sobre su práctica traductora está en la publicidad mencionada; por lo que la evidencia de esta actividad queda circunscrita a las páginas de *La Época Ilustrada*. En el caso de la traducción de la novela de Heinrich Szchokke sólo hasta la última entrega se menciona a Manuel B. Juárez y se explicita que la traducción se realizó desde el francés. *Alamontade* se publica de los números 25 (21 de abril de 1884) al 31 (2 de junio de 1884) y del 40 (4 de agosto de 1884) al 50 (13 de octubre de 1884).

Galí Boadella se expresa de Szschokke como un escritor muy conocido en Francia, derivado, probablemente, de las primeras traducciones francesas:

De Enrique Szshokke (1852) se publica dos veces una novelita, “Las tres novias. Leyenda alemana”, ubicada en la época de la Guerra de Treinta Años, en un estilo claramente romántico, revival. Cabe señalar que se informa que el traductor V. R. lo ha traducido del francés y no del alemán, y que Szshokke es muy célebre en Francia, en donde los autores teatrales han utilizado muchos de sus argumentos para sus piezas dramáticas. El traductor V. R. no identificado todavía, es un frecuente traductor en las revistas de Ignacio Cumplido y debió ser un aficionado a la literatura alemana, ya que firma otros textos de origen alemán” (252-253).

⁸⁷ Cf. anuncios publicitarios en *La Opinión*, t. VI, núm. 1036, 9 de noviembre de 1907, p. 3; y t. V, núm. 1132, 4 de marzo de 1908, p. 3.

⁸⁸ Cf. Sin firma. “En el Teatro Arbeu habrá una velada”, en *The Mexican Herald* (edición en español), año XXI, núm. 7,301, 16 de septiembre de 1915, p. 2; F. Suárez Gómez y Manuel B. Juárez. “Medidas de probidad y orden”, en *El Pueblo*, año II, t. II, núm. 399, 1º de diciembre de 1915p. 3; Sin firma. “Fue suspendida la huelga de meseros”, en *The Mexican Herald* (edición en español), año XX, núm. 7,283, 29 de agosto de 1915, p. 4.

Justamente, de Manuel B. Juárez es la única marca explícita en *La Época Ilustrada* sobre traducción indirecta, práctica frecuente y aceptada, aunque eso no signifique que sea el único texto traducido que haya llegado por esa vía a las páginas del semanario. Sin embargo, otra práctica común, reproducir textos aparecidos en otras publicaciones (con o sin autorización), vuelve bastante difícil el rastreo de las traducciones que, combinado con la falta de crédito a los traductores, no permiten visibilizar otras traducciones indirectas.

En definitiva, Manuel B. Juárez terminó por ser de los colaboradores más desconocidos de *La Época Ilustrada*, a pesar de que, como se mostró, fue importante para el semanario y colaboraba con sus composiciones en la prensa y en eventos culturales. No obstante, parece que su actividad como traductor quedó limitada al semanario de Villasana y después a ofrecer servicios de traducción. No encontré noticia alguna de que su obra fuera publicada de forma individual o compilada en algún lado, lo que ya indica desde entonces la posición mediana que llegó a ocupar en un campo más acotado dentro del cultural, el literario. De ahí que su agencia fuera mayor en el intersticio de los campos cultural y político, con su participación en eventos y festejos cívicos, para después optar sólo por participar en el político. Sobre sus traducciones, nos quedan las realizadas para *La Época Ilustrada*, que incluyen textos de Paul-André Gérard, Jean Michelet, Eugène Dutuit, un par de autógrafos de Anne Boleyn, Giacomo Meyerbeer, y, por supuesto la novela de Zschokke, *Alamontade*, todas ellas testigo del manejo del francés que tuvo este traductor, redactor, orador, cantante, abogado y profesor.

3.4 Comentarios finales

Luego de observar las trayectorias de los traductores de autores alemanes en *La Época Ilustrada*, presento estos breves apuntes. Uno de los primeros puntos que sobresale es el lugar de los traductores; al no ser la práctica de la traducción una profesión independiente, la posición y consecuente agentividad de los traductores quedaba supeditada a las demás actividades en las que participaban. Habría casos excepcionales, entre ellos, el de Jaime Clark, quien sólo hasta los últimos años de vida intentó escribir piezas dramáticas propias. Sin embargo, la prominencia de Clark como traductor sólo la obtuvo una vez que se insertó en el campo cultural madrileño, se hizo de un capital social que le dio acceso a la publicación de su trabajo. Un caso similar es el de Juan Federico Jens, pero con la importante variable de su condición de extranjero con capital económico, lo que le permitió establecer su propia

imprensa con la que difundió la literatura alemana en nuestro país y, con ello, asegurar su posición en el campo cultural mexicano. Ambos traductores, curiosamente, comparten una ambigua identidad: de Clark se asume que es de origen inglés aunque haya nacido y crecido en Italia, mientras que J. F. Jens llegó a considerarse mexicano y no hay noticia de cuándo o en qué lugar de Alemania haya nacido. De esta forma, se puede sostener que aunque el oficio de traductor no era uno exclusivo en la mayoría de quienes traducían, sí respondía en ese momento a un perfil deseable: una persona que, además de conocer las lenguas, tenía contacto con círculos políticos y culturales, dentro de los cuales se posibilitaba la crítica o el elogio de sus traducciones; si bien el capital económico no era requisito, sí influía en la manera en que podían circular sus trabajos, como con la facilidad de un soporte.

Otra cuestión es la circulación de las traducciones, he presentado hipótesis de cómo llegaron ciertas traducciones a *La Época Ilustrada* y he mencionado la abundancia de textos traducidos en las páginas de publicaciones periódicas y de libros también, lo que da cuenta de su relevancia en la práctica editorial decimonónica. He expuesto, de igual forma, ejemplos de cómo un traductor podía presentar su propio trabajo, asimismo los comentarios y reseñas de otros agentes denotan un interés por los textos traducidos. En este sentido, al menos para los lectores especializados, se observa una atención al texto como resultado de un proceso de reescritura, una conciencia de que se leía traducido y, por lo tanto, un enfoque específico para esos textos, sobre todo de quienes estaban familiarizados con un original.

En la misma línea, el tercer punto se relaciona justo con ese valor de las traducciones. Es decir, la importancia está en el resultado, en el producto, no en quien lo lleva a cabo, el agente. Encuentro en dos prácticas, presentes en *La Época Ilustrada*, pruebas de esta preferencia por el producto sobre el agente: la primera es la evidente falta de créditos de traductores en la mayoría de los textos traducidos, importa entonces que hubiera traducciones, aunque no se supiera quién las había llevado a cabo; y la segunda, las semblanzas biográficas que acompañan a varios poemas alemanes. La razón de incluir estos datos no está clara, lo atribuyo a una voluntad de presentar autores menos conocidos, pero valiosos para el semanario porque eran de origen alemán; no obstante, justo ahí se observa esa atención al producto en el caso de la traducción, no hay nunca una semblanza de un traductor, es más, ni siquiera de sus propios colaboradores, como Manuel B. Juárez; pero

cuando se trata de escritura, no de reescritura, el agente importa, al menos lo suficiente para merecer una nota sobre su vida.

El cuarto punto es el papel del capital económico dentro del campo cultural, lo que establece su interrelación con otros campos, el económico, claro, pero también el político. Decididamente la presencia de inmigrantes alemanes en el país, con los recursos necesarios e insertos en la vida social por medio de sus negocios exitosos, pudieron influir también en la esfera cultural con contenidos de su país de origen y productos. No extraña que se llame a la colonia alemana en la ciudad de México “distinguida”, “apreciada”, pues fue la reputación que se construyeron y los valores que se les asignaron. En ese sentido, lo alemán obtuvo un valor simbólico y lo que viniera de ese país se estimaba. Un ejemplo de esta lógica en *La Época Ilustrada*, más allá de los textos traducidos, se halla en el número 19 (10 de marzo de 1883), donde la portada es un retrato del presidente del Club Hípico Alemán de México, Donat von Chapeaurouge, con dos ilustraciones adicionales en los interiores, hechas a partir de fotografías, según indican a pie de página. En la ilustración de la “Tribuna de las señoras”, se lee “Véase la crónica detallada de las carreras en nuestro número de ayer domingo 9” (203), refiriéndose por supuesto al diario *La Época*. No parece tratarse de una inserción pagada, sino de un legítimo interés de los editores por mostrar la presencia alemana, valiosa desde lo económico, social, cultural, en nuestro país.

Los puntos anteriores, que sintetizan el contenido de este capítulo, llevan a pensar en cómo la propuesta de Lefevere acerca del mecenazgo tiene cabida para explicar el afianzamiento del alemán como lengua literaria en el país. La entrada de contenidos y autores alemanes al naciente campo literario mexicano fue impulsada por algunos agentes con posiciones centrales (Altamirano, Epstein) y varios otros con posiciones menores, pero con un conocimiento suficiente de la lengua para fungir como traductores, en ellos podemos observar todos esos lectores “profesionales” que conforman el control interno del campo (o sistema, según Lefevere) literario. Por otra parte, lo externo se encuentra en otros editores que comenzaron a replicar esta inclusión y, por supuesto, en una aceptación del público, con lo cual se crea un mercado que permite el éxito de los contenidos alemanes. El mecenazgo se hace visible al pensar en cómo el gusto por lo alemán se modela en los lectores a partir de la validación de los escritores, editores y críticos mexicanos, en consonancia con criterios estéticos (el valor literario de las composiciones) e ideológicos (una búsqueda más allá de

los modelos franceses, la importancia de una identidad nacional, la literatura como vehículo identitario...). Así lo alemán se vuelve deseable, atractivo y de esta forma adquiere un estatus alto dentro del campo cultural mexicano y dentro de la ciudadanía instruida.

Finalmente, para dar cierre a esta sección, queda como último comentario uno breve, pero importante, el lugar de los ET. De los cinco traductores que presenté, los menos conocidos y más relegados son los mexicanos, en parte por ello me interesó rastrear la producción de traducciones. Esto no puede adjudicarse solamente a diferencias de las prácticas traductorales entre España y México o de la industria editorial de ambos países. Está probado que en México e Hispanoamérica, a partir del siglo XIX, hubo una actividad traductora constante, de peso, lo que hace falta es investigación acerca de ella, de sus agentes y productos. En España, esta tarea lleva ya algunos años realizándose, por eso es posible hallar más datos, más información sobre los reescritores de esa época, sobre una de las facetas, contradictoriamente, más celebradas, pero más fácilmente olvidadas: la traductora.

CAPÍTULO 4: LA TRADUCCIÓN Y LA DIVULGACIÓN CIENTÍFICA EN *LA ÉPOCA ILUSTRADA*: LOS TEXTOS DE FLAMMARION

En el capítulo anterior, expuse cómo la traducción forma parte de un proceso de legitimación de bienes culturales una vez que se encuentran fuera de sus lugares de producción material; favoreciendo así la construcción de paradigmas culturales en el campo cultural de llegada, como fue el caso de México en relación con Alemania. La interrelación de diferentes campos (el político, el cultural, el económico) así como los controles internos (periodistas, escritores) y externos (impresores, editores, lectores-consumidores) del mecenazgo según Lefevere, posibilitó que, vía la traducción, el alemán se convirtiera en una lengua literaria en México. Tal proceso de legitimación, empero, no se limitó a los textos propiamente literarios. Noticias, textos religiosos, documentos jurídicos, entre otros, formaron parte del circuito de transmisión de saberes facilitado por la labor traductora en el México decimonónico.

En este capítulo, me interesa la traducción de textos con temática científica, en su carácter de divulgación y ejemplificada en los artículos de Flammarion que aparecieron en *La Época Ilustrada*. Si bien en el capítulo previo presenté una contextualización de la influencia desde territorio alemán en nuestro país; en este apartado no haré lo mismo con el francés. En principio por la diferencia de propósitos, pues no pretendo aquí indagar la manera en que el francés se consolidó como lengua internacional; parto del hecho de que Francia representó un modelo de civilización occidental después de la revolución de 1789. Así, en el siglo XIX, París se volvió un centro dominante y la cultura francesa tuvo un impacto en gran parte del mundo, por lo que los productos culturales de ese país europeo ya eran sumamente diversos y circulaban por distintas latitudes del mundo, incluidos los centros urbanos de Hispanoamérica. Dentro de esta dinámica, el francés ya tenía suficiente capital como lengua literaria y de traducción incluso antes de la independencia mexicana. En cambio, mi propósito es examinar los soportes y agentes en torno a la circulación de conocimiento científico en México, proceso dentro del cual no sorprende que Francia tuviera también injerencia por lo anteriormente dicho y por la intensa actividad científica que se desarrollaba en ese país.

Al contar Francia con una presencia constante en Hispanoamérica, no es de extrañar que en distintos campos del México decimonónico circularan productos culturales franceses, entre ellos, publicaciones periódicas y libros impresos en el país europeo. De estos últimos,

sobre todo, se desprende la necesidad de la práctica traductora para posibilitar la comunicación desde la lengua oficial de la nación que estaba en una posición central en el campo cultural internacional; se entiende así la importancia de difundir obras literarias a un público mexicano más amplio que no hablaba ni entendía el idioma; de igual forma, es posible que también hubiera un esfuerzo por consolidar el español como lengua nacional y por acceder de manera relativamente rápida a un acervo de textos de distinta naturaleza, no sólo literaria.

Esta influencia de lo francés puede verificarse pronto en las páginas de *La Época Ilustrada* así como en prácticamente cualquier publicación mexicana decimonónica. He dicho que el francés es la lengua de la que más se traduce en mi objeto de estudio, incluso de manera indirecta, como es el caso, señalado de manera explícita, de *Alamontade* de Zschokke, escritor alemán; lo cual es otra muestra de los alcances e importancia de la lengua francesa pues era parte del capital lingüístico de los traductores mexicanos, también es un ejemplo del dominio francés en el mercado editorial de la época; París fue, entre tantas cosas, el lugar donde se imprimieron muchas traducciones, incluidas versiones al español, en el siglo XIX. Por ello, la presencia de poemas árabes y persas en *La Época Ilustrada*, sin crédito de traductores, sugiere que el francés pudo ser la lengua mediadora en la traducción indirecta de otros textos de la publicación.

De los 70 textos traducidos del francés⁸⁹ (46%, casi la mitad de los textos del semanario), se puede colegir la posición central de la lengua, cuestión que mencioné en el capítulo anterior en relación con el alemán. En ambas lenguas prevalecen los textos literarios, lo cual no sorprende por el carácter del semanario. De acuerdo con el tipo de texto, las traducciones provenientes del francés pueden organizarse de la siguiente manera:

⁸⁹ Si tomara en cuenta las dos traducciones indirectas explicitadas en el semanario (un texto en árabe y otro, la novela *Alamontade* de Zschokke, en alemán [vid. CAPÍTULO 4 de esta tesis]), sumarían 72 textos; sin embargo, preferí descartarlas porque no corresponden a textos escritos originalmente en francés; las menciono porque dan cuenta de la importancia del francés como lengua mediadora y de la naturalidad con la que se admitían las traducciones indirectas en la época.

Tipo de texto	Cantidad presente en <i>La Época Ilustrada</i>
Textos narrativos	25
Documentos autógrafos	24
Caricaturas	14
Poemas	5
Citas⁹⁰	2

Respecto al apartado de documentos autógrafos [*vid.* ANEXO 2], se incluyen cartas, declaraciones, citas e incluso alguna caricatura pequeña que acompaña el texto en lengua original, dibujada por la misma persona que realizó el autógrafo; sin embargo, decidí agrupar todo esto bajo una misma clasificación por su formato y la manera en que se presentan en el semanario, pues se reproducen en las páginas interiores y sólo hasta la página final del número se consigna la traducción. Estos autógrafos son los únicos textos del semanario en versión bilingüe, lo cual podría verse como una estrategia de captación, pues legitimaba los documentos al presentarlos en su formato original; además parece ser una característica propia del semanario, que los distinguía, pues en las publicaciones coetáneas revisadas no hallé autógrafos.

En cuanto a los textos narrativos, hay cuentos, una pequeña novela y los artículos y ensayos informativos o de divulgación, entre ellos, 18 de Flammarion, lo que comprende la mayoría de estos textos. En el rubro de caricaturas, se encuentran series de viñetas (esbozos de lo que se convertirá en el cómic), y se trata siempre de una conjunción de imagen y texto, así sea solamente algún pie o título. En todos los textos traducidos hay plumas de renombre que se reconocen hasta hoy como Victor Hugo o Chateaubriand.

Acerca de los traductores, como es de esperarse, no hay mucha información ni tampoco se mencionan siquiera en la mitad de las traducciones: apenas cuatro nombres están presentes

⁹⁰ Conté aquí la agrupación en una misma publicación de citas de 9 personajes (todos ellos franceses) como un solo elemento, justo por la manera de presentarlos, en grupo y en una sola sección y número del semanario.

como responsables de un puñado de textos. Los traductores mencionados tienen prestigio o tienen una relación con la redacción del semanario; cuestión similar a la de los traductores del alemán, aunque ahí destacaba especialmente la hechura de versiones exclusivas para *La Época Ilustrada*.

Respecto a los traductores del francés, un poema de Víctor Hugo se atribuye al intelectual venezolano Andrés Bello; Manuel de la Sierra y Manuel B. Juárez también firman como traductores, el primero aparece sólo en los números iniciales del semanario, con dos traducciones de Chateaubriand, una de Esopo y una que comprende varios números y queda inconclusa, se trata de *El pájaro* de Jean Michelet, una especie de historia natural; destaca que en todas sus traducciones se acota que fueron realizadas exclusivamente para *La Época Ilustrada*. Al segundo Manuel se le reconocen las traducciones de autógrafos en el número 22 (31 de marzo de 1884), sin embargo es la única vez que se menciona, aunque esto podría sugerir que, al ser integrante de la redacción, Juárez traducía regularmente los documentos autógrafos; tradujo además una novela por entregas de Paul-André Gérard y un artículo sobre la imprenta, de Eugène Dutuit, además de la traducción indirecta de Alamontade, de Zschokke. Por último, como traductora de dos poemas, uno de André Chenier y otro de Víctor Hugo, se consigna a Isabel Prieto de Landázuri, escritora nacida en España, pero afincada en México, bastante reconocida en su momento en el campo cultural mexicano; por mencionar una evidencia de su buena posición, fue la única mujer que Vicente Riva Palacio incluyó en su *Parnaso mexicano*. El número de traductores mencionados apunta ya una atención desigual para visibilizar su labor pues la importancia que se le diera a esta dependía mucho, como mencioné y como se muestra, de su renombre o su pertenencia a la redacción; por supuesto no habría que suponer que esto se hacía sólo malintencionadamente; la reimpresión de traducciones, su dispersión y el funcionamiento propio de la prensa, en su dinámica de copia de contenidos, probablemente borraba muchas veces a quien traducía. De manera un poco contradictoria, el hecho de consignar la leyenda de exclusividad de una traducción sugiere que finalmente la práctica era valorada y por ello, aparece explicitada en ocasiones; aunque quizá incluir y mencionar estas traducciones suponía una estrategia comercial que destacaba a las publicaciones. No obstante, se puede sostener que en la práctica recaía sobre todo la valoración positiva y no en los agentes.

Precisamente en el grupo de los traductores no nombrados se encuentran los textos de Camille Flammarion, un agente con una relevancia amplia, como se verá, en varios campos en el siglo XIX, incluidos el científico, en particular el astronómico, el cultural, y con ello el literario y el editorial. Los 18 artículos publicados en *La Época Ilustrada* [vid. ANEXO 4] se ocupan mayoritariamente del sistema solar, incluidos el Sol, la Tierra, la Luna, y los otros siete planetas (recordemos que Plutón no sería descubierto sino hasta 1930 por Clyde William Tombaugh), así como los asteroides. Con esta breve descripción general se evidencia ya que los textos parten de una idea de divulgación del conocimiento científico, en este caso, para que el público aprendiera lo que se sabía para entonces del universo y el lugar de nuestro planeta en él; no hay olvidar que además de una intención pedagógica, existía una comercial y contenidos de este tipo adquirieron una gran popularidad en los lectores.

En las siguientes líneas, presento el estudio de la traducción en relación con la divulgación científica, que tuvo como punto de partida los textos de Flammarion en *La Época Ilustrada*; para ello comienzo con una breve contextualización de la comunicación científica en general para el siglo XIX, luego el caso mexicano y finalmente ofrezco una exposición de Camille Flammarion y su presencia en la prensa mexicana de la segunda mitad de siglo, con el objetivo de dedicar espacio a los agentes involucrados, especialmente los traductores, y para exponer los valores atribuidos ya entonces a la ciencia y mostrar un poco de la diversidad de formatos en los que se difundía, con ello es posible reflexionar sobre la circulación de saberes, otro de los papeles desempeñados por la traducción, en el cual pueden verse distintos grados de agentividad en los los traductores.

4.1. Agentes y soportes en la comunicación científica: divulgadores, traductores y revistas

Si el avance científico y técnico era uno de los pilares del llamado progreso en el siglo XIX, uno de los aspectos que debía fortalecerse, en consonancia con otro de los fundamentos de la civilización, la educación, era la manera de comunicar a un público heterogéneo todos estos conocimientos, tanto los acumulados, como los novedosos. Para ello, varios agentes, con distintos intereses, y mayoritariamente con formación científica o pertenecientes al ámbito intelectual, se esforzaron en dar a conocer la actividad científica y sus descubrimientos por

medio de impresos, exposiciones conferencias y otros eventos; así fue como la ciencia se volvió parte de la discusión pública (*cf.* Nieto Galan 147). Uno de los retos en este propósito era hallar la forma de que un lectorado cada vez más diverso entendiera y se interesara en la ciencia; en otras palabras, la divulgación o vulgarización del conocimiento ha acompañado muchas veces al desarrollo científico. Resulta llamativo cómo, en lo que respecta al contenido científico, a veces se habla de “traducirlo” para lectores en general⁹¹, lo que vuelve a la divulgación un proceso en donde en principio se lleva a cabo una conversión de lenguaje especializado a lenguaje común que, junto con un reacomodo textual⁹², permite que un texto sea más comprensible para una audiencia más amplia (sería así un tipo de traducción intralingüística según la clasificación jakobsoniana).

Así pues, la figura de los divulgadores se asemeja a la de los traductores, en tanto ambos tienen la capacidad de transitar entre al menos dos espacios distintos pertenecientes a campos culturales; en ese sentido, ambos son mediadores. La tarea de divulgar la ciencia cobró un nuevo sentido para el siglo XIX y este afán “respondía a intereses distintos tanto ideológicos, como personales e intelectuales”, por ello “resulta complicado definir el estatus profesional del vulgarizador científico. No puede dissociarse del contexto cultural e histórico en que se desenvolvía su labor” (Hibbs 321-322). Un punto más de encuentro entre quienes traducían y quienes divulgaban está en la escasa o francamente nula profesionalización que existía para ambos. Entre la gente que escribía textos de divulgación, se distinguían dos grupos: científicos que desde su labor académica consideraban la divulgación como una tarea adicional y los “vulgarizadores profesionales” que deciden hacer de la divulgación su labor principal. Es importante resaltar dos cuestiones: una, que la pertenencia a alguno de estos dos grupos no es tan clara en algunos casos, como sus escritos, entre lo periodístico o informativo

⁹¹ Para ilustrar esto, baste la siguiente discusión reciente entre los conceptos difusión y divulgación: “mientras en el caso de la difusión se busca esparcir o propagar el conocimiento, con eso es suficiente para llenar de sentido el término y cumplir con esa actividad; en el caso de la divulgación, se requiere poner tal conocimiento científico –su traducción sencilla, inteligible y directa o una versión asequible de él– al alcance de la gente; es decir, vulgarizar o poner en términos accesibles para toda la población en general un conocimiento que en sí mismo no es comprensible, sino para los especialistas en la materia o disciplina específica. De manera que puede decirse que siempre que hay divulgación hay difusión; pero no siempre que hay difusión existe divulgación, ni se presente necesariamente como objetivo” (Vargas Torres 15-16). Por supuesto, esta distinción no es novedosa, pero considero que, fuera del ámbito profesional, sigue sin ser tan clara o que se utilizan los conceptos de manera indistinta.

⁹² Me refiero por supuesto a un proceso base por el cual pasa todo divulgador, anclado en lo textual. Habrá, sin embargo, algunos elementos que pudieran añadir en su esfuerzo por ampliar su público: recursos visuales, como ilustraciones, esquemas o textuales, en el caso de los paratextos.

y lo literario, y otra, que para ese momento no hay todavía una definición clara de la figura del divulgador (*ibid.* 324). No obstante, la diferencia es útil para observar la posición desde la cual se escriben los textos de divulgación, para valorar de forma más precisa su impacto y circulación.

Los divulgadores devenían en agentes relevantes para su propio medio pues “con grados más o menos elevados de profesionalización, tejieron nuevos hilos en esa tupida telaraña de relaciones entre expertos, profanos y *amateurs*, entre lo ortodoxo y lo heterodoxo” (Nieto-Galan 147)⁹³; así pues, las prácticas de los divulgadores variaban según el contexto en que las desarrollaran y los agentes con los que convivieran, lo que ayudaba a determinar su valor en el campo; es decir, entre más contacto tuvieran con especialistas y aficionados, más se enriquecía su trabajo.

Dentro de las mencionadas redes, se encontraban también editores, impresores, librerías que poco a poco comenzaron a diferenciar sus funciones y, también en ocasiones, con traductores, todos ellos importantes para la definición y realización de productos editoriales. De esta forma, las personas interesadas en la ciencia, de distintas especialidades u orígenes, pudieron convivir en una época en la que los varios subcampos a los que pertenecieran apenas empezaban a delimitarse. No se debe olvidar que si bien la divulgación científica no empezó en el siglo XIX, las transformaciones de diversa índole de esa centuria ayudaron a que esta actividad descollara no sólo por medio de textos, sino también por otras vías, como experimentos y demostraciones públicas, exposiciones, museos y espectáculos. En el caso de su presencia en impresos, que es lo que me interesa en específico, la fundación en 1856 del Círculo de la prensa científica (*Cercle de la presse scientifique*) en Francia significó un primer paso en la profesionalización del periodismo científico (*ibid.* 148), uno de los varios formatos que encontró la divulgación y por medio del cual se difundían con mayor rapidez las noticias de este carácter.

Con el incremento de la actividad científica en los países industrializados en menor o mayor grado vino entonces la organización de científicos de distintas especialidades en academias, grupos, asociaciones, lo que motivó un crecimiento en la actividad científica.

⁹³ Un recuento más detallado, así como una discusión más profunda, sobre divulgadores en el siglo XIX, puede encontrarse en el libro citado de Nieto-Galan.

Esto significó un aumento en el trabajo de los divulgadores, puesto que para entonces algunos de ellos ya habían despertado un interés, que fue en ascenso, por la ciencia y sus hallazgos. De ahí que la traducción desempeñara un papel esencial en toda esta circulación de conocimiento, pues no todos los centros urbanos contaban con el mismo desarrollo ni todos tenían la misma resonancia ni alcance. Asimismo, como se verá más adelante, ser divulgador y ser traductor no tenía por qué ser mutuamente excluyente, había individuos que desempeñaban ambas funciones, lo que podría dar lugar a pensar, en este caso, a la traducción no sólo como posibilitadora de la divulgación, sino como una posibilidad más de la práctica vulgarizadora.

Como se ha dicho, en el siglo XIX la prensa, junto con otros impresos con una vida más o menos efímera, pero con un carácter definitivamente cada vez más popular y asequible, adquirió una notoriedad tan relevante que prácticamente abarcó todo aspecto de la vida social en occidente, pues fue el espacio por excelencia de discusión y difusión de ideas y de conocimiento. Por ello, no sorprende que el creciente campo científico haya tenido un impacto en las publicaciones del momento, con lo cual inició una fértil relación entre los científicos y la prensa. La inclusión de nuevos contenidos y el avance de técnicas de impresión dieron pie a una dinámica y variada actividad editorial:

El antiguo impresor-librero se convirtió poco a poco en un editor capaz de poner en contacto a autores, impresores, distribuidores y lectores. Nuevos autores, nuevos formatos y encuadernaciones, una identificación más precisa del tipo de lectores y de clientes potenciales, nuevas técnicas publicitarias, etc., configuraron un panorama editorial, que otorgaba un papel muy relevante a nuevos públicos lectores (Nieto-Galan 63).

Así, los criterios de la redacción oscilaban entre lo que se creía que debía publicarse, siguiendo restricciones tanto ideológicas como poéticas, y lo que los lectores aceptaban, dos fenómenos en los que ya se observa el mecenazgo, según Lefevre, con sus controles interno y externos respecto a lo que se imprime. En las publicaciones periódicas, primero europeas, se inició entonces una convivencia de contenidos noticiosos, valiosos por su carácter informativo, y literarios, valorados por su composición y su estética principalmente, con aquellos orientados a la ciencia, en los que el valor pedagógico era el más importante. Más allá de los diarios cuya principal misión era informar de acontecimientos que impactaban la vida pública; también surgieron impresos especializados, de literatura sobre todo, pero

también de índole científico o religioso. A mitad de siglo, en 1852, con *Die Natur* comienza una tendencia de publicaciones dedicadas en su mayoría o exclusivamente a la divulgación científica; la revista, dirigida a un público culto “que hasta entonces consumía preferentemente literatura”, tenía la intención de presentar contenidos científicos a este sector instruido. En 1869, Inglaterra tuvo su propia revista *Nature*, en Francia, cuatro años después, comenzó *La Nature* y en 1883, en Italia se publicaba *Natura*; otras publicaciones de divulgación científica con un tiraje voluminoso incluyeron *Scientific American*, *Cosmos*, *La Science pour Tous*, *La Science Populaire* y *L’astronomie* (*ibid.* 64). Los diarios, por su parte, introdujeron secciones científicas y reportaron con mayor amplitud fenómenos naturales, como terremotos, erupciones volcánicas, sucesos meteorológicos o eclipses, una práctica que perdería con el paso del tiempo las explicaciones científicas para permanecer sólo como notas informativas.

El alcance que tuvieron los avances científicos y la función que tuvieron los medios impresos para difundirlos se observan de igual forma más allá de la prensa periódica, pues “[c]omo públicos activos de la ciencia y agentes de producción de objetos de consumo, las casas editoriales ganaron protagonismo a lo largo del siglo XIX” (*ibid.* 65). La vulgarización científica fue responsable, en gran medida, del éxito comercial de editoriales como Hachette, Larousse y Flammarion (Bensaude-Vincent, “Un public pour la science...” 51), esta última fundada por Ernest, hermano de Camille. Tras observar el interés que despiertan los contenidos, las editoriales emplean a divulgadores y científicos para ofrecer una gama de obras con públicos diversos, entre los cuales destacan las mujeres y los niños; sobre todo para los últimos se fabrican libros con ilustraciones y grabados, que se convierten en otro recurso más, uno bastante fuerte, de la divulgación científica y del conocimiento en general. Las ilustraciones se aprovechan de igual forma en las publicaciones especializadas; en 1864, Pierre-Jules Hetzel funda *Magasin d’éducation et de récréation*, revista quincenal en la que publica por primera vez Jules Verne; esta publicación representa un espacio para un nuevo estilo: la ficción que mezcla, sin rigurosidad, el desarrollo científico, acompañada de ilustraciones y una alta calidad material (Bensaude-Vincent, “Un public pour la science...” 52); la cuestión de la imagen, tan importante para la divulgación, no tuvo mayor relevancia en el caso de *La Época Ilustrada*, pues nunca se usó para ilustrar contenido científico.

La divulgación científica en el mercado editorial disparó también el desarrollo innovador de publicaciones en serie y colecciones. En 1865, el editor francés Louis Hachette le encarga a Édouard Charton, divulgador activo y fundador en 1833 de *Le Magazine pittoresque*, localizar autores que puedan contribuir a formar la colección que llamó *Bibliothèque des merveilles*; los volúmenes costaban entre dos y tres francos, estaban ilustrados y provocaron admiración en exposiciones internacionales, su éxito rebasó fronteras pues contaron con traducciones en español y portugués y adaptaciones estadounidenses. Entre 1864 y 1895, fueron publicados 125 volúmenes en la colección, 85 de ellos eran sobre ciencia; en conjunto, la *Bibliothèque des merveilles* alcanzó un tiraje de 1,750,000 ejemplares (*idem*), una cifra que indica el indisputable éxito que tenía la divulgación científica, a tal grado que “se convirtió en un género comercial, una sección clásica en los catálogos de librerías, que rivalizó en cuestión de tirajes con los clásicos de la literatura general”⁹⁴ (Bensaude-Vincent, “Un public pour la science” 53). Además de que esta colección es un ejemplo paradigmático del lugar privilegiado que alcanzó la divulgación científica, también está relacionada con Flammarion, quien estuvo a cargo de la redacción del primer volumen, lo cual se comentará más adelante. Divulgadores y traductores formaron parte de toda esta red de impresores y editoriales que vieron en lo relativo a la ciencia una oportunidad comercial que empataba con la pretensión de progreso social.

Estas prácticas se desarrollaron, por supuesto, de distintos modos en cada nación. La desigualdad en la producción científica entre México, la cual fue prácticamente nula en la primera mitad del siglo XIX, y algunos países europeos propiciaron la búsqueda de modelos educativos, contenidos científicos y escritos sobre ciencia más allá de los límites territoriales. La posición central de Francia en el campo cultural internacional volvió a esta nación un referente obligado. Es en esta dinámica, junto con la valoración social de lo científico y sus divulgadores, que se insertan los textos de Flammarion, su circulación a lo largo del mundo occidental posibilitada por la traducción y el estatus de celebridad que alcanzó, proceso del cual México formó parte, por lo que vale la pena examinar lo que sucedía en relación con la divulgación de la ciencia en nuestro país, antes de entrar específicamente a la obra del divulgador francés.

⁹⁴ La traducción es mía.

4.2 La comunicación de la ciencia y la astronomía en el México del siglo XIX

En las últimas décadas, el interés por documentar, describir y estudiar el desarrollo de la ciencia en el México decimonónico ha crecido⁹⁵. Este periodo resulta fundamental para conocer y comprender el avance científico del país y, por ende, la divulgación de la ciencia en el ámbito nacional; no obstante, tampoco sería correcto ver en este siglo un nacimiento de la ciencia en este espacio. Previo a los años 1800, en el territorio mexicano ya existían agrupaciones e instituciones académicas que, bajo los preceptos de la Ilustración, producían conocimiento y se esforzaban por difundirlo. La independencia mexicana, a principios del siglo XIX, significó también una interrupción temporal para la ciencia en el país, pues “los avances logrados por las comunidades científicas se vieron frenados a consecuencia de los conflictos libertarios y las pugnas por el poder” (Vargas Torres 41). Fue hasta la segunda mitad de la centuria que la ciencia encontró un impulso más uniforme y organizado desde el Estado mexicano, pues se incluyeron contenidos de ciencia en los primeros planes de estudio y se crearon instituciones que respaldaran las actividades científicas; así, después de 1850 “y hasta 1912 –fecha del Primer Congreso Científico Mexicano– la ciencia moderna penetrará en México logrando espectaculares avances en varios campos del saber científico tales como la medicina, la botánica o la geología” (Trabulse 216).

En términos generales, la comunicación de la ciencia durante este periodo se hizo por medio de libros, publicaciones periódicas, secciones de revistas, alguna que otra exposición, y formó parte de los programas educativos⁹⁶. Los diversos formatos circularon en México por medio de instituciones, asociaciones cultas, en los cafés, en eventos de entretenimiento público y en los impresos; de esta forma,

dentro de la reducida escala que le permitieron sus posibilidades políticas y económicas, México participó del proceso general que se desarrollaba en otras capitales occidentales, donde la ciencia participó de la esfera pública y operó como elemento de un proceso civilizatorio, mientras se elevaba progresivamente como el discurso con mayor autoridad epistémica (Azuela y Bernal s/p).

⁹⁵ Para una revisión sobre trabajos de este tipo, cf. Luz Fernanda Azuela y Rafael Guevara Fefer. “La ciencia en México en el siglo XIX: una aproximación historiográfica”. *Asclepio*, vol. L, núm. 2, 1998, pp. 77-105.

⁹⁶ Para un panorama de la divulgación científica en el siglo XIX mexicano, cf. Vargas Torres 41-61.

En México, también comenzó en la primera mitad del siglo XIX una convivencia de artículos con contenido científico y textos literarios en las revistas (Ruiz Castañeda 41), algo que persistirá en los siguientes años, como puede verse en menor medida en *La Época Ilustrada*. La primera publicación en el México independiente de la que se tiene noticia que se propuso ser un vehículo de divulgación de la ciencia y la técnica fue *El Registro Trimestre* que tuvo una vida corta, de un año entre 1832 y 1833, una buena parte de su contenido “consiste en traducciones de libros y periódicos extranjeros; a este respecto los editores deseaban que los resúmenes fueran redactados en una forma sencilla, clara y amena para que el lector pudiera comprenderlos” (*ibid.* 42), esto sugiere que muy tempranamente, el contenido científico era más importado que creado internamente, una dinámica en la que la práctica traductora se volvió imprescindible. Algunas publicaciones más de esa primera mitad que incluyeron temas científicos en sus páginas son *Revista Mexicana*, *El Mosaico Mexicano*, *El Museo Mexicano*, *El Ateneo Mexicano*, *El Álbum Mexicano* y la notable *Revista Científica y Literaria de México*, que “contiene varios artículos científicos de colaboradores nacionales y extranjeros, conocidos y anónimos” (*ibid.* 46)⁹⁷.

La divulgación científica mexicana decimonónica tomó como modelos muchas veces a los franceses, incluidos Flammarion, Arago y Verne. Algunas figuras importantes del país fueron José Joaquín Arriaga, ingeniero que, inspirado por la ya mencionada publicación francesa *Magasin d'éducation et de récréation*, fundó *La ciencia recreativa. Publicación dedicada a los niños y a las clases trabajadoras* (1871-1879) en la que se encuentran textos con temas científicos, acompañados de reflexiones morales; el escritor Santiago Sierra, quien editó *El Mundo Científico* (1877) y *El Mundo Científico y Literario. Edición dominicana de La Libertad* (1878) y escribió una novela científica, *Viajes por una oreja*; así como Pedro Castera, ingeniero minero y escritor que publicó artículos de divulgación, en los que hay ideas sobre el espiritismo, en *El Domingo*, *La República* y *El Correo de las Doce*, en 1873, 1881 y 1882. De igual forma, sin ser propiamente divulgadores, es decir, que la divulgación no fuera parte principal de sus actividades, había escritores, intelectuales que en ocasiones se ocuparon de temas como el desarrollo y el conocimiento científicos, tal es el caso de Manuel

⁹⁷ Para una revisión con más detalles de estas publicaciones, cf. Ruiz Castañeda.

Gutiérrez Nájera (*cf.* Adame González). Sobre Sierra, posteriormente dedicaré más líneas ya que fue uno de los traductores mexicanos de Flammarion.

En términos un poco más específicos, y con un interés particular por ser la ciencia predilecta de Camille Flammarion, Trabulse menciona los escasos testimonios que existen en nuestro país sobre la astronomía en los primeros treinta años del siglo XIX (249); en las décadas posteriores, sin embargo se fundarán distintas instituciones y organizaciones, con varios agentes involucrados, que favorecerán el desarrollo de la astronomía. Durante esta época, dicha disciplina es todavía una ciencia de observación en la que se realizan descripciones del cielo, de las estrellas y su ubicación, se estudian los planetas y cometas con telescopios y se hacen cálculos al respecto, todos estos temas quedarán fijados en las ideas sociales, incluso contemporáneas, de lo que estudia un astrónomo; esto se debe, entre otras razones, a la exitosa labor de divulgación que acrecentó y mantuvo el interés del público en temas como el universo, los planetas, las estrellas y demás, lo cual se evidencia en la inclusión de textos al respecto en las publicaciones periódicas y a la edición y venta de obras sobre el espacio⁹⁸.

En los trabajos consultados sobre astronomía mexicana en el siglo XIX, pude observar ciertas constantes (*cf.* Trabulse 249-252; Peimbert *et al.*; Moreno Corral; Bartolucci⁹⁹): la prevalencia de ciertos científicos que adquirirían un estatus de figura pública, la apertura de espacios para la ciencia y la participación en proyectos dentro y fuera del país. De manera más específica, se encuentran la prominencia de Francisco Díaz Covarrubias y Joaquín Gallo, astrónomos que impulsaron varias iniciativas para fortalecer la ciencia astronómica; el viaje a Japón en 1874 de una comitiva presidida por el mismo Díaz Covarrubias para observar el tránsito de Venus por el disco solar; la puesta en marcha en 1878 del Observatorio Astronómico Nacional en Tacubaya, el cual reunió a los astrónomos de la época que recibían

⁹⁸ No será sino hasta la siguiente centuria que el paradigma de la astronomía sufra un cambio con el origen de la astrofísica, campo de especialidad de los astrónomos en la actualidad, relacionada sobre todo con la óptica, la hidrodinámica, la química y matemáticas avanzadas (Espinosa Aldama 3-4); de hecho, no es sino hasta 1902 que se conforma la Sociedad Astronómica Mexicana, lo que comprende un ejemplo del avance disímil que tenía en México lo científico respecto a otras naciones.

⁹⁹ Este último trabajo (el de Trabulse) también refiere en distintos momentos a lo enlistado a continuación, pero, además, desarrolla ideas bastante interesantes, a partir de una perspectiva sociológica, al estudiar el proceso de modernización de la astronomía mexicana.

una formación universitaria; y la participación de México en el proyecto internacional para realizar la *Carta del cielo* que comienza en 1887 y se extiende hasta el siglo XX.

El viaje a Japón, el primero con carácter oficial del Estado mexicano con un propósito científico, permitió que se establecieran o afianzaran relaciones con comunidades científicas más allá de las fronteras nacionales. En este sentido, una comisión astronómica enviada por Francia llegó a México en 1882, encabezada por el científico Bouquet de la Grye, quien convencerá, unos años después, al director del Observatorio de París de invitar a nuestro país a participar en la *Carta del cielo* (Moreno Corral 185-186). Esta puesta en marcha de relaciones bilaterales con comunidades científicas extranjeras permitió la participación de científicos mexicanos en congresos y conferencias internacionales, actividades que duran hasta nuestros días. En un principio, sin embargo, la organización del viaje al país asiático generó cierta polémica. Desde la tribuna política, había quienes consideraban que el viaje era un gasto inútil, otros simplemente creían que los científicos mexicanos harían el ridículo. Publicaciones como *El Ahuizote* y *El Padre Cobos* hicieron eco de estas críticas y burlas: “La polémica en torno a este conflicto entre ciencia y política alcanzó grandes niveles de popularidad. Incluso, algunas pulquerías fueron bautizadas con el nombre de *El Paso de Venus*, por lo menos en la capital del país” (Mireles Estrada 8-9).

Lo anterior es un ejemplo de cómo la discusión sobre la actividad científica ganaba espacios más allá de academias o asociaciones. El siglo XIX en México, como en muchos otros países, fue una época de conformación, crecimiento y, hacia finales de la centuria, consolidación de un campo científico, en términos bourdieusianos, que contaba con sus propios mecanismos de legitimación y reconocimiento (aunque no eludía la valoración social, como puede constatarse en el ejemplo del viaje a Japón), presentaba sus subcampos según las distintas disciplinas y pugnaba por ocupar una posición más prominente en la conformación y el desarrollo del país. En este último afán, se entiende la necesidad de impulsar estrategias que difundieran su quehacer para quienes no pertenecieran al campo, ajenos en principio a la actividad científica, a los avances y a la importancia del desarrollo de la ciencia. Así pues, dentro de estas estrategias se encuentra la divulgación, también llamada vulgarización, que emprendieron algunos de los miembros de la comunidad científica, tanto profesionales como aficionados. Estos lograron, por medio de la escritura y otras prácticas, varias de ellas replicadas de las estrategias de sus homólogos europeos, como

las exposiciones, conferencias y publicación de materiales impresos, alimentar el creciente interés general por la ciencia. En medio de este afán por promocionar los conocimientos científicos, destaca Flammarion por el éxito del que gozó dentro y fuera de Francia, el cual se verifica, en el caso mexicano, con un recorrido por la prensa del momento. Flammarion aparece en publicaciones mexicanas de distintas formas, ya sea como autor, como alusión o referencia, o como sujeto noticioso. En las siguientes líneas expongo esta presencia a partir de la inclusión de textos suyos traducidos en *La Época Ilustrada*, no sin antes explorar brevemente la vida y obra del divulgador francés.

En 1890, la *Revista Nacional de Letras y Ciencias* reprodujo en sus páginas el epílogo de la *Historia crítica de las ciencias y la literatura*, escrita por el crítico mexicano Francisco Pimentel. En este trabajo, el autor resumía el estado de la poesía mexicana y proponía las directrices que debía tomar para consolidarse como literatura nacional. En un momento de esa explicación, Pimentel rechaza la idea de que la poesía haya muerto en el siglo XIX y afirma:

Otra señal del gusto artístico del siglo es que aún la ciencia se prefiere cuando va adornada con las galas poéticas, y lo prueban la popularidad de autores como Flammarion, Guillemin y Verne. En nuestra época es cuando la elocuencia ha admitido un género más, *el científico*: antiguamente sólo se consideraban el sagrado, político y forense. Precisamente considerado el punto que nos ocupa, ¿no es en los tiempos actuales cuando ha crecido y madurado la ciencia *de lo bello*, la estética?¹⁰⁰

Pimentel llama género a un conjunto de textos que se encuentran entre lo ensayístico y lo narrativo, pero en los cuales priman sobre todo los contenidos científicos; nombra entonces a Camille Flammarion como uno de los representantes de esta “nueva literatura”. Lo emparenta con Verne, el popular autor y precursor de la ciencia ficción, del cual en realidad se distingue por sus objetivos, como ya lo advertía en 1889 un reseñista, bajo el seudónimo de “El Traductor”, de uno de los libros de Flammarion: “*Urania* regocija, apasiona, es una obra a la par dramática y amena como una novela de Julio Verne, con la excepción de que no peca contra la ciencia”¹⁰¹. En efecto, la pretensión del astrónomo francés era dar a conocer a un público amplio sus ideas sobre la ciencia y sobre el mundo, es decir, imponer su visión

¹⁰⁰ Francisco Pimentel. “Literatura mexicana”. *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, t. III, 1890, p. 110.

¹⁰¹ El Traductor. “*Urania*. Última obra de Camilo Flammarion”. *El Universal. Diario de la mañana*, t. III, núm. 76, 17 diciembre 1889, p. 1.

legítima del papel de la astronomía, lo que de ella debía decirse y los modos en que debía diseminarse. Al par el conocimiento astronómico lo mezclaría con cuestiones espiritistas, por otra parte, en Verne había un propósito más literario: introducir elementos científicos a la ficción narrativa, aunque con ello también realizaría de cierta forma una labor de divulgación, acaso menos comprometida. Previo a revisar los textos traducidos de Flammarion en *La Época Ilustrada*, ofrezco una breve semblanza biográfica del notable francés ya que en ella pueden hallarse elementos del habitus de divulgador de la época; además de que su fama se ha desdibujado considerablemente y en la actualidad no es una figura tan reconocida.

4.3 Flammarion, estrella terrenal, y su circulación en México

Al inicio de la biografía de Camille Flammarion (1842-1925), Danielle Chaperon afirma que al final del siglo XIX, el francés “es el astrónomo más famoso del planeta y, sin embargo, su éxito corona una carrera más bien de educador popular que una actividad de investigador y observador del cielo”¹⁰² (1). En nota al pie aclara que la única contribución relevante a la ciencia astronómica fue su *Catalogue des étoiles doubles et multiples*. Las actividades científicas de Flammarion estuvieron más bien al margen de la academia, en consonancia con la observación directa de fenómenos astronómicos y atmosféricos, de los cuales escribía. Fue, sin embargo, su trabajo como divulgador lo que le permitió ser reconocido en su propio país, Francia, y fuera de ella, esto no le impidió dialogar con las comunidades científicas de ese y otros países.

La búsqueda por el conocimiento y la curiosidad científica de Flammarion se manifestaron a muy temprana edad. Alrededor de los catorce años, Flammarion comienza a trabajar en un borrador que llega a las 500 páginas, titulado *Cosmogonie universelle*, que trataba del origen de la Tierra. Durante una enfermedad, el médico que lo trató se dio cuenta de este trabajo y lo recomendó a Urbain Jean Joseph Le Verrier, el entonces director del Observatorio de París (Sheehan v) y así, Flammarion ingresó al observatorio. No obstante, los cálculos que tiene que hacer como alumno le aburren y en 1862, a los casi veinte años, toma una decisión que lo marcará de por vida: publica su primer libro, *La Pluralité des*

¹⁰² Esta y las siguientes citas de Chaperon son traducciones mías.

mondes habités, en el que, con base en la ciencia astronómica, el autor compone un tratado sobre las condiciones que deberían tener otros mundos para el desarrollo de la vida. Poco después de la publicación, Le Verrier lo despide del observatorio y según Flammarion, lo hace con la siguiente sentencia: “Señor, usted no es sabio, sino poeta” (*apud* Bensaude-Vincent, “Camille Flammarion...” 93). Debido a que el libro es un éxito de ventas, Flammarion decide continuar su carrera como escritor y en su segundo libro *Les habitants de l'autre monde: révélations d'outre tombe* (1862) especula, con ciertas bases científicas, sobre la vida después de la muerte por medio de “revelaciones” de una sesión espiritista; la recepción no fue tan buena y posiblemente eso lo motivó a tratar por separado lo místico y lo científico convencional pues en 1865, *Forces naturelles inconnues*, una obra con contenido espiritista, se publica bajo el seudónimo Hermès (Roberts 113). No obstante, sus intereses en torno al espiritismo se mantuvieron a lo largo de su obra y vida, visibles en distintos grados.

Flammarion logró relacionarse con distintos agentes (editores, impresores, científicos...) por medio de su carrera editorial en ascenso. De esta forma amplió su capital social, lo que ayudó en el crecimiento de su fama y el aumento de sus capitales político y económico; había encontrado así un modo de vida bastante confortable. Ya en 1870, su primer libro iba en la décimo quinta edición y había sido traducido a quince lenguas (Bensaude-Vincent, “Camille Flammarion” 94), el éxito de este libro continuó todavía una década después cuando aparece la vigésima sexta edición (Nieto-Galan 66). No fue, empero, su libro más exitoso; en 1879, sale a la venta *Astronomie populaire*, que terminaría por ser su obra más reconocida y más vendida a lo largo de los años. Este título lo publicó ya en el sello editorial de la familia, *Éditions Flammarion*; fundada por su hermano Ernest y por Charles Marpon en 1875, empresa que continúa activa en la actualidad.

Además de la publicación de poco más de cincuenta libros, la participación de Flammarion en el ambiente científico incluyó conferencias, cursos y la redacción de artículos para numerosos diarios y revistas, entre ellas *La Nature*, *La Science illustrée* y *La Revue Scientifique*; esta intensa actividad evidencia el férreo compromiso del francés con la divulgación del conocimiento y el rechazo al quehacer científico hecho sólo por y para los científicos, pues “para Flammarion no cabía duda de que este academicismo de la ciencia oficial era el mayor obstáculo a su difusión entre el público” (Hibbs 322). Su habilidad para

conjuntar todos los elementos comunicativos extratextuales a su alcance: imágenes, ilustraciones, exposiciones de objetos le permite convertir a la ciencia en un espectáculo, en el que destacaba “su capacidad para escenificar sus propias actuaciones como conferenciante y divulgador” (*ibid.* 325). Flammarion creía que el progreso de la astronomía se verificaba más en su potencial de popularizarse que en los avances académicos; es decir que la astronomía se volvía mejor en tanto se difundiera, por ello se posiciona como el mediador entre esos profesionales y la gente común; para lograrlo tiene que seguir en contacto con los científicos, mientras pone en práctica sus ideas y las difunde. Por ejemplo, en 1883, estableció un observatorio equipado en Juvisy-sur-Orge, lo cual significó la posibilidad para varios aficionados de hacer astronomía al margen de la academia e inspiró la creación de observatorios similares en otros lugares del mundo (Bensaude-Vincent, “Un public pour la science...” 60).

En 1882, crea su propia revista mensual, *L’Astronomie*, que en los últimos años de la centuria ya imprimía 100,000 copias (Nieto-Galan 66); en esta publicación participaban aficionados y profesionales de varias partes del mundo. En 1887, funda la Sociedad Astronómica de Francia, en donde se evidencia, una vez más, la “imbricación entre estas dos categorías, ‘amateurs’ de la astronomía y expertos”, hacia 1901 la Sociedad contaba con 1660 miembros franceses y 2552 miembros extranjeros (Hibbs 327). Para finales de siglo, un grupo de empresarios le propone dirigir el pabellón astronómico de la Exposición Universal de 1900, Flammarion concibe varias salas para este propósito y nombra al proyecto Cosmorama, en éste, “no falta nada susceptible a captar la mirada de los visitantes, quienes están invitados a honrar al mismo tiempo una *ciencia*, una *técnica*, un *hombre*. El Cosmorama es pues, una evidente figura simbólica de la obra flammarioniana” (Chaperon 3). Con estos ejemplos, se verifica cómo Flammarion llevó a la acción sus propósitos y fundó distintos espacios para permitir que la ciencia saliera de la academia y llegara a más sectores sociales.

Luego de este sucinto recuento biográfico, destaco tres aspectos: el primero, la popularidad alcanzada de este personaje y su importancia para la divulgación de la astronomía; el segundo, el éxito de su trabajo, en específico, a nivel editorial con tirajes voluminosos y traducciones a varias lenguas; y el tercero, lo diverso de sus actividades, por ejemplo, también él mismo tradujo, siempre en consonancia con la idea de que lo científico valía más en su carácter popular y no en la academia. Figura pública y autor bastante

redituable, no queda duda de la buena posición que detentó Flammarion en su momento; su consagración se percibe en el seguimiento que hacía la prensa de sus actividades, en su papel como autoridad, en sus altas ventas y en sus participaciones en eventos; su trascendencia fuera de Francia tiene explicación en la posición del país en el campo cultural internacional, lo que hizo posible una pronta traducción de sus obras¹⁰³.

Convertida la obra de Flammarion en un producto editorial exitoso, el paso a traducirlo fue casi instantáneo. Los trabajos de Flammarion se tradujeron, por ejemplo, rápidamente al español y la distancia temporal entre las ediciones en francés y español se redujo conforme se publicaban más obras. Cuatro años después de su aparición en francés, en Madrid se imprime en 1866 *La pluralidad de mundos habitados: estudio en el que se esponen las condiciones de habitabilidad de las tierras celestes discutidas bajo el punto de vista de la astronomía, de la fisiología y de la filosofía natural*, traducida de la 7ª edición francesa por José Moreno y Baylén¹⁰⁴. En ese mismo año se publica, en París, *Las maravillas celestes*, traducida al español por E. Corona Martínez; con tan solo un año de diferencia de su versión francesa (*Les merveilles célestes*), el volumen inicial de la ya mencionada colección de la editorial Hachette, del cual se tiraron 5,500 ejemplares por los que el autor cobró mil francos sin derechos de autor, para 1912, el libro en distintas ediciones había vendido más de 60,000 copias (Nieto-Galan 65). De los traductores españoles, no logré rescatar datos valiosos, lo único que pude hallar fue que José Moreno y Baylén envió a la Real Academia de la Historia en 1870 “fotografías de una escultura de genio con cornucopia, encontrada en Mérida” (González Reyero 195), pero sobre Corona Martínez no pude localizar dato alguno.

Las obras de Flammarion además gozaron en su momento de más de una traducción, lo que, aunado con la inmediatez con la que se publicaban, es prueba de su éxito internacional; basten dos casos como ejemplo. Por un lado, *Las maravillas celestes* vio en 1875 otra traducción de “D. N. F. Cuesta”, Nemesio Fernández Cuesta, periodista, político y, por

¹⁰³ Es importante señalar que las altas ventas de sus obras, con múltiples ediciones, así como su participación intensa en publicaciones periódicas, implican una dificultad para el rastreo de los textos fuente en el caso de sus traducciones; no pude encontrar además algún proyecto de rescate editorial de su obra, por lo que no hay un catálogo preciso de sus publicaciones.

¹⁰⁴ Es importante aclarar que, según la búsqueda que realicé en las bases de datos de bibliotecas, parece ser que en 1866 es el año en que por primera vez se publican libros de Flammarion traducidos al español. Por supuesto, algunos artículos traducidos pudieron ser publicados antes en España; sin embargo, este trabajo pretende acotarse a su recepción mexicana. Los datos de *La pluralidad de los mundos...* los obtuve del catálogo de la Biblioteca Nacional de España, <http://datos.bne.es/edicion/bimo0000874252.html> (consultado en junio 2020).

supuesto, traductor prolífico, entre sus trabajos se encuentran varias obras de Jules Verne¹⁰⁵, así como de *Los miserables* de Víctor Hugo y responsable de “la mejor traducción que en España tenemos de la *Historia Universal* de César Cantú [Cesare Cantù]”¹⁰⁶. En Fernández Cuesta, puede observarse cómo el traductor accede a una mayor visibilidad de su labor en tanto cuenta con otras ocupaciones, es decir, que el reconocimiento se da más por ser periodista y político que por ser traductor. Con el prestigio adquirido, termina por trabajar con obras de autores ya reconocidos y se convierte en el traductor predilecto en España de ciertas novelas o autores, como se ve en el caso de Verne. Por otro lado, *Astronomía popular* vio su primera traducción al español en 1879, es decir, en el mismo año en que fue publicada en francés. En la portada se lee “Obra vertida libremente al español, amplificada y adicionada con notas por José Genaro Monti”¹⁰⁷, este último fue un divulgador español de astronomía, quien escribió también un libro sobre el tránsito de Venus por el disco solar¹⁰⁸.

Lo anterior ejemplifica, pues, la prontitud con la que comenzó a circular Flammarion en español; traducido en Francia y España, el español europeo fue la variante en que hubo más ediciones. Mucho de lo traducido en Europa llegó a Hispanoamérica exportado por casas editoriales, entre ellas, Maucci Hermanos e hijos (que en Buenos Aires tenía una especie de filial en la Biblioteca de la Vida Editorial), la imprenta de P. Juan Oliveres, la editorial Hermanos Gaspar y Roig, La Irradiación, la de la Viuda de Charles Bouret, con oficinas en París y en la ciudad de México, o Jané Hermanos (Hibbs 333-334). Debido al número tan grande de ediciones resulta muy complejo ofrecer un mapa exacto de todo lo que llegó en su momento a México, sin embargo, logré localizar algunas obras que circularon en nuestro país por medio de un rastreo que mostraré más adelante; la exposición de datos sobre traducciones sirve para recordar que en el siglo XIX, el éxito editorial era una de las maneras más efectivas de convertirse en un agente reconocido.

¹⁰⁵ Por ejemplo, de *Hector Servadac. Aventuras y viajes por el mundo solar, Un capitán de quince años, Los grandes navegantes del siglo XVIII, La isla misteriosa, La Casa de Vapor, La Jangada*, según se consigna en el *Boletín Oficial de la Propiedad Intelectual e Industrial* del Ministerio de Fomento español, del 18 de octubre de 1886, núm. 4, pp. 3-4, disponible en: <http://shorturl.at/coOV4> (consultado en junio 2020).

¹⁰⁶ “Nemesio Fernández Cuesta”. *La Época*, Madrid, 7 diciembre 1893, año XLV, núm. 14,812, p. 3.

¹⁰⁷ La obra puede consultarse en su totalidad en la Colección Digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL), http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020028945/1020028945_001.pdf (consultado en junio 2020).

¹⁰⁸ Para un recuento con más detalles de traducciones en España y otros de sus traductores, cf. Hibbs 332-337.

4.3.1 Flammarion en *La Época Ilustrada*

Los 18 artículos de Camille Flammarion en *La Época Ilustrada* [vid. ANEXO 4] se distinguen entre los demás por su contenido de divulgación científica, recordemos que la mayoría de lo que se publica en esas páginas son poemas, novelas por entregas o cuentos; por lo tanto los textos del divulgador francés ya representan una particularidad llamativa en el semanario. No se consigna, empero, el traductor de ninguno de los dieciocho textos de Flammarion. Destaca, por su unidad temática, la serie de textos que tratan sobre el sistema solar, en ellos, el astrónomo habla sobre el Sol, la Luna, los cometas y los planetas desde Mercurio hasta Urano, lo que comprende la mayoría de la producción. Los otros textos exponen ideas de los eclipses, de la observación del cielo o de la posibilidad de vida en otros planetas. En algunos de estos textos, el autor intercala versos de poetas célebres, como Edward Young, Delphine de Gerardin, Virgilio, Víctor Hugo, Dolores Gómez de Cádiz o José de Espronceda, para ofrecer un ejemplo desde la literatura del tema en cuestión, esto incluye composiciones al sol, a la luna o a la noche, por mencionar algunos. Así pues, queda claro que los textos traducidos tenían una intención educativa, lo que seguía era establecer su origen y, de ser posible, su traductor.

Una revisión, en principio por índices, de las obras disponibles del divulgador francés en distintos repositorios digitales, me permitió rastrear finalmente el origen de los 18 textos de *La Época Ilustrada*, que corresponden de manera íntegra al volumen de la colección de Hachette, *Les merveilles célestes*, en la traducción (1866) del desconocido E. Corona Martínez. Si bien, no he podido acceder de forma total a esta traducción, una búsqueda parcial me permitió llegar a esta conclusión: en primera, porque ambas versiones resultaban coincidentes y, en segunda, porque al compararla con la traducción de Fernández Cuesta, de 1875, se observan las diferencias. También localicé a inicios del siglo xx, otra traducción, de A. López Llasera, publicada por la editorial Maucci y que puntualiza que está “traducida de la última edición francesa”.

Es difícil ofrecer una explicación sólida sobre los motivos de la redacción de *La Época Ilustrada* para elegir la edición-traducción de Corona Martínez. La distancia temporal entre el libro y el semanario, casi veinte años (1866-1884), obliga a pensar que hubo en efecto alguna razón particular para seleccionar estas traducciones y no las de Fernández Cuesta, ya

existentes para los años en que se publicó *La Época Ilustrada*; quizá un indicador esté en el prestigio que se había formado ya la colección de Hachette o simplemente que era el volumen disponible para algún miembro del equipo de redacción. Resulta llamativo además la elección de textos de Flammarion, pues entre toda su producción, en el semanario consideraron que los más valiosos eran los que trataban sobre el sistema solar, además, las referencias cultas, las metáforas quizá fueron llamativas para los lectores ideales; composiciones así fueron probablemente agradecidas por el público. De una u otra forma, lo que sí se puede colegir de la abundancia de traducciones de un mismo texto es la popularidad de los libros de Flammarion, incluso después de dos décadas de su publicación. La selección no obedeció pues a una restricción en el mercado, ya que las ediciones se actualizaban constantemente y los temas se tocaban también en otras obras, como en *Astronomie populaire* (1879), de aparición reciente y pronta traducción al español para cuando *La Época Ilustrada* se imprimía.

Propongo ahora un esbozo de recepción de Flammarion en nuestro país con el propósito de observar la circulación de obras del divulgador francés fuera del semanario y, con ello, explorar otros factores que pudieron haber incidido en su publicación en *La Época Ilustrada*. En la Hemeroteca Nacional Digital de México, utilicé la herramienta de búsqueda para rastrear la palabra “Flammarion” en los impresos correspondientes al periodo entre el 1° de enero de 1870 hasta el 31 de diciembre de 1890, consideré este rango por ser aproximadamente una década antes y otra después de la publicación de *La Época Ilustrada*. Este proceso arrojó alrededor de 230 resultados en los que aparecía “Flammarion” en distintos diarios mexicanos, de los que expongo una síntesis con casos relevantes. Por supuesto, lo siguiente no pretende ser una muestra exhaustiva, sino representativa de la presencia de Flammarion en la prensa de la segunda mitad de los años mil ochocientos.

4.3.2 Flammarion en otras publicaciones

El Siglo Diez y Nueve (o *Siglo XIX*) fue uno de los diarios mexicanos más importantes por los agentes que participaron en esta publicación, entre ellos, su fundador, Ignacio Cumplido, y sus posteriores directores y colaboradores, por mencionar algunos, Ignacio Ramírez, José María Lafragua, Francisco Zarco, Manuel Payno e Ignacio Manuel Altamirano, así como por

su duración (1841-1896). Los debates y posturas políticas que recorrieron sus páginas provocaron que el periódico fuera censurado y multado por los gobiernos a los que criticaba. Sus agentes, no necesariamente de un solo campo, permitieron que en *El Siglo Diez y Nueve* se plasmaran no sólo artículos de plumas, sobre todo liberales, que defendían la libertad de prensa y otras garantías individuales, sino también textos literarios, novelas por entregas en el folletín que muchas veces, por supuesto, se presentaban en forma de traducciones. En un periódico de tal envergadura, no fue difícil encontrar publicaciones en torno a Flammarion. En 1872, se publica un artículo del escritor y corresponsal español Federico de la Vega titulado “El suplicio de Tántalo” en el que traza una breve historia de la editorial francesa Hachette, la elogia, e incluye estas líneas: “¿Quién no ha visto alguna de esas espléndidas ediciones que empiezan en nuestro inmortal *Don Quijote* y en el *Infierno* del Dante, y concluyen en *Las fábulas* de Lafontaine y en la *Atmósfera* de Flammarion?”¹⁰⁹. Sin duda, llama la atención que el nombre de Flammarion esté junto a títulos y autores clásicos hasta la actualidad, pero no se compara con el encomio que De la Vega escribe del autor francés en ese mismo artículo:

Por lo que a mí hace, confieso que hasta que no leí ese lindísimo idilio científico que tiene por título las *Maravillas celestes* había mirado la ciencia astronómica con cierta prevención, fatigándome horriblemente siempre que salía de nuestra atmósfera para emprender un viaje estelar. Hoy, comprendo esos viajes con gran placer, y gracias a Camilo Flammarion, a ese tierno intérprete de la naturaleza, a ese apasionado amante de lo sublime, encuentro un verdadero consuelo en escaparme a las nebulosas para contemplar la infinita armonía del universo, cuando el monótono espectáculo de nuestras mundanales miserias llega a cansarme la vista.

Sin duda, las palabras no son menores y las elegí para comenzar este recuento porque ilustran la posición que Flammarion detentaba en la prensa de nuestro país a partir de su faceta como científico-divulgador; aunque tendría detractores, gozaba de tal popularidad en las páginas de los diarios que hasta su vida privada era objeto de escrutinio periodístico.

La atmósfera, mencionada por De la Vega, se publicó originalmente en 1871 y ya en 1872, en el diario mexicano *El Defensor Católico* aparecía una reseña de la obra traducida en ese mismo año, en ella se le reprochaba al autor no incluir al dios judeocristiano en las disquisiciones del texto: “¿Por qué desgracia los escritores que se han consagrado a instruir

¹⁰⁹ Federico de la Vega. “Extranjero. Cartas parisienses. El suplicio de tántalo”. *El Siglo XIX*, t. 54, núm. 10, 134, 6 octubre 1872, p 1.

a las que se consagran a cierta clase de estudios, y especialmente a los jóvenes, tienen tan poco o ningún respeto a la religión?”¹¹⁰. Las filias y fobias de los agentes mexicanos (escritores, editores, políticos) influían claramente en la recepción de las ideas de Flammarion¹¹¹. A pesar de este reclamo, que se entiende perfectamente por la postura ideológica del diario, la reseña es positiva en lo que concierne a la divulgación científica y la materialidad de la edición, lo que tiene eco en aquello de que la labor de divulgación del francés representaba “una especie de bálsamo eficaz para suavizar las tensiones ciencia-religión” pues difundía “las maravillas de la naturaleza a la sociedad e indirectamente reforzaba y dignificaba el hecho de la creación divina” (Nieto-Galan 156-157). La reseña de *La atmósfera* en el diario católico inicia de manera particular: “Camilo Flammarion, a quien hacen decir tantos despropósitos nuestros espiritistas mexicanos”, lo que sugiere distintas interpretaciones según el público lector que conociera estos textos. Cabe recordar que el astrónomo francés propagó en buena medida, ideas espiritistas en las que creía fervientemente y que se volvieron populares en la época, especialmente entre políticos e intelectuales; recordemos que en 1868 comenzó a publicarse en México *La Ilustración Espírita* y en 1872 se fundó la Sociedad Espírita de la República Mexicana. Considero que en la popularidad de este tipo de creencias se encuentra una explicación al interés en nuestro país por difundir los textos de Flammarion, como se verá en el caso de Santiago Sierra.

Las ideas poco ortodoxas que tenía Flammarion no provocaron sin embargo ninguna persecución en su contra ni parecen haberle causado alguna censura en nuestro país, ni siquiera en publicaciones de corte conservador como la *Revista Universal*, que en 1870 publicó, sin mencionar de dónde se obtuvo ni quien lo tradujo, un artículo del francés titulado “La vida y la muerte sobre la tierra”¹¹². Sus contrapartes liberales fueron más generosas. En 1871, en *El Siglo XIX* apareció probablemente el primer artículo de Flammarion en sus

¹¹⁰ “Variedades. Bibliografía. Una obra de Flammarion”. *El Defensor Católico. Periódico de Religión, Política, Ciencias y Bellas Letras*, año 1, núm. 6, 21 junio 1872, p. 2.

¹¹¹ Por supuesto, el conflicto ciencia-religión y las relaciones entre ambos campos no fueron ajenos para Flammarion, Nieto-Galan menciona al respecto: “En otro intento de moderación e integración de visiones contrapuestas, Flammarion rechazaba el materialismo de los *philosophes*, pero también criticaba el radicalismo de la Iglesia católica. Para Flammarion, los científicos de su época no creían ni en Dios, ni en el alma, sino sólo en combinaciones químicas en un universo formado únicamente por fuerza y materia, mientras que la Iglesia católica permanecía aislada de la sociedad con dogmas de antigüedad secular. Flammarion pretendía desarrollar una *religion par la science*, una filosofía positiva con elementos significativos de teología natural que permitiera refutar el materialismo contemporáneo desde la equidistancia entre el ateísmo y el fanatismo religioso (156).

¹¹² C. Flammarion. “Variedades. La vida y la muerte sobre la tierra”. *Revista Universal de Religión, Política, Variedades y Anuncios*, t. V, núm. 984, 3 octubre 1870, pp. 2-3.

páginas, “Estudios filosóficos. La vida eterna”, sin consignar tampoco alguna fuente ni traductor, pero con la leyenda “traducido para el ‘Siglo XIX’”¹¹³.

Los impresos del momento no sólo publicaban artículos de Flammarion, sino que aparecía mencionado, como autoridad principalmente, o se hablaba de su vida. En una polémica que entablan *El Siglo XIX* y el diario católico *La Voz de México* acerca de la declaración de herejía, tres siglos antes, sobre el movimiento de la Tierra, el texto que el periódico liberal recomienda al de corte conservadora, para que repare en “cuán lejos ha andado de la verdad”, comienza así: “Desde la época de Copérnico y Galileo, dice el ilustre Camilo Flammarion, se habían sentido en toda su profundidad las dificultades que el nuevo sistema del mundo iba a suscitar en contra del dogma del Verbo encarnado”¹¹⁴. En otros casos, hay varios textos que recurren a Flammarion para ilustrar algunas de sus ideas; el escritor francés Víctor Hugo lo menciona en una carta a Emilio Castelar, reproducida en *El Radical*¹¹⁵, periódico dirigido por Vicente Riva Palacio; en una “crónica musical” se le cita para sustentar que “las condiciones climatológicas de nuestras altitudes” afectan la voz de cantantes extranjeros¹¹⁶. En un texto divulgativo, también se cita a Flammarion cuando se habla de los movimientos de rotación y traslación de la Tierra¹¹⁷, y Pedro Castera, el escritor mexicano, alude a los estudios de Flammarion sobre “el progreso de los nidos de las aves”¹¹⁸; no sorprende realmente que Castera conociera bien al escritor francés, pues él mismo se convirtió en uno de los más famosos adeptos en nuestro país del espiritismo, por lo que debió leer los textos de Flammarion sobre el tema; incluso, el autor mexicano en su cuento “Un viaje celeste”, incluye un epígrafe del francés: “El hombre es el ciudadano del cielo”.

Estos pocos, pero diversos, ejemplos muestran, por lo menos, que el trabajo de Flammarion era bastante conocido en México. El interés por distribuirlo puede verificarse en la publicación de artículos, incluidos los de *La Época Ilustrada*, y, al menos, de un par de sus

¹¹³ Camilo Flammarion. “Variedades. Estudios filosóficos. La vida eterna”. *El Siglo XIX*, t. 52, núm. 9,545, 25 febrero 1871, pp. 2-3.

¹¹⁴ Javier Santa María. “Gacetilla. ‘La Voz de México’”. *El Siglo XIX*, t. 55, núm. 10,431, 30 julio 1873, p. 2.

¹¹⁵ “Gacetilla. Carta de Víctor Hugo a Castelar”. *El Radical. Periódico político, independiente*, t. I, núm. 15, 19 noviembre 1873, p. 3.

¹¹⁶ Proteo. “Crónica musical. En la que no se habla de música”. *El Siglo XIX*, t. 77, núm. 12,475, 27 enero 1880, pp. 1-2.

¹¹⁷ J. G. “Colaboración. El mundo visible”. *El Tiempo. Diario católico*, año IV, núm. 1082, 31 marzo 1887, p. 2.

¹¹⁸ Pedro Castera. “Notas diversas”. *El Universal. Diario de la mañana*, t. III, núm. 49, 14 noviembre 1889, p. 1.

obras en folletín. La primera es *Relatos del infinito. Lumen. Historia de un cometa*, traducida por Santiago Sierra¹¹⁹ [vid. ANEXO 5], que apareció durante 1873 en *El Siglo XIX* y fue editada enseguida como libro, un éxito de ventas según *La Ilustración Espírita* (apud Rico Alonso 77). En 1874 se anuncia que *El Diario Político* publicará de forma alternada con *Tradiciones vasco-cántabras* de Juan V. Araquistain, *Mundos imaginarios, mundos reales*, del divulgador francés¹²⁰.

Al ser tan exitosas, por los temas que desarrollaban y su posición frente a la ciencia, las obras de Flammarion probablemente despertaron varios debates entre sus lectores y a veces, algunas de estas impresiones quedaron escritas para la posteridad, como en la “Correspondencia europea”, redactada el 16 de abril de 1880 en París, que publicó *El Siglo XIX* el 18 de mayo del mismo año. Alfredo Herrera, en una pequeña sección de esa correspondencia, discute unas cifras propuestas por Flammarion, su texto abre así:

Es una feliz y casi universal tendencia de nuestra época el instruir al pueblo, no sólo haciéndole adquirir las nociones más indispensables en la vida, sino también iniciándolo en el conocimiento de las verdades científicas. Para esto último se necesita naturalmente emplear un lenguaje adecuado por su claridad y sencillez. Digo esto para referirme, aunque sea de paso, a la obra que actualmente está publicando el ya célebre astrónomo Flammarion, titulada “Astronomía Popular”.

Esta correspondencia se reprodujo, una práctica común en el siglo, en *La Voz de México* (del 18 al 20 de mayo de 1880)¹²¹ por partes; también un fragmento de ella, que incluye lo de Flammarion, apareció en *El Republicano*¹²². Circulaban también reseñas de sus libros, por ejemplo, sobre *Urania* encontré una completamente elogiosa en las páginas de *El Universal*¹²³ firmada bajo el pseudónimo El Traductor y de la cual cité un par de líneas al

¹¹⁹ La obra se publica por partes en *El Siglo XIX* desde el t. 55, núm. 10,435, 3 agosto 1873 hasta el t. 55, núm. 10, 461, 29 agosto 1873. En la portada se lee “traducción de Santiago Sierra, hecha para el ‘Siglo XIX’”. México, 1873, imprenta de Ignacio Cumplido, calle de los Rebeldes, núm. 2”; al final del libro hay un índice de obras del francés a la venta en el país, en versiones originales y traducidas, y aunque hay varios títulos, no se consigna el nombre de los traductores.

¹²⁰ Aparece en la sección de anuncios: “El Diario Político”. *El Pájaro Verde*, año VI, núm. 299, p. 4. Resulta digno de anotarse el subtítulo de este impreso: “Diario de Política, Religión y Literatura, Ciencias y Artes, Industria y Comercio, Agricultura y Mejoras Materiales, Medicina, Minería, Teatros, Modas y Recopilador de las materias de más importancia de la prensa del nuevo y el viejo continente”.

¹²¹ Alfredo Herrera. “Extranjero. Correspondencia”. *La Voz de México*, t. XI, núm. 112, 18 mayo 1880, pp. 1-2; *La Voz de México*, t. XI, núm. 113, 19 mayo 1880, pp. 1-2; *La Voz de México*, t. XI, núm. 114, 20 mayo 1880, p. 1.

¹²² “Cosas de Europa”. *El Republicano. Diario Universal*, año II, núm. 415, 20 mayo 1880, p. 1.

¹²³ vid. nota 101.

final del apartado 4.2; asimismo, sus artículos alcanzaron incluso periódicos oficiales de los estados de la República, cuyo contenido regular era más bien información política y comercial¹²⁴.

Con base en lo expuesto, se observa que publicaciones de distintas filiaciones políticas incluyeron textos de Flammarion o textos en los que se le mencionara, sin embargo, resulta importante decir que no todo fue positivo. La reseña de un sermón se publica el mismo día en al menos tres diarios¹²⁵, dos conservadores y católicos, *La Voz de México* y *El Tiempo* y otro moderado, *El Nacional*, considerado como un periódico de los nuevos ricos (Ceballos 322). Estos dos últimos reproducen el mismo texto, mientras que *La Voz de México* lo publica con algunas diferencias; el sermón comienza con un reproche a Flammarion por haber lamentado que Dios hubiera escogido a la Tierra para su creación cuando había muchos otros planetas más grandes en el universo. Este texto no se publica en un diario liberal como *El Siglo XIX*, lo cual no quiere decir que el trabajo de Flammarion y él mismo no estén sujetos a la crítica en impresos de esta tendencia política. Por ejemplo, en *El Partido Liberal*, se descalifica al astrónomo en su faceta de “economista o sociólogo” a causa de unos comentarios críticos que Flammarion esgrime contra el uso de los recursos públicos de varios gobiernos del mundo¹²⁶.

Acercas de su vida, los periodistas escribían sobre sus participaciones en la vida pública, como ser nombrado comisionado en una expedición científica a Rusia¹²⁷, su exigencia para construir un nuevo observatorio con que estudiar la luna y así probar la existencia de habitantes en ella¹²⁸, las observaciones de cometas¹²⁹, incluso la pretendida predicción de

¹²⁴ Por ejemplo, Camilo Flammarion. “Sección literaria y científica. La geología en doscientas líneas”. *La Sombra de Arteaga. Periódico oficial del gobierno del Estado de Querétaro*, año XXIV, núm. 4, 31 enero 1890, pp. 46-48. El artículo cuenta con notas del traductor, aunque no consigne de quién se trate.

¹²⁵ El Cronista. “Cuaresmales. Sermones del M. R. P. Moro en el Templo de la Encarnación”. *El Nacional*, t. VIII, núm. 213, 17 marzo 1886, p. 3; *El Tiempo. Diario católico*, año III, núm. 775, p. 3. “Oratoria sagrada. Sermón predicado por el M. R. P. Fr. Pedro Moro en el Templo de la Encarnación la noche del lunes 15 de marzo de 1886”. *La Voz de México. Diario político, religioso, científico y literario*, t. XVII, núm. 62, pp. 1-2.

¹²⁶ Ramón Delfino. “Las realidades históricas en la Gobernación”. *El Partido Liberal*, t. IV, núm. 653, 5 mayo 1887, pp. 1-2.

¹²⁷ “Est-ce un conte? (Bulletin scientifique de Montpellier)”. *Le Trait d'Union*, vol. 67, núm. 37, 12 agosto 1884, pp. 2-3.

¹²⁸ Ignacio Herrera de León. “Crónica universal. Habitantes de la luna”. *El Siglo XIX*, t. 75, núm. 12, 282, 13 junio 1879, p. 1

¹²⁹ Alfredo Herrera. “Revista política europea”. *El Siglo XIX*, t. 80, núm. 12, 955, 9 agosto 1881, pp. 1-2; Alfredo Herrera. “Revista”. *El Siglo XIX*, t. 82, núm. 13, 368, 6 diciembre 1882, pp. 1-2; Antonio Torres Castro. “Crónica universal. Un fenómeno celeste”. *El Siglo XIX*, t. 85, núm. 13,723, 24 enero 1884, p. 2; Alfredo Herrera. “Revista científica”. *El Siglo XIX*, t. 85, núm. 13,745, 19 febrero 1884, pp. 1-2.

sismos¹³⁰ o el apoyo a la realización del proyecto internacional de la *Carta del cielo*¹³¹, ya mencionado. A Flammarion se le incluyó como miembro honorario y corresponsal extranjero de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística¹³², lo cual muestra la relevancia que tenía para la comunidad científica del país. Respecto a cuestiones personales, la prensa mexicana mostró entusiasmo por su viaje de bodas con su segunda esposa en globo aerostático¹³³, reportó el robo a su casa¹³⁴ y, por supuesto, anunció su visita a América, que incluyó La Habana y la península de Yucatán¹³⁵. Aunque la colonia francesa en Veracruz le organizó comitivas de bienvenida¹³⁶, no hallé noticia que comprobara que llegó a esa región del país.

Finalmente, el nombre de Flammarion aparece inserto en el discurso en forma de referencia, ya sea por aludirlo respecto a temas tratados por el francés o para un afán cómico, por medio de recursos retóricos. Así, en una noticia de *La Orquesta* sobre la apertura de una biblioteca en León, Guanajuato, quien escribe celebra al suponer que no estarán “los delirios de Flammarion”¹³⁷; sobre un espectáculo de la Compañía Schumann en el Teatro Principal, se dice: “el conjunto todo aparece como un remedo maravilloso de las auroras esplendentes que soñó Flammarion en sus bellísimas páginas de los *Soles de colores*”¹³⁸; hay un chiste sobre la bancarrota de las carboneras por unas máquinas de aplicación solar que propone Flammarion¹³⁹; y una reseña teatral en la que a los actores Ponciano Díaz y Luis Mazzantini los llama el autor “astros en tauro [...] de los que nada ha dicho Flammarion ni Zúñiga y

¹³⁰ Alfonso Díaz González. “Gacetilla. ¡Ya lo declaró sabio!”. *El Nacional*, t. IX, año IX, núm. 227, 1 abril 1887, p. 3.

¹³¹ “Gacetilla. El plano del cielo”. *El Partido Liberal. Diario de política, literatura, comercio y anuncios*, t. IV, núm. 561, 12 enero 1887, p. 3.

¹³² R. Figueroa. “Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística”. *El Siglo XIX*, t. 73, núm. 11, 939, 9 mayo 1878, pp. 2-3.

¹³³ “Gacetilla. Viaje aéreo de Flammarion”. *El Siglo XIX*, t. 66, núm. 10, 884, 27 noviembre 1874, p. 3; “Canto llano. Notición estupendo”. *La Orquesta*, t. VII, núm. 94, 28 noviembre 1874, p. 4; Agustín F. Cuenca. “Variedades. Un viaje nocturno en globo”. *El Siglo XIX*, t. 67, núm. 10, 248, 10 febrero 1875, p. 2.

¹³⁴ Víctor M. Venegas. “De todo un poco”. *El Nacional*, año V, t. V, núm. 108, 8 junio 1884, p. 2.

¹³⁵ I. Berthier. “Faits Divers. Camille Flammarion au Mexique”. *Le Trait d’Union*, vol. 75, núm. 53, 20 agosto 1886, p. 3; “Noticias. Camilo Flammarion”. *La Patria de México*, año X, núm. 2873, 22 octubre 1886, p. 3; I. Berthier. “Faits Divers. M. Camille Flammarion”. *Le Trait d’Union*, vol. 76, núm. 36.

¹³⁶ Joaquín Romero. “Gacetilla. Flammarion”. *El Nacional*, t. IX, núm. 70, 22 septiembre 1886, p. 3; “Mexican News”. *The Two Republics*, vol. XXIII, núm. 62, 24 septiembre 1886, p. 4.

¹³⁷ “Pitazos. ¡Lean niños!”. *La Orquesta*, t. I, núm. 25, 30 junio 1877, p. 5.

¹³⁸ Eróstrato. “Pasteles dominicales”. *La Patria Festiva*, t. I, núm. 3, 19 enero 1879, p. 2.

¹³⁹ Antonio Torres Castro. “Crónica universal. Se acabó el carbón”. *El Siglo XIX*, t. 84, núm. 13, 648, 29 octubre 1883, p. 2.

Miranda”¹⁴⁰, este último había saltado a la fama un año antes de que se publicara la reseña, 1887, por haber predicho un sismo en la Ciudad de México con una máquina de su invención, que después probó ser inefectiva¹⁴¹.

En resumen, Flammarion aparece en los diarios mexicanos 1) como autor o reseñado, 2) como tema noticioso y 3) a manera de referencia. Su presencia en la prensa sugiere la importancia, e influencia, que tuvo en nuestro país. A juzgar por la publicidad, gozó también de buenas ventas y de una mayoritaria recepción positiva entre los intelectuales mexicanos. Resulta curioso que en *La Época Ilustrada* no refieran al traductor Corona Martínez, dada la popularidad del autor, al menos para distinguirlo entre las dos traducciones al español disponibles para la década de los ochenta. Entre la diversidad de impresos que cité para mostrar las huellas de Flammarion en la prensa mexicana, los textos del escritor francés en *La Época Ilustrada*, publicados durante 1884, se ubican temporalmente en el medio, por lo que ya había una presencia importante previa a su aparición en el semanario, lo que sugiere que los editores no lo publicaban como novedad, sino como continuidad y por el prestigio sólido con el que contaba. En cuanto al contenido, observo una voluntad pedagógica, es decir, ofrecer a los lectores conocimientos científicos básicos, como el orden de los planetas en el sistema solar y sus características, así como las propiedades físicas de la Tierra, en este sentido, las ideas espiritistas de Flammarion quedan en segundo plano. La inclusión en los textos de poemas y referencias literarias forma parte de la voluntad del escritor por ofrecer una lectura amena a más personas, en general los textos de Flammarion “estaban llenos de alegorías, metáforas y elementos de ficción, con la intención de captar el interés de un público más amplio” (Nieto-Galan 78); sin embargo, no hay que olvidar que al mismo tiempo todos estos recursos apelaban a una audiencia instruida o, al menos, familiarizada con alusiones literarias, los divulgadores científicos ensayaron un estilo propio con “intersecciones entre géneros, estilos y discursos que contribuyen de manera más o menos explícita al acercamiento de la ciencia respecto a los lectores de literatura” (*ibid.* 79)¹⁴².

¹⁴⁰ Lupus. “Revista de Teatros”. *El Tiempo. Diario católico*, año V, núm. 1308, 12 enero 1888, p. 2.

¹⁴¹ Zúñiga y Miranda, también conocido espiritista, contendió por la presidencia del país en nueve ocasiones, entre 1896 y 1924, *cf.* Rodrigo Borja Torres. *Don Nicolás Zúñiga y Miranda o el candidato perpetuo*. México: Miguel Ángel Porrúa, 1999.

¹⁴² El propio Flammarion era consciente de este proceso y estilo de escritura, *cf.* Hibbs 343-345.

Respecto a su difusión en el semanario, estos textos se distinguen, como he dicho, de los demás por su contenido, pero su inclusión también destaca en comparación con las otras publicaciones coetáneas revisadas, *El Álbum de la Mujer*, *El Abogado Cristiano Ilustrado* y *La Patria Ilustrada*. A diferencia de *La Época Ilustrada*, estas no presentan una serie de textos concernientes a la ciencia. Sugiero distintas explicaciones entonces para la presencia de Flammarion en *La Época Ilustrada*. Una de ellas, a nivel editorial, está en la naturaleza instructiva y al mismo tiempo amena de los textos, la construcción estilística no sugiere aún una separación formal de lo que puede considerarse propiamente literario y, además, para la época la noción de literatura abarcaba muchos más impresos en contraste con la actualidad. En cuanto a lo cultural, la posición privilegiada que ganaba la ciencia, la progresiva consolidación del campo científico y las ideas sobre la educación ligada al progreso permitieron que todo lo relacionado con el desarrollo científico cobrara interés entre los intelectuales decimonónicos; la intención así de transmitir conocimiento, además de lo informativo o noticioso, se coló a publicaciones periódicas de todo tipo. No se debe dejar de lado, sin embargo, que esta instrucción finalmente se pensaba y se lograba de manera desigual entre los sectores sociales, baste leer las siguientes palabras en el elogio, previamente citado, de Alfredo Herrera a la editorial Hachette para observar esta distinción del público culto; dice el autor sobre la “Biblioteca de las maravillas”, la colección científica de la editorial: “Pero no sólo el ignorante encuentra en ella un alimento fácil de digerir; sino que también pueden sacar de sus volúmenes un gran partido las clases ilustradas, aficionándose a estudios en que tal vez no pensaron”¹⁴³. Otra de las razones reside en lo económico: “[p]ara muchas revistas no especializadas, poner los progresos de la ciencia al alcance de públicos distintos y variados, representaba un verdadero negocio editorial” (Hibbs 328); para la década de 1880, Flammarion del reconocimiento amplio del público y, por ende, ventas aseguradas.

En la obra de Flammarion pueden constatarse aquellos controles internos y externos que Lefevere apuntaba. Su estilo rico en metáforas y referencias cultas no significaba una desviación de las poéticas vigentes de la época, lo que le valió el reconocimiento de escritores de varias partes del mundo; en cuanto al mecenazgo, su apego a la idea del progreso, así

¹⁴³ *vid.* nota 109.

como su pertenencia a la comunidad científica impulsaron sus publicaciones, que resultaron tener desde un principio una acogida favorable lo que, a su vez, garantizó el patrocinio económico. Justamente cuando Flammarion comienza a desarrollar más sus ideas heterodoxas, específicamente sobre el espiritismo, alejándose así de la ideología imperante, es cuando encuentra mayores críticas, otra muestra del control externo, pero en su modo sancionador, opuesto al de validación y reconocimiento de la obra. Así pues, se observa cómo la interrelación de los campos cultural, económico, y, aunque incipiente, el científico potenció la amplia circulación del trabajo que realizaba el divulgador francés y en este proceso la traducción devino en una práctica fundamental para lograr una recepción mucho mayor de sus producciones textuales.

Para ampliar en torno a la traducción de Flammarion en el país, decidí ir más allá de lo publicado solamente en *La Época Ilustrada*, toda vez que al no contar con otros nombres o más indicadores sobre los textos del francés en el semanario, se reducía considerablemente la discusión de la traducción de contenidos científicos y además su presencia en otras publicaciones robustece las razones para incluirlo en el semanario de Villasana. El hallazgo de la traducción de Corona Martínez permitió al menos dar cuenta de dónde se obtuvieron estos textos y ofrecer una mirada rápida a otras traducciones en circulación. En fin, la exploración fuera del semanario permite visibilizar quiénes tradujeron en México al célebre divulgador francés.

4.3.3 Traductores visibles de Flammarion en su circulación mexicana

Previamente expuse que durante 1873 en *El Siglo Diez y Nueve* aparece por entregas *Relatos del infinito. Lumen, Historia de un cometa*, traducida por Santiago Sierra (1850-1880), quien es conocido sobre todo por ser hermano del famoso escritor Justo Sierra y por haber muerto en un duelo contra Ireneo Paz, poco se conoce, empero, de sus propios trabajos. Sierra tradujo no sólo a Flammarion, sino también a Goethe, Dumas, Musset, Tournier y Darwin, además de desempeñarse en esta labor en el *Diario Oficial de los Estados Unidos Mexicanos* (Rico Alonso 76-79). Una vez terminada su publicación por entregas, *Relatos del infinito...* se publicita, en formato de libro, de la siguiente manera: “preciosa obrita del célebre *Camilo Flammarion*, la mejor de cuantas ha escrito y cuya originalidad sorprende al lector, ha sido

perfectamente traducida por el Sr. D. Santiago Sierra”¹⁴⁴ y también anuncian que supuestamente quedan pocos ejemplares. Este libro es el único de Flammarion que he encontrado que se tradujo en México durante el siglo XIX, incluye un apéndice de nueve páginas titulado “Nueva tesis astronómica”, firmado por Sierra, en el que expone distintos postulados de la ciencia referida, mencionados por Flammarion en esa u otras obras, con fórmulas y expresiones matemáticas incluidas y que pretende ser una guía para que el lector compruebe en dónde está anclado lo verdaderamente científico, una especie de corroboración de datos que no deja de interpelar al lector, como se observa en el siguiente fragmento de la página final del apéndice:

Réstanos tan solo advertir a los lectores de los *Estudios y lecturas sobre la astronomía*, que según hemos advertido, muchas de las fórmulas presentadas por Flammarion son más bien abreviaturas que elementos principales. [...]. Se notará también que en algunos satélites, y también en Mercurio que es el más excéntrico de los planetas conocidos, los resultados de la aplicación teórica no son tan evidentes; [...] / Advirtamos también que la hipótesis sobre las relaciones del sol con la estrella *Alpha del Centauro*, es presentada más bien como un punto de estudio que como teoría fija (309)¹⁴⁵.

No obstante, aunque es el único libro que he encontrado que contó con una traducción mexicana, esto no significa que no circularan otras obras en lengua original y otras traducciones, tan sólo después del índice de *Relatos del infinito...* se acompaña un catálogo de “Obras de Mr. Camilo Flammarion. De venta en las principales librerías mexicanas”. Este incluye:

1. *La pluralidad de los mundos habitados*, original en francés, 18ª edición (\$2) y su versión “en castellano” (\$2.50).
2. *Les mondes imaginaires et les mondes réels*, 10ª edición.
3. *Dieu dans la nature*, 10ª edición.
4. *Sir Humphry Davy, les derniers jours d'un philosophe*, traducida del inglés, 3ª edición.
5. *Récits de l'infini...*, 3ª edición. Se incluye la traducción de Santiago Sierra.
6. *Copernic*, una biografía sobre Nicolás Copérnico.

¹⁴⁴ “Relatos del infinito”. *El Siglo XIX*, t. 55, núm. 10,486, 23 septiembre 1873, p. 4.

¹⁴⁵ Santiago Sierra. “Apéndice. Nueva tesis astronómica”, en *El Siglo Diez y Nueve*, t. 55, núm. 10,460, 28 de agosto de 1873, p. 1 (folletín). La página indicada en paréntesis corresponde a la página que aparece en el folletín.

7. *Les merveilles célestes*, original en francés, 20ª edición (\$2) y traducción al español (\$2.25).
8. *Contemplations scientifiques*, 2ª edición.
9. *Études et lectures sur l'astronomie*.
10. *L'atmosphère*.
11. *Histoire du ciel*.

Como puede observarse¹⁴⁶, en el caso de existir una traducción al español, esta costaba ligeramente más que la edición original francesa. Asimismo, se puede constatar la extendida circulación de los libros del divulgador francés en el país o, al menos, en la Ciudad de México, los cuales incluían una traducción de Flammarion: una entrevista a Humphry Davy, científico inglés, considerado uno de los fundadores de la electroquímica. Resulta curioso que no se mencione a los traductores, con excepción de Sierra, lo que lleva a pensar que al ser las otras traducciones hechas por españoles, quizá hubiera una voluntad de destacar al traductor mexicano dentro de este catálogo. En España, en el mismo año que se tradujo en nuestro país, la librería del impresor Juan Oliveres publica la traducción de José Pastor de la Roca con un prólogo del traductor en el que hay una defensa de las teorías espiritistas (Hibbs 339) y al siguiente año, 1874, la editorial Gaspar y Roig pone a la venta la traducción de Nemesio Fernández Cuesta, que intenta “ser más aceptable para un público que no [se] adhiere al espiritismo” (*ibid.* 340). La Librería de la Viuda de Ch. Bouret también publicaría después una traducción de C. de Ochoa, a quien no he podido localizar¹⁴⁷.

No cabe duda que el interés de Santiago Sierra por el espiritismo motivó la elección de esta obra del divulgador francés para traducirla y, por las fechas, lo haría en tiempos muy cercanos a Pastor de la Roca e incluso precedió la versión de uno de los traductores destacados al español de Flammarion, Fernández Cuesta. Este libro, considera Hibbs, “es un ejemplo esclarecedor de esta literatura híbrida en la que se entremezclan arranques místicos, efusiones poéticas, reflexiones filosóficas y datos con credibilidad científica”, así esta combinación de recursos y contenido harían posible una “transformación ideológica y lingüística de la novela en el momento de la traducción” (*idem*). No es el espacio aquí para

¹⁴⁶ El catálogo, en su versión íntegra con más detalles como el formato o si hay ilustraciones, puede consultarse en el folletín de *El Siglo XIX*, t. 55, núm. 10, 461, 29 agosto 1873, pp. 1-2.

¹⁴⁷ La Colección Digital de la Universidad Autónoma de Nuevo León alberga varios volúmenes de Flammarion que resguarda su biblioteca, en el caso de este título, cuentan con una segunda edición, de 1897.

realizar una crítica de la traducción de Sierra, sin embargo, el hecho de incluir su apéndice con datos corroborables da cuenta también de una sujeción a la ciencia, incluso dentro de temas polémicos como eran las cuestiones espiritistas y, con ello, de una agencia importante como traductor, sin duda motivada por la posición de Sierra en el campo cultural mexicano. No era, sin embargo, un caso aislado: Eduardo E. García incluye notas en su traducción (1899) de *¿Qué es el cielo?* y José Genaro Monti, además de un prólogo, también escribe notas, a veces profusas, en su traducción (1879) de *Astronomía popular*; estas prácticas sugieren que quien traducía contenidos científicos tenía libertad para añadir aclaraciones, informaciones complementarias, etc., por lo que hay una actividad traductora que no se limita solamente a la reescritura, sino que también abarca la propia labor escritural del traductor. Para ilustrar lo anterior, cito a continuación fragmentos del prólogo de Genaro Monti en los que además se ve directamente el lugar que la ciencia había ocupado para entonces y su relación con las ideas de civilización y progreso. Además, el prólogo del traductor incluye una exaltación de la astronomía, un elogio a Flammarion y revela que se han incluido láminas y datos propiamente de España, nación a la que le reprocha poco interés en la astronomía. Dice entonces Genaro Monti:

En los tiempos antiguos caminaban las ciencias por los tortuosos senderos del error y de las preocupaciones; en nuestros días el carácter que ofrece el progreso es muy distinto. No hay secreto, no hay fenómeno que no se someta a la investigación; todos los adelantos son patrimonio del mundo; y la ilustración, regenerando a los pueblos, crea nuevos elementos de vida, y abre por todas partes inagotables veneros de riqueza social. / El proceso se realiza, el progreso se cumple. / La sociedad moderna, como la antigua Niobe, sufre hoy una de sus más gigantescas transformaciones. [...] Con estos adelantos, ¿cuál será el porvenir de la civilización monstruosa de Occidente? [...] Pues que la ciencia, como la Naturaleza, es una transformación sucesiva y permanente, y acercarse cada vez más a la perfección es su destino, ¿habrá quien dude del progreso? / Al empezar el siglo XIX, la industria no había ensanchado las esferas de la vida, ni alcanzado grandes conquistas de la ciencia y del arte; pero de poco tiempo a esta parte [...] los descubrimientos y los grandes inventos prestan relevantes servicios a la sociedad; que a este portentoso resultado han sabido llegar los hombres de la ciencia de los tiempos modernos; [...] los que han creado, en fin, todo este admirable orden de cosas moderno que dignifica al hombre, y estrecha más y más cada día las relaciones de su espíritu con la Naturaleza. / Este es el carácter distintivo de la ciencia del siglo XIX, a cuyo desarrollo y perfeccionamiento contribuyen con éxito glorioso todos los pueblos cultos de Europa y de América (V-VIII).

La agencia de Genaro Monti es tal que más que traducir, como lo entendemos ahora, realmente emprendió un trabajo de reescritura, el título completo del libro es *Astronomía*

Popular. La Tierra y el cielo. Descripción de los grandes fenómenos del universo al alcance de todos, en la portada se puede leer la autoría de Flammarion, pero se añade “obra vertida al español, amplificada y adicionada con notas por José Genaro Monti con profusión de interesantes grabados”, y el traductor explica en el prólogo:

Un libro escrito en este sentido tan familiar, que es el adecuado para vulgarizar la enseñanza pública, pierde su interés y no responde al objeto de la propaganda, al ser traducido literalmente, mucho más si como sucede con la *Petite Astronomie Descriptive* no se hace otra cosa que explicar someramente, indicar, mejor dicho, las maravillas celestes sin entrar en detalles y sin consignar siquiera los descubrimientos verificados de algún tiempo a esta parte en la astronomía. / Para salvar este inconveniente y dar a los asuntos que abraza toda la extensión que requieren y toda la libertad propia de nuestro idioma, a fin de hacer más clara y fácil la inteligencia de las doctrinas astronómicas, nos hemos decidido por una versión libre, en la cual, ajustándonos únicamente al plan trazado por Flammarion, hemos omitido lo que en rigor podía pasar por accesorio, y ampliado y modificado aquellos puntos en que más lo exigía la importancia del asunto o la sobriedad del texto... (XII)

Queda entonces al descubierto que la traducción de esa obra no es solamente, por simplificar, la transferencia textual de una lengua a otra, sino una versión con muchas alteraciones (omisiones y añadiduras), lo cual podría ser estudiado con una crítica de las traducciones. No queda sino aclarar que la reproducción que hice del catálogo de obras de Flammarion, aparecido en las páginas de *El Siglo XIX* y posteriormente en el libro impreso, no es indicador de las únicas obras de Flammarion que circularon en territorio mexicano, como lo sugiere la fuente de los textos de *La Época Ilustrada*, es probable que hubiera más obras en venta por importación y es prácticamente seguro que en los años posteriores a la década de los 1880, más libros de este autor estuvieran disponibles en el mercado editorial mexicano. De cualquier forma, que en 1873 ya existieran al menos once libros consignados como disponibles en librerías nacionales prueba que para entonces, era un éxito en ventas y que el famoso divulgador era popular en nuestro país.

Otro traductor mexicano identificado de Camille Flammarion fue el escritor y diplomático colimense Balbino Dávalos (1866-1951), colaborador de la emblemática *Revista Moderna*, quien “firma la mayor cantidad de traducciones en la revista y que en las fuentes de aquella época y en las actuales es considerado su principal traductor” (Atala García 5). Dávalos publicó 23 traducciones en este medio, entre los autores traducidos figuran Gautier, Leconte de Lisle y Verlaine, aunque su labor traductora no acabó ni comenzó ahí (*ibid.* 9).

Fueron 18 traducciones que realizó de artículos de Flammarion y aparecieron en *El Universal* entre 1892 y 1894 (*ibid.* 138-142), algunos de ellos exclusivos del diario, ya que presentan las leyendas “para ‘El Universal’” o “escrito expresamente para ‘El Universal’” y están dirigidas al director del diario¹⁴⁸. Flammarion llega incluso a referir al país, por ejemplo, en una carta donde explica las diferencias de horas de Sol y estaciones alrededor del mundo y su pronunciada diferencia conforme se está más cerca de los polos, el francés termina así su escrito: “¿No parece que se regresa de otro mundo, sobre todo cuando se habita en México?”, esta interrogante final está seguida por el nombre de quien ha pasado el texto al español: “Balbino Dávalos. (tradujo.)”¹⁴⁹.

No encontré, empero, reflexiones o notas de Dávalos en torno a la traducción específica de Flammarion, pues de manera general sí escribió sobre la práctica, tema que ha sido estudiado por Lili Atala García en su tesis sobre este escritor-traductor (*cf.* 57-.66). El hecho de que no las haya puede atribuirse a una dinámica distinta pues se trata en este caso de un escritor más interesado en su propia obra y en la literatura como arte que en la ciencia o la divulgación de ella; esto no significa, por supuesto, que fuera algo totalmente ajeno para él, pues además de que era un hombre instruido y que tradujo al divulgador francés en *El Universal*, su labor como diplomático lo puso en contacto con muchos intelectuales de su época, que también traducían y entre quienes era posible una mecánica de retroalimentación (*cf.* Atala García 50-51). La obra de Dávalos es mayoritariamente de reescritura, pues son traducciones las que comprenden el grueso de su producción, sin embargo, cuando se habla de él desde lo literario, la actividad traductora parece que queda en un segundo plano y se menciona que únicamente escribió un libro de poemas, lo cual “demuestra que las obras traducidas no son consideradas parte de la obra de un autor” (*ibid.* 56).

Lo traducido de Flammarion por Dávalos es posterior a *La Época Ilustrada*, sirve aquí, no obstante, como un ejemplo más de la presencia importante del divulgador francés en la prensa decimonónica de México y su circulación en el momento. El éxito y la fama de Flammarion admite la posibilidad de que hubiera más traductores mexicanos del divulgador

¹⁴⁸ *Cf.* “Carta de Flammarion. La noche en que brilla el sol y las fiestas de San Juan. Fiestas romanas en honor del sol. Descripciones de un viajero”. *El Universal*, t. VII, núm. 152, 25 junio 1892 p. 2; “Carta de Flammarion. La luna a un metro. Poder de los telescopios. El alcance máximo y la distancia mínima”. *El Universal*, t. VIII, núm. 48, 25 agosto 1892, p. 2.

¹⁴⁹ “Carta de Flammarion. La noche en que brilla el sol...”, *op. cit.*

francés, anónimos o conocidos; sin embargo, por ahora y con los datos obtenidos, puede afirmarse que gran parte, quizá la mayoría, de la obra en español de Flammarion en México la tradujeron agentes españoles en Europa y llegó al país por importación.

4.4 Comentarios finales

Después de obtener el índice de las traducciones de *La Época Ilustrada* por medio de una revisión de cada número, inmediatamente saltó a la vista la presencia de Flammarion, amplia en cantidad y llamativa por su contenido científico, singular dentro del semanario. De ahí que me interesara particularmente por estos artículos, presentados sin el nombre del traductor, para explorar también algunos aspectos en torno a la traducción de divulgación científica y a los intereses del semanario por publicar este tipo de textos. La búsqueda de Flammarion en la prensa de la segunda mitad del siglo XIX permitió evidenciar la popularidad que tenía el divulgador francés en nuestro país, y la exploración de las maneras en que la ciencia se convertía en un discurso regular de la época, a la vez que adquiría un carácter institucional, revela las condiciones en que se encontraba el país, favorables para la recepción y la circulación de ideas, tanto nacionales como extranjeras, entre estas, las de Flammarion, que por medio de la traducción, encontraron un público más amplio que no dominara la lengua francesa.

El conjunto de este capítulo expone cómo la traducción en la divulgación científica cumple una doble función: no sólo se ocupa de hacer posible la transmisión de saberes y contenidos científicos, sino que en sí misma es una manera de cumplir con la tarea de la divulgación, pues el hecho de transferir contenidos a otra lengua ya expande la audiencia: la traducción aquí es entonces posibilitadora y posibilidad. Los 18 artículos de *La Época Ilustrada* son un ejemplo de esta dinámica; el texto original, en francés, cumplía ya un objetivo de divulgación, al ser traducido por E. Corona Martínez, esta reescritura en español amplía el público, que en principio estaba restringido a personas francófonas. A su vez, también el semanario al reproducir los textos en sus páginas logra una mayor difusión pues los extrae del formato original en libro, que tenía una audiencia más restringida, y los pone a disposición de un público mayor.

Si es cierto que ninguna traducción es inocente, el estudio de la traducción de textos científicos permitió visibilizar la traducción como forma de manipulación debido a la fuerte agentividad de los traductores, tal como pudo observarse con algunas traducciones de Flammarion. El caso de José Genaro Monti es ejemplar para esta dinámica, pues no sólo tiene voz por medio de un prólogo y profusas notas al texto, sino que decide la manera de presentarlo para el público español, en ese sentido, realiza una traducción tan domesticante que podría pensarse en una reversión del texto y no meramente su traducción. La gran agentividad del traductor de textos de divulgación se observa sobre todo en aquellos que presentaban un interés específico por el conocimiento científico y que, en algunos casos, contaban con obra de vulgarización propia, lo cual era un incentivo para las editoriales al encargar las traducciones a figuras ya reconocidas por esa labor; de ahí que, entre los traductores presentados, el caso de Balbino Dávalos, sin formación científica, sea particular al no encontrarse en sus traducciones este nivel de agencia.

Así pues, después de distinguir estas particulares encontradas en la traducción de la divulgación científica en el siglo XIX, me resta dedicar unas líneas al escritor aquí presentado. La popularidad de Flammarion se debe a una confluencia de condiciones que le permitieron acrecentar sus capitales, económicos, sociales y políticos, y así detentar una posición favorable principalmente en la vida pública francesa; es decir, en los campos cultural y político del país europeo. Al alcanzar esta posición de prestigio, su presencia y sus trabajos significaron un capital que le permitió acceder al resto del mundo. El éxito de su obra puede explicarse también con las categorías de Lefevre: en el divulgador francés se observan los mecanismos de control del campo literario¹⁵⁰: en el caso del interno, la escritura flammarioniana no se desvía de las poéticas del momento, al contrario, las abraza y dentro de sus textos se observa una tradición occidental por medio de sus referencias cultas y citas de poetas europeos; esto permite la aceptación y el reconocimiento de sus colegas escritores. Respecto al control externo, el trabajo del francés se apega a la ideología imperante que mantenía en estrecha relación al avance científico con las nociones de progreso y civilización: la pasión de Flammarion por la descripción de los fenómenos astronómicos sigue la línea del conocimiento verificable.

¹⁵⁰ Lefevre utiliza el término “sistema literario”, sin embargo, por homologarlo con la teoría bourdieusiana, he preferido llamarlo “campo”, que, a mi juicio, en realidad es un subcampo del campo cultural.

Su formación inicial en el Observatorio de París también lograr revestirlo con un aura científica, a pesar de que no continuara de manera profesional en la academia, sin embargo, sus buenas relaciones con los círculos científicos y su pertenencia a distintas sociedades y grupos de científicos, así como la creación de algunos de ellos, logran consolidar el estatus social que le permite convertirse en una autoridad de la época. Finalmente estas cuestiones facilitan la continua publicación de sus ideas en impresos periódicos, así como en formato de libro, lo cual garantizó el aspecto económico. Cuando Flammarion da peso a ideas heterodoxas como el espiritismo, se vuelve más evidente el control externo, pues esto significa una suerte de afrenta a la ideología del momento, sin que logre ser tan importante como para provocarle una persecución o censura o una afectación en las traducciones, al contrario, sus textos sobre espiritismo también se circulan ampliamente; pero sí lo suficiente como para haber elegido publicar un escrito temprano bajo un seudónimo y para reconsiderar en futuros textos ciertas ideas e intentar conciliarlas con la ciencia ortodoxa (*cf.* Hibbs 339-340). Así pues, se muestra cómo en la figura y obra de Flammarion, en francés y traducida, es posible observar todos estos aspectos sociológicos. No queda sino preguntarse cómo es que Flammarion no conservó su popularidad como autor hasta nuestros días; considero que, sin ahondar más en el detalle, una respuesta tiene que ver con el tipo de contenido, pues su obra perdió vigencia en buena medida por los avances y nuevos descubrimientos científicos; no obstante, su posición en la segunda mitad del siglo XIX convierten sus trabajos en un llamativo objeto de estudio histórico para ilustrar el cambio de ideas o percepciones sociales en torno a la ciencia.

Este capítulo no agota, claro, la investigación sobre los textos de divulgación y la traducción. Sugiero algunas líneas de investigación que pueden seguirse con los datos obtenidos. Por ejemplo, el análisis textual de la obra de Flammarion permitiría estudios más orientados a la historia de las ideas, que al incluir los textos traducidos, potenciaran su alcance al saber cuánta injerencia o cuántas modificaciones existían entre un original y sus traducciones; una búsqueda más exhaustiva y un acercamiento ecdótico permitirían también, en principio, el establecimiento de un catálogo más preciso de las obras de Flammarion disponibles en el México decimonónico y a partir de ahí, lograr la visibilización de más agentes, entre ellos, editores y traductores, que muchas veces quedan invisibilizados. Igualmente, una crítica de traducciones iluminaría aspectos sobre la traducción

decimonónica, un contraste incluso entre una traducción española y otra mexicana, disponibles en el caso de *Relatos del infinito. Lumen. Historia de un cometa* derivaría en un interesante trabajo de prácticas traductoras en dos países que comparten la lengua.

Finalmente, resulta curioso cómo la traducción sea un objeto de estudio relegado en los trabajos, principalmente históricos, sobre la ciencia en el siglo XIX y su divulgación, pues es innegable el papel relevante que tiene en la circulación de ideas por medio de los impresos¹⁵¹. No cabe duda, por ejemplo, que la traducción ayudó en gran medida a catapultar el éxito de Flammarion fuera de su nación. Pareciera que la existencia de la traducción, una actividad tan cotidiana como importante, se da por hecho y entonces termina por no atenderse, al menos no desde un enfoque académico. Los ET ofrecen un camino para ir disminuyendo este vacío y de esta forma obtener nuevos datos, reinterpretaciones o explicaciones novedosas a objetos de estudio ya consolidados, como en el caso de las publicaciones periódicas.

¹⁵¹ Un ejemplo de la posición secundaria que tiene la traducción para estas investigaciones se encuentra en la mención que hace Elías Trabulse en su apartado del siglo XIX sobre *La armonía del Universo*, obra de Juan Nepomuceno Adorno que "mereció ser traducida al inglés" (252), sin embargo, no se trata más sobre el tema ni se discute sobre lo que llegaba traducido al país.

CONCLUSIONES

Después de la exposición de mis capítulos, considero útil poner bajo la lupa ciertas observaciones que den un panorama del producto final de esta investigación. Comenzaré con aquello que la tesis no alcanzó a cubrir por distintas razones para luego destacar lo conseguido efectivamente con estas páginas. Quizá lo más obvio a destacar es la falta del estudio completo de *La Época Ilustrada*, pues hay números que no fue posible consultar en el marco de esta tesis, estos abarcan el periodo de noviembre de 1884 hasta el final del semanario en 1885; de esta forma, podría haberse verificado si no existe más contenido científico o si las traducciones desde el alemán decrecen como parecen hacerlo en cierto momento de los números revisados.

Resulta evidente que la práctica traductora tuvo una relevancia inequívoca para esa época y dentro de ese contexto: el campo cultural entonces, de reciente formación, se entrecruzaba de manera mucho más fluida con otros campos y agentes, de tal forma que la traducción se involucraba directamente en la difusión de ideas de distintos tipos: literarias, políticas, económicas, científicas. Como sabemos, esta es la función que siempre se le ha adjudicado a la traducción, muy cercana a la de comunicación. Lo que me propuse fue, pues, ahondar en otras cuestiones relacionadas con la práctica traductora que esclarecieran más papeles que termina por desempeñar o detonar: en este caso, su importancia para establecer el alemán como una lengua literaria en una cultura de llegada lejana (no sólo geográfica, sino, en cierta forma, ideológicamente) o su función doble de posibilitadora y posibilidad en el caso de la divulgación científica.

Entiendo que, de manera inductiva, *La Época Ilustrada* por sí misma no pone al descubierto el amplio espectro de la traducción en el México decimonónico, pero al menos ofrece una cara de ese prisma enorme que son los textos traducidos en la prensa de la época; además, el periodo en el que surge y circula el objeto de estudio es uno de transición de la prensa mexicana, a causa de la situación política y económica del país. Con esto, quiero decir que algunas afirmaciones en la tesis no son necesariamente válidas para la situación general de la traducción del siglo XIX en México.

Dicho esto, la producción de impresos nacionales en el siglo es cuantiosa, variada y, en no pocos casos, se encuentra incompleta o totalmente perdida. A lo largo de las últimas

décadas ha habido esfuerzos enormes por dar un orden a muchas de las publicaciones, conformar catálogos, hacer inventarios en hemerotecas, fondos, archivos y colecciones privadas. Sin embargo, la vastedad del material, aunado con muchas variables de la investigación en humanidades de México, ha dificultado esta labor que, por su naturaleza, es de por sí de larga duración. Específicamente de traducción, no sé de algún catálogo o registro que intente dar cuenta de lo traducido en el periodo (tarea, por lo demás, titánica); todo ello suma para hacer de la localización de productos traducidos en circulación una hazaña a veces imposible y esto se extiende a la localización de textos originales. Asimismo, la omisión en muchos casos del nombre de los traductores no permite una revalorización inmediata de los agentes. Entonces, esta tesis tiene como limitante aquello que sigue oculto, escondido en archivos o hemerotecas, que necesita de mucho más tiempo y de búsquedas físicas exhaustivas para salir a la luz, sin que ello quiera decir que no se hizo el esfuerzo por ofrecer los datos hemerográficos, bibliográficos y biográficos más exactos en la redacción final. Huelga decir que, como una respuesta a estos obstáculos, mi pequeña aportación está en presentar a manera de anexo las traducciones de los números considerados de *La Época Ilustrada*, por si sirviera para futuras investigaciones.

Aun con la limitante señalada, existen varios registros de obras traducidas en el país y, por supuesto, la prensa es el espacio por excelencia para extraer estas producciones ya que se volvió una de las actividades editoriales más productivas de la época. Queda pendiente ahondar más en la posible recepción de los trabajos traducidos aquí mencionados. Quizá lo escrito en las páginas previas esboza apenas algunas ideas, pero una exploración ulterior delinearía con más cuidado una genealogía, por llamarle así, de las traducciones y develaría más redes agente-producto, en este sentido algunos trabajos de André Lefevere son ejemplares para observar un método de trabajo.

Lamento también que no haya alcanzado a desarrollar otro capítulo en el que me enfocara en los autógrafos, de cierta forma bilingües, y las breves inclusiones de poemas persas y poemas árabes, según los anuncia *La Época Ilustrada*, que probablemente pasaron por un proceso de traducción indirecta. Cuestiones de tiempo me impidieron continuar con estas secciones que quizá hubieran arrojado nuevos agentes u otras consideraciones sobre la traducción dentro del semanario ilustrado.

Aunque no me lo propuse con esta tesis, la lectura de ciertos textos traducidos del suplemento me hizo pensar en que un análisis textual podría ser una buena base para otra exploración de corte sociodiscursivo: la construcción de idearios. Quiero decir, al contrastar textos traducidos y textos originales, puede trazarse aquello que se modifica en una cierta versión, qué se añade y qué se elimina, sobre todo en los textos de divulgación, en consonancia (o al contrario de) los proyectos de nación, en el caso del siglo XIX, y las ideologías hegemónicas, propulsadas por las élites de culturas dominantes. Algo similar ha realizado Lefevere también, por ejemplo, para observar la construcción de Anne Frank a partir de las distintas traducciones de su diario o incluso cómo se modifican ciertas formas poéticas para ajustarlas a culturas de llegada (*cf.* Lefevere).

Luego de exponer ciertas limitaciones, enuncié en un tono más optimista los alcances de esta tesis. En principio, la investigación permitió una visibilización de agentes-traductores que suelen omitirse, pero cuya contribución, por grande o pequeña que sea, está patente en la impresión de publicaciones y la circulación de los textos. Aunque sería exagerado afirmar que sin sus traducciones no hubiera sido posible que ciertas ideas y autores tuvieran difusión, no lo es mencionar que es importante que se les nombre y se les muestre ya que su trabajo finalmente fue leído, difundido y comercializado. De esta manera, se abre un resquicio en donde cabe la justicia para la práctica traductora, pues se revierte la lógica del producto o resultado colocado al frente, en una posición dominante, que relega al o a la consumidora de esa reescritura que llamamos traducción.

En esta misma línea, si bien se observa esta última dinámica (producto antes que agente) desde la traducción en el siglo XIX, también es cierto que, al trazar las noticias biográficas de los traductores mencionados en esta tesis, uno comprueba que no todos los agentes se mueven en las mismas condiciones ni cuentan con la misma recepción. A lo largo de la investigación, se puede constatar cómo una posición favorable en algún campo deriva en prestigio y, por lo tanto, en la posibilidad para el agente de ser nombrado y de contar con mayor agentividad en sus prácticas. No es una revelación inédita, pero exhibirlo permite dar cuenta de algunas mecánicas de poder dentro de la dinámica social y sus campos, así como de lo importante, por su vigencia, que es todavía el trabajo de Bourdieu para mostrar ciertos aspectos, a veces encubiertos, de la sociedad humana; en pocas palabras, todo ello expone el innegable componente social que tiene la traducción.

Justo este componente social revela a la traducción como una práctica que no se acota solamente en la operación lingüística y de transferencia cultural (ya de por sí, ambos fenómenos complejos); en su conjunto y en contexto, los traductores son capaces, consciente o inconscientemente —es decir, con mayor o menor agentividad— de moldear nuevos paradigmas, literarios, culturales, científicos, etc., por lo que su práctica se vuelve esencial para la legitimación de culturas dominantes en las culturas dominadas y, a su vez, en otros momentos, posibilita la emergencia de las producciones textuales de las culturas dominadas; aunque este segundo aspecto no es visible en esta tesis por sus propios objetivos. De cualquier forma, si la traducción tiene un componente social, no está de más recordar por qué son deseables las investigaciones que atiendan sus vertientes extratextuales.

Así pues, quien traduce ejerce en cierto momento un poder limitado sobre aquello que se quiere decir para otra audiencia; en la investigación esto puede observarse con más claridad en los traductores-divulgadores pues su quehacer les permite manipular el contenido científico que consideran valioso para la cultura de llegada, lo que llega a manifestarse en modificaciones mayores o quizá trabajos alejados del original. Otra conclusión se encuentra en los datos expuestos que dan cuenta parcialmente del funcionamiento del campo periodístico en formación, parte de la agitada actividad editorial del siglo, con agentes de distintos orígenes, con prácticas diversas y posiciones disímiles en otros campos; todo ello recuerda a la definición de institución bastarda, aportada por Bourdieu. Este espacio intermedio, de naturaleza fronteriza que logra o tiene que desarrollar sus propias dinámicas finalmente se consolidó, aunque su naturaleza (por sus agentes, sobre todo) continúe rechazando el estatismo, pues, finalmente, hasta hoy en día la prensa es uno de los espacios que da cabida a una pluralidad de voces.

En su conjunto, puedo decir que a lo largo de esta tesis se revelan conexiones, relaciones agente-producto y recurrencias de la traducción en la prensa mexicana decimonónica, asimismo se esclarecen algunos puntos de la práctica traductora de la época y todo esto se perfila como parte de la historia cultural de nuestro país y, específicamente, ayuda en la construcción de una historia de la traducción mexicana. Finalmente, como futuras líneas de investigación a partir de este trabajo, creo que la más importante es la que ya he mencionado, una de carácter textual en la que se aprecien las estrategias de traducción que se llevaron a cabo o se tracen estilos de traducción compartidos o no de los agentes, según su propia

disciplina; otra vertiente puede ser un estudio más a profundidad de la recepción de las traducciones mencionadas en esta tesis y de otras del catálogo de *La Época Ilustrada*. Las posibilidades, en última instancia, son varias y pueden partir desde distintas disciplinas. Estoy consciente de que estas páginas pueden presentar ciertos vacíos, algunos previamente reconocidos, pero al mismo tiempo, pienso en ellas, con el esfuerzo colectivo que conllevaron, como un aporte al estudio del siglo XIX mexicano y también, por supuesto, las pienso como una contribución, necesaria dentro de la investigación en humanidades, a los ET en nuestro país, con la esperanza de que poco a poco esta disciplina crezca y se fortalezca.

REFERENCIAS

- Adame González, Dulce María. “Breves apuntes del progreso de un siglo: los artículos de divulgación científica de Pedro Castera (1873, 1881-1882)”, en *Bibliographica*, vol. 2, núm. 1, 2019. Disponible en línea: <https://bibliographica.iib.unam.mx/index.php/RB/article/view/22/> (consultado el 26/6/2020).
- Agudelo Ochoa, Ana María y Miguel Ángel Castro. “Capítulo 3. La hemerografía literaria mexicana como fuente y objeto de estudio. Un balance”, en Ana María Agudelo Ochoa y Gustavo Adolfo Bedoya (ed. académicos). *El estudio de la prensa literaria en América Latina y España. Estados del arte*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquía, 2017 (Col. Investigación/Estudios literarios), pp. 49-77.
- Andión Gamboa, Eduardo. “El periodismo y la teoría de los campos culturales”, en *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, núm. 17, 2006, pp. 193-230.
- Atala García, Lili. “Las traducciones de Balbino Dávalos en la *Revista Moderna*”, tesis de grado, Maestría en Traducción, El Colegio de México, 2013, disponible en línea: <https://bit.ly/3bng0pL> (consultado el 8 de febrero de 2020).
- Atala García, Lili. “Las traducciones de Balbino Dávalos en la *Revista Moderna*”, tesis de grado, Maestría en Traducción, El Colegio de México, 2013.
- Azuela Bernal, Luz Fernanda y Rodrigo Antonio Vega y Ortega Baez. “Ciencia y público en la ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX”, en *Asclepio*, vol. 67, núm. 2, 2015. Disponible en línea: <http://dx.doi.org/10.3989/asclepio.2015.27> (consultado el 15/6/2020).
- Badillo Rodríguez, Miriam. “Prensa y literatura traducida en el siglo XIX: *El Siglo Diez y Nueve, El Monitor Republicano y El Universal*. 1848-1855”, tesis de grado, Maestría en Traducción, El Colegio de México, 2016, disponible en línea: <https://bit.ly/2Wf0zeB> (consultado el 8 de febrero de 2020).
- Balzer, Berit. “Introducción”, en Heinrich Heine. *Gedichte-Auswahl. Antología poética*. Edición bilingüe, introducción y traducción de B. Balzer. Madrid: Ediciones de la Torre, 1995, pp. 9-64.
- Bartolucci, Jorge. *La modernización de la ciencia en México. El caso de los astrónomos*. México: UNAM, Plaza y Valdés, 2000.
- Bedoya Sánchez, Gustavo Adolfo. “Origen y límites del crítico en dos publicaciones periódicas literarias: *El Renacimiento* (México: 1869-1894) y *El Nuevo Tiempo Literario* (Colombia: 1903-1915, 1927-1929)”, en *Acta literaria*, núm. 44, 2012, pp. 135-151.
- Bennett, Karen. “At the Selves of Discourse: Negotiating the “In-Between” in Translation Studies”, en *Word and Text. A Journal of Literary Studies and Linguistics*, vol. II, núm. 2, 2012, pp. 43-61.
- Bensaude-Vincent, Bernadette. “Camille Flammarion: Prestige de la science populaire”, en *Romantisme*, núm. 65, 1989, pp. 93-104. Disponible en línea: https://www.persee.fr/doc/roman_0048-8593_1989_num_19_65_5602 (consultado el 15/6/2020).

- Bensaude-Vincent, Bernadette. “Un public pour la science: l’essor de la vulgarisation au XIXe siècle”, en *Réseaux*, vol. 11, núm. 58, 1993, pp. 47-66. Disponible en línea: https://www.persee.fr/doc/reso_0751-7971_1993_num_11_58_2304 (consultado el 26/6/2020).
- Bernecker, Walther L. “Las relaciones germano-mexicanas en el siglo XIX”, en León E. Bieber (coord.). *Las relaciones germano-mexicanas. Desde el aporte de los hermanos Humboldt hasta el presente*. México: El Colegio de México, UNAM, DAAD, pp. 91-130.
- Bopp, Marianne O. de. “Heinrich Heine: bibliografía en México”, en *Anuario de Letras. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, vol. 1, 1961, pp. 181-190.
- Borsò, Vittoria. “Entre Alejandro de Humboldt y Maximiliano de Habsburgo: el largo camino hasta el ‘triunfo de la República’”, en Karl Kahut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales (eds.). *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, UNAM, Universidad Iberoamericana, CIESAS, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 223-244.
- Bourdieu, Pierre. “Campo intelectual y proyecto creador”, trad. Alberto de Ezcurdia, en P. Bourdieu. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Tucumán, Argentina: Montessor, 2002 [1966/trad:1967], pp. 9-50.
- Bourdieu, Pierre. “Social Space and Symbolic Power”, en *Sociological Theory*, vol. 7, núm. 1, 1989, pp. 14-25.
- Bourdieu, Pierre. “The Forms of Capital”, en John G. Richardson (ed.). *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*. Westport, CT: Greenwood, 1986, pp. 241-258. Disponible en línea en: <http://www.socialcapitalgateway.org/sites/socialcapitalgateway.org/files/data/paper/2016/10/18/rbasicsbourdieu1986-theformsofcapital.pdf> [consultado el 19/11/2019].
- Castro, Nayelli (coord.). *Traducción, identidad y nacionalismo en Latinoamérica*. México: Bonilla Artigas editores, Conaculta, Fonca, 2013.
- Castro, Nayelli y Clara Foz. “La circulación de las ideas positivistas en Argentina y en México: editores y traductores (1850-1950)”, en *MonTI. Monografías de Traducción e Interpretación*, núm 5 (2013), pp. 365-388.
- Castro, Nayelli, Tania Hernández y Danielle Zaslavsky. “Los traductores y los libros del México del siglo XX: una mirada retrospectiva y un balance pendiente”, en Kenya Bello y Marina Garone Gravier (coord.). *El libro multiplicado. Prácticas editoriales y de lectura en el México del siglo XX*. México: UAM-Cuajimalpa (en prensa), pp. 270-313.
- Ceballos, Ciro B. “La prensa de la capital”, en *Panorama mexicano 1890-1910 (Memorias)*, estudio introductorio y edición crítica de Luz América Viveros Anaya, México: UNAM, Coordinación de Humanidades, 2006, pp. 320-360.
- Chaperon, Danielle. *Camille Flammarion. Entre astronomie et littérature*. París: Imago, 1998. Disponible en Google Libros.
- Coudart, Laurence. “Los orígenes de la era mediática: la prensa periódica”, en Esther Martínez Luna (coord.). *Dimensiones de la cultura literaria en México (1800-1850). Modelos de sociabilidad, materialidades, géneros y tradiciones intelectuales*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, IIFL, IIB, FFyL, 2018, pp. 21-56.

- Coudart, Laurence. “Los orígenes de la era mediática: la prensa periódica”, en Esther Martínez Luna (coord.). *Dimensiones de la cultura literaria en México (1800-1850). Modelos de sociabilidad, materialidades, géneros y tradiciones intelectuales*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, IIFL, IIB, FFyL, 2018, pp. 21-56.
- Cruces Colado, Susana, Arturo Parada y Oscar Díaz Fouces. “Sociología de la traducción: esbozo conceptual”, en Ricardo Muñoz Martín (ed.). *AIETI: Actas del I Congreso Internacional de la Asociación Ibérica de Estudios de Traducción e Interpretación. Granada 12-14 de febrero de 2003. Vol. 1*. Granada: AIETI, 2003, pp. 45-56. Disponible en: <https://bit.ly/33Me0D4> [consultado el 11/11/2019].
- Cruz Soto, Rosalba. “Los periódicos del primer periodo de vida independiente (1821-1836)”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (ed.). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen II. Publicaciones periódicas y otros impresos*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, IIB, IIFL, IIH, 2005, pp. 57-76.
- D’Amore, Anna María y Nayelli Castro (coord.). *Latinoamérica traducida: aproximaciones recientes desde un campo en construcción*. México: Bonilla Artigas editores, 2018.
- Del Castillo Troncoso, Alberto. “El surgimiento de la prensa moderna en México”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (ed.). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen II. Publicaciones periódicas y otros impresos*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, IIB, IIFL, IIH, 2005, pp. 105-118.
- Delgado, Verónica, Alejandra Mailhe y Geraldine Rogers (coord.). *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata, 2014.
- Delgado, Verónica. “Algunas cuestiones críticas y metodológicas en relación con el estudio de revistas”, en Verónica Delgado, et al. (coord.). *Tramas impresas. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de la Plata, 2014, pp. 11-25.
- Díaz, Ana Ivonne. “*El Álbum de la Mujer*. Periodismo femenino: el primer paso hacia la modernidad y la ciudadanía”, en *Desacatos*, núm. 3 (2000), pp. 107-115.
- Espinosa Aldama, Mariana. “La propagación de la cultura científica a través de la Sociedad Astronómica de México (1910-1916)”, tesis de grado, Maestría en Filosofía de la ciencia. UNAM, 2010.
- Fernández Fernández, José Manuel. “Capital simbólico, dominación y legitimidad. Las raíces weberianas de la sociología de Pierre Bourdieu”, en *Papers. Revista de Sociología*, vol. 98, núm. 1, 2013, pp. 33-60. Disponible en línea: <https://papers.uab.cat/article/view/v98-n1-fernandez/pdf> [consultado el 19/11/2019].
- Flammarion, Camille. *Les merveilles célestes: lectures du soir (5e éd. ill. de 84 vignettes et de trois cartes célestes)*. París: Hachette, 1875. Disponible en línea: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k201349c/f380.item> (consultado el 15/6/2020).
- Flammarion, Camilo. *Las maravillas celestes*, trad. D. N. F. Cuesta. Madrid: Gaspar Editores, 1875, disponible en línea: <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020028942/1020028942.html> (consultado el 15/6/2020).

- Flammarion, Camilo. *Las maravillas celestes*, trad. E. Corona Martínez. París: Hachette, 1866 (Biblioteca de las maravillas), disponible parcialmente en Google libros.
- Flammarion, Camilo. *Las maravillas celestes*, trad. A. López Llasera. Barcelona: Editorial Maucci, 19??, disponible parcialmente en Google libros.
- Galí Boadella, Montserrat. “Temas alemanes en las revistas mexicanas de la primera mitad del siglo XIX”, en Karl Kahut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales (eds.). *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, UNAM, Universidad Iberoamericana, CIESAS, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 245-262
- González Reyero, Susana. *La fotografía en la Arqueología española (1860-1960): 100 años de discurso arqueológico a través de la imagen*. Madrid: Real Academia de la Historia, Universidad Autónoma de Madrid, 2007.
- González Ródenas, Soledad. *Juan Ramón Jiménez a través de su biblioteca. Lecturas y traducciones en lengua francesa e inglesa (1881-1936)*. Sevilla: Universidad de Sevilla, 2005.
- Gutiérrez de Velasco, Luzelena. “Las lecturas alemanas de Ignacio Manuel Altamirano”, en Karl Kahut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales (eds.). *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, UNAM, Universidad Iberoamericana, CIESAS, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 281-289.
- Hibbs, Solange. “Camille Flammarion (1842-1935) en España: vulgarización científica y poética de la ciencia”, en S. Hibbs y Carole Fillière (coord.). *Los discursos de la ciencia y de la literatura en España (1875-1906)*. Vigo, España: Academia del Hispanismo, 2015 (Publicaciones académicas – Biblioteca Giambattista Vico 39), pp. 321-347.
- Jansen, Silke y Gesine Müller (eds.). *La traducción desde, en y hacia Latinoamérica: perspectivas literarias y lingüísticas*. Madrid: Iberoamericana, Vervuert, 2018.
- Lefevere, André. *Translation, Rewriting, and the Manipulation of Literary Fame*. Londres/Nueva York: Routledge, 1992 (Translation Studies).
- Llorente, Teodoro. “Prólogo a Poesías de Enrique Heine”, 1885, en *Saltana. Revista de literatura y traducción*, disponible en línea: <http://www.saltana.org/1/esc/96.html#.XpTaOy3mF0s> (fecha de consulta: 13 abril 2020).
- Mireles Estrada, Ángel. “La astronomía, ¿tan prestigiada como el pulque?”, en *aCércate*, año 4, núm. 6, pp. 7-9.
- Monti, José Genaro. “Prólogo del traductor”, en Camilo Flammarion. *Astronomía popular. La tierra y el cielo*. Madrid: Gaspar Editores, 1879, pp. v-xv. Disponible en línea: <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020028945/1020028945.html> (consultado el 15/6/2020).
- Moreno Corral, Marco Arturo. “VII. Viaje de la Comisión Mexicana a Japón para la observación del tránsito de Venus de 1874”, en M. A. Moreno Corral (comp.). *Historia de la astronomía en México*, 3ª ed., México: FCE, SEP, Conacyt, 1998, pp. 167-188.
- Moreno Hernández, Carlos. “Cursilería y traducción poética: Byron y Heine”. *Hermeneus*, núm. 20, 2018, pp. 403-433.

- Nieto-Galan, Agustí. *Los públicos de la ciencia. Expertos y profanos a través de la historia*. Madrid: Fundación Jorge Juan, Marcial Pons Historia, 2011.
- Ortiz Gaitán, Julieta. *Imágenes del deseo. Arte y publicidad en la prensa ilustrada mexicana (1894-1939)*. México: UNAM, 2003.
- Pecourt, Juan. “El intelectual y el campo cultural. Una variación sobre Bourdieu”, en *Revista Internacional de Sociología (RIS)*, vol. 65, núm. 47, 2007, pp. 23-43.
- Peimbert, Manuel *et al.* “Los últimos dos siglos de la astronomía mexicana”, en Eduardo Matos Moctezuma (coord.). *El pasado del presente. Miradas y perspectivas 1810-1910*, México: El Colegio Nacional, 2010, pp. 739-790.
- Pérez Salas, María Esther. “Las imágenes en las revistas de la primera mitad del siglo XIX”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (ed.). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen II. Publicaciones periódicas y otros impresos*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, IIB, IIFL, IIH, 2005, pp. 87-103.
- Pietschmann, Horst. “Paralelismos y percepciones mutuas en el proceso de formación de la representación político-democrática en México y Alemania en el primer tercio del siglo XIX”, en Karl Kahut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales (eds.). *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, UNAM, Universidad Iberoamericana, CIESAS, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 193-212.
- Pimentel, Francisco. *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México desde la conquista hasta nuestros días*. México: 2ª ed. Librería de la Enseñanza, 1890.
- Pita González, Alexandra. “Las revistas como fuente de estudios de redes intelectuales”, en Celia del Palacio Montiel y Sarelly Martínez Mendoza (coord.). *Voces en papel: la prensa en Iberoamérica de 1792 a 1970*. Tuxtla Gutiérrez, México: Universidad Autónoma de Chiapas, 2008, pp. 77-85.
- Pluet-Despatin, Jacqueline. “Contribución a la historia de los intelectuales. Las revistas”, en *AméricaLEE. El portal de publicaciones latinoamericanas del siglo XX*. Disponible en línea: http://americalee.cedinci.org/wp-content/uploads/2017/11/Pluet-Despatin_Contribucion-a-la-historia.pdf [Consultado el 5/10/2019].
- Pym, Anthony. *Method in Translation History*. Manchester: St. Jerome Publishing, 1998.
- Ramos García, Andrés. “La imagen como recurso narrativo y su relación con el texto en *Baile y cochino...*, la versión de 1885”, tesis de grado, Licenciatura en Letras Hispánicas, UAM-I, 2015, disponible en línea: <https://bit.ly/2SixWKN> (consultado el 9 de febrero de 2020).
- Rico Alonso, Jonathan Gustavo. “Rescate, estudio y edición crítica de *Viajes por una oreja* (1869) de Santiago Sierra”, tesis de grado, Maestría en Literatura Hispanoamericana, El Colegio de San Luis, 2019.
- Roberts, Adam. *The History of Science Fiction*. Nueva York: Palgrave Macmillan, 2006.
- Rodríguez González, Yliana. “Las publicaciones ilustradas de fin de siglo y las prácticas lectoras: un acercamiento a la prensa visual”, en Marco Antonio Chavarín Gonzáles e Y. Rodríguez González (coord.). *Literatura y prensa periódica mexicana. Siglos XIX y xx. Afinidades, simpatías, complicidades*. San Luis Potosí: El Colegio de San Luis, IIFL-UNAM, 2017, pp. 197-218.

- Rodríguez, Norma Lidia. “El campo de producción cultural en la sociología de las prácticas de Bourdieu”. XI Jornadas de Sociología. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA, 2015, pp. 1-11. Disponible en línea: <http://cdsa.academica.org/000-061/398> [Consultado el 19/11/2019].
- Ruiz Castañeda, María del Carmen. “Contenido científico en las revistas literarias mexicanas del siglo xix”, en *Revista de la Universidad de México*, núm. 548, 1996, pp. 41-46.
- Schmidt, Peer. “La Reforma y la Reforma. Lutero y el debate sobre la libertad durante la Reforma en México a mediados del siglo xix”, en Karl Kahut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales (eds.). *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, UNAM, Universidad Iberoamericana, CIESAS, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 213-222.
- Serón Ordóñez, Inmaculada. “Capítulo 8. *La Noche de Reyes, Twelfth Night* shakespeariana de Jaime Clark”, en Juan Jesús Zaro (ed.). *Diez estudios sobre la traducción en la España del siglo XIX*. Granada: Atrio, 2008 (Col. Traducción en el Atrio 13), pp. 179-208.
- Sheehan, William. “Editor’s Preface”, en Camille Flammarion. *Camille Flammarion’s The Planet Mars. As Translated by Patrick Moore*, Nueva York: Springer, 2015, v-xiii.
- Sierra Torre, Aída. *José María Villasana. Caricatura política y costumbrista en el siglo xix*. México: Conaculta, 1998.
- Suárez de la Torre, Laura. “Introducción. La producción de libros, revistas, periódicos y folletos en el siglo xix”, en Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra (ed). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Volumen II. Publicaciones periódicas y otros impresos*. México: UNAM, Coordinación de Humanidades, IIB, IIFL, IIH, 2005, pp. 9-35.
- Suárez de la Torre, Laura. “Las ediciones en el siglo xix: un encuentro cultural con los alemanes”, en Karl Kahut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales (eds.). *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, UNAM, Universidad Iberoamericana, CIESAS, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 263-280.
- Suárez de la Torre, Laura. “Presentación”, en L. Suárez de la Torre (coord.). *Empresa y cultura en tinta y papel (1800-1860)*. México: Instituto Mora, UNAM, IIB, 2001, pp. 7-11.
- Torales, María Cristina. “La colonia alemana en la capital mexicana decimonónica. La construcción de su imagen pública”, en Karl Kahut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales (eds.). *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, UNAM, Universidad Iberoamericana, CIESAS, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 315-352.
- Trabulse, Elías. *Historia de la ciencia en México (versión abreviada)*. México: FCE, Conacyt, 1994.
- Tymoczko, Maria. “Ideology and the Position of the Translator In What Sense is a Translator ‘In Between’?”, en María Calzada Pérez (ed.). *Apropos of Ideology. Translation Studies on Ideology – Ideologies in Translation Studies*. Londres, Nueva York: Routledge, 2014 [2003], pp. 181-201.

- Vargas Torres, Rauluí. *Introducción a la divulgación científica*. México/Toluca: Fontamara, UAEMex, 2018.
- Vega y Ortega Baez, Rodrigo Antonio. “El metodismo mexicano y los contenidos geográficos en *El Abogado Cristiano Ilustrado* (1885-1910)”, en *Memoria y Sociedad*, vol. 16, núm. 33 (2012), pp. 154-160. Disponible en línea: <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/memoysociedad/article/view/8319> (consultado el 18 de febrero de 2020).
- Vieyra, Lilia y Alejandra Vigil. “Isidoro Epstein: su labor cultural, científica, diplomática y empresarial en México (1851-1894)”, en Karl Kahut, Alicia Mayer, Brígida von Mentz y María Cristina Torales (eds.). *Alemania y el México independiente. Percepciones mutuas, 1810-1910*. México: Herder, UNAM, Universidad Iberoamericana, CIESAS, Cátedra Guillermo y Alejandro de Humboldt, 2010, pp. 377-394.
- Von Mentz, Brígida. “Notas sobre la presencia alemana en la economía y la sociedad mexicanas del siglo XIX”, en León E. Bieber (coord.). *Las relaciones germano-mexicanas. Desde el aporte de los hermanos Humboldt hasta el presente*. México: El Colegio de México, UNAM, DAAD, pp. 131-141.
- Wolf, Michaela. “Chapter 1. Interference from the *Third Space*? The Construction of Cultural Identity through Translation”, en Micaela Muñoz-Calvo et al. (ed.). *New Trends in Translation and Cultural Identity*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing, 2008, pp. 11-20.
- Wolf, Michaela. “Chapter 7. The *Third Space* in Postcolonial Representation”, en Sherry Simon y Paul St-Pierre (coord.). *Changing The Terms: Translating in the Postcolonial Era*. Ottawa: Les presses de l’Université d’Ottawa, 2000. Disponible en línea: <http://books.openedition.org/uop/2003> [Consultado el 29/11/2019].
- Wolf, Michaela. “Introduction. The Emergence of a Sociology of Translation”, en Michaela Wolf y Alexandra Fukari (ed.). *Constructing a Sociology of Translation*. Amsterdam/Filadelfia: John Benjamins, 2007 (Benjamins Translation Library), pp. 1-36.
- Zamudio Zamora, José. *Heinrich Heine en la literatura chilena. Influencia y traducciones*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello, 1958.

ANEXO 1: Traducciones de *La Época Ilustrada* (1883-1884)

Observaciones:

- En negritas se muestran los nombres de los traductores de *La Época Ilustrada* en esta investigación.
- En el apartado de lengua original, se escribe la que debe ser por la nacionalidad u obra del autor/a, no propiamente de la lengua en la que efectivamente se tradujo (en el caso de las traducciones indirectas).
- En el caso de los autógrafos, aparece primero la página del facsímil y luego la página de la traducción.
- En la última columna, si aparece algo entrecomillado, se trata de una leyenda incluida en la publicación.
- Claves de lectura: s/t = sin título; excl. = texto exclusivo; sembl. = lo precede una semblanza; un número romano en la sección de notas indica el número de entrega del texto.

Número y fecha	Título en la publicación	Autor	Traductor	Lengua original	Tipo de texto o documento	pp. y notas
Núm. 1 (faltante) - 05/11/1883						
Núm. 2 - 12/11/1883	Serenata	Víctor Hugo	-----	francés	poema	22
	Marieta. Novela campestre	Paul-André Gérard	M. B. Juárez	francés	narrativo (novela)	25-29. Excl., primera entrega.
	Máxima	La Rochefoucauld	-----	francés	cita	29
Núm. 3 - 19/11/1883	Espectáculo de una hermosa noche en los desiertos del nuevo mundo	Chateaubriand	Manuel de la Sierra	francés	narrativo (descripción)	33. Excl., es fragmento de un texto original más amplio.
	Novela. Tangredo, príncipe de Salerno	Boccaccio	-----	italiano	narrativo	34-38. Contiene paratextos, primer cuento de la cuarta jornada del <i>Decamerón</i> .
	¿En dónde no habrá un inglés?	-----	-----	-----	narrativo (descripción)	39-40; “refundido por M. G.”
	Monólogo de Hamlet. Traducción de Shakespeare	Shakespeare	----	inglés	dramático	40-41

	Marieta. Novela campestre	Paul-André Gérard	M. B. Juárez	francés	narrativo (novela)	43-46. II
Núm. 4 - 26/11/1883	Marieta. Novela campestre	Paul-André Gérard	M. B. Juárez	francés	narrativo (novela)	55-59. III, concluye, seguido de un poema del traductor.
	“Suspirando está una dama...”	H[einrich]. Heine	-----	alemán	poema	59
	Tarde de febrero	H[enry]. W[adsworth]. Longfellow	Francisco [S]jellen	inglés	poema	59
	Las catacumbas	Chateaubriand	M[anuel] de la S[ierra]	francés	narrativo (descripción)	62. Excl., es fragmento de un texto original más amplio.
Núm. 5 – 3/12/1883	La muerte de las flores	W. C. Bryant	F. J. Amy	inglés	poema	71. Se indica que el traductor es de Puerto Rico.
	La alondra (fábula de Esopo)	Esopo	Manuel de la Sierra	----	poema	75; “Puesta en verso por Manuel de la Sierra”
	s/t	Luis Felipe	-----	francés	autógrafo	69, 78
	s/t	Giuseppe Garibaldi	-----	italiano	autógrafo	69, 78
Núm. 6 - 10/12/1883	El pájaro. El huevo	J[ean]. Michelet	Manuel de la Sierra	francés	narrativo (argumentativo)	86-87. Excl., primera entrega.
	La tarde de la vida	Thomas Moore	R. M. de Mendive	inglés	poema	93
	s/t	Rossini	-----	francés	autógrafo	85, 94
	s/t	Alejandro de Humboldt	-----	francés	autógrafo	85, 94
Núm. 7 – 17/12/1883	A la lira	Horacio	Juan José Micheo	latín	poema	98. Se indica que el traductor es de España.
	De Heine	[Heinrich Heine]	José J. Herrero	alemán	poema	98

	El pájaro. II El polo. Pájaros-pescados	J[ean]. Michelet	Manuel de la Sierra	francés	narrativo (argumentativo)	104-106. Excl., II.
	El angelito olvidado	-----	J. F. Jens	alemán	narrativo (cuento)	108; “Traducción del Alemán por...”.
Núm. 8 (incompleto) – 24/12/1883	La joven cautiva	André Chenier	Isabel Prieto de Landazuri	francés	poema	Página incompleta, posiblemente 119
	El pájaro [debe tratarse de la continuación del texto, pero el número está incompleto]	J[ean]. Michelet	Manuel de la Sierra	francés	narrativo (argumentativo)	[?] -122. Excl., IV.
	Mío y no mío	Mary Ainge De Vere	J. A. Pérez Bonalde	inglés	poema	122; “Traducción de J. A. Pérez Bonalde (América del Sur)”.
	s/t	Luis XVI	-----	francés	autógrafo	124, 126
	s/t	Goethe	-----	alemán	autógrafo	124, 126
	s/t	Marat	-----	francés	autógrafo	125, 126
	s/t	Richelieu	-----	francés	autógrafo	125, 126
Núm. 9 – 31/12/1883	s/t	Víctor Hugo	-----	francés	autógrafo	133, 142
	s/t	Alfred de Musset	-----	francés	autógrafo	133, 142; “Alfredo de Musset es el autor del segundo autógrafo que hemos tratado de traducir”.
	La violeta	Goethe	Federico Carlos Jens	alemán	poema	135
	A ella	[Ludwig] Uhland	Federico Carlos Jens	alemán	poema	135

	El pájaro. IV Primeros ensayos del ala	J[ean]. Michelet	Manuel de la Sierra	francés	narrativo (argumentati vo)	136-138. Excl., v.
	Moisés salvado de las aguas	Víctor Hugo	Andrés Bello	francés	poema	139. “Imitación de Víctor Hugo”.
Núm. 10 – 7/1/1884	La noche	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	145-147
	Poesías persas. Oda de Terdusi	-----	-----	persa	poema	147
	Poesías persas. Gazela I	Mohammed Shems-Eddin, (á) Hafiz	-----	persa	poema	147. Nota en la p. 158 del semanario, “traductor español”.
	El pájaro. El triunfo del ala. El babiahorcado	J[ean]. Michelet	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (argumentati vo)	155-156. Hay una nota del traductor; excl., VI.
	s/t	Jacques Offenbach	-----	francés	*carta	158. Ligada a una partitura que se publica en la p. 149.
Núm. 11 – 14/1/1884	s/t	George Washington	-----	inglés	autógrafo (carta)	165, 174
	s/t	Napoleón	-----	francés	autógrafo (carta)	165, 174
	Los universos lejanos. Soles dobles, múltiples, coloreados.	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	166-168
	Poesías persas. Gazela II.	Hafiz	-----	persa	poema	168-169
	Poesías persas. Gazela III.	Hafiz	-----	persa	poema	169-170
	¿Quién es el inventor de la Imprenta?	Eugenio [Eugène] Dutuit	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (informativo)	170-171. Una nota menciona “Nota del traductor español”, sin embargo, se lee: “Traducido del francés para

						<i>La Época Ilustrada</i> por Manuel B. Juárez"; primera entrega.
	Poesías árabes. A una negra virtuosa	Ebn Calanis Al Eskanderi	-----	árabe	poema	171
	Poesías árabes. A la muerte de su amada	Ibni Ziati	-----	árabe	poema	171
	Poesías árabes. A una mujer	Al Moktofy	-----	árabe	poema	171
	Poesías árabes. Al visir Abul Casem. A la muerte de un hijo suyo	Ali Ben Ahmed	-----	árabe	poema	171
	Poesías árabes. Al capricho de la suerte	Shafay	-----	árabe	poema	172
	Poesías árabes. La juventud y la vejez	Nabegat	-----	árabe	poema	172
	Poesías árabes. A una joven llorando.	Ebn Al Rumi	-----	árabe	poema	172
Núm. 12 – 21/1/1884	¿Quién es el inventor de la Imprenta?	Eugenio [Eugène] Dutuit	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (informativo)	177-179. II.
	La Marsellesa	Rouget de Lisle	-----	francés	autógrafo	180-181. Se trata de un facsímil de la canción.
	El sistema planetario	Camille Flammarion [no mencionado]	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	184-187
	Intermedio	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	187-189. Incluye notas explicativas, primera entrega.
	Poesías árabes. A la muerte de mi amada	-----	-----	árabe	poema	190. Página incompleta.

	Poesías persas. Gacela IV	Hafiz	-----	persa	poema	190
Núm. 13 – 28/1/1884	El espejo	Alfonso [Alphonse] Daudet	-----	francés	narrativo (cuento)	193-194
	Intermedio	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	194-195. Notas explicativas; II.
	s/t	Alphonse de Neuville	-----	francés	autógrafo (carta)	196, 206
	s/t	Chateaubriand	-----	francés	autógrafo (carta)	197, 206
	El globo terrestre	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	199-202
Núm. 14 – 4/2/1884	Intermedio	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	210-211. Notas explicativas; III.
	Cuento fantástico de la luz de la luna	Karl Immermann	J. F. Jens	alemán	narrativo (cuento)	211, 214; “Traducido para <i>La Época</i> por J. F. Jens de la obra en alemán <i>Los Epígonos</i> , de Karl Immermann”.
	s/t	A. Grévin	-----	francés	autógrafo (carta)	212, 222. El facsimil contiene una caricatura.
	s/t	Jules Simon	-----	francés	autógrafo (carta)	213, 222
	¿Quién es el inventor de la Imprenta?	Eugenio [Eugène] Dutuit	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (informativo)	219-222. III.
Núm. 15 – 11/2/1884	¿Quién es el inventor de la Imprenta?	Eugenio [Eugène] Dutuit	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (informativo)	225-226. Incluye notas; IV, concluye.
	El sol	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	227, 230-231. Primera entrega.

	Intermedio	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	234-235. Notas explicativas, IV.
Núm. 16 – 18/2/1884	El pájaro. Las riberas. Decadencia de algunas especies.	J[ean]. Michelet	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (argumentativo)	241-242. Excl., VII.
	s/t	Robert Fulton	-----	francés	autógrafo (carta)	244-245, 254
	El sol	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	246-249. II, concluye.
	Himno de la creación	Juda Levi	M. Menéndez y Pelayo	----	poema	250-251 “Poema de Juda Levi. De Toledo. Escritor hebraico-hispano del siglo XII”
Núm. 17 – 25/2/1884	Lejos de ella	Roberto [Robert] Prutz	Jaime Clark	alemán	poema	258. Sembl.
	Habla una niña	Roberto [Robert] Prutz	Jaime Clark	alemán	poema	258
	Intermedio	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	263-266. v.
	Mercurio	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	269-270
	s/t	Jules Favre	-----	francés	autógrafo (carta)	261, 270
Núm. 18 – 3/3/1884	El velo blanco	Mauricio [Moritz] Hartmann	Jaime Clark	alemán	poema	274-275; “traducido de Jaime Clark”, sembl.
	Los últimos diez	Julio [Julius] Mosen	Jaime Clark	alemán	poema	275. Sembl.
	s/t	Charles Blanc	-----	francés	autógrafo	277, 286
	Intermedio	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	282-283. Notas

						explicativas; VI, concluye.
	El pájaro. Las garzas de América. Wilson	J[ean]. Michelet	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (argumentativo)	283-286. Excl., VIII.
Núm. 19 – 10/3/1884	Las nubes	Guillermo de [Wilhelm von] Humboldt	Jaime Clark	alemán	poema	291. Sembl.
	Los tres gitanos	Nicolás [Nikolaus] Lenau	-----	alemán	poema	291. Sembl.
	Venus	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	298-299
	Regreso	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	299-302. Primera entrega.
	El pájaro. El combate. Los trópicos.	J[ean]. Michelet	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (argumentativo)	302. Excl., IX.
Núm. 20 – 17/3/1884	El pájaro. El combate. Los trópicos.	J[ean]. Michelet	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (argumentativo)	305-306. Excl., X.
	Marte	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	311-313
	Estrofas	Jorge [Georg] Herwegh	-----	alemán	poema	314. Sembl.
	La canción del peral	Paul Feval	-----	francés	poema	314-315
	Regreso	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	315-318. Notas explicativas; II.
	Consejos de golondrina	Julio [Julius] Sturm	-----	alemán	poema	318. Sembl., apunta “Madrid, 1871”, posible fecha de traducción o edición.
	La rosa de los Alpes	Feodor Loewe	-----	alemán	poema	318. Sembl.
	Una visita al cementerio	Juan Nepomuceno	-----	alemán	poema	318. Sembl.

		[Johann Nepomuk] Vogl				
	s/t	(varios firmantes)	-----	francés	autógrafo	308-309 [409, errata], 318. Se trata de una declaración política de varios diputados franceses.
Núm. 21 – 24/3/1884	Júpiter	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	322-323
	A la señorita Luisa B.	Víctor Hugo	Isabel Prieto de Landazuri	francés	poema	323; “Traducción de Víctor Hugo”.
	La pipa de amontillado	Edgar [Allan] Poe	-----	inglés	narrativo (cuento)	323, 326-327
	Placer y dolor	Carlos [Karl Isidor] Beck	-----	alemán	poema	330. Sembl., “Madrid, Diciembre de 1871”.
	El secreto	J. G. [Johann Georg] Fischer	-----	alemán	poema	330. Sembl., “Barcelona, Mayo de 1867”.
	Las mujeres puras	Julio [Juilius] de Rodenberg	-----	alemán	poema	330. Sembl., “Madrid, Diciembre de 1871”.
	Mi patria	María [Marie Laura] Foerster [Förster]	-----	alemán	poema	331. Sembl., “Madrid, Diciembre de 1871”.
	Harmosan	Augusto de Platen [August von Platen-Hallermünde]	-----	alemán	poema	331-332. Sembl.
	Zobir	Augusto de Platen [August von Platen-Hallermünde]	-----	alemán	poema	332-333. Sembl.

	Regreso	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	333-334. Notas explicativas, III.
	s/t	A[dolphe]. Thiers	----	francés	autógrafo (carta)	325, 334
	s/t	A[lexandre]. Dumas	-----	francés	autógrafo	324, 334
	s/t	Walter Scott	-----	inglés	autógrafo (carta)	324, 334
Núm. 22 – 31/3/1884	Saturno	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	338-339
	El pájaro. El combate. Los trópicos.	[Jean] Michelet	Manuel B. Juárez	francés	narrativo (argumentativo)	346-347. Excl., XI.
	Regreso	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	347-350. Notas explicativas, IV.
	s/t	Anne Boleyn	Manuel B. Juárez	inglés	autógrafo (carta)	341-350. Esta vez, la sección "Nuestros autógrafos" sí incluyen el traductor: "[Por Manuel B. Juárez]"
	s/t	Giacomo Meyerbeer	Manuel B. Juárez	francés	autógrafo (carta)	341, 350.
Núm. 23 – 7/4/1884	Urano	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	354
	La fundación de Cártago	Augusto de Platen [August von Platen-Hallermünde]	----	alemán	poema	358
	Leyenda brahmina	Federico [Friedrich] Rückert	-----	alemán	poema	358-359. Sembl.
	Sabiduría brahmina	Federico [Friedrich] Rückert	-----	alemán	poema	359. Sembl.

	Al cantor de mi amor	Federico [Friedrich] Rückert	-----	alemán	poema	359. Sembl.
	El notario de Perigueux	Henry W[adsworth] Longfellow	-----	inglés	narrativo (cuento)	359, 362-363
	El cuervo	Edgard [Allan] Poe	Ignacio Mariscal	inglés	poema	366; “Traducido de Edgard Poe”.
	Regreso	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	367. Notas explicativas; v.
	s/t	Charles Bonnegrace	-----	francés	autógrafo	357, 367
Núm. 24 – 14/4/1884	Neptuno	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	370
	Regreso	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	379-381. Notas explicativas; VI.
	La revista nocturna	José Cristiano de Zedlitz [Joseph Christian von Zedlitz]	-----	alemán	poema	382-383. Sembl.
	La ermita de la aldea	José Cristiano de Zedlitz [Joseph Christian von Zedlitz]	-----	alemán	poema	383; “Madrid, Diciembre de 1871”.
	s/t	Abraham Lincoln	-----	inglés	autógrafo	373, 383
Núm. 25 – 21/4/1884	Alamontade	Enrique Zscho[rr]je [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	386, 387. Primera entrega; excl., en entrega final se revela traductor.
	Los cometas	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	391, 394-395. Primera entrega.
	La confesión	Hoffmann de Fallersleben [August Heinrich Hoffmann von Fallersleben]	-----	alemán	poema	399. Semblanza biográfica en el núm. anterior

	Canto de alegría	Hoffmann de Fallersleben [August Heinrich Hoffmann von Fallersleben]	-----	alemán	poema	399
	El agua y el vino	Hoffmann de Fallersleben [August Heinrich Hoffmann von Fallersleben]	-----	alemán	poema	399; “Madrid, Diciembre de 1871”.
	Regreso	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	399. Notas explicativas; VII.
Núm. 26 – 28/4/1884	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	402-403, 406. Excl., II.
	Los cometas	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	410-411, 414. II; concluye.
	Regreso	Enrique [Heinrich] Heine	Manuel María Fernández y González	alemán	poema	414-415. Notas explicativas; VIII, concluye.
	s/t	Victorien Sardou	-----	francés	autógrafo (carta)	405, 415
	s/t	Alfred de Musset	-----	francés	autógrafo	405, 415
	s/t	Abd-el-kader	-----	árabe	autógrafo	405, 415. El autógrafo aparece en árabe y en la traducción se aclara que se ha traducido del francés.
Núm. 27 – 5/5/1884	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	418-419, 422. Excl., III.
	De la composición química de los astros, revelada por el análisis de la luz que nos envían.	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	423, 426, 427, 430

	Huyose el día	H[enry]. W[adsworth]. Longfellow	F. J. Amy	inglés	poema	431
Núm. 28 – 12/5/1884	El globo terrestre	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	434-435. Repetido del núm. 13.
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	443, 446-448. Excl., IV.
Núm. 29 – 19/5/1884	Pruebas positivas de que la Tierra es redonda y de que ella gira sobre sí misma y alrededor del Sol.	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	450-451, 454- 455
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	463. Excl., V.
Núm. 30 – 26/5/1884	La luna	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	466-467, 470. Primera entrega.
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	474-475, 478. Excl., VI.
Núm. 31 – 2/6/1884	La luna	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	482-483, 486. II, concluye.
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	490-491. Excl., VII.
Núm. 32 – 9/6/1884	Eclipses	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	503, 506, 507, 510-511
Núm. 33 – 16/6/1884	Aspecto filosófico de la creación. Pluralidad de los mundos habitados	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	514, 515, 518
Núm. 34 – 23/6/1884	Aspecto filosófico de la creación. La	Camilo [Camille] Flammarion	E. Corona Martínez	francés	narrativo (divulgación)	530, 531

	contemplación de los cielos					
Núm. 35 – 30/6/1884	Nocturnos. Sueño fatal. La enhorabuena. La boda. El cementerio. Baltasar. La evocación. Una mujer. El pobre Pedro.	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	555, 558, 559. Primera entrega.
Núm. 36 – 7/7/1884	Nocturnos. La romería de Kevlaar. Los dos granaderos. Sire Olaf. Doña Clara. Almanzor. Las ondinas. El rey Haraldo Harfagar. El encuentro. El penitente de Canossa. El aburrido.	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	567, 570, 571, 574. II, concluye.
Núm. 37 – 14/7/1884 Portada “El 14 de julio en México” Autógrafos de Saint Just, Camille Desmoulins, y su esposa, sin traducción	Hojas caídas. La barca. La diana. Los tejedores de Silesia. Con ocasión de la llegada de un amigo. No haya miedo!	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	579. Primera entrega.
Núm. 38 – 21/7/1884 y Núm. 39 -28/7/1884	Sin traducciones	-----	-----	-----	-----	
Núm. 40 – 4/8/1884	Hojas caídas escritas en 1842. El tambor mayor. El	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	638. II, concluye.

	emperador de la China. Insomnio					
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	639. Excl., VIII.
Núm. 41 – 11/8/1884 (cambio de admon.)	Fantasías conyugales*	A[lfred] Grévin	-----	francés	caricatura	644
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	647. Excl., IX.
	Una amada de Byron	A. Pigeon	-----	-----	narrativo (argumentativo/carta)	651, 654. Excl.
Núm. 42 – 18/8/1884 [En este número aparecen algunos textos sin autor y autógrafos sin traducción]	Fantasías	A[lfred] Grévin	-----	francés	caricatura	657, 660
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	658-659. Excl., X.
Núm. 43 – 25/8/1884	Entre bastidores	Stop [Louis Morel-Retz]	-----	francés	caricatura	673
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	675, 678. Excl., XI.
	Fantasías	A[lfred] Grévin	-----	francés	caricatura	676-677
	El campo de batalla de Hastings	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	679. En verso el original (<i>Schlachtfeld bei Hastings</i>),

						en prosa la traducción.
Núm. 44 – 1/9/1884	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	691. Excl., XII.
	Cazadores que causan risa	J. Pelcoq	-----	francés	caricatura	692
	Postes de taberna cervezera	Mars [Maurice Charles Mathieu Bonvoisin]	-----	francés	caricatura	692
	Carreras de caballos	Mars [Maurice Charles Mathieu Bonvoisin]	-----	francés	caricatura	693
	Faramallas	Cham [Amédée de Noé]	-----	francés	caricatura	693
	Godofredo Rudel y Melisenda de Tripoli	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	698. En verso el original (<i>Geoffroy Rudèl und Melisande von Tripoli</i>), en prosa en la traducción.
	Carlos I.	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	698. En verso el original (<i>Karl I</i>), en prosa la traducción
Núm. 45 – 8/9/1884	La canción de la camisa	Thomas Hood	Juan Ignacio de Armas	inglés	poema	706-707. Se indica que el traductor es cubano y: "(del inglés de Thomas Hood)".
	La pimienta y la sal	G[eorges] Lafosse	-----	francés	caricatura (viñetas)	708-709
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manue B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	710-711. Excl., XIII.
	Vitzliputzli	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	714-715, 718-719. En verso

						el original, en prosa la traducción
	El libro de Lázaro. I Sed de reposo. II En mayo	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	719. En verso el original, en prosa la traducción; primera entrega.
Núm. 46 – 15/9/1884	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	726-727. Excl., XIV.
	El libro de Lázaro. III El cuerpo y el alma IV Los zapatitos encarnados	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	730-731. En verso el original, en prosa la traducción; II.
Núm. 47 – 22/9/1884	Croquis parisiense	Denoué y Beylé	-----	francés	caricatura	737
	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	738-739. Excl., XV.
	Un idilio interrumpido	J. Lafosse [Georges]	-----	francés	caricatura (viñetas)	740-741
	El libro de Lázaro. V Duelos babilónicos	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	746. En verso el original, en prosa la traducción; III.
Núm. 48 – 29/9/1884	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	754. Excl., XVI.
	El libro de Lázaro. VI El negrero [VII] Affrottenbourg	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	766-767 En verso el original, en prosa la traducción; IV.
Núm. 49 – 6/10/1884	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	770-771. Excl., XVII.

	El libro de Lázaro. VIII Reminiscencias	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	778-779 En verso el original, en prosa la traducción; v.
Núm. 50 – 13/10/1884	Alamontade	Enrique Zscho[rr]e [Heinrich Zschokke]	Manuel B. Juárez	alemán	narrativo (novela)	786-787. XVIII, concluye; “Traducida del francés para "La Época Ilustrada" por Manuel B. Juárez”.
	El médico de Cuquiñan	José [Joseph] Roumanille	-----	francés	narrativo (cuento)	787, 790
	El libro de Lázaro. IX La libebluta	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	791, 794. En verso el original, en prosa la traducción; VI.
Núm. 51 – 20/10/1884	Tribulaciones musicales	G. Lorsay (?)	-----	(?)	caricatura	801
	Un duelo terrible	G[eorges]. Lafosse	-----	francés	caricatura (viñetas)	804-805
	El libro de Lázaro. X El cielo	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	810-811. En verso el original, en prosa la traducción; VII.
Núm. 52 – 27/19/1884	Un aficionado a las carreras	G[eorges]. Lafosse	-----	francés	caricatura	817
	Pensamientos célebres	-Marquesa de Lambert -Madame de Jh. Bentzou -Honoré de Balzac -Géruzez -G. M. Valtour -Alfonso Karr -Chamfort	-----	francés	cita	819, 822. Citas que no sobrepasan las dos líneas.

		-Senac de Meilhan -X. Dondan -Ch. Robin				
	La caza de un oso	[Gilbert] Randon	-----	francés	caricatura (viñetas)	820-821
	Melodías alemanas Ilusión. Al nacer el día. La rosa	R.	-----	alemán (?)	poema (prosificados)	823, 826
	El libro de Lázaro. XI Los novios predestinados XII El filántropo XIII Los caprichos de los enamorados	Enrique [Heinrich] Heine	-----	alemán	poema	826-827. En verso el original, en prosa la traducción; VIII.

ANEXO 2: Ejemplos de autógrafos en *La Época Ilustrada*

A continuación, se presentan tres ejemplos de distintos autógrafos para ilustrar brevemente la variedad de documentos que aparecían en las páginas del semanario.

La primera imagen (1) corresponde a una orden de Luis XVI para que su ejército colocara seguridad para él y su familia en el camino de París a Montmédy, población fronteriza, la fecha del manuscrito (15 de junio de 1791) revela que se trata del viaje en que la familia real fue arrestada, lo que condujo finalmente a la ejecución del monarca y poco tiempo después, de su esposa María Antonieta. En la misma imagen se puede observar en la esquina inferior derecha una invitación a almorzar escrita por Goethe al señor A..., que en *La Época Ilustrada* identifican como el Sr. Ampère. Estos autógrafos se incluyeron en el número 8 (24 de diciembre de 1883), pp. 124, 126.

La segunda imagen (2) contiene la reproducción de un saludo del caricaturista Alfred Grévin a la publicación *L'Autographe* en la que se ve a “un escritor llevando en la cabeza un tintero y atravesada esta por una pluma. Parece que al peso de la tinta y de la herida de la pluma, el escritor se dobla, y tiene, por no caberle en la cabeza, el sombrero en la mano”, según lo que describe el semanario, previo a mostrar la traducción, en su número 14 (4 de febrero de 1884), pp. 212, 222.

En la tercera imagen (3) se puede apreciar un recado del presidente estadounidense Abraham Lincoln para que el portador, el Sr. Haller, sea atendido por un cirujano. Autógrafos como éste y el de Goethe forman una parte importante de lo reproducido en las páginas de *La Época Ilustrada*, recados nimios que cobran importancia por su firmante, en este caso, el semanario presenta así al político: “el insigne Presidente de la Unión americana, que desde la humilde esfera de carpintero, y pasando sucesivamente por los puestos de tendero, abogado y miembro del Congreso, se elevó hasta la Suprema Magistratura de su país, de cuyo alto puesto lo derribó la bala homicida del asesino Booth”, en el número 24 (14 de abril de 1884), pp. 373, 383.

Agradezco a la Hemeroteca Nacional Digital de México, de donde reproduzco las siguientes imágenes.

De par le Roy

mon intention étant de me rendre à Montmédy le
 vingt juin prochain, il est ordonné au Sr de
 Bouille, Lieutenant général en mes armées, de
 placer des troupes ainsiqu'il le jugera convenable
 pour la sûreté de ma personne et celle de ma
 famille sur la route de Châlons sur Marne
 à Montmédy, voulant que les troupes qui
 seront employées à cet effet exécutent tout ce
 qui leur sera prescrit par le dit Sr de Bouille
 les rendant responsables de l'exécution des ordres
 qu'il leur donnera. fait à Paris le 15 juin, 1791.

Herr A....
 Einladung
 zum Mittag S.
 ppen.
 Montag d. 30 Apr
 1824.
 G. He

(2)



(3)

2 avr 1864.

Surgeon General, please
see the bear, Mrs
Walter.

Oct. 29, 1863. A. Lincoln

ANEXO 3: Listado de las traducciones del alemán en *La Época Ilustrada*

Para fácil identificación, se incluye el listado de las producciones alemanas que se incluyeron traducidas en el semanario, solamente en el caso de *Alamontade*, se indica que existió traducción indirecta del francés. En negritas, aparece el traductor identificado en esta tesis. Los títulos repetidos indica que se trata de una publicación por entregas. Cuando los espacios de número y fecha aparezcan vacíos, deberá leerse el número y la fecha previamente señalados. Para más información de cada texto, puede consultarse el ANEXO 1.

Número	Fecha	Título / Inicio del texto	Autor	Traductor
Núm. 4	26/11/1883	“Suspirando está una dama...”	H. Heine	no identificado (n/i)
Núm. 7	17/12/1883	“De Heine”	[sin consignar]	José J. Herrero
		“El angelito olvidado”	n/a	J. F. Jens
Núm. 8	24/12/1883	s/t (autógrafo)	Goethe	n/i
Núm. 9	31/12/1883	“La violeta”	Goethe	Federico Cárlos Jens
		“A ella”	Uhland	Federico Cárlos Jens
Núm. 12	21/1/1884	“Intermedio”	Enrique Heine	Manuel María Fernández y González (MMFyG)
Núm. 13	28/1/1884	“Intermedio”	Enrique Heine	MMFyG
Núm. 14	4/2/1884	“Intermedio”	Enrique Heine	MMFyG
		“Cuento fantástico de la luz de la luna”	Karl Immermann	J. F. Jens
Núm. 15	11/2/1884	“Intermedio”	Enrique Heine	MMFyG
Núm. 17	25/2/1884	“Lejos de ella”	Roberto Prutz	Jaime Clark
		“Habla una niña”	Roberto Prutz	Jaime Clark

		“Intermedio”	Enrique Heine	MMFyG
Núm. 18	3/3/1884	“El velo blanco”	Mauricio Hartmann	Jaime Clark
		“Los últimos diez”	Julio Mosen	Jaime Clark
		“Intermedio”	Enrique Heine	MMFyG
Núm. 19	10/3/1884	“Las nubes”	Guillermo de Humboldt	Jaime Clark
		“Los tres gitanos”	Nicolás Lenau	n/i
		“Regreso”	Enrique Heine	n/i
Núm. 20	17/3/1884	“Estrofas”	Jorge Herwegh	n/i
		“Regreso”	Enrique Heine	MMFyG
		“Consejos de golondrina”	Julio Sturm	n/i
		“La rosa de los Alpes”	Feodor Loewe	n/i
		“Una visita al cementerio”	Juan Nepomuceno Vogl	n/i
Núm. 21	24/3/1884	“Placer y dolor”	Carlos Beck	n/i
		“El secreto”	J. G. Fischer	n/i
		“Las mujeres puras”	Julio de Rodenberg	n/i
		“Mi patria”	María Foerster	n/i
		“Harmosan”	Augusto de Platen	n/i
		“Zobir”	Augusto de Platen	n/i
		“Regreso”	Enrique Heine	MMFyG
Núm. 22	31/3/1884	“Regreso”	Enrique Heine	MMFyG
Núm. 23	7/4/1884	“La fundación de Cártago”	Augusto de Platen	n/i
		“Leyenda brahmína”	Federico Rückert	n/i

		“Sabiduría brahmina”	Federico Rückert	n/i
		“Al cantor de mi amor”	Federico Rückert	n/i
		“Regreso”	Enrique Heine	MMFyG
Núm. 24	14/4/1884	“Regreso”	Enrique Heine	MMFyG
		“La revista nocturna”	J. Cristiano de Zedlitz	n/i
		“La ermita de la aldea”	J. Cristiano de Zedlitz	n/i
Núm. 25	21/4/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“La confesión”	Hoffmann de Fallersleben	n/i
		“Canto de alegría”	Hoffmann de Fallersleben	n/i
		“El agua y el vino”	Hoffmann de Fallersleben	n/i
		“Regreso”	Enrique Heine	MMFyG
Núm. 26	28/4/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“Regreso”	Enrique Heine	MMFyG
Núm. 27	5/5/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
Núm. 28	12/5/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
Núm. 29	19/5/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
Núm. 30	26/5/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
Núm. 31	2/6/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
Núm. 35	30/6/1884	“Nocturnos (varios títulos – 8)”	Enrique Heine	n/i
Núm. 36	7/7/1884	“Nocturnos (varios títulos – 10)”	Enrique Heine	n/i

Núm. 37	14/7/1884	“Hojas caídas escritas en 1842 (varios títulos – 5)” (“Los tejedores de Silesia”)	Enrique Heine	n/i
Núm. 40	4/8/1884	“Hojas caídas escritas en 1842 (varios títulos – 3)”	Enrique Heine	n/i
		“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
Núm. 41	11/8/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
Núm. 42	18/8/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
Núm. 43	25/8/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“El campo de batalla de Hastings”	Enrique Heine	n/i
Núm. 44	1/9/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“Godofredo Rudel y Melisenda de Tripoli”	Enrique Heine	n/i
		“Carlos I”	Enrique Heine	n/i
Núm. 45	8/9/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“Vitzliputzli”	Enrique Heine	n/i
		“El libro de Lázaro (I y II)”	Enrique Heine	n/i
Núm. 46	15/9/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“El libro de Lázaro (III y IV)”	Enrique Heine	n/i
Núm. 47	22/9/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“El libro de Lázaro (V)”	Enrique Heine	n/i
Núm. 48	29/9/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“El libro de Lázaro (VI y [VII])”	Enrique Heine	n/i
Núm. 49	6/10/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“El libro de Lázaro (VIII)”	Enrique Heine	n/i

Núm. 50	13/10/1884	“Alamontade”	Enrique Zschokke	Manuel B. Juárez
		“El libro de Lázaro (IX)”	Enrique Heine	n/i
Núm. 51	20/10/1884	“El libro de Lázaro (X)”	Enrique Heine	n/i
Núm. 52	27/10/1884	“El libro de Lázaro (XI, XII y XIII)”	Enrique Heine	n/i
		“Melodías alemanas. Ilusión. Al nacer el día. La rosa” [inclusión en el listado por el título]	R. [no identificado]	n/i

ANEXO 4: Artículos de Camille Flammarion en *La Época Ilustrada*¹⁵²

Número	Fecha	Título	Páginas	Notas
Núm. 10	7/1/1884	La noche	145-147	
Núm. 11	14/1/1884	Los universos lejanos. Soles dobles, múltiples, coloreados.	166-168	
Núm. 12	21/1/1884	El sistema planetario	184-187	No se menciona al autor
Núm. 13	28/1/1884	El globo terrestre	199-202	
Núm. 15	11/2/1884	El sol	227, 230-231	Por entregas
Núm. 16	18/2/1884	El sol	246-249	Concluye
Núm. 17	25/2/1884	Mercurio	269-270	
Núm. 19	10/3/1884	Venus	298-299	
Núm. 20	17/3/1884	Marte	311-313	
Núm. 21	24/3/1883	Júpiter	322-323	
Núm. 22	31/3/1884	Saturno	338-339	
Núm. 23	7/4/1884	Urano	354	
Núm. 24	14/4/1884	Neptuno	370	
Núm. 25	21/4/1884	Los cometas	391, 394-395	Por entregas
Núm. 26	28/4/1884	Los cometas	410, 411, 414	Concluye
Núm. 27	5/5/1884	De la composición química de los astros, revelada por el análisis de la luz que nos envían	423, 426-427, 430	
Núm. 28	12/5/1884	El globo terrestre	434-435	Repetido (núm. 13)
Núm. 29	19/5/1884	Pruebas positivas de que la Tierra es redonda y de que ella gira sobre sí misma y alrededor del Sol	450-451, 454-455	
Núm. 30	26/5/1884	La luna	466-467, 470	Por entregas
Núm. 31	2/6/1884	La luna	482-483, 486	Concluye
Núm. 32	9/6/1884	Eclipses	503, 506, 507, 510, 511	
Núm. 33	16/6/1884	Aspecto filosófico de la creación. Pluralidad de los mundos habitados	514, 515, 518	
Núm. 34	23/6/1884	Aspecto filosófico de la creación. La contemplación de los cielos	530, 531	

¹⁵² Los artículos aparecen firmados por “Camilo” Flammarion o a veces “C. Flammarion”. Todos se tomaron de la traducción de E. Corona Martínez. Para más información de cada artículo, consúltese el ANEXO 1.

RELATOS DEL INFINITO.

LUMEN.—HISTORIA DE UN COMETA.—EN EL INFINITO.

Esta preciosa obrita del célebre *Camilo Flammarion*, la mejor de cuantas ha escrito y cuya originalidad sorprende al lector, ha sido perfectamente traducida por el Sr. D. Santiago Sierra, é impresa en un tomo en 4.º menor de 300 páginas.

Quedan ya muy pocos ejemplares de ella, encuadernados á la rústica, y se expenden en el despacho de esta imprenta al precio de *un peso* cada uno en la capital y *diez reales* en los Estados franco el porte, pudiendo hacerse los pedidos por conducto de los señores agentes del *Siglo XIX*.

Agradezco a la Hemeroteca Nacional Digital de México, de donde reproduzco la imagen.